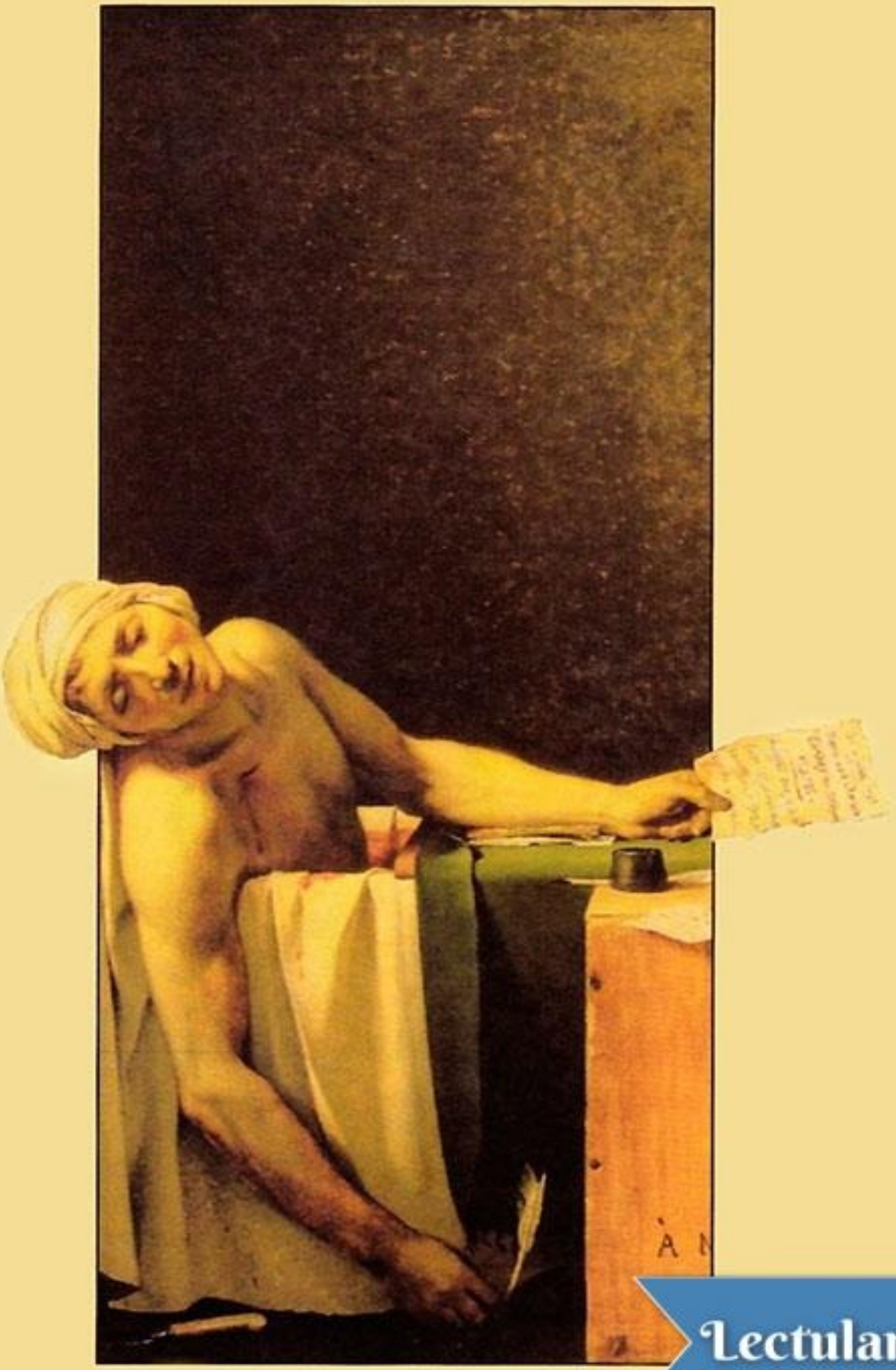
EL NOVENTA Y TRES

VICTOR HUGO



Lectulandia

El 21 de enero de 1793 Luis XVI fue guillotinado. Días después, Francia declaraba la guerra a Inglaterra y Holanda, la Convención decretaba la leva de 300.000 soldados voluntarios y estallaba la guerra civil con el levantamiento de la Vendée. Marat sería asesinado en julio; en ese mismo mes Robespierre sería elegido para dirigir el Comité de Salud Pública.

Éste es el marco turbulento en el que Víctor Hugo sitúa EL NOVENTA Y TRES. Mezclando la ficción con la realidad histórica, Hugo narra el enfrentamiento de tres hombres: el aristócrata Lantenac, príncipe bretón fiel a la casa real y jefe del ejército insurrecto de la Vendée; su sobrino Gauvain, convertido en jefe militar del ejército republicano; y el sacerdote Cimourdain, devoto revolucionario, enviado por Danton, Marat y Robespierre al frente de batalla como comisario político de la Convención.

EL NOVENTA Y TRES está muy lejos de ser una novela de tesis, cosa perfectamente comprensible teniendo en cuenta el talante narrativo de su autor. Pero, aún así, a pesar del énfasis que Víctor Hugo pone en desarrollar un vigoroso ritmo narrativo, propio de la novela de aventuras, y a pesar de su clara voluntad de evitar cualquier maniqueísmo, una corriente de simpatía por la revolución impregna esta trepidante novela, que sería la última que escribiría Hugo antes de morir en 1885, probablemente bajo la influencia de los sucesos acaecidos durante la insurrección de la Comuna de París.

Lectulandia

Victor Hugo

El noventa y tres

ePub r1.0
orhi 19.07.2017

Título original: *Quatrevingt-treize*
Victor Hugo, 1874
Traducción: Miguel Giménez Saurina

Editor digital: orhi
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRIMERA PARTE

EN EL MAR

Libro Primero

EL BOSQUE DE LA SAUDRAIE

En los últimos días de mayo de 1793, uno de los batallones parisienses enviados a Bretaña por Santerre registraba el temible bosque de la Saudraie, en Astillé. El batallón se componía ya sólo de unos trescientos hombres, porque había sido diezmado en aquella dura guerra. Era la época en que después de los combates de Argonne, Jemmapes y Valmy, el primer batallón de París, que tenía seiscientos voluntarios, había quedado reducido a veintisiete hombres, el segundo a veintitrés, y el tercero a cincuenta y siete. Tiempo fue aquél de luchas épicas.

Los batallones enviados desde París a la Vendée constaban de novecientos doce hombres. Cada batallón llevaba tres piezas de artillería. Habían sido organizados rápidamente. El 25 de abril, siendo Gohier ministro de justicia y Bouchotto ministro de la Guerra, la sección de Bon-Conseil propuso enviar batallones de voluntarios a la Vendée. Lubin, miembro de la Municipalidad, presentó su dictamen sobre este asunto, y el 10 de mayo Santerre se hallaba en disposición de enviar doce mil soldados, treinta piezas de artillería y un batallón de artilleros. Aunque estos batallones se organizaron apresuradamente, resultaron tan perfectos que sirven aún hoy de modelo, y con arreglo a su organización se han formado las compañías de línea; debido a estos batallones se ha cambiado la antigua proporción entre el número de soldados y el de suboficiales.

El 28 de abril, el municipio de París le había dado a los voluntarios de Santerre esta consigna: *No hay perdón ni cuartel.* A fines de mayo, de los doce mil hombres que habían partido de París, ocho mil habían muerto.

El batallón que había penetrado en el bosque de la Saudraie marchaba con gran precaución. Sin precipitarse, miraba al mismo tiempo a derecha e izquierda, delante y detrás. Kléber había dicho: *El soldado debe tener un ojo en la espalda*.

Hacía largo tiempo que marchaban. ¿Qué hora sería? ¿En qué instante del día estaban? Hubiera sido difícil decirlo, porque siempre hay una especie de crepúsculo en tan silvestres espesuras, y nunca es de día en semejantes bosques.

El bosque de la Saudraie era trágico. Fue en él donde los crímenes de la guerra civil comenzaron, en diciembre de 1792. Mousqueton, el cojo feroz, había salido de aquellas espesuras funestas, y el número de asesinatos cometidos en ellas hacía erizar los cabellos. Era aquel bosque espantoso, y los soldados se internaban en él con suma cautela. Todo estaba florecido; en torno se veía una temblorosa muralla de ramajes, de los que se derramaba la deliciosa frescura de las hojas. Los rayos del sol penetraban aquí y allá las verdes tinieblas; en el suelo, la correhuela, el junco de los pantanos, el narciso de los prados, la margarita, que anuncian la primavera, bordaban

y festoneaban una tupida alfombra de vegetación, en la que hormigueaban todas las formas del musgo, desde la que asemeja una oruga hasta la que imita a las estrellas. Los soldados se adelantaban paso a paso y en silencio, apartando suavemente la maleza. Los pájaros gorjeaban por encima de las bayonetas.

La Saudraie era uno de esos sotos donde antiguamente, en tiempos más tranquilos, se cazaban pájaros en la noche. Pero ahora sólo se cazaban hombres.

El bosque se componía de abedules, hayas y encinas. El terreno era llano, y el musgo y la hierba espesa amortiguaban el ruido de los pasos; no había ningún sendero o, por mejor decirlo, los senderos se borraban al momento; los robles, las citrinas, la maleza y las zarzas imposibilitaban ver a un hombre a diez pasos de distancia.

De cuando en cuando pasaba por entre el ramaje una ardilla o una gallineta de agua, indicando la proximidad del pantano. Los soldados caminaban a la aventura, inquietos y temerosos de encontrar lo que buscaban.

A veces hallaban señales de campamentos, de un fuego, hierbas pisadas, palos en cruz, ramas ensangrentadas; allá se había cocinado el rancho, aquí se había dicho misa, en aquel lugar se había curado a los heridos. Pero los que habían pasado por esos lugares ya no estaban en ellos. ¿A dónde se habían dirigido? Quizá estaban lejos, o quizá cerca, ocultos con el trabuco en la mano. El bosque parecía estar desierto; pero el batallón redoblaba su prudencia, porque la soledad inspiraba desconfianza. No ver a nadie era una razón más para temer que hubiese alguien; el bosque tenía mala fama y una emboscada era lo más probable.

Mandados por un sargento, treinta granaderos, destacados como exploradores, marchaban por delante, a gran distancia del grueso de las fuerzas; la cantinera del batallón los acompañaba. Las cantineras se incorporan de buen grado a la vanguardia; allí se corre peligro, pero se ve algo, y la curiosidad es una de las formas que adopta el valor femenino. De repente, los soldados del pequeño destacamento de vanguardia experimentaron aquella sensación conocida de los cazadores que indica la proximidad de la caza. Se había oído una especie de respiración en el centro de la espesura, y parecía que acababa de verse un movimiento de las hojas. Los soldados se hicieron una señal.

En las tareas confiadas a los exploradores, los jefes no necesitan mezclarse; lo que debe hacerse se hace por uno mismo.

En menos de un minuto, el punto en que se había advertido el movimiento fue cercado. Un círculo de fusiles apuntándolo lo rodeó. De todas partes, y a la vez, se orientaron las bocas de fuego hacia el centro oscuro de la maleza y los soldados con el dedo en el gatillo y la vista sobre el sitio sospechoso sólo esperaban para disparar la voz de mando del sargento.

Entretanto, la cantinera se aventuró a mirar por entre las zarzas, y en el instante en que el sargento iba a gritar “¡fuego!”, ella gritó:

—¡Alto! —se volvió después hacia los soldados y les dijo:

—No disparéis, camaradas —y se precipitó a la espesura, seguida de los exploradores.

En efecto, allí había alguien: en lo más intrincado del matorral, junto a una de esas pequeñas explanadas que forman en los bosques los hornos de carbón al quemarse las raíces de los árboles, y en un agujero formado por las ramas, especie de cueva de follaje entreabierta como una alcoba, estaba sentada una mujer sobre el musgo, dando el pecho a un niño, y teniendo en su regazo las cabecitas rubias de otros dos niños dormidos.

Aquélla era la emboscada.

—¿Qué hacéis aquí? —gritó la cantinera.

La mujer levantó la cabeza.

La cantinera añadió furiosa:

—¡Estás loca para permanecer aquí! —continuó enfurecida la cantinera—. Un minuto más y todos estaríais muertos.

Luego se dirigió a los soldados.

—Es una mujer.

—¡Pardiez!, ya lo vemos —afirmó un granadero.

—¡Venir al bosque a que os fusilen! —prosiguió la cantinera—. Nunca he visto una idea más estúpida.

La mujer, estupefacta, petrificada, miraba a su alrededor como a través de un sueño, viendo aquellos fusiles, aquellos sables, aquellas bayonetas y aquellas caras feroces.

Los dos niños se despertaron y asustados se echaron a llorar.

—¡Tengo hambre! —dijo uno.

—¡Tengo miedo! —dijo el otro.

El menor continuaba mamando.

La cantinera se dirigió a él.

—Tú sí sabes lo que haces.

La madre estaba muda de espanto.

El sargento se dirigió a ella:

—No tengas miedo, somos del batallón del Gorro Rojo.

La mujer tembló de pies a cabeza. Miró al sargento, en cuyo duro semblante no se veían más que las cejas, las pestañas y los bigotes, aparte de las brasas de sus ojos.

—El batallón de la antigua Cruz Roja —añadió la cantinera.

El sargento continuó:

—¿Quién eres?

La mujer lo contemplaba muda de espanto. Era delgada, joven, pálida e iba vestida de harapos, con el grueso capuchón de las labradoras bretonas y la manta de lana sujeta al cuello con un bramante. Dejaba ver su seno desnudo con la indiferencia de una nodriza. Sus pies, sin medias ni calzado, estaban ensangrentados.

—Es una mendiga —dijo el sargento.

—¿Cómo te llamas? —preguntó la cantinera con una voz que estaba entre la del soldado y la femenina, pero en cualquier caso dulce.

—Michelle Fléchard —murmuró la mujer tartamudeando.

La cantinera, entre tanto, acariciaba con su ruda mano la cabecita del lactante.

—¿Cuánto tiempo tiene este muñeco? —preguntó.

La madre no comprendió. La cantinera insistió:

—¿Qué edad tiene éste?

—¡Ah! Dieciocho meses —dijo la madre.

—Ya es mayor —dijo la cantinera—. No tienes que darle más de mamar. Será preciso destetarlo. Le daremos de nuestra sopa.

La madre comenzó a tranquilizarse. Los dos niños, ya completamente despiertos, se mostraban más curiosos que asustados. Admiraban los plumeros de la tropa.

—¡Ah! —exclamó la madre—. Tienen mucha hambre.

Y añadió:

—Y ya no tengo leche.

—Les daremos de comer —dijo el sargento—, y también a ti. Pero antes dime: ¿cuáles son tus opiniones políticas?

La mujer miró al sargento sin responder.

—¿Entiendes mi pregunta?

Ella balbuceó:

—Me encerraron en un convento siendo muy joven, pero me casé, no soy religiosa. Las monjas me enseñaron a hablar francés. Mi aldea fue incendiada. Nos pusimos a salvo con tantas prisas que no pude ni ponerme los zapatos.

—Te pregunto cuáles son tus opiniones políticas.

—De eso no entiendo.

—Es que hay espías —prosiguió el sargento—, y a los espías se les fusila. Vamos, habla, ¿no eres gitana?, ¿cuál es tu patria?

Ella continuó mirándolo sin comprender.

—¿Cuál es tu patria? —insistió el sargento.

—No lo sé.

—¡Cómo! ¿No sabes de qué país eres?

—Ah, sí, de mi país.

—¿Y cuál es tu país?

—La alquería de Siscoignard —respondió la mujer—, en la parroquia de Azé.

El sargento se quedó estupefacto.

—¿De dónde has dicho? —inquirió, tras meditar un momento.

—De Siscoignard.

—Eso no es una patria.

—Pero es mi país. Ya entiendo —agregó la mujer, tras reflexionar unos instantes —. Vos sois de Francia y yo de Bretaña.

—¿Y qué?

—Que no es el mismo país.

—¡Pero sí la misma patria! —proclamó el sargento.

—Yo soy de Siscoignard —se limitó a responder la mujer.

—Vaya por Siscoignard —repuso el sargento—. ¿Es de allí tu familia?

—Sí.

—¿Y qué hacen?

—Han muerto todos. Ya no tengo a nadie.

El sargento, al que se le daba bien el parloteo, continuó el interrogatorio.

—¡Diablo! Siempre hay o han habido parientes. ¿Quién eres tú? Habla.

La mujer escuchaba aturdida los sonidos de aquellos acentos que más le parecían los rugidos de una fiera que palabras humanas.

La cantinera comprendió la necesidad de intervenir. Volvió a acariciar al bebé y golpeó cariñosamente las mejillas de sus hermanos.

—¿Cómo se llama la pequeña?, porque ya veo que es una niña.

—Georgette —respondió la madre.

—¿Y el mayor? Porque este bribón ya es un hombre.

—René-Jean.

—¿Y el pequeño, que también es todo un hombre, el mofletudo?

—Gros-Alain —repuso la madre.

—Estos niños son muy guapos —admitió la cantinera—, y ya se dan el aire de personas.

—Bien, ¿tienes casa? —intervino de nuevo el sargento.

—Tenía una.

—¿Dónde?

—En Azé.

—¿Por qué no estás en ella?

—Porque la han quemado.

—¿Quiénes?

—No lo sé. Hubo una batalla.

—¿De dónde vienes?

—De allí.

—¿Adónde vas?

—Lo ignoro.

—Veamos, ¿quién eres?

—No lo sé.

—¿No sabes quién eres?

—Somos fugitivos.

—¿A favor de quién estás?

—No lo sé.

—¿Estás a favor de los azules o de los blancos? ¿Con quién estás?

—Estoy con mis hijos.

Hubo una pausa. La cantinera dijo:

—Yo no he tenido hijos, nunca tuve tiempo.

El sargento prosiguió:

—¿Pero y tus padres? Ponme al corriente de lo que son tus padres. Yo me llamo Radoub, soy sargento, nacido en la calle de Cherche-Midi, y de allí eran también mi padre y mi madre. Puedo hablar de ellos. Hablemos ahora de los tuyos: ¿quiénes fueron tus padres?

—Eran los Fléchard. Eso es todo.

—Sí, claro; los Fléchard son los Fléchard, como los Radoub son los Radoub. Pero todo el mundo tiene una profesión. ¿Cuál era la de tus padres? ¿Qué hacían o qué hacen? ¿Qué flechardeaban esos Fléchard? Eran labradores. Mi padre estaba enfermo y no podía trabajar a causa de los palos que el señor, nuestro señor, le mandó dar; lo cual fue una bondad del amo, porque mi padre atrapó un conejo y estaba condenado a muerte por ello. Pero el amo le perdonó la vida, diciendo: "¡Dadle sólo cien palos!", y mi padre quedó lisiado.

—¿Y qué más?

—El abuelo era hugonote y el señor cura lo envió a galeras. Yo era muy pequeña.

—¿Qué más?

—El padre de mi marido era contrabandista de sal y el rey lo mandó ahorcar.

—¿Y tu marido?

—En estos días combatía.

—¿Por quién?

—Por el rey.

—¿Y qué más?

—Y por el amo.

—¿Y qué más?

—Por el señor cura.

—¡Voto al diablo! ¡Cuántas barbaridades! —gritó un granadero. La mujer se sobresaltó y empezó a temblar.

—Nosotros somos de París —dijo con simpatía la cantinera.

La mujer cruzó las manos.

—¡Oh, Dios, Señor Jesús! —exclamó.

—¡Nada de supersticiones! —le advirtió el sargento.

La cantinera se sentó junto a la mujer y puso en su regazo al mayor de los niños, que se dejó hacer. Los niños se tranquilizan con la misma facilidad con que se irritan, sin que se sepa por qué; tal vez tengan alguna clase de reflejo interior.

—Mi pobre buena mujer de estas tierras —dijo la cantinera—, tus hijos son muy guapos; adivino su edad. El mayor tiene ya cuatro años y su hermanito tres, y la muñequita traga glotonamente. ¡Ah, monstruo! ¿Piensas comerte a tu madre? Vamos, buena mujer, no temas nada. Deberías entrar en el batallón como yo. Me llaman La Húsar. Es un mote. Pero prefiero llamarme La Húsar a que me llamen señorita

Bicorneau, como a mi madre. Soy la cantinera, la que da de beber a los hombres cuando se llenan de metralla o asesinan. El diablo y su cola. Tú y yo tenemos más o menos el mismo pie. Te daré zapatos míos. Yo estaba en París el 10 de agosto y di de beber a Westermann. Todo fue bien. Vi cortar la cabeza de Luis XVI, Luis Capeto, como lo llamaban. No quería. ¡Y pensar que el 13 de enero hacía asar castañas y se reía con su familia! Cuando le pusieron a la fuerza en la guillotina no llevaba ni casaca ni zapatos; sólo vestía una camisa, de piqué, unos calzones de paño gris y medias de seda grises. Yo vi todo esto. El carruaje en que lo llevaban estaba pintado de verde. Conque vente con nosotros; hay buenos muchachos en el batallón; serás la cantinera número dos y yo te enseñaré el oficio. Es sencillo: no hay más que tomar la cubeta y la campanilla y acudir donde hay ruido, donde hace fuego el pelotón, donde se disparan cañonazos, y gritar: "¿Quién quiere beber un trago, muchachos?" A eso se reduce todo. Yo doy de beber a todo el mundo, a los blancos y a los azules, aunque por mi parte soy azul, y de las buenas. Pero les doy de beber a todos. Los heridos siempre tienen sed. Se mueren sean cuales sean sus opiniones. Los que mueren, deberían estrecharse la mano. ¡Qué estúpido es combatir! Ven con nosotros. Si me matan tendrás mi herencia. Ya ves, no tengo buen aspecto, pero en el fondo soy buena y tan valiente como un hombre. No temas nada.

Cuando concluyó de hablar la cantinera, la mujer murmuró:

—Nuestra vecina se llamaba Marie-Jeanne, y nuestra criada Marie-Claude.

Entretanto el sargento Radoub reñía al granadero.

—¡Cállate, has asustado a esta mujer! ¡No se jura delante de señoras!

—Es que, mi sargento, no me cabe en la cabeza, ni en la de ningún hombre honrado —replicó el granadero—, ver iroqueses de la China, como éstos, que después de haber tenido a su suegro lisiado por el amo, al abuelo en galeras y al padre ahorcado por el rey, se estén batiendo, se subleven y se dejen descuartizar por el amo, por el cura y por el rey.

—¡Silencio en las filas! —gritó el sargento.

—Ya me callo, mi sargento, pero esto no me impide pensar que es una lástima que una joven hermosa como ésta se exponga a que le partan la cara por un curilla.

—Granadero —le recordó el sargento—, aquí no estamos en el Club de las Picas. Basta de elocuencia.

Se volvió hacia la mujer:

—¿Qué fue de tu marido? ¿Qué hizo?

—Murió.

—¿Dónde?

—En el soto.

—¿Cuándo?

—Hace tres días.

—¿Quién lo mató?

—No lo sé.

—¡Vaya! ¿No sabes quién mató a tu marido?

—No.

—¿Fue un blanco o un azul?

—Fue un tiro.

—¿Y hace tres días?

—Sí.

—¿Hacia qué parte?

—Hacia Ernée; allí cayó muerto. Eso es todo.

—Y desde que murió tu marido, ¿qué haces?

—Cuidar de mis hijos.

—¿Adónde los llevas?

—Conmigo.

—¿Dónde duermes?

—En el suelo.

—¿Qué comes?

—Nada.

El sargento estiró los labios hasta tocarse la nariz con el bigote.

—¿Nada?

—Endrinas, moras de las que quedaron del año pasado y hojitas tiernas de helecho.

—O sea, nada.

—Tengo hambre —gritó el mayor de los niños, que parecía seguir la conversación.

El sargento sacó de su morral un pedazo de pan y se lo ofreció a la madre, la cual lo dividió en dos porciones que entregó a sus hijos, quienes las devoraron ávidamente.

—No ha guardado nada para ella —murmuró el sargento.

—Porque no tendrá hambre —dijo un soldado.

—Porque es madre —dijo el sargento.

—¡Agua! —interrumpió uno de los niños.

—¡Agua! —repitió el otro.

—¿No hay ningún arroyo en este bosque de los demonios? —dijo el sargento.

La cantinera cogió el vaso de cobre que pendía de su cintura al lado de la campanilla; dio vueltas al grifo de la cubeta que llevaba suspendida de la banderola, vertió unas gotas en el vaso y lo acercó a los labios de los niños. El primero bebió e hizo una mueca; el segundo bebió y escupió.

—Y eso que es bueno —objetó la cantinera.

—¿Es levantamuertos? —inquirió el sargento.

—Sí, del mejor, pero éstos son de campo —la cantinera enjugó el vaso.

—¿Entonces, huyes? —prosiguió el interrogatorio el sargento.

—Tengo que hacerlo.

—¿A través de los campos, por donde te he encontrado?

—Corro con todas mis fuerzas, camino y me caigo.

—¡Pobre infeliz! —dijo la cantinera.

—Por todas partes hay combates —balbuceó la mujer—. Estoy rodeada de tiros. No sé qué quieren unos y otros. Lo único que comprendo es que han matado a mi marido.

El sargento golpeó el suelo con la culata del fusil, gritando:

—¡Diablo de guerra! ¡Qué barbaridad!

La mujer continuó:

—La noche pasada nos acostamos en el hueco de un árbol.

—¿Los cuatro?

—Los cuatro.

—¿Acostado?

—Acostado.

—Acostados de pie —dijo el sargento—. Camaradas —añadió, tras una pausa, dirigiéndose a los soldados—, estos salvajes llaman acostarse a meterse en el hueco del tronco de un árbol grande y viejo. ¡Cómo son! No todos pueden ser de París.

—¡Acostarse en el hueco de un árbol y con tres niños! —dijo la cantinera.

—Y para los que pasaran por allí sería chocante que un árbol gritara *Papá, mamá*, si a los niños les daba por llorar —agregó el sargento.

—Por suerte estamos en verano —suspiró la mujer.

Bajó los ojos mirando al suelo, resignada, con el asombro de las grandes catástrofes reflejado en ellos.

Los soldados, silenciosos, formaban un círculo alrededor de aquella miseria.

Una viuda y tres huérfanos, obligados a la fuga, el abandono y la soledad, la guerra rondando por todo el horizonte, el hambre y la sed, sin otro techo que el cielo.

El sargento se aproximó a la mujer y fijó su vista en la niña, que aún mamaba. En aquel momento, la niña volvió dulcemente la cabeza, miró con sus hermosos ojos azules el temible y velludo rostro que se inclinaba sobre ella, y sonrió.

El sargento se irguió y una lágrima rodó por su mejilla, deteniéndose como una perla en el extremo del bigote. Alzó la voz, y dijo:

—¡Camaradas!, de todo esto deduzco que el batallón va a ser padre. ¿Os parece bien? ¿Adoptamos a estos tres niños?

—¡Viva la República! —gritaron los granaderos.

—Está dicho —añadió el sargento, y extendiendo las dos manos sobre las cabezas de la madre y los niños dijo:

—¡He aquí a los hijos del batallón del Gorro Rojo!

La cantinera dio un salto de alegría.

—¡Tres cabezas en un gorro! —exclamó.

Después, sollozando, abrazó cariñosamente a la pobre viuda y le dijo:

—¡Qué aspecto tan pícaro tiene ya la niñita!

—¡Viva la República! —repitieron los soldados.
—Ven ciudadana, ven —le dijo el sargento a la madre.

Libro Segundo

LA CORBETA *CLAYMORE*

I

INGLATERRA Y FRANCIA MEZCLADAS

En la primavera de 1793, mientras Francia era atacada a un tiempo en todas sus fronteras y se proporcionaba la patética distracción de la caída de los girondinos, esto es lo que sucedía en el archipiélago de la Mancha:

La tarde del primero de junio de 1793, en Jersey, en la pequeña bahía desierta de Bonnenuit, una hora antes de ponerse el sol, con tiempo brumoso, bueno para huir pero peligroso para navegar, se hacía a la mar una corbeta. Este buque, aunque su tripulación era francesa, formaba parte de la pequeña flota inglesa dispuesta como Centinela en la punta oriental de la isla. El príncipe de la Tour-d'Auvergne, de la casa de Bouillon, mandaba la flotilla inglesa, de la que se destacó esta corbeta por orden suya y para un servicio urgente y especial.

La corbeta, matriculada en la *Trinity-House*[1], con el nombre de *the Claymore*, parecía una corbeta mercante, pero en realidad era de guerra. Tenía la navegación pacífica y pesada de los buques mercantes, pero no había que fiarse. Se construyó con un doble propósito, el de la astucia y el de la fuerza; para engañar, si era posible; y para combatir cuando fuese necesario. Para el servicio que había de prestar aquella noche reemplazaron el cargamento en el entrepuente con treinta cañones de grueso calibre. Estos treinta cañones, ya fuera por prever una tempestad, ya con la idea de darle al buque un aspecto pacífico, estaban fuertemente amarrados en el interior por tres cadenas cada uno y el tiro apoyado en las escotillas, que iban tapadas.

Nada se veía desde el exterior; las portañolas estaban cegadas; las escotillas cerradas, como si le hubieran puesto una máscara a la corbeta. Los buques de esta clase, construidos con arreglo a las ordenanzas, no tienen cañones más que en el puente; pero éste estaba construido para sorprender y llevar a cabo emboscadas, y aunque estaba desarmado en el puente, ocultaba una batería en el entrepuente. *La Claymore* era maciza, corpulenta y de buen andar; su casco era el más sólido de toda la marina inglesa, y en el combate equivalía a una fragata, aunque sólo tenía por palo de mesana un arbolillo con una sola cangreja. Su timón, de forma extraña pero sabia, tenía una membradura curva, casi única, que costó cincuenta libras esterlinas en los astilleros de Southampton.

Toda la tripulación era francesa y se componía de oficiales exiliados y marineros

desertores. Hombres escogidos, no había ni uno sólo que no fuese buen marinero, o buen soldado, o buen realista, y estaban dotados del triple fanatismo del mar, de la espada y del rey.

Iba agregado a la tripulación medio batallón de infantería de marina, que en caso necesario podía efectuar un desembarco.

El capitán del buque era el conde de Boisberthelot, caballero de San Luis, uno de los más distinguidos oficiales de la antigua marina real. El segundo de abordo era el caballero de La Vieuville, que había mandado en el regimiento de la Guardia Francesa la compañía de la que Hoche había sido sargento. El piloto, Philip de Gacquoil, era el patrón más sagaz de Jersey.

Se adivinaba que el buque estaba destinado a ejecutar alguna empresa extraordinaria: en efecto, acababa de embarcarse en él un hombre que tenía todo el aspecto de empezar una gran aventura. Era un anciano alto, erguido y robusto, de rostro severo, cuya edad resultaba difícil de determinar porque tenía aspecto a la vez de viejo y de joven. Era uno de esos hombres que conservan las fuerzas a pesar de los años, de cabellos canos pero de miradas relampagueantes, que tienen cuarenta años si se les juzga por su vigor y ochenta si se les juzga por su autoridad. En el momento de subir a la corbeta se entreabrió su capote y pudo verse que iba ataviado con calzones anchos, los que se llamaban en lengua bretona *bragou-bras*; botas altas y jubón de piel de cabra, viéndose por encima el cuero bordado de seda y por debajo el pelo erizado y natural; así es el traje del aldeano bretón. Estas antiguas vestimentas bretonas tenían dos usos: servían tanto para los días festivos como para los días laborables; se volvían del revés, ofreciendo a voluntad la cara velluda o la cara bordada; piel de animal toda la semana, vestido de gala para los domingos. El que usaba el anciano, como para darle la deseada verosimilitud estaba gastado por las rodillas y los codos, aparentando haber prestado servicio mucho tiempo, mientras que el capote, de tela recia, tenía el aspecto de un viejo capote de pescador. Aquel anciano llevaba, además, en la cabeza, el sombrero redondo típico de la época, alto y de anchas alas, que bajándolas le daban una apariencia campesina, y levantándolas de un lado, por medio de una escarapela, podían darle aspecto militar; en estos momentos las llevaba caídas, sin presilla ni escarapela.

Lord Balcarras, gobernador de la isla, y el príncipe de la Tour-d'Auvergne, le habían conducido personalmente y lo instalaron a bordo. Gélambre, agente secreto de los príncipes y antiguo guardia de corps del conde de Artois, había inspeccionado personalmente el arreglo de la cámara, extremando el cuidado y el respeto, a pesar de ser él también noble, hasta llevar él mismo la maleta del anciano. Al despedirse para ir a tierra, le dirigió un profundo saludo; lord Balcarras se despidió de él diciéndole:

—Buena suerte, general.

Y el príncipe de la Tour-d'Auvergne le dijo:

—Hasta la vista, primo mío.

Los de la tripulación lo llamaban *el campesino* cuando mantenían los breves

diálogos propios de los hombres de mar, pero aun sin estar enterados de quién era comprendían que aquel hombre era tan campesino como corbeta mercante su corbeta de guerra.

Soplaba el viento con suavidad. *La Claymore* salió de Bonnenuit, pasó por delante de Boulay-Bay, permaneció algún tiempo a la vista, haciendo bordadas, y después se vio disminuir de tamaño, hasta borrarse en el horizonte a medida que avanzaba la noche.

Una hora después, Gelambre, de regreso a su casa de SaintHélier, envió al cuartel general del duque de York, por el expreso de Southampton, al conde de Artois, las líneas siguientes:

Monseñor: Acaba de verificarse la partida. Éxito seguro. Dentro de ocho días arderá toda la Costa desde Granville a Saint-Malo.

Cuatro días antes, por medio de un emisario secreto, el representante del Marne, Prieur, comisionado cerca del ejército en las costas de Cherbourg, que residía momentáneamente en Granville, había recibido, escrito por la misma mano que escribió el despacho anterior, el siguiente mensaje:

Ciudadano representante: El 1° de junio, a la hora de la marea, la corbeta de guerra Claymore, con batería oculta, aparejará para desembarcar en la costa de Francia a un hombre cuyas señas son las siguientes: estatura alta, viejo, cabellos blancos, vestido de aldeano, manos aristocráticas. Os remitiré mañana más pormenores. Desembarcará el 2 de madrugada. Advertid al crucero, capturad la corbeta y que guillotinen al hombre.

II

LA NOCHE DEL BUQUE Y DEL VIAJERO

La corbeta, en vez de navegar en dirección al sur y tomar rumbo hacia Sainte-Catherine, puso la proa hacia al norte; después viró al oeste y se internó resueltamente entre Serk y Jersey, en el brazo de mar llamado Paso de la Déroute. No había por entonces faro en ningún punto de esas dos costas.

El sol se había puesto; la noche era más oscura de lo que son ordinariamente las noches de estío; había luna, pero la ocultaban grandes nubes, más bien del equinoccio que del solsticio, y según todas las apariencias no sería visible hasta que tocase el

horizonte en el momento de ocultarse. Algunas nubes llegaban hasta el mar y lo cubrían de bruma.

Toda esta oscuridad era favorable para la intención del piloto Gacquoil, que era dejar Jersey a la izquierda y Guernesey a la derecha y llegar por medio de una navegación arriesgada entre Hanois y Douvres, a una bahía cualquiera del litoral de Saint-Malo, camino más largo que el de los Minquiers, pero más seguro, porque el crucero francés tenía como consigna habitual vigilar sobre todo la costa situada entre Saint-Helier y Granville.

Si el viento era favorable y no había ningún obstáculo extraordinario, soltando todo el trapo de la corbeta, Gacquoil esperaba tocar la costa de Francia al romper el día.

Todo iba bien; la corbeta acababa de pasar por Gros-Nez. Hacia las nueve, el tiempo pareció querer torcerse, como dicen los marinos, y hubo viento y mar alta; pero aquél era bueno y el mar, aunque algo picado, no estaba violento. Sin embargo, algunas oleadas balanceaban la corbeta de vez en cuando.

El “campesino”, a quien lord Balcarras había llamado *general*, y el príncipe de la Tour-d’Auvergne concedido el título de *primo*, estaba acostumbrado a andar en los buques y se paseaba, con tranquila gravedad, por el puente de la corbeta sin hacer caso de las fuertes sacudidas del mar. De vez en cuando sacaba del bolsillo de su jubón una pastilla de chocolate, la rompía y masticaba un pedazo; a pesar de sus cabellos blancos conservaba completa la dentadura.

No hablaba con nadie, sólo durante breves momentos y con voz baja le decía algo al capitán, que lo escuchaba con deferencia, considerando al pasajero más comandante del buque que a sí mismo.

La Claymore, hábilmente pilotada, costeó sin ser vista, entre la bruma, la escarpada y larga costa del norte de Jersey, navegando muy cerca de ella para evitar el temible escollo llamado Pierres-de-Leeq, que está en medio del brazo de mar situado entre Jersey y Serk. Gacquoil, de pie, junto al timón, señalando sucesivamente la punta de Leeq, Gros-Nez y Plemont, hacía deslizar la corbeta entre estos arrecifes, a tientas, digámoslo así, pero con seguridad, como hombre experto que conocía los caminos del Océano. La corbeta no llevaba los faroles encendidos por temor a denunciar su paso por aquellos mares tan vigilados. Todos se felicitaban por aquella niebla. Al llegar a la Grande-Etaque, la bruma era tan densa que apenas se distinguía el alto perfil del Pinacle. Se oyeron las diez en el campanario de Saint-Ouen, señal de que el viento lo tenían de popa. La corbeta llevaba viento favorable y todo iba bien, aunque el mar estaba más agitado por la proximidad de los escollos de Corbière.

Poco después de las diez, el conde de Boisberthelot y el caballero de La Vieuville condujeron al hombre vestido de aldeano hasta su camarote, que era el del capitán del buque. En el momento de entrar les dijo bajando la voz:

—Ya sabéis, caballeros, que importa mucho guardar el secreto; silencio, pues,

hasta el momento de la explosión; sois los únicos que conocéis mi identidad.

—Llevaremos con nosotros el secreto a la tumba —prometió Boisberthelot.

—Por mi parte —repuso el anciano—, aunque me hallase delante de la misma muerte, no lo revelaría.

Y acto seguido penetró en el camarote.

III

NOBLES Y PLEBEYOS MEZCLADOS

El comandante y el segundo de a bordo volvieron a subir a cubierta y empezaron a conversar paseando de un lado a otro.

La conversación se centró en el enigmático pasajero, y he aquí más o menos el diálogo que el viento dispersaba en las tinieblas. Boisberthelot, a media voz y entre dientes murmuró en los oídos de La Vieuville:

—Veremos si es un jefe.

—Por de pronto es un príncipe.

—Casi.

—Noble en Francia, pero príncipe en Bretaña.

—Como los Trémoille y como los Rohan.

—Que son sus aliados.

—En Francia y en las carrozas del Rey es marqués, como vos sois caballero y yo conde —siguió Boisberthelot.

—Las carrozas quedan muy lejos; ahora sólo se usan las carretas que conducen a la guillotina —exclamó La Vieuville.

Hubo una pausa.

Después dijo Boisberthelot:

—A falta de un príncipe francés se elige un príncipe bretón.

—A falta de todos… No, a falta de un águila… se toma un cuervo.

—Preferiría un buitre —dijo Boisberthelot.

—Cierto; con buen pico y fuertes garras —añadió La Vieuville.

—Veremos lo que sale.

—Ya era hora de poder contar con un jefe —repuso La Vieuville—. Soy del parecer de Tinténiac: *un jefe y pólvora*. Oíd, comandante: conozco a casi todos los jefes posibles e imposibles, los de ayer, los de hoy y los de mañana; pero ninguno posee las cualidades guerreras que debe tener el que nos falta. En la endiablada Vendée es necesario que el general sea al mismo tiempo un verdadero procurador. Es preciso cansar al enemigo, disputarle el molino, el foso, los guijarros; crearle

obstáculos por todas partes, sacar partido de todo, vigilar siempre, matar mucho, hacer escarmientos, no tener ni sueño ni compasión. Hoy en ese ejército de campesinos hay héroes, pero faltan capitanes. D'Elbée es nulo; Lescure está enfermo; Bonchamps es compasivo, es bondadoso, pero es un bruto; La Rochejacquelein es un magnífico subteniente; Silz es sólo un oficial de tropa, impropio para la guerra de sorpresas; Cathelineau es un ingenuo carretero; Stofflet un guardia de monte astuto; Bérard un inepto; Boulainvilliers ridículo; Charette horrible. No hablo del barbero Gaston porque ¡vive Dios! ¿de qué sirve declamar tanto contra la revolución cuando no existe diferencia entre los republicanos y nosotros, si hacemos que los peluqueros manden sobre los nobles?

—Es que esa endiablada revolución también se ha introducido entre nosotros.

—Es la sarna que le ha salido a Francia.

—La sarna del tercer estado —añadió Boisberthelot—. Sólo Inglaterra nos la puede curar.

—Nos la curará, no lo dudéis, capitán.

—Mientras tanto, pica.

—Cierto; imperan los plebeyos en todas partes: el general en jefe de la monarquía, Stofflet, es el guarda de monte del señor de Maulevrier, y no tiene nada que envidiar a la República, cuyo ministro es Pache, hijo del portero del duque de Castries. ¡Buen contraste esta guerra de la Vendée! Por una parte, el cervecero Santerre; por la otra, el peluquero Gastón.

—Querido La Vieuville, yo defiendo un poco a Gascon. No se portó mal en Guéménée, pues fue capaz de arcabucear a trescientos azules, después de hacerles cavar sus propias sepulturas.

—De acuerdo, pero eso cualquiera lo hubiera hecho como él.

—Verdad es. Yo mismo lo hubiera hecho.

—Los grandes actos de la guerra —siguió La Vieuville— exigen nobleza en quien los ejecuta; y eso es más propio de caballeros que de peluqueros.

—Hay, no obstante, en ese tercer estado —dijo Boisberthelot—, hombres merecedores de estima. Por ejemplo, ahí tenéis al relojero Joly, que fue sargento en el regimiento de Flandes. Ahora es vendeano y jefe de una partida de la costa; pues bien, su hijo, que era republicano, servía en las filas de los azules, mientras su padre militaba en la de los blancos. En una batalla, el padre hace prisionero al hijo y le salta la tapa de los sesos.

—Eso está bien —dijo La Vieuville.

—Un Bruto realista —replico Boisberthelot.

—¡Eso no impide que sea insoportable ser mandado por un Loquereau, un Jean-Jean, un Moulins, un Focart, un Bouju, un Chouppes!

—Querido caballero, esa cólera la sufren también nuestros enemigos. Nosotros estamos repletos de burgueses; ellos de nobles. ¿Creéis que los descamisados están contentos de verse a las órdenes del conde de Canclaux, el vizconde de Miranda, el

vizconde de Beauharnais, el conde de Valence, el marqués de Custine y el duque de Biron?

—¡Vaya enredo!

—¡Y del duque de Chartres!

—El hijo de Égalité[2]… ¿cuándo será rey?

—Jamás.

—Para alcanzar el trono le pueden servir sus crímenes.

—Y perjudicar sus vicios —contestó Boisberthelot.

Hubo un silencio, y Boisberthelot prosiguió:

—Trató, sin embargo, de reconciliarse con el monarca; fue a Versalles a ver al rey estando yo allí, y vi cómo le escupieron en las espaldas.

—¿Desde lo alto de la gran escalinata?

—Sí.

—Hicieron bien.

—Le llamábamos Borbón el Cenagoso.

—Está lleno de pústulas, es calvo y regicida. ¡Bah!

—Estuve con él en Ouessant —añadió La Vieuville.

—¿En el *Saint-Esprit*?

—Sí.

—Si hubiera obedecido la señal de mantenerse contra el viento que le hizo el almirante d'Orvilliers, hubiera impedido el paso a los ingleses.

—Ciertamente.

—¿Es verdad que se escondió en la bodega?

—No, pero es bueno que se diga.

La Vieuville soltó una carcajada.

Boisberthelot añadió:

—Los hay imbéciles. Ese mismo Boulainvilliers, de quien hablábamos hace poco; lo conocí y lo vi de cerca. Al principio, a los campesinos los armaron con picas, ¿no insistía en querer hacerlos alabarderos? Les enseñó el ejercicio de la alabarda, soñando con transformar a aquellos salvajes en soldados de línea. Pretendía que aprendiesen a desgastar los ángulos de un cuadrado y a disponer los batallones con un vacío en el centro. Los arengaba con términos militares que no entendían, y para decir jefe de escuadra les decía cabo de escuadra, que era como se denominaban los cabos en tiempos de Luis XIV. Se obstinaba en crear un regimiento compuesto por cazadores furtivos; organizó compañías regulares cuyos sargentos formaban corro todas las tardes para recibir el santo y seña del sargento de la primera compañía; éste se lo daba a conocer en voz baja al sargento de la segunda, que lo transmitía al inmediato, y éste a su vecino, y así de oído en oído llegaba hasta el último sargento. Destituyó a un oficial que no se descubrió al oír la consigna de boca de un sargento. En fin, ya supondréis lo que sucedió: aquel bruto no supo comprender que los campesinos quieren ser gobernados a su manera y que no se hacen hombres de

cuartel con los hombres de bosque. Sí, conocí a Boulainvilliers allí.

Dieron algunos pasos, meditando cada uno para sí.

Después reanudaron la conversación.

—A propósito, ¿se confirma la muerte de Dampierre?

—Sí, mi comandante.

—¿Delante de Condé?

—En el campo de Pamars, de una bala de cañón. Boisberthelot suspiró.

—¡El conde de Dampierre! Otro de los nuestros que era de los suyos.

—¡Buen viaje! —dijo La Vieuville.

—Y las cuñadas del rey, ¿dónde están?

—En Trieste.

—¿Todavía?

—Todavía.

Y La Vieuville exclamó:

—¡Ah, esta República! ¡Cuántos estragos causas, maldita! Cuando pienso que esta revolución se ha originado por un déficit de algunos millones…

—Hay que desconfiar siempre de las causas pequeñas.

—Todo va mal —repuso La Vieuville.

—Sí. La Rouarie ha muerto, Du Dresnay es idiota. ¡Qué tristes agitadores son los obispos! Coucy, obispo de la Rochelle; Beaupoil Saint-Aulaire, de Poitiers; Mercy de Luçon, amante de madame de l'Eschasserie…

—Que, como sabéis, se llama Servanteau, comandante, porque l'Echasserie es el nombre de una de sus tierras.

—¿Y ese falso obispo de Agra, que es cura de no sé dónde? —De Dol. Se llama Guillot de Folleville; es muy valiente y se bate como un héroe.

—¡Sacerdotes cuando se necesitan soldados! ¡Obispos que no son obispos! ¡Generales que no son generales!

—Comandante —interrumpió La Vieuville— ¿tenéis *Le Moniteur* en vuestra cabina?

—Sí.

—¿Qué obras representan ahora en París?

—*Adela y Paulino*, y *La Caverna*.

—Quisiera verlas.

—Las veréis; creo que estaremos en París dentro de un mes.

Boisberthelot reflexionó un momento y añadió:

—Quizás antes. Monsieur Windham se lo ha dicho a milord Hood.

—Pues entonces, comandante, no van tan mal las cosas.

—Todo iría perfectamente si supieran dirigir la guerra de Bretaña.

La Vieuville movió la cabeza.

—Comandante —preguntó—, ¿desembarcaremos la infantería de marina?

—La desembarcaremos si la costa nos es propicia; no, si nos es hostil. Algunas

veces la guerra revienta las puertas; pero otras se introduce furtivamente. La guerra civil debe llevar siempre en el bolsillo una llave falsa. Haremos lo que se pueda, pero lo que importa es el jefe.

Boisberthelot, pensativo, añadió:

—¿Qué os parece el caballero de Dieuzie?

—¿El joven?

—Sí.

—¿Para mandar?

—En efecto.

—Es un excelente oficial de tropa y de batalla regular; pero los bosques sólo los conocen los montañeses.

—Si eso creéis, renunciad al general Stofflet y al general Cathelineau.

La Vieuville meditó unos instantes antes de hablar, y dijo:

—Necesitaríamos un príncipe, un príncipe de Francia; un príncipe de sangre, un verdadero príncipe.

—¿Para qué? Quien dice príncipe…

—Dice cobarde; ya lo sé, comandante, pero yo lo quiero para que cause efecto entre esos papanatas.

—Mi querido caballero, los príncipes se niegan a venir.

—Tendremos que pasar sin ellos.

Boisberthelot hizo el movimiento maquinal que consiste en apretarse la frente con la mano, como para hacer salir alguna idea, y dijo:

—En fin, veremos lo que da de sí este general.

—Es un noble importante.

—¿Creéis que eso basta?

—Si es bueno… —observó La Vieuville.

—O sea, feroz —replicó Boisberthelot.

El conde y el caballero se miraron.

—Sí, señor Boisberthelot, habéis encontrado la palabra precisa. Lo que nos hace falta es una guerra sin misericordia. Ésta es la época de los sanguinarios. Los regicidas cortaron la cabeza de Luis XVI; nosotros debemos descuartizar a los regicidas. Sí, el general que necesitamos es el general Inexorable. En Anjou y en el alto Poitou, los jefes son magnánimos, hay entre ellos una puja de generosidad, y todo marcha mal allí. En el Marais y en el territorio de Retz los jefes son atroces, y todo marcha bien. Si Charette aguanta contra Parrein es porque demuestra tanta ferocidad como él. Son hiena contra hiena.

Boisberthelot no tuvo tiempo de replicar a La Vieuville, porque en aquel preciso momento fue interrumpido bruscamente por un grito desesperado. Al mismo tiempo se oyó un ruido que no se parecía a ninguno de los ruidos ordinarios; aquel grito y aquel ruido salían del interior del buque.

El capitán y el teniente se precipitaron hasta el entrepuente, pero no pudieron

penetrar en él; todos los artilleros subían aterrorizados.

Acababa de suceder algo espantoso.

IV

TORMENTUM BELLI

Uno de los cañones de la batería, una pieza de a veinticuatro, se había desprendido de sus amarras.

Éste es tal vez el suceso más terrible que puede ocurrir en el mar. Nada tan temible puede sucederle a un buque de guerra en alta mar y en plena navegación.

El cañón que rompe sus amarras se convierte bruscamente en una especie de bestia sobrenatural; es una máquina que se transforma en monstruo; una masa que corre sobre sus ruedas, que tiene movimientos de bola de billar, que se inclina al rodar, se sumerge al chocar, que va, viene, se detiene, parece que medita, recobra su carrera, atraviesa como una flecha el buque de un extremo al otro, salta, huye, se encabrita, choca, destroza, mata, extermina. Es un ariete que bate a su antojo la muralla, con la diferencia de que el ariete es de hierro y la muralla de madera. Es la puesta en libertad de la materia, como si ese esclavo eterno quisiera vengarse. Parece que la maldad que poseen los objetos inertes se subleva y estalla de repente; parece que pierda la paciencia y se tome una extraña revancha. Nada más inexorable que la cólera de lo inanimado. Aquel pedazo de hierro forjado, poseído por la locura, da saltos de pantera, tiene la pesadez del elefante, la agilidad del ratón, la terquedad del hacha, lo inesperado de las olas, la rapidez del rayo y la sordera del sepulcro. Su peso es enorme y salta como una pelota o tuerce bruscamente, cortando en ángulo recto la línea que antes trazó. ¿Qué hacer? ¿Cómo dominar semejante monstruo? La tempestad cesa; el ciclón pasa; el viento se apacigua; el mástil roto puede reemplazarse; la vía de agua se tapa; el incendio se extingue; pero, ¿qué puede hacerse con ese enorme bruto de bronce? ¿De qué medios valerse? Se puede hacer entrar en razón a un perro de presa, espantar a un toro, fascinar a una boa, amedrentar a un tigre, enternecer a un león; pero no hay ningún recurso contra ese monstruo que se llama cañón desamarrado. No lo podéis matar porque está muerto; y al mismo tiempo vive, vive con una vida siniestra que viene desde el infinito. Tiene debajo de sí su plataforma, sobre la que se balancea. Lo mueve el buque, al que mueve el mar, que se ve zarandeado por el viento. Ese exterminador no es más que un juguete del buque, de las olas y de los vientos; de todo esto enlazado nace su espantosa vida. ¿Cómo librarse de semejante máquina? ¿Cómo maniobrar en ese mecanismo monstruoso del naufragio? ¿Cómo es posible prever sus idas y venidas, sus vueltas y

sus choques? ¿Cómo adivinar cada uno de sus golpes, que puede hundir el buque? ¿Cómo evitar un proyectil que cambia de dirección, que se mueve, avanza, retrocede, choca a la derecha y a la izquierda, huye, pasa, desconcierta cualquier previsión, atropella el obstáculo y aplasta a los hombres? Lo terrorífico de la situación proviene de la movilidad del suelo; no es posible combatir un plano inclinado que tiene caprichos. El buque tiene, por decirlo así, dentro del vientre el rayo aprisionado que trata de huir; una especie de trueno que rueda sobre un temblor de tierra.

En un instante, toda la tripulación se puso en pie. El error lo cometió un cabo de cañón, que había olvidado echar el clavo de la cadena de amarre y ató mal las cuatro ruedas de la pieza, cosa que provocó que se moviera la plantilla y el bastidor y acabó por dislocar la braga. Rompió el tiro, de modo que el cañón no quedó firme en el afuste. La braga fija, que impide el retroceso, no estaba en uso en aquella época. Un golpe dado en la portañola de la batería había hecho que el cañón, mal amarrado, retrocediera y rompiera su cadena, empezando a rodar de modo descontrolado por el entrepuente. En el momento en que se rompió la amarra los artilleros estaban en la batería, unos en grupo y otros diseminados, ocupados en los trabajos del mar que ejecutan los marineros en previsión del zafarrancho de combate. La pieza, lanzada por el cabeceo del buque, penetró en uno de los grupos y aplastó a cuatro hombres en el primer golpe, después, empujada por el balanceo, partió por la mitad a otro infeliz y fue a chocar en el muro de babor con una pieza de la batería y la desmontó. De aquí el grito de angustia que se oyó. Toda la tripulación corrió a la escalera e instantáneamente la batería quedó vacía de gente.

La enorme pieza quedó sola, entregada a sí misma, y podía hacer lo que quisiera: era dueña de la corbeta. Toda la tripulación, acostumbrada a reír en las batallas, temblaba poseída por el espanto.

El capitán Boisberthelot y el teniente La Vieuville, dos hombres valientes, se detuvieron en lo alto de la escalera y mudos, pálidos y vacilantes, miraban hacia el entrepuente. Un hombre los apartó con el codo y descendió; era el pasajero, el campesino, de quien estaban hablando momentos antes. Al llegar al pie de la escalera, se detuvo.

V

VIS Y VIR

El cañón iba y venía por el entrepuente, como si fuera el carro viviente del Apocalipsis; el farol, oscilando bajo la roda de la batería, añadía a esta visión un vertiginoso balanceo de sombras y luz. La forma del cañón desaparecía en la

violencia de la carrera, y ya se lo veía negro en la claridad, ya reflejando ondas blancas en la oscuridad.

Continuaba la ejecución del navío: ya había roto otras cuatro piezas y hecho en los costados dos hendiduras que, por fortuna, estaban por encima de la línea de flotación, pero por las que entraría agua si sobreviniese una borrasca. Chocaba frenéticamente contra los costados del buque; la madera resistía, chasqueaba ante aquella masa desmesurada que golpeaba con una especie de ubicuidad inaudita por todas partes a la vez. Un grano de plomo sacudido en una botella no tiene una percusión tan incesante ni tan rápida. Las cuatro ruedas pasaban y volvían a pasar sobre los hombres muertos, los aplastaban, los cortaban y los despedazaban, y de los cinco cadáveres habían hecho veinte pedazos que rodaban al través de la batería. Las cabezas de los muertos parecían gritar, y arroyos de sangre corrían por el suelo. Los costados averiados del buque se entreabrían en muchos sitios, y en todo él reinaba un espanto terrible.

El capitán recobró al momento la sangre fría y mandó arrojar al entrepuente todo lo que podía amortiguar e impedir el curso desenfrenado del cañón: colchones, hamacas, repuestos de velas, rollos de cuerdas, sacos de equipaje y fardos de asignados[3] falsos, de los que la corbeta llevaba todo un cargamento, porque esta infamia inglesa se consideraba como un ardid de la guerra.

Nada evitaron todos esos bultos, porque nadie se atrevía a bajar para organizarlos como era conveniente, y en pocos minutos quedaron convertidos en hilachas.

El mar estaba lo bastante alborotado como para que este funesto accidente fuera lo más completo posible. Si se hubiera desatado una tempestad, ésta tal vez podría derribar al cañón sobre su caña, y una vez en el aire las cuatro ruedas se hubiera podido dominar el peligro. Pero esto no sucedió y el estrago continuaba; se veían desolladuras e incluso fracturas en los mástiles que, empotrados en la madera de la quilla, atraviesan los pisos de los buques y desempeñan el papel de grandes pilares redondos. Los golpes convulsos del cañón habían agrietado el palo de la mesana; el mástil de la mayor se hallaba lastimado y la batería se dislocaba. De treinta piezas, diez estaban fuera de combate; las brechas se multiplicaban y la corbeta empezaba a hacer agua.

El anciano pasajero, que había descendido al entrepuente, parecía un hombre de piedra colocado bajo la escalera. Dirigía la mirada serena a aquella escena de devastación. Inmóvil, no pestañeaba.

Cada movimiento de la pieza hacía prever el hundimiento del buque; si continuaban los estragos el naufragio sería inevitable; era preciso ya contener el desastre o morir, tomar un partido, ¿pero cuál? ¿Cómo apoderarse de aquel combatiente? Se trataba de detener a un loco furioso, de amarrar un rayo, de derribar a un monstruo.

Boisberthelot le dijo a La Vieuville.

—¿Creéis en Dios, caballero?

—Sí. No. A veces.

—¿Cuando hay tempestad?

—Sí, y en momentos como éste.

—En efecto —dijo Boisberthelot—, sólo Dios puede salvarnos.

Todos callaron, dejando que la pieza prosiguiera su loca carrera.

En el exterior, las olas batían al buque, respondiendo a los golpes del cañón con golpes de mar y produciendo el efecto de dos martillos que se alternaban.

De repente, en aquella especie de circo inabordable, donde saltaba el cañón escapado, se vio aparecer a un hombre con una barra de hierro en la mano. Era el autor de la catástrofe, el culpable de la negligencia y causa del accidente, el cabo de cañón encargado de la pieza. Causó el daño y quería repararlo: llevaba una barra en una mano y un cabo con nudo corredizo en la otra, y armado de este modo saltó al entrepuente.

En seguida comenzó un espectáculo titánico y feroz; el combate del cañón contra el artillero; la batalla de la materia contra la inteligencia; el duelo de la cosa contra el hombre. El hombre se situó en un ángulo con la barra y una cuerda en sus manos, firme sobre sus piernas, que parecían dos pilares de acero, y lívido, tranquilo y trágico, enraizado en el suelo, esperaba.

Esperaba que la pieza pasara cerca de él.

El artillero conocía su cañón y le parecía que vivía con él desde hacía tiempo; le había metido muchas veces las manos en la boca, era un monstruo familiar y empezó a hablarle como si fuera su perro.

—¡Ven! —le decía. Quizá lo amaba.

Deseaba que se acercase, pero esto suponía que se echaría sobre él y entonces estaría perdido; porque, ¿cómo evitar que lo aplastara? Todos contemplaban aterrados aquel espectáculo.

Nadie respiraba a sus anchas, excepto quizá el anciano, que estaba solo en el entrepuente como testigo siniestro de aquel combate, al alcance de la pieza de artillería, que podía triturarlo en cualquier momento. Sin embargo, no se movía.

Debajo de ellos, las olas encrespadas y ciegas dirigían el combate.

En el momento en que, aceptado el desafío cuerpo a cuerpo, llegó el artillero a provocar al cañón, una de las casualidades de los balanceos del mar hizo que la pieza permaneciera por un instante inmóvil y como estupefacta.

—¡Ven, aquí! —la animaba el cabo, y ella parecía escucharle.

Súbitamente cayó sobre el artillero. Él esquivó el choque.

Empezó la lucha. Inaudita. El frágil atacando al invulnerable. El combatiente de carne atacando a la bestia de bronce. De un lado la fuerza; del otro un alma.

Todo esto se desarrollaba en la penumbra; era como la visión confusa de un prodigio. Un alma; cosa extraña, se diría que el cañón también tenía alma, pero un alma llena de odio y rabia; parecía que aquel monstruo estaba dotado de ojos, y cualquiera hubiera dicho que espiaba al hombre. Se percibía cierta astucia en aquella

masa, porque escogía los momentos de su ataque. Era como un gigantesco insecto de hierro, parecía tener una voluntad demoníaca. Había momentos en los que aquella langosta colosal se acostaba en su plataforma, y después saltaba sobre sus cuatro ruedas como un tigre sobre sus cuatro garras, corriendo hacia el hombre. Éste, flexible, ágil y diestro, se retorcía como una culebra esquivando los movimientos de aquel rayo; pero los golpes que él evitaba los recibía el buque, que continuaba demoliéndose.

Un extremo de la cadena rota había quedado adherido a la pieza, enrollándose no se sabe cómo al tornillo del botón de la culata; un extremo de la misma estaba ligado al afuste, mientras el otro, libre, daba vueltas en torno al cañón, aumentando sus movimientos. El tornillo la apretaba como una mano cerrada y aquella cadena multiplicaba los golpes del ariete con los suyos propios, formando alrededor del cañón un terrible molinete; látigo de hierro, manejado por un puño de bronce, que complicaba el combate.

Sin embargo, el hombre seguía luchando. Incluso en algunos momentos era él quien atacaba al cañón, arrastrándose a lo largo del costado del buque con la barra y la soga en las manos. En aquellos momentos parecía que el cañón huía, era como si comprendiese que aquellos movimientos los hacía el artillero para tenderle una trampa. Éste, formidable, lo perseguía.

Esta lucha no podía durar mucho tiempo. El cañón pareció decirse: ¡Acabemos de una vez!, y se detuvo. Todos comprendieron que se acercaba el desenlace. El cañón, como en suspenso, parecía estar preparando una acción feroz. Bruscamente se precipitó sobre el artillero, éste lo esquivó dando un quiebro y gritó sonriendo:

—¡Otra vez!

El cañón, furioso, rompió una pieza de babor. Después, impulsado por la honda invisible que lo manejaba, se lanzó a estribor sobre el hombre, que esquivó otra vez el choque. Estallaron tres nuevas piezas bajo el impulso del cañón. Éste, entonces, como ciego y no sabiendo ya qué hacer, volvió la espalda al hombre, rodó de atrás adelante, chocó con la roda y acabó abriendo una brecha en el muro de proa. El hombre se había refugiado al pie de la escalera, a pocos pasos del anciano, y sujetaba la barra y la soga. El cañón pareció verlo, y sin ni siquiera molestarse en darse la vuelta, retrocedió sobre el hombre con la prontitud de un hachazo. La tripulación creyó que el hombre estaba perdido, y lanzó un grito.

Pero el anciano, hasta entonces inmóvil, se lanzó más rápido que un rayo, agarró un gran fardo de asignadas falsos, y aun a riesgo de morir aplastado logró arrojarlos entre las ruedas de la pieza. Aquel movimiento decisivo y peligroso fue ejecutado con tanta exactitud y precisión como si hubiera sido realizado por una persona cursada en todos los ejercicios descritos en el libro de Darosel sobre el *Manejo del cañón de marina*.

El paquete hizo el efecto de un tapón. Un guijarro detiene una rueda, una rama de árbol desvía un alud. La pieza tropezó, el artillero, a su vez, aprovechando aquella

temible coyuntura, metió la barra de hierro entre los radios de una de las ruedas traseras y el cañón se detuvo.

Estaba inclinado, y el hombre, con un movimiento de palanca que imprimió a la barra, lo derribó; la pesada mole cayó, produciendo el ruido de una campana que se desploma, y el hombre, bañado en sudor, se echó sobre ella y pasó el nudo corredizo al cuello de bronce del monstruo tendido en el suelo.

Así terminó el combate; el hombre había vencido. La hormiga dominó al mastodonte, el pigmeo hizo prisionero al trueno.

Los soldados y los marineros aplaudieron.

Toda la tripulación se precipitó con cables y cadenas sobre el cañón, quedando amarrado en un instante.

El artillero saludó al anciano.

—Señor —le dijo—, me habéis salvado la vida.

Pero el anciano, que ya había recuperado su actitud impasible, no le contestó.

VI

LOS DOS PLATILLOS DE LA BALANZA

Venció el hombre, pero también podía decirse que el cañón había vencido. Se evitó el naufragio inmediato; pero no estaba salvada la corbeta. Los desperfectos del buque parecían irremediables: la borda tenía cinco grietas, una de ellas muy grande; de treinta cañones, veinte quedaron inútiles. La pieza que había producido el desastre, vuelta a poner en su sitio y encadenada, era también inservible, ya que el tornillo del botón de culata estaba forzado y la puntería resultaba imposible. La batería quedaba reducida a nueve piezas. La bodega hacía agua. Había que acudir inmediatamente a reparar las averías y hacer funcionar las bombas.

El entrepuente presentaba un espectáculo desolador; el interior de la jaula de un elefante furioso no estaría más desmantelado que aquel lugar.

Por mucha necesidad que tuviera la corbeta de ocultarse de la vista de los cruceros, tenía una necesidad más imperiosa todavía, la salvación inmediata. Fue preciso iluminar el puente con algunos faroles situados en la borda.

Durante el tiempo que duró la trágica escena, absorta la tripulación en una cuestión de vida o muerte, no sabía lo que estaba pasando en el mar. La niebla se había hecho muy espesa, el tiempo cambió, y el viento se llevó el buque por donde quiso; la corbeta estaba fuera de rumbo, al descubierto de Jersey y Guernesey, más al sur de lo requerido. El balanceo del mar era amenazador; la brisa se convertía en vendaval, y una borrasca, quizá una tormenta, empezaba a dibujarse. No se distinguía

nada a cuatro pasos.

Mientras los hombres de la tripulación reparaban a toda prisa y sumariamente los estragos causados en el entrepuente, se cegaban las vías de agua y se aseguraban en la batería las piezas que se libraron del desastre, el anciano había vuelto a subir a cubierta.

Estaba apoyado en el mástil de la mayor.

Parecía indiferente al movimiento febril que se producía en el buque. El caballero La Vieuville dispuso en formación de batalla a los dos lados del palo mayor a los soldados de infantería de marina, y después, al oír un silbido del contramaestre, los marineros ocupados en la maniobra se pusieron de pie sobre las vergas.

El conde de Boisberthelot se adelantó hacia el pasajero.

Detrás del capitán iba un hombre de rostro pálido, jadeante, con el traje en desorden y un aire satisfecho, a pesar de su estado.

Era el cabo de cañón, que acababa de ser un oportuno domador de monstruos, logrando hacer entrar en razón al suyo.

El conde saludó militarmente al anciano vestido de campesino, y le dijo:

—Mi general, éste es el hombre.

El artillero permaneció de pie, con la vista baja, en actitud de ordenanza.

—Mi general —añadió Boisberthelot—, en vista de lo que ha hecho este hombre ¿no pensáis que sus jefes deberían hacer algo?

—Así lo creo —replicó el anciano.

—¿Tenéis la bondad de darnos vuestras órdenes?

—Vos sois quien debéis darlas, sois el capitán.

—Y vos el general —repuso Boisberthelot.

El anciano miró al artillero.

—Acércate.

El artillero dio un paso.

El anciano se volvió hacia el conde, desprendió la cruz de San Luis de su pecho y la prendió en la chaqueta del artillero.

—¡Hurra! —gritaron los soldados, presentando armas.

El anciano, señalando con el dedo al deslumbrado artillero, añadió:

—¡Ahora, que fusilen a este hombre!

El estupor sucedió a la aclamación.

—Una negligencia ha comprometido el buque —explicó, alzando la voz—, que a estas horas está perdido. Estar en el mar es estar ante el enemigo. Un buque que hace una travesía es un ejército que da una batalla. La tempestad se esconde, pero no desaparece. Todo el mar es una emboscada, y toda falta cometida en presencia del enemigo merece la pena de muerte. No hay en estos casos reparación posible. El valor debe ser recompensado, y la negligencia, castigada.

Estas palabras cayeron una tras otra, graves, inexorables, como golpes de hacha sobre el tronco de una encina.

—Que se cumplan mis órdenes —añadió el anciano, mirando a los soldados.

El hombre en cuya chaqueta brillaba la cruz de San Luis bajó la cabeza a una señal del conde de Boisberthelot. Dos marineros bajaron al entrepuente y después volvieron trayendo la hamaca-sudario. El capellán del buque, que desde su partida estaba orando en la cámara de los oficiales, acompañaba a los dos marineros. Un sargento sacó de formación a doce soldados, que dispuso en dos filas. El artillero, sin pronunciar palabra, se colocó entre las dos filas, y el capellán, con el crucifijo en la mano, se adelantó, poniéndose a su lado.

—¡Marchen! —gritó el sargento.

El pelotón se dirigió a paso lento al lugar de la ejecución, seguido de los dos marineros que llevaban el sudario.

Un triste silencio se abatió sobre la corbeta; un huracán silbaba a lo lejos.

Unos momentos después se oyó una detonación en las tinieblas y apareció un relámpago. Luego todo volvió a quedar en silencio, sin que se escuchase más ruido que el de un cadáver cayendo al mar.

El anciano, recostado todavía en el palo mayor, cruzó los brazos y permaneció pensativo.

Boisberthelot, dirigiendo hacia él el índice de la mano derecha, confió al oído de La Vieuville:

—La Vendée ya tiene un jefe.

VII

QUIEN SE HACE A LA MAR, JUEGA A LA LOTERÍA

¿Qué iba a ser de la corbeta?

Las nubes, que toda la noche se habían mezclado con las olas, descendieron de tal modo que borraron el horizonte, y el mar apareció como bajo un manto. Sólo se veía niebla por todas partes, situación peligrosa para cualquier buque.

A la bruma se unía también el oleaje.

Aprovecharon el tiempo; la tripulación aligeró la corbeta, arrojando al mar todo lo destrozado por la pieza, como cañones desmontados, afustes rotos, trozos de madera torcidos o desclavados, piezas de hierro rotas… Abrieron las portañolas y por ellas deslizaron, sobre tablas hacia el mar, cadáveres y restos humanos, envueltos en sudarios.

El mar empezaba a ser temible, no porque fuera inminente la tempestad, pues, por el contrario, se oía decrecer el huracán que bramaba tras el horizonte, y sus ráfagas se alejaban hacia el norte; pero las olas eran gigantescas, indicando un peligroso mar de

fondo. Como la corbeta había quedado muy endeble, oponía poca resistencia a las sacudidas y eran funestas para ella las inmensas olas.

Gacquoil seguía junto al timón, pensativo.

Ofrecer al mal tiempo buena cara es habitual en los comandantes del mar.

La Vieuville, que era de carácter desenvuelto ante las catástrofes, se acercó a Gacquoil y le dijo:

—Me parece, piloto, que el huracán mengua; creo que no habrá tempestad; tendremos viento y nada más.

—Quien tiene viento, tiene mar —respondió gravemente Gacquoil.

La respuesta era poco tranquilizadora, pues para un buque que hace aguas, *tener mar* es llenarse de ellas rápidamente. Gacquoil remarcó este pronóstico con un vago fruncimiento de cejas. Tal vez, después de la catástrofe del cañón y del artillero La Vieuville hablaba con demasiada jovialidad y ligereza. Hay cosas que traen desgracia si se las ignora. El mar es un secreto; nunca se sabe lo que contiene. Hay que ser precavido.

La Vieuville sintió la necesidad de retornar a la seriedad.

—¿Dónde estamos, piloto?

—En la voluntad de Dios.

Un piloto es un sabio y hay que dejarle hacer, y muchas veces dejarle decir.

Además, esta clase de hombres hablan poco. La Vieuville se alejó del timón, pero el horizonte se encargó de responder a la pregunta del caballero.

El mar se descubrió de repente.

Se rasgaron las brumas que se arrastraban sobre las olas, su oscuro desorden se presentó a la vista en la claridad crepuscular, y ofreció el siguiente espectáculo:

El cielo estaba cubierto de nubes, pero éstas no tocaban el mar. Al Oriente se veía una luz blanca que anunciaba el amanecer; al Oeste otro resplandor blanco azulado mostraba el punto por donde había desaparecido la luna. Estas dos blancuras formaban sobre el horizonte, una frente a la otra, dos extrañas bandas de resplandor pálido, entre el mar oscuro y el tenebroso cielo.

Sobre estas dos claridades se dibujaban rectas e inmóviles siluetas negras.

A Occidente, sobre el horizonte iluminado por la luna, se dibujaban tres altas rocas como dólmenes célticos.

A Oriente, en el horizonte pálido de la mañana, se levantaban ocho velas formadas en orden y separadas simétricamente unas de otras. Las tres rocas eran un escollo y las ocho velas, una escuadra.

La corbeta tenía, pues, detrás de ella, a los Minquiers, rocas peligrosas, y delante a la escuadra francesa. A Oriente, el abismo, a Occidente la matanza; estaba entre el naufragio y el combate.

Para afrontar al escollo, la corbeta sólo podía contar con su casco agujereado y dislocado, y con una arboladura desgarrada en sus raíces. Para afrontar la batalla poseía una artillería de la que veintiún cañones de los treinta estaban desmontados, y

cuyos mejores artilleros habían muerto.

Era muy débil aún la claridad del día y reinaba la oscuridad en todo el buque. La oscuridad podía prolongarse algún tiempo, porque obedecía a las nubes altas y espesas que formaban una especie de bóveda.

El viento, que había disipado las nieblas bajas, empujaba la corbeta hacia los Minquiers.

Por el exceso de fatiga que el estrago había causado, la corbeta ya casi no obedecía al timón, y en vez de navegar era arrastrada y abofeteada por las olas.

El escollo trágico de los Minquiers era más terrible y más áspero en aquel tiempo que hoy día. Muchas torres de aquella ciudadela del abismo han sido arrasadas por el incesante golpear del mar; la configuración de los escollos cambia; las olas y las mareas hacen de sierras o cuchillos. En aquella época, tocar los Minquiers era sinónimo de naufragar.

La Armada era la escuadra de Cancale, que más tarde se hizo célebre bajo el mando del capitán Duchesne, al que Léquinio llamaba “padre Duchêne”.

La situación era crítica: la corbeta, durante el episodio del desprendimiento del cañón, se había desviado de su rumbo sin que nadie lo advirtiera, dirigiéndose más bien hacia Granville que a Saint-Malo; pero, aunque hubiera podido navegar a toda vela, los Minquiers le cerraban la vuelta hacia Jersey, y la escuadra le impedía alcanzar las costas de Francia.

La tempestad había cesado. Pero, como había dicho el piloto, había mar. El mar, empujado por un viento furioso, era salvaje.

El mar no dice nunca de una vez todo lo que quiere; de todo hay en el abismo, hasta trampas. Podría afirmarse que el mar usa este procedimiento: adelanta y retrocede; propone y se desdice; preludia una borrasca y renuncia a ella; promete el abismo y no lo presenta; amenaza en el Norte y da en el Sur. Durante toda la noche, la corbeta *Claymore* tuvo encima la niebla, temiendo la tormenta: el mar se desmentía de un modo feroz; insinuó la tempestad y sirvió el escollo. Pero bajo una forma u otra, el resultado siempre sería el mismo: el naufragio.

Al choque contra el escollo se añadía el exterminio en el combate. Un enemigo contemplaba al otro.

La Vieuville exclamó con una carcajada irónica:

—Naufragio aquí y combate allá. Tenemos diversión por ambas partes.

VIII

9 = 380

La corbeta estaba a punto de naufragar.

En la azulada claridad esparcida alrededor del buque, en la lobreguez de las nubes, en la confusa movilidad del horizonte, en el misterioso movimiento de las olas, reinaba una solemnidad sepulcral. A excepción del viento que soplaba con impulso hostil, todo estaba en silencio. La catástrofe surgía del abismo con majestad, parecida más a una visión que a un ataque. Nada se movía, ni en las rocas ni en los barcos; era una especie de silencio colosal. ¿Los tripulantes de la corbeta tenían que luchar con algo real, o con un sueño que pasaba sobre el mar? En las leyendas se encuentran esta clase de visiones; la corbeta estaba, en cierto modo, entre el escollo demoníaco y la escuadra fantasma.

El conde de Boisberthelot dio a media voz órdenes a La Vieuville, que bajó a la batería; después el capitán tomó el anteojo y fue a situarse a proa, junto al piloto.

Los esfuerzos de Gacquoil se concentraban en mantener a flote el navío, porque tomando de costado el viento y el mar se hundiría inevitablemente.

—Piloto —dijo el capitán—, ¿dónde estamos?

—Cerca de los Minquiers.

—¿Por qué parte?

—Por la mala.

—¿Qué fondo tenemos?

—Roca pelada.

—¿Es posible acoderar?

—Es posible morir —contestó el piloto.

El capitán dirigió el anteojo hacia el Oeste y examinó los Minquiers; después lo volvió hacia el Este y contempló las velas que estaban a la vista.

El piloto continuó como hablando consigo mismo:

—Son los Minquiers, que sirven de reposo a la risueña gaviota cuando se va de Holanda, y al gran cuervo marino de manto negro.

Entretanto, el capitán contaba las velas. Ocho buques formados levantaban sobre el agua su perfil de guerra; en el centro de ellos se destacaba la alta arboladura de un navío de tres puentes.

El capitán le preguntó al piloto:

—¿Conocéis estas velas?

—Sí, es la escuadra —respondió Gacquoil.

—¿De Francia?

—Del diablo.

Hubo un instante de silencio y después el capitán añadió:

—¿Toda la escuadra está ahí?

—No toda.

En efecto, el 2 de abril, Valazé había anunciado a la Convención que diez fragatas

y seis navíos de combate cruzaban el canal de la Mancha. Este recuerdo apareció en la mente del capitán.

—Es verdad, la escuadra se compone de dieciséis buques y aquí sólo hay ocho.

—Los otros —dijo Gacquoil— se arrastran por esta costa, y espían.

El capitán, mirando con el anteojo, murmuró:

—Hay un navío de tres puentes, dos fragatas de primer orden y cinco de segundo: son buenos buques; he mandado en algunos de ellos.

—Yo —dijo Gacquoillos he visto de cerca. No tomaré a uno por el otro, los llevo en la mente.

El capitán le pasó el anteojo al piloto.

—¿Distinguís bien la nave capitana?

—Sí, mi comandante; es el navío *Côte d'Or*.

—Que han rebautizado —replicó el capitán—; antes se llamaba *États-de-Baurgogne*. Un navío nuevo. Ciento veintiocho cañones.

Sacó del bolsillo un cuaderno y un lápiz y escribió en una página el número ciento veintiocho. Después prosiguió:

—Piloto, ¿cuál es ese de babor?

—*La Experímentée*.

—Una fragata de primer orden, con cincuenta y dos cañones. Se estaba armando en Brest hace dos meses. El capitán anotó en el cuaderno el número cincuenta y dos.

—Piloto, ¿cuál es la segunda vela de babor?

—*La Dryade*.

—Fragata de primer orden; cuarenta cañones de a dieciocho. Ha estado en la India y tiene una buena hoja de servicios.

El capitán escribió debajo del cincuenta y dos el número cuarenta; después levantó la cabeza y dijo:

—Pasemos a estribor.

—Mi comandante, son todas fragatas de segundo orden y hay cinco.

—¿Cuál es la primera, contando desde el navío?

—*La Résolue*.

—Treinta y dos piezas de a dieciocho. ¿Y la segunda?

—*La Richemont*, que lleva la misma fuerza.

—¿Cuál sigue después?

—*La Athée*.

—¡Mal nombre para andar por el mar! ¿Y luego?

—*La Calypso*.

—¿Después?

—*La Preneuse*.

—Cinco fragatas de treinta y dos piezas cada una.

El capitán escribió debajo de los números el ciento sesenta.

—¿Las conocéis bien, piloto?

—Como vos —le contestó Gacquoil.

—Conocerlas desde aquí es ya algo, pero conocerlas a fondo vale mucho más.

El capitán, con la vista fija en su cuaderno, lo examinaba y murmurando entre dientes, dijo:

—Ciento veintiocho, cincuenta y dos, cuarenta y ciento sesenta.

En aquel momento La Vieuville subió a la cubierta.

—Caballero —le dijo el capitán—, estamos en presencia de trescientas ochenta piezas de artillería.

—¿Qué vamos a hacer? —contestó La Vieuville.

—La Vieuville, vos venís de la inspección. ¿Cuántas piezas nos quedan definitivamente en estado de hacer fuego?

—Nueve.

—¡Vaya! —contestó a su vez Boisberthelot.

Tomó de nuevo el anteojo de manos del piloto y miró al horizonte.

Los ocho buques, silenciosos y negros, parecían inmóviles, pero su tamaño iba aumentando progresivamente. La escuadra se acercaba a la corbeta.

La Vieuville efectuó el saludo militar y dijo:

—Comandante, he aquí mi informe. Siempre desconfié de esta corbeta *Claymore*, porque es triste embarcarse repentinamente en un buque que no os conoce o que no os quiere. El buque inglés es traidor a los franceses; la perra de la pieza suelta lo ha demostrado. Bien, he inspeccionado el navío; tiene buenas anclas, buen hierro, forjado todo, con barras soldadas al martinete; solidez en las cadenas, cables excelentes, fáciles de largar y con la longitud de ordenanza, de ciento veinte brazas; bastantes municiones. Seis artilleros muertos. Pueden disparar se setenta y un tiros por pieza.

—Pero no hay más que nueve —masculló el capitán.

Boisberthelot dirigió su anteojo sobre el horizonte una vez más. Continuaba la lenta aproximación de la escuadra.

Las piezas de artillería cortas que llevaba el buque, llamadas carronadas, tienen la ventaja de que tres hombres bastan para maniobrarlas, pero poseen un inconveniente, y es que su alcance es menor y menos certero que el de los cañones más largos; era preciso, pues, dejar que la escuadra se situara a tiro de carronada.

El capitán dio sus órdenes en voz baja y se estableció el silencio en el buque. Sin que se tocara zafarrancho, se ejecutó con rapidez. La corbeta estaba tan inutilizada para luchar contra los hombres como contra las olas. Se sacó, sin embargo, todo el partido posible de aquel resto de buque de guerra. Se acumularon cerca de los guardines, sobre el pasamanos, todos los calabrotes de repuesto y todo lo que pudiera afirmar, en caso necesario, la arboladura. Se ordenó el sitio destinado a los heridos, se formaron bastiones de estopa sobre el puente —una garantía contra la fusilería, pero no contra los cañones—, se llevaron pasabalas, aunque era un poco tarde para examinar los calibres, pues no se habían previsto tantos incidentes. Cada marinero

recibió una cartuchera y se puso en el cinto un par de pistoletes y un puñal. Se apuntó la artillería, se preparó la fusilería, se dispusieron convenientemente las hachas y los garfios de abordaje, se prepararon los cartuchos de cañón y de fusil, se abrió el depósito de la pólvora y cada hombre tomó su puesto sin pronunciar ni una palabra, como en el cuarto de un moribundo. Aquel movimiento fue rápido y lúgubre.

Después acoderaron la corbeta. Tenía seis anclas, como una fragata; se echaron al mar las seis; el ancla de vigilancia delante, la de remolque detrás; la del flujo del lado del mar; la de reflujo del lado del escollo; la de horquilla a estribor, y el ancla maestra a babor. Las nueve carronadas que quedaron útiles fueron puestas en batería, todas a un lado del buque, el del enemigo.

La escuadra, no menos silenciosa, había contemplado su maniobra. Los ocho buques formaron un semicírculo, cuya cuerda constituían los Minquiers. *La Claymore*, encerrada en él, agarrotada por sus propias anclas, tenía delante al enemigo y detrás el escollo, es decir, el naufragio.

Parecía que de una parte y de la otra se esperaban.

Los artilleros de *La Claymore* estaban en sus puestos.

Boisberthelot dijo a La Vieuville:

—Quisiera romper yo el fuego.

—Pura coquetería —sonrió La Vieuville.

IX

ALGUIEN SE ESCAPA

El pasajero, que no había abandonado el puente, lo observaba todo, impasible.

Boisberthelot se acercó a él.

—Señor, está todo preparado; estamos agarrados a la tumba y no es fácil que la soltemos. Caeremos prisioneros de la escuadra o de los escollos. Tenemos que rendirnos al enemigo o estrellarnos contra los rompientes. No hay otra alternativa, nos queda un solo recurso: morir. Combatir es preferible a naufragar y prefiero llenarme de metralla a morir ahogado. En materia de muerte prefiero el fuego al agua. Pero a vos no os corresponde morir: sois el hombre escogido por los príncipes y tenéis la gran misión de dirigir la guerra de la Vendée; si perecéis, la monarquía se perderá; debéis pues vivir. Nuestro honor consiste en permanecer aquí; el vuestro, por el contrario, en alejaros de este sitio. Vais, pues, mi general, a abandonar el buque. Os daré un hombre y un bote, que os conducirá a la costa dando un rodeo. Aún no es de día, las olas son altas, el mar está oscuro y podéis salvaros. Hay situaciones en las que huir es vencer.

El anciano inclinó gravemente la cabeza en señal de asentimiento.

El conde de Boisberthelot levantó la voz:

—¡Soldados y marineros!

Todos prestaron atención y desde todos los puntos del buque los rostros se volvieron hacia el capitán.

Éste prosiguió:

—El hombre que está entre nosotros representa al rey. Nos lo han confiado y debemos preservarlo, porque es necesario para restablecer el trono en Francia. A falta de un príncipe, él será, al menos eso esperamos, el jefe de la Vendée. Es un gran militar y debía abordar las costas de Francia con nosotros. Es preciso que llegue a ella sin nosotros. Salvar su cabeza es salvarlo todo.

—¡Sí, sí! —gritó toda la tripulación.

El capitán continuó:

—También correrá graves peligros, porque no será fácil alcanzar la costa. Necesitaría un buque grande y resistente para arrostrar el oleaje, y es necesario, en cambio, que vaya en un barco pequeño para burlar la vigilancia de la escuadra. Se trata de tomar tierra en un punto cualquiera que sea seguro, y más bien hacia la parte de Fougères que hacia Coutances. Se necesita un marinero robusto, buen remero y buen nadador, hijo del país y que conozca estos mares. Todavía hay bastante oscuridad para que el bote pueda alejarse de la corbeta sin ser visto; además, aquí haremos bastante humo para que quede totalmente oculto. Su pequeñez le ayudará a sortear los escollos, porque donde la pantera queda presa, la comadreja escapa. No hay salida para nosotros, pero sí para él. El bote se alejará de aquí a fuerza de remos; los buques enemigos no lo verán, porque además de la oscuridad, nosotros proporcionaremos buen divertimiento. ¿Qué os parece? ¿Lo habéis entendido?

—¡Sí, sí! —gritó la tripulación.

—No hay tiempo que perder —agregó el capitán—. ¿Hay en la corbeta un hombre de buena voluntad?

Un marinero salió de entre las filas y dijo:

—Yo.

X

¿ESCAPARÁ?

Unos instantes después, uno de esos pequeños botes denominados chalupas, que están especialmente al servicio de los capitanes, se alejaba de la corbeta. Llevaba dos hombres: el anciano pasajero, que iba sentado a popa, y el marinero de “buena

voluntad” que estaba en la proa.

La noche era todavía muy oscura. El marinero, conforme a las indicaciones del capitán, remaba vigorosamente en dirección a los Minquiers, única salida posible en aquellas circunstancias.

En el fondo del bote se habían depositado varias provisiones: un saco de bizcochos, una lengua de vaca ahumada y un barril de agua.

En el momento en que la chalupa se hizo a la mar, La Vieuville, bromeando ante el peligro, se inclinó sobre el codaste del timón de la corbeta y dirigió al bote este saludo burlón:

—Bueno para huir, pero excelente para ahogarse.

—Caballero —dijo el piloto—, no hay para reírse.

El bote se separó de la corbeta y en breve se vio muy distante; el viento y el mar estaban de acuerdo con el remero y la frágil embarcación huyó rápidamente, ondulante, oculta por el crepúsculo y por los inmensos pliegues de las olas.

Reinaba sobre la mar una expectación sombría.

De repente, en el vasto y tumultuoso silencio del océano se oyó una voz que, aumentada por la bocina, como la máscara de bronce de la tragedia antigua, parecía casi sobrehumana. Era el capitán Boisberthelot, que tomaba la palabra nuevamente.

—¡Marinos del rey! —gritó—. ¡Izad el pabellón blanco en el palo mayor! ¡Vamos a ver brillar el sol por última vez!

Al decir esto un cañonazo salió de la corbeta.

—¡Viva el rey! —gritó la tripulación.

Al extremo del horizonte se oyó otro grito inmenso, lejano, confuso, que decía:

—¡Viva la República!

Y un estrépito semejante al de trescientos rayos estalló entre las profundidades del océano.

La lucha comenzó.

El mar se cubrió de humo y de fuego.

Los chorros de espuma que forman las balas de cañón al caer en el agua picotearon las olas por todas partes.

La Claymore empezó a vomitar fuego sobre los ocho buques. Al mismo tiempo, toda la escuadra, formada en semicírculo alrededor de la corbeta, escupía llamas por todas sus baterías. Se incendió el horizonte. Parecía que un volcán salía del mar. El viento retorcía el inmenso púrpura de la batalla, entre el que los buques aparecían y desaparecían como espectros. En primer término se dibujaba el esqueleto negro de la corbeta sobre el fondo rojo.

Se distinguía en la punta del palo mayor el pabellón sembrado de flores de lis.

Los dos hombres que iban en el bote guardaban silencio.

El fondo triangular de los Minquiers, especie de Trinacrio[4] submarino, es mayor que la isla entera de Jersey. El mar lo cubre y tiene por punto culminante una meseta que sobresale hasta en las más altas mareas, y en la que se destacan al Norte seis

poderosas rocas formadas en línea recta que causan el efecto de una gran muralla, derruida aquí y allá. El estrecho entre la meseta y los seis escollos sólo es practicable para barcos de poquísimo calado; más allá se encuentra ya alta mar.

El marinero que se encargó de salvar al pasajero metió la embarcación por entre aquellas rocas, interponiendo así los Minquiers entre la batalla y la pequeña embarcación. Remó después con destreza por el estrecho canal, evitando los arrecifes, tanto a babor como a estribor, y entonces las rocas les ocultaron la batalla. El resplandor del horizonte y el furioso estruendo del cañoneo empezaba a decrecer a causa de la distancia, que iba aumentando a cada momento. Pero a juzgar por la continuidad de las detonaciones, se comprendía que la corbeta se sostenía y que estaba dispuesta a agotar hasta la última de sus ciento noventa y una andanadas.

El bote no tardó en verse en aguas libres, lejos del escollo, de la batalla y del alcance de los proyectiles.

Poco a poco, el mar iba siendo menos oscuro y se ensanchaban los puntos luminosos, la espuma se rompía aquí y allá en chorros de luz y brillantes manchas blancas flotaban en la superficie de las olas. Por fin, surgió el día.

El bote estaba ya fuera del alcance del enemigo, pero todavía quedaba por hacer lo más difícil. Se había librado de la metralla, pero no estaba libre del naufragio. Con su casco pequeño, imperceptible, sin puente, sin vela, sin mástil, sin brújula, sin otro recurso que el remo, se encontraba en alta mar y a merced del huracán, un átomo a la merced de colosos.

Entonces, en aquella inmensidad, en aquella soledad, el hombre que iba a proa alzó su rostro, que la luz matinal hacía palidecer, miró fijamente al hombre que iba a su espalda y dijo:

—Soy el hermano del que hicisteis fusilar.

Libro Tercero

HALMALO

I

LA PALABRA ES EL VERBO

El anciano levantó lentamente la cabeza.

El hombre que le había dirigido la palabra tendría unos treinta años. Tenía en la frente el color tostado del mar; sus ojos eran extraños, lanzaban la mirada sagaz del marinero desde las pupilas cándidas del campesino. Empuñaba con brío los remos. Su aspecto era agradable.

En la cintura llevaba un puñal, dos pistolas y un rosario.

—¿Quién eres? —preguntó el anciano.

—Ya os lo he dicho.

—¿Qué quieres de mí?

El hombre soltó los remos, cruzó los brazos y respondió:

—Mataros.

—Como gustes —dijo el anciano.

—Preparaos, pues —levantó la voz el marinero.

—¿A qué?

—A morir.

—¿Por qué? —preguntó el anciano.

Hubo un silencio. El marinero pareció desconcertado ante la pregunta. Luego exclamó:

—Os digo que voy a mataros.

—Y yo pregunto por qué. Los ojos del marinero despidieron un relámpago.

—¡Porque habéis hecho matar a mi hermano!

—Empecé por salvarle la vida —repuso el anciano con serenidad.

—Es verdad; primero lo salvasteis y después lo asesinasteis.

—No soy yo quien lo mató.

—¿Quién entonces?

—Su falta.

El marinero contempló al anciano con la boca abierta; pero después sus cejas recobraron su atroz arqueo.

—¿Cómo te llamas? —añadió el anciano.

—Halmalo, pero no necesitáis saber mi nombre para que os mate.

En aquel momento apareció el sol en el horizonte. Un rayo de luz dio al marinero en el semblante e iluminó vivamente su rostro salvaje. El viejo lo contemplaba fijamente.

El cañoneo se prolongaba aún, pero con interrupciones y jadeos de agonía; grandes nubes de humo se dibujaban sobre el horizonte, y el bote abandonado por el remero estaba a merced de las olas.

El marinero sacó con la mano derecha una pistola de su cinto y tomó con la izquierda el rosario.

El anciano se puso de pie.

—¿Crees en Dios? —preguntó.

—Padre nuestro que estás en los cielos —replicó el marinero. Luego hizo la señal de la cruz.

—¿Tienes madre?

—Sí.

Volvió a persignarse. Después dijo:

—Os doy un minuto, caballero.

Acto seguido amartilló la pistola.

—¿Por qué me llamas caballero?

—Porque sois un señor. Eso se nota.

—¿Tienes tú señor?

—Sí, y uno grande. ¿Por ventura hay alguien que viva sin señor?

—¿Dónde está?

—No lo sé. Abandonó el país. Es el marqués de Lantenac, vizconde de Fontenay, príncipe en Bretaña y señor de las Siete Florestas, y aunque jamás lo he visto, eso no impide que sea mi amo.

—Y si lo vieses ¿le obedecerías?

—Ciertamente, en caso contrario sería un pagano. Se debe obediencia a Dios, en primer lugar, y luego al señor, que es como el rey. Pero ahora no se trata de eso. Vos habéis matado a mi hermano y es preciso que yo os mate.

—En primer lugar, si maté a tu hermano, hice bien.

El marinero apretó el puño sobre la pistola.

—Vamos —conminó al anciano.

—Sea —contestó éste con serenidad. Luego agregó—: ¿Dónde está el sacerdote?

El marinero lo miró estupefacto.

—¿El sacerdote?

—Sí, el sacerdote. Yo le he dado un sacerdote a tu hermano, tú debes darme uno a mí.

—No tengo ninguno —reconoció el marinero. Preguntó—: ¿Acaso hay sacerdotes en alta mar?

Las detonaciones del combate estaban cada vez más lejanas.

—Los que mueren allí tienen el suyo —replicó el anciano.

—Es verdad —admitió el marinero.

—Pierdes mi alma, lo cual es grave —continuó el anciano.

El marinero bajó la cabeza, pensativo.

—Y al perder mi alma, pierdes la tuya. Escucha, tengo lástima de ti. Harás lo que quieras, claro está, pero yo he cumplido con mi deber, primero salvando la vida de tu hermano, y después quitándosela. Ahora, en este momento, cumplo también con mi deber tratando de salvar tu alma. ¿Oyes aquellos cañonazos? Allí hay hombres que perecen, desesperados que agonizan, maridos que no volverán a ver a sus mujeres, padres que no verán más a sus hijos, hermanos que como tú no han de ver ya nunca más a sus hermanos. ¿Y por culpa de quién? Por culpa del tuyo. Tú crees en Dios, ¿no es verdad? Pues bien, tú sabes que Dios padece en este momento. Dios padece en su hijo cristianísimo el rey de Francia, que es un niño como el niño Jesús y que está preso en la torre del Temple. Dios padece en su iglesia de Bretaña, Dios padece en sus catedrales insultadas, en sus evangelios destruidos, en sus casas de oración violadas, en sus sacerdotes asesinados. ¿Qué veníamos a hacer nosotros en ese buque que sucumbe en este instante? Veníamos en auxilio de Dios. Si tu hermano hubiese cumplido como un buen servidor; si hubiese cumplido fielmente su oficio de hombre instruido y útil, no habría sucedido la desgracia de la carronada, la corbeta no hubiese quedado desamparada ni se hubiese desviado de su rumbo; no habría caído en poder de esa escuadra de perdición y a estas horas estaríamos desembarcando en Francia, como valientes hombres de guerra y de mar que somos, sable en mano, la bandera desplegada, numerosos, contentos, alegres, para ayudar a los valientes aldeanos de la Vendée a salvar a Francia, al rey y la causa de Dios. Esto es lo que veníamos a hacer; esto es lo que hubiésemos hecho; esto es lo que yo, el único que queda, podría hacer todavía. Pero tú te opones a ello; en esta lucha de los impíos contra los sacerdotes, de los regicidas contra el rey, de Satanás contra Dios, tú estás por Satanás. Tu hermano ha sido el primer auxiliar del diablo, tú serás el segundo; él la ha comenzado, tú acabas la obra. Tú estás con los regicidas contra el trono, con los infieles contra la Iglesia, tú quitas a la causa de Dios su último recurso. Porque no estando yo allí, yo que represento al rey, las aldeas continuarán ardiendo, las familias llorando, los sacerdotes muriendo, Bretaña padeciendo, en la cárcel el rey y Jesucristo en la aflicción. ¿Y quién será el responsable? Tú. Adelante. Concluye la obra. Contaba contigo para todo lo contrario, pero ya veo que me engañé. Sí, es verdad, tienes razón, yo he mandado matar a tu hermano. Tu hermano fue un valiente y lo recompensé. Fue culpable y lo castigué. Él faltó a su deber, yo no podía faltar al mío. Lo que he hecho, lo volvería a hacer de nuevo, lo juro por la gran santa Anne d’Auray que nos contempla. En casos semejantes, lo mismo que he mandado fusilar a tu hermano, hubiese mandado fusilar a mi hijo. Ahora eres tú aquí el amo, pero te compadezco. Has mentido a tu capitán. Tú, cristiano, te muestras sin fe; tú, bretón, te presentas sin honor; me han confiado a tu lealtad y he recibido tu traición, y les das mi muerte a los que has prometido mi vida. ¿Sabes qué pierdes aquí? Pues a ti

mismo. Tomas mi vida, que es la del rey, y das tu eternidad al demonio. ¡Adelante, consuma tu crimen, no te detengas! Vende por nada tu parcela de paraíso; gracias a ti, el diablo vencerá; gracias a ti, las iglesias caerán, los paganos continuarán fundiendo las campanas y convirtiéndolas en cañones, los hombres recibirán la metralla de aquello que salvaba las almas. En el momento del que te hablo, la campana que tocó en tu bautismo matará tal vez a tu madre. Prosigue, ayuda al diablo, no te detengas. Sí, condené a tu hermano, pero soy el instrumento de Dios. ¡Ah, tú juzgas los caminos de Dios! Tú juzgas el rayo que está en el cielo. ¡Desdichado! El rayo te juzgará a ti. Mira qué vas a hacer. ¿Sabes siquiera si me hallo en estado de gracia? No; sin embargo, haz lo que gustes. Eres libre de enviarme al infierno y arrojarte en él conmigo. La condenación de ambos está en tus manos; el responsable ante Dios serás tú. Estamos solos, frente a frente, en el abismo. Continúa, acaba, termina. Soy un anciano y tú eres joven; yo estoy desarmado y tú tienes armas. ¡Mátame!

Mientras el anciano, de pie, con voz que dominaba el tumor del mar, pronunciaba estas palabras, las ondulaciones de las olas lo hacían aparecer ya en la sombra, ya en la luz. El marinero estaba lívido; gruesas gotas de sudor caían de su frente; temblaba como la hoja en el árbol; besaba de vez en cuando el rosario. Y cuando el anciano hubo concluido, se arrojó de rodillas y tiró la pistola.

—¡Perdón, señor, perdón! —sollozó—. Habláis como el buen Dios. Estaba equivocado. Mi hermano fue culpable, y haré cuanto pueda por reparar su crimen. Disponed de mí. Mandad y obedeceré.

—Te perdono —contestó el anciano.

II

MEMORIA DE CAMPESINO VALE POR CIENCIA DE CAPITÁN

Las provisiones que había en el bote no fueron inútiles.

Los dos fugitivos, obligados a dar un largo rodeo, pasaron en él treinta y seis horas antes de avistar la costa. Permanecieron toda una noche en el mar, pero fue hermosa, aunque con demasiada luna para personas que deseaban ocultarse.

Debieron alejarse de Francia y emprender el largo camino de Jersey.

Oyeron el último y supremo cañoneo de la vencida corbeta como se escucha el último rugido del león muerto por los cazadores en la selva. Después se restableció un profundo silencio, sólo turbado por el susurro de las olas.

La corbeta *Claymore* acabó del mismo modo que Le Vengeur, pero la gloria la ha ignorado. Nadie es héroe contra su patria.

Halmalo era un marino excelente. Realizó milagros a base de destreza e inteligencia, y su improvisación de un itinerario a través de los escollos, las olas y la vigilancia del enemigo fue una obra maestra. El viento amainó y el mar se tornó más manejable.

Halmalo evitó las rocas de los Minquiers, costeó la Calzada de los Bueyes, abrigándose, a fin de tomar unas horas de reposo, en la pequeña ensenada que allí se forma al Norte en la bajamar, y descendiendo luego al Sur consiguió pasar entre Granville y las islas Chausey sin ser visto ni por el vigía de éstas ni desde la atalaya del primero. Se internó luego por la bahía de Saint-Michel, una audacia por la proximidad de Cancale, fondeadero habitual de la escuadra.

A la tarde del segundo día, una hora antes de ponerse el sol, dejó a sus espaldas el monte Saint-Michel y llegó a tierra en una playa que siempre se halla desierta porque es peligrosa y expuesta a naufragios.

Por fortuna, la marea estaba alta.

Halmalo empujó el bote, tanteó la arena, la encontró sólida e hizo varar la embarcación, tras lo cual saltó a tierra.

El anciano hizo lo mismo e inspeccionó el horizonte.

—Señor —dijo Halmalo—, estamos en la desembocadura del Couesnon. A estribor tenemos Beauvoir, y Huisnes a babor. El campanario que está al frente es el de Ardevon.

El anciano se inclinó hacia el bote, tornó del mismo unas pocas galletas que se metió en un bolsillo, y le ordenó a Halmalo:

—Quédate con el resto.

Halmalo metió en su saco lo que quedaba de carne y bizcochos, se lo cargó al hombro y preguntó:

—¿Debo, señor, guiaros o seguiros?

—Ni lo uno ni lo otro. Halmalo, estupefacto, contempló al anciano.

—Halmalo —dijo éste—, vamos a separarnos. Dos no valen nada. Es mejor ser mil o estar solo.

Calló y sacó del bolsillo un nudo de seda verde, bastante parecido a una escarapela, en cuyo centro estaban bordadas unas flores de lis en oro, y continuó:

—¿Sabes leer?

—No.

—Muy bien. Un hombre que lee es un estorbo. ¿Tienes buena memoria?

—Sí.

—Muy bien. Escucha, Halmalo. Tú tomarás por la derecha mientras yo voy por la izquierda. Iré por Fougères, y tú por Bazouges. Conserva tu saco, que te da la apariencia de aldeano; oculta las armas, corta un palo de cualquier vallado, arrástrate entre los setos altos; deslízate detrás de los centenos crecidos; salta los vallados para atravesar los campos; mantente lejos de los caminantes; evita los puentes y los caminos; no entres en Pontorson. ¡Ah, tendrás que atravesar el Couesnon! ¿Cómo lo

harás?

—A nado.

—Está bien. Además, hay un vado. ¿Lo conoces?

—Sí, se halla entre Ancey y Vieux-Viel.

—Así es. Se ve que eres de aquí.

—Pero la noche se acerca. ¿Dónde dormirá el señor?

—Eso es cuenta mía. ¿Y tú, dónde pasarás la noche?

—En cualquier parte, entre los arbustos. Antes de ser marino fui campesino.

—Quítate ese gorro de marinero, que podría despertar sospechas. Por ahí encontrarás algún sombrero viejo.

—Un sombrerajo se halla en cualquier parte. El primer pescador que halle me venderá el suyo.

—Ahora escucha. ¿Conoces los bosques?

—Todos.

—¿De toda la región?

—Desde Noirmoutier hasta Laval.

—¿Conoces también los nombres?

—Conozco los bosques, sus nombres… todo.

—¿No olvidarás nada?

—Nada.

—Pues presta atención. ¿Cuántas leguas puedes andar por día?

—Diez, quince, dieciocho, veinte si es necesario.

—Lo será. No pierdas una palabra de lo que voy a decirte. Irás al bosque de Saint-Aubin.

—¿Cerca de Lamballe?

—Sí. Al borde del barranco que hay entre Saint-Rieul y Plédéliac hay un gran castaño; allí te detendrás, aunque no veas a nadie.

—Ya sé. Habrá alguien.

—Harás la señal. ¿Sabes hacerla?

Halmalo hinchó los carrillos, se volvió del lado del mar y entonces se oyó el grito del mochuelo. Era como si aquel sonido hubiese surgido de las profundidades nocturnas; era semejante al del ave y siniestro como ella.

—Lo haces perfectamente.

Luego le tendió a Halmalo el nudo de seda verde.

—Éste es mi nudo de mando. Tómalo. Es importante que nadie sepa todavía mi nombre. Este nudo basta. La flor de lis fue bordada por Madame Royal[5] en la prisión del Temple.

Halmalo hincó una rodilla en tierra, recibió con emoción el nudo con la flor de lis y se lo acercó a los labios. Después, suspendiendo su acción como si estuviera asustado por su atrevimiento, preguntó:

—¿Puedo besarlo?

—Sí, pues besas el Crucifijo.

Halmalo besó la flor de lis.

—Levántate —ordenó el anciano.

Halmalo obedeció y se metió el nudo en la faltriquera.

El anciano prosiguió:

—Atiende bien lo que voy a decirte. Ésta es la consigna: *Levantaos, guerra sin cuartel*. Irás, pues, al extremo del bosque de Saint-Aubin, harás la señal tres veces y a la tercera verás salir un hombre de la tierra.

—Lo sé, de un hueco que hay entre los árboles.

—Ese hombre es Planchenault, al que llaman Corazón de rey. Le enseñarás este nudo. Comprenderá. Después irás por los caminos que creas mejores al bosque de Astillé, y allí verás a un tipo patizambo, a quien llaman Mousqueton, y que no tiene compasión de nadie. Le dirás que le aprecio y que ponga en movimiento sus parroquias. Irás luego al bosque de Couesbon, que está a una legua de Ploërmel; allí harás la señal del mochuelo y saldrá un hombre de otro agujero. Es el señor Thuault, senescal de Plöermel, que ha sido de lo que llaman la Asamblea Constituyente, pero de los buenos de esa reunión. Le dirás que arme el castillo de Couesbon, que es del marqués de Guer, quien se ha exiliado. Allí hay barrancos, bosquecillos, terreno desigual, todo bueno para nuestro objetivo. El señor Thuault es hombre recto y de ingenio. Irás después a Saint-Ouen-les-Toits, y hablarás con Jean Chouan, que a mis ojos es el verdadero jefe. Luego, al bosque de Ville-Anglose, donde verás a Guitter, a quien llaman Saint-Martin, y le dirás que vigile a cierto sujeto llamado Courmesnil, que es yerno del viejo Goupil de Préfeln y jefe de los jacobinos de Argentan. Conserva bien todo esto en la memoria; no escribo porque no conviene escribir nada. La Rouarie hizo una lista y con eso lo echó todo a rodar. Irás después al bosque de Rougefeu, donde está Miélette, que salta los barrancos con ayuda de un palo largo.

—Se llama pértiga.

—¿Sabes servirte de ella?

—No sería bretón ni campesino si no supiera. La pértiga es nuestra amiga. Refuerza nuestros brazos y alarga nuestras piernas.

—O sea, que hace más pequeño al enemigo y acorta el camino; buena máquina.

—Una vez, con mi pértiga me defendí de tres aduaneros que llevaban sables.

—¿Cuándo?

—Hace diez años.

—¿En tiempos del rey?

—Se entiende.

—¿Peleaste en tiempo del rey?

—Sí, señor.

—¿Contra quién?

—No lo sé; yo era contrabandista de sal.

—Vaya.

—A eso lo llamábamos pelear contra las gabelas. ¿Por ventura las gabelas son la misma cosa que el rey?

—Sí. No. Pero no es necesario que te lo explique ahora.

—Pido perdón al señor por mi impertinencia.

—Continuemos. ¿Conoces Tourgue?

—¿Que si conozco Tourgue? Soy de allí.

—¿Cómo?

—Sí, puesto que soy de Parigné.

—Efectivamente, Tourgue está muy cerca de Parigné.

—¡Si conozco Tourgue! Allí hay un castillo inmenso y redondo que es la casa solariega de mi señor. Tiene una gran portalada de hierro que separa el nuevo edificio del viejo y que no es posible echar abajo ni con cañón. En el nuevo edificio se halla el famosísimo libro sobre San Bartolomé, que la gente miraba con curiosidad. Hay ranas en los prados; yo jugaba con ellas cuando era niño. Hay también un paso subterráneo y quizá no hay nadie que lo conozca mejor que yo.

—¿Un paso subterráneo? Ignoro a qué te refieres.

—Se abrió hace muchísimo tiempo, cuando Tourgue estuvo sitiada. Así la gente podía salvarse por un pasadizo que hay bajo tierra y que va a dar al bosque.

—En efecto, hay un paso subterráneo como el que dices en el castillo de Jupellière, en el de Hunaudaye y en la torre de Champéon; pero no hay nada semejante en Tourgue.

—Perdonad señor, pero no tengáis la menor duda. Conozco esos subterráneos de los que habla el señor; pero aún conozco más el de Tourgue porque soy del país, y puedo añadir que no hay nadie más que yo que lo sepa. En mis tiempos no se hablaba de eso; estaba prohibido porque ese paso sirvió cuando las guerras del señor de Rohan. Mi padre conocía el secreto y me lo enseñó; por eso lo conozco, para entrar y salir. Si estoy en el bosque puedo pasar a la torre; y si me hallo en la torre puedo salir al bosque sin que me vean, y cuando los enemigos entrasen ya no habría nadie. Esto es Tourgue, ¡vaya si lo conozco!

El anciano estaba pensativo.

—Evidentemente, te engañas. Si hubiese un secreto semejante, yo lo sabría.

—Señor, estoy seguro de ello. Hay una piedra que gira.

—¡Ah, bueno! Vosotros, los aldeanos, creéis en piedras que giran, en piedras que cantan y hasta en piedras que van a beber por la noche al arroyo: una colección de leyendas.

—¡Pero si yo mismo hice girar esa piedra!

—Como otros las han oído cantar. Tourgue es un castillo seguro y fuerte, fácil de defender, pero que contase con una salida secreta para escapar sería demasiado ingenuo.

—Pero señor…

El anciano se encogió de hombros e hizo callar a su interlocutor.

—No perdamos más tiempo.

Aquel tono perentorio acabó con la insistencia de Halmalo.

—Escucha. De Rougefeu irás al bosque de Montchevrier, donde está Bénédicité, que es el jefe de los Doce. También es un buen jefe; mientras hace arcabucear a las personas entona sus bendiciones. Para hacer la guerra está de más la sensibilidad. De Montchevrier irás…

Se interrumpió.

—Olvidaba el dinero.

Metió la mano en el bolsillo y sacó una bolsa y una cartera, que entregó a Halmalo.

—En esta cartera hay treinta mil francos en asignados, cantidad que equivale a unas treinta libras y diez sueldos en metálico. Debo añadir que los asignados son falsos, pero los verdaderos no valen mucho más. En la bolsa, sin embargo, hay cien luises de oro; te doy cuanto tengo, ya que yo nada necesito y, por otra parte vale más que no me encuentren dinero en el bolsillo. De Montchevrier irás a Antrain, donde verás al señor de Frotté; de Antrain a la Jupellière, donde hallarás al señor de Rochecotte; de allí a Noirieux, donde te entrevistarás con el abad Baudouin. ¿Te acordarás de todo esto?

—Como del Padrenuestro.

—Verás al señor Dubois-Guy en Saint-Brice-en-Cogle; al señor de Turpin en Morannes, que es una aldea fortificada, y al príncipe de Talmont en Château-Gonthier.

—¿Y me hablará un príncipe?

—Si yo lo hago…

Halmalo se quitó el sombrero.

—Todo el mundo te recibirá bien al ver esa flor de lis de Madame. No olvides que tienes que ir por sitios donde hay campesinos y patanes. Te disfrazarás, eso es cosa fácil, porque esos republicanos son tan brutos que con una casaca azul, sombrero de tres picos y una escarapela tricolor puedes pasar por todas partes. No hay regimiento ni uniformes; los cuerpos no tienen número y cada cual se viste como quiere. Irás a Saint-Mhervé, donde verás a Gaulier, llamado Grand-Pierre. Después, te dirigirás al cantón de Parné, donde están los tipos de rostro ennegrecido que echan guijarros en los fusiles y doblan la carga de pólvora para hacer más ruido. Hacen bien, pero sobre todo diles que maten, que maten, que maten. Irás acto seguido al campo de la Vaca Negra, que se halla en un promontorio en medio del bosque de Charnie; después al campo Verde y al campo de Las Hormigas. Irás asimismo al Grand-Bordage, que se llama también Prado Alto, y está habitado por una viuda de quien es yerno Treton, apodado el Inglés. El Grand-Bordage se halla en la parroquia de Quelaines; visitarás Épineux-le-Chevreuil, Sille-le-Guillaume, Parannes, y a todos los hombres que están en los bosques. Allí harás amigos y los enviarás a los extremos del Alto y Bajo Maine; verás a Jean Treton en la parroquia de Vaisges, a SansRegret en Bignon, a

Chambord en Bonchamps, a los hermanos Corbin en Maisoncelles, y al Niño-sin-miedo en Saint-Jean-sur-Erve. Es el mismo que se llama Bourdoiseau. Hecho esto, y dada la consigna en todas partes, *Levantaos, guerra sin cuartel*, te reunirás con el gran ejército, el ejército católico y real, dondequiera que se encuentre. Verás a los señores de Elbée, de Lescure, de La Rochejacquelin, y a los jefes que vivan entonces y les dirás esto de mi parte: ya es tiempo de hacer las dos guerras a la vez: la grande y la pequeña. La grande hace mucho ruido, pero la pequeña es más necesaria. La Vendée es buena; la Chouannerie[6] peor, y en las guerras civiles la peor guerra es la mejor. La bondad de una guerra se mide por la cantidad de mal que produce.

Se interrumpió.

—Halmalo, te digo todo esto porque aunque no comprendas las palabras, comprendes las intenciones. Tengo confianza en ti, después de verte maniobrar en la chalupa, y aunque no sepas geometría, haces en el mar movimientos asombrosos. El que sabe gobernar un barco sabe dirigir una insurrección, y por la forma en cómo has manejado la intriga del mar, deduzco que saldrás bien de todas mis comisiones. Continúo. Dirás esto a los jefes, como mejor sepas, pero de cualquier modo les explicarás que prefiero la guerra de los bosques a la de las llanuras. No quiero alinear a cien mil campesinos bajo los disparos de los soldados azules y la artillería de Carnot. Antes de un mes quiero tener quinientos mil hombres emboscados en los bosques. El ejército republicano es la caza que persigo; cazar furtivamente es guerrear, y yo conozco la estrategia de los bosques. Ésta es otra palabra que no entenderás, pero da igual; entenderás otras muchas cosas. Nada de cuartel, y emboscadas por todas partes. Quiero que haya más Chouannerie que Vendée. Añadirás que los ingleses están con nosotros, que vamos a coger a la República entre dos fuegos. Europa nos ayuda. Acabemos, pues, con la Revolución. Los reyes hacen la guerra de los reyes. Hagámosles la guerra de las parroquias. Dirás todo esto. ¿Lo has entendido?

—Sí, señor: que es preciso llevarlo todo a sangre y fuego.

—Exacto.

—Sin dar cuartel.

—Eso es.

—Iré a todas partes con esta consigna.

—Y ten mucho cuidado porque en este país se halla la muerte fácilmente.

—La muerte no me inquieta; quien da su primer paso tal vez da sus últimos pasos.

—Eres un valiente.

—¿Y si me preguntan el nombre del señor?

—Todavía no conviene que se sepa. Dirás que no lo sabes y será verdad.

—¿Dónde volveré a ver al señor?

—Donde me encuentre.

—¿Y cómo lo sabré?

—Porque lo sabrá todo el mundo. Antes de ocho días se hablará de mí. Haré castigos ejemplares. Vengaré al rey y a la religión, y tú comprenderás que es de mí de quien hablan.

—Entiendo.

—No te olvides de nada.

—Quede tranquilo el señor.

—Ahora marcha y que Dios te ilumine.

—Haré cuanto me habéis ordenado: iré, hablaré, obedeceré, mandaré.

—Bien.

—Y si salgo bien de mi cometido…

—Te haré caballero de San Luis.

—Como a mi hermano; y si no salgo bien, me haréis fusilar.

—Como a tu hermano.

—De acuerdo, señor.

El anciano bajó la cabeza y cayó en profunda meditación. Cuando levantó la vista estaba solo y Halmalo no era ya más que un punto negro que iba desapareciendo en el horizonte.

El sol acababa de ponerse.

Las gaviotas y demás aves acuáticas volvían a sus nidos. El mar es lo exterior; la patria, la casa, están en tierra.

Se percibía en el espacio ese género de inquietud que precede a la noche; las ranas croaban, las cercetas huían silbando de los estanques; las grullas, los ánades, los vencejos, lanzaban sus gritos vespertinos; las aves de la playa se llamaban unas a otras, pero no se oía ningún ruido humano. La soledad era profunda; ni una vela en la bahía ni un aldeano en el campo. Toda la extensión del horizonte se veía desierta.

El viento silbaba entre los enormes cardos de las arenas; el cielo blanco del anochecer arrojaba sobre la playa una vasta y lívida claridad, y a lo lejos los estanques de la sombría llanura parecían manchas de estaño sobre el suelo, mientras el viento soplaba viniendo del mar.

Libro Cuarto

TELLMARCH

I

EN LO ALTO DE LA DUNA

El anciano deja que se vaya Halmalo, se emboza en su capa y se pone en marcha. Caminaba a paso lento, pensativo se dirigía a Huisnes, mientras Halmalo iba a Beauvoir.

Tras él se levantaba un enorme triángulo con su tiara de catedral y su coraza de fortaleza, con sus dos grandes torres de levante, una redonda, otra cuadrada, que ayudan a la montaña a sostener el peso de la iglesia y la aldea: el monte Saint-Michel, que es al océano lo que la pirámide de Keops al desierto.

La movilidad de las arenas de la bahía del monte Saint-Michel hace que sus dunas cambien insensiblemente de lugar. En aquella época, entre Huisnes y Ardevon, existía una duna muy alta, que hoy ha desaparecido. Aquella duna, nivelada ya por una de las tempestades del equinoccio, presentaba la particularidad de ser bastante antigua y ostentar en su cima una piedra miliar, colocada allí en el siglo XII, en conmemoración del Concilio celebrado en Avranches contra los asesinos de Santo Thomas de Canterbury.

Desde lo alto de aquella duna se descubría toda la comarca y era fácil orientarse.

El anciano marchó hacia ella y la subió.

Cuando se halló en la cumbre se recostó contra la piedra milenaria, se sentó sobre uno de los lados de su base cuadrada y se puso a examinar el mapa que la geografía desplegaba a sus pies. Parecía buscar un camino en aquel país que, por otra parte, le era conocido. En aquel vasto paisaje, poco distinguible a causa del crepúsculo, nada se destacaba con precisión, salvo el horizonte, negro en el blanquecino cielo.

Se alcanzaban a distinguir los tejados de aldeas y villorrios, a muchas leguas de distancia, y todos los campanarios de la costa, que son muy elevados y sirven en caso de necesidad de puntos de referencia a quienes están en el mar.

Al cabo de unos instantes pareció haber hallado lo que buscaba en aquel claroscuro. Su mirada se detuvo en un grupo de árboles, de paredes y tejados, algo visibles en medio de la llanura y los bosques, que constituían una alquería. Al verla, ejecutó un movimiento de cabeza que indicaba su satisfacción, y se dijo mentalmente: “Allí es”. Después empezó a trazar con el dedo el esbozo de un itinerario a través de vallados y sembrados. De cuando en cuando examinaba un objeto deforme y poco

visible que se agitaba por encima de la principal techumbre de la alquería, preguntándose qué sería. Era algo incoloro y confuso a causa de la hora, y no era una veleta porque ondeaba, y no había ningún motivo para que fuese una bandera.

Estaba fatigado; siguió sentado sobre la piedra donde se hallaba, dejándose arrastrar por ese vago olvido de sí mismos que hallan los hombres cansados en el primer momento de reposo.

Hay una hora del día que podría llamarse la de la ausencia de ruido, la hora serena, y ésa es la del crepúsculo, la que reinaba en aquel momento del atardecer. Gozaba con ella, mirando y escuchando, ¿qué?: la serenidad. Los instantes más crueles tienen sus momentos de melancolía. Súbitamente, aquella placidez se vio, no turbada, sino acentuada por voces; eran voces de mujeres y niños. En la sombra suele haber esos repiques de alegría inesperada. No se veía, a causa de la maleza, al grupo de donde surgían las voces, pero se adivinaba que iban caminando por el pie de la duna y se dirigían hacia la llanura y el bosque. Las voces subían claras y frescas hasta el pensativo anciano; estaban tan cerca que no perdió una sola palabra.

—Aprieta el paso, Flécharde —decía una voz de mujer—. ¿Es por aquí?

—No, por allí.

Y el diálogo continuó entre las dos voces, una alta, la otra tímida.

—¿Cómo se llama esa alquería en la que vivimos?

—Herbe-en-Pail.

—¿Está muy lejos todavía?

—Falta un buen cuarto de hora de marcha.

—Apretemos el paso para llegar a comer el rancho.

—Sí, nos hemos retrasado un poco.

—Deberíamos correr, pero estos monigotes están fatigados. Sólo somos dos mujeres y no podemos llevar a tres chiquillos. Además, Flécharde, tú llevas ahí un verdadero plomo. Ya la has destetado y, sin embargo, la sigues llevando en brazos. Mala costumbre. Tiene que andar un poco. Ah, cuando lleguemos el rancho estará frío.

—¡Ah, qué buenos zapatones me has regalado! Parecen hechos para mí.

—Es mejor que ir descalza.

—Anda más de prisa, René-Jean.

—Él es quien nos ha retrasado. Tiene que hablar con todas las niñas que encuentra. Parece un hombre.

—Pronto cumplirá cinco años.

—Dime, René-Jean, ¿por qué hablabas con aquella niña de la aldea?

Una voz infantil, que era la de un muchacho, respondió:

—Porque la conozco

—¿Cómo que la conoces?

—Sí, es mi novia desde esta mañana.

—¡Ésta sí que es buena! —exclamó la mujer—. No estamos en el país más que

desde hace tres días, este chico aún no ha salido del cascarón… ¡y ya tiene una enamorada!

Las voces se alejaron. El ruido cesó.

II

AURES HABET, ET NON AUDIET

El anciano permaneció inmóvil. No meditaba; apenas soñaba, y en torno suyo todo era serenidad, letargo, confianza, soledad. Todavía reinaba el día en la duna, pero era casi de noche en la llanura, y noche cerrada en el bosque. La luna iba trepando por Oriente; algunas estrellas rasgaban el azul pálido del cénit, y aquel hombre, aunque lleno de violentas cuitas, se abismaba en la inefable mansedumbre del infinito. Sentía crecer en su alma el alba oscura de la esperanza, si la palabra esperanza puede aplicarse a la guerra civil. Por el momento, le parecía que al salir de aquel mar que había prometido serle tan funesto, todo peligro se había desvanecido. Nadie sabía su nombre, estaba solo, perdido para el enemigo, sin huellas detrás de sí, porque la superficie del mar no conserva nada oculto, ignorado, ni aun sospechoso; sentía, pues, una tranquilidad suprema. Un instante más y se habría dormido.

Lo que para aquel hombre, preso de tanta convulsión en lo interior como en lo exterior, presentaba un encanto extraño en aquella hora tranquila, era el profundo silencio que existía en el cielo y en la tierra.

No se oía más que el viento que procedía del mar; pero el viento es un bajo continuo y cesa casi de ser ruido para convertirse en algo habitual.

De repente, se puso de pie.

Su atención acababa de despertarse bruscamente. Contempló el horizonte. Algo hizo que su mirada se fijara.

Lo que observaba era el campanario de Cormeray, que se levantaba al fondo, en la llanura; y, en efecto, alguna cosa extraordinaria ocurría en aquel campanario.

Su silueta se destacaba claramente; se veía la torre coronada de la pirámide y entre la torre y la pirámide la caja de la campana, cuadrada, sin protección contra el viento, expuesta a las miradas por sus cuatro costados como es moda en los campanarios bretones.

Aquella caja parecía alternativamente abierta y cerrada a intervalos iguales. Su alta ventana se dibujaba ya enteramente blanca, ya completamente negra; unas veces se adivinaba el cielo a través de su abertura; otras, no se lo veía. A intervalos también se observaba claridad y después negrura, y la apertura y el cierre se sucedían de un segundo a otro con la regularidad del martillo sobre el yunque.

El anciano tenía aquel campanario a una distancia de dos leguas. Miró a su derecha, a la torre de Baguer-Pican, igualmente erguida sobre el horizonte; la caja de este campanario se abría y cerraba como la de Comeray.

Miró a su izquierda, al campanario de Tanis, y la caja de este otro campanario se abría y cerraba también como los anteriores.

Miró a todos los campanarios del horizonte, uno tras otro; a su izquierda los de Courstils, Précey, Crollon y Croix-Avranchin; a su derecha los de Raz-sur-Couesnon, Mordrey y Pas, enfrente el de Pontorson. La caja de todos estos campanarios se presentaba alternativamente negra y blanca.

¿Qué significaba esto?

Significaba, sencillamente, que todas las campanas estaban tocando al vuelo.

Era necesario, para aparecer y desaparecer de este modo, que estuviesen siendo fuertemente sacudidas.

¿Qué ocurría? Indudablemente, un toque de somatén. Tocaban a somatén; tocaban frenéticamente; tocaban por todas partes, en los campanarios, en todas las parroquias, en todas las aldeas; y, sin embargo, a la distancia a la que se hallaba el anciano no se oía nada.

Este fenómeno se debía no sólo a la distancia, sino también al viento del mar, que soplaba del lado contrario y alejaba del horizonte todos los ruidos y rumores de la tierra.

Nada más siniestro que aquellas campanas agitadas fuertemente, tocando a rebato en todas partes, envueltas en aquel silencio.

Éste miraba y tendía el oído.

No oía el somatén, pero lo veía. Ver el toque de rebato, una sensación extraña.

¿Qué querían aquellas campanas?

¿Contra quién tocaban?

III

UTILIDAD DE LOS GRANDES CARACTERES

Ciertamente, el toque de rebato se dirigía contra alguien. ¿Contra quién?

Aquel hombre de acero se estremeció un instante.

No podía ser él. No habían podido adivinar su llegada; era imposible que los representantes estuviesen ya informados, pues acababa de desembarcar.

La corbeta, evidentemente, habría zozobrado, sin que un solo hombre hubiera podido escapar al naufragio. Y en la misma corbeta, a excepción de Boisberthelot y La Vieuville, nadie sabía su nombre.

Las campanas continuaban doblando ferozmente. Él las contemplaba y contaba maquinalmente, y su meditación, de una conjetura a otra, tenía esa fluctuación que produce el paso de una profunda seguridad a una terrible incertidumbre. Con todo, aquel somatén podía explicarse de muchas maneras, y él acabó por tranquilizarse, diciéndose: “En suma, nadie conoce mi llegada ni tampoco mi nombre.”

Pero hacía unos instantes que a sus espaldas se oía un ligero rumor. Un ruido semejante al roce de una hoja de árbol agitada contra otra. Al principio no prestó atención, mas como persistía, y aún podría decirse que insistía, acabó por volverse. Era una hoja, en efecto; pero una hoja de papel. El viento parecía querer desprender por encima de su cabeza un gran cartel fijado sobre la piedra miliar. Hacía poco tiempo que se había colocado, porque todavía estaba húmedo y era presa del viento que se había puesto a jugar con él para arrancarlo.

El anciano había subido a la cumbre de la duna por el lado opuesto, y por eso no había advertido el cartel a su llegada.

Se subió sobre la piedra en la que había estado sentado y puso la mano sobre el cartel en el extremo que levantaba el viento. El cielo estaba sereno; los crepúsculos son largos en junio; el pie de la duna estaba sumido en tinieblas, pero en lo alto había cierta claridad. Una parte del cartel estaba impresa en letras grandes y había suficiente luz para poder leerlo.

REPÚBLICA FRANCESA UNA E INDIVISIBLE

Nos, Prieur, de la Marne, representante del Pueblo en misión en el Ejército de las Costas de Cherburgo, ordenamos:

El ex marqués de Lantenac, ex vizconde de Fontenay, que se dice príncipe bretón y ha desembarcado furtivamente en la costa de Granville, queda declarado fuera de la ley y su cabeza puesta a precio.

Se pagará a quien lo entregue, muerto o vivo, la suma de sesenta mil libras. Esta suma no será satisfecha en asignados sino en oro.

Se enviará inmediatamente un batallón del Ejército de las costas de Cherburgo en busca del ex marqués de Lantenac. Las comunas deberán prestar auxilio a esta fuerza.

Dado en la Casa Comunal de Granville, a 2 de junio de 1793.

PRIEUR DE LA MARNE

Por debajo de este nombre había otra firma, pero en caracteres mucho más pequeños y no podía leerse con claridad a causa de la poca luz que quedaba.

El anciano se encasquetó el sombrero hasta los ojos, se embozó la cara con la

capa y descendió rápidamente de la duna. Era inútil y peligroso detenerse en aquella cima, iluminada aún.

Tal vez se había demorado ya demasiado; lo alto de la duna era el único punto del paisaje que seguía siendo visible.

Cuando estuvo abajo, en la oscuridad, ralentizó el paso. Siguió el itinerario que se había trazado hacia la alquería, donde esperaba hallarse seguro.

Todo estaba desierto. Era la hora en que ya no había caminantes.

Se detuvo tras la maleza, se quitó la capa, volvió su casaca del lado del forro, se ató al cuello la capa con una cuerda y reanudó la marcha.

La luna lo iluminaba todo.

Llegó a la encrucijada de dos caminos, donde se alzaba una antigua cruz de piedra. Sobre el pedestal de la cruz se distinguía un cuadrado blanco que sin lugar a dudas era un cartel parecido al otro que acababa de leer. Se aproximó a leerlo.

—¿Adónde vais? —resonó de pronto una voz.

Se giró.

Un hombre se hallaba junto al vallado, un hombre de aventajada estatura como él, anciano como él, también como él de cabellos blancos, pero más harapiento todavía que él. Casi su igual.

Aquel hombre se apoyaba en un largo cayado.

—Os pregunto adónde vais —repitió aquel hombre.

—En primer lugar, ¿dónde estoy? —repuso con serenidad casi altanera.

—Os halláis —contestó el mendigo— en el señorío de Tanis, en el que yo soy mendigo y vos el señor.

—¿Yo?

—Sí, vos, señor marqués de Lantenac.

IV

EL PEDIDOR

El marqués de Lantenac, le llamaremos por su nombre a partir de ahora, respondió con gravedad:

—Sea. Entrégame.

—Los dos nos hallamos aquí en nuestra casa —replicó el mendigo—. Vos en el castillo, yo en el monte.

—Acabemos. Hazlo. Entrégame —dijo el marqués.

—Ibais a la alquería de Herbe-en-Pail, ¿verdad?

—Sí.

—No vayáis.

—¿Por qué?

—Porque allí están los azules.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace tres días.

—¿No se han resistido los habitantes de la alquería y de la aldea?

—No. Les han abierto todas las puertas.

—¡Ah! —exclamó el marqués.

El hombre mostró con el dedo la techumbre de la alquería, que se divisaba a cierta distancia por encima de las copas de los árboles.

—¿Veis el tejado, señor marqués?

—Sí.

—¿Veis lo que flota?

—Sí.

—Es una bandera.

—¿Una bandera?

—Tricolor —dijo el mendigo.

Era el objeto que había llamado la atención del marqués cuando se hallaba en lo alto de la duna.

—¿No tocan a rebato? —inquirió el marqués.

—Sí.

—¿Por qué?

—Por vos, sin duda.

—Pero no se oye el toque.

—El viento lo impide. ¿Habéis visto vuestro anuncio?

—Sí —asintió el anciano marqués.

—Os buscan —y mirando a su alrededor, añadió—. En la alquería hay medio batallón.

—¿De republicanos?

—Parisinos.

—Pues bien —expresó el marqués—, vayamos.

Y dio un paso en dirección a la alquería.

El mendigo le asió del brazo.

—No.

—¿Adónde quieres que vaya?

—A mi casa.

El marqués miró al mendigo.

—Escuchad, señor marqués, mi casa no es de las mejores, pero es segura. Una cabaña más baja que una cueva; por suelo un lecho de hierba; por techo ramas y paja. Venid. En la alquería seríais fusilado; en mi casa dormiréis. Debéis estar cansado, y como mañana por la mañana los azules se habrán puesto en marcha, podréis ir donde

queráis. El marqués contemplaba a su interlocutor.

—¿De qué partido eres? —le preguntó— ¿Republicano? ¿Realista?

—Soy pobre.

—¿Ni realista ni republicano?

—No creo.

—¿Estás a favor o en contra del rey?

—No tengo tiempo para eso.

—¿Qué opinas de lo que está ocurriendo?

—No tengo de qué vivir.

—Y, sin embargo, te aprestas a socorrerme.

—He visto que estabais fuera de la ley. ¿Qué significa la ley? ¿Puede estar una persona fuera de ella? Yo no lo entiendo. Por lo que a mí respecta, ¿estoy dentro? ¿O fuera? Morirse de hambre, ¿es estar dentro?

—¿Desde cuando te mueres de hambre?

—Desde que nací.

—¿Y me salvas?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque me he dicho: he aquí uno más pobre que yo. Yo tengo derecho a respirar y él no lo tiene.

—Cierto. ¿Y me salvas?

—Sin duda. Henos aquí hermanos, monseñor. Yo pido pan, vos pedís la vida. Los dos mendigamos.

—¿Pero sabes que han puesto precio a mi cabeza?

—Sí.

—¿Y cómo?

—He leído el cartel.

—¿Sabes leer?

—Sí, y también escribir. ¿Por qué habría de ser un ignorante?

—Entonces, puesto que sabes leer y has leído el cartel, también sabrás que el hombre que me entregue ganará sesenta mil francos.

—Lo sé.

—Y no en asignados.

—Sí, lo sé también: en oro.

—¿Sabes que sesenta mil francos es una fortuna?

—Sí.

—¿Y que quien me entregue labrará su fortuna?

—¿Y luego?

—¡Su fortuna!

—Eso es justamente lo que he pensado. ¡Al veros me he dicho: quien entregue a este hombre ganará sesenta mil francos y hará su suerte! Apresurémonos a

esconderlo.

El marqués siguió al mendigo.

Entraron en una espesura donde se hallaba la cueva. Era una especie de aposento que una enorme encina muy baja había dejado formar a sus pies: un aposento abierto en sus raíces y cubierto con sus ramas. El sitio era oscuro, bajo, escondido, invisible, pero había espacio para dos.

—He previsto que podía tener un invitado —observó el mendigo.

Aquella especie de vivienda subterránea, más común en Bretaña de lo que se cree, se llama en lengua bretona *carnichot*, nombre que también se aplica a las aberturas secretas practicadas en las paredes gruesas.

Tenía por mobiliario algunos pucheros, un camastro de paja lavada y después seca, un tosco cobertor de lana y algunas mechas de sebo, con piedra y eslabón para encender la lumbre.

Encorvándose ambos, penetraron en la morada donde las gruesas raíces del árbol formaban extrañas habitaciones. Se sentaron sobre el montón de hojas secas extendidas sobre el camastro. El intersticio de las dos gruesas raíces por donde habían entrado, y que hacía las veces de puerta, permitía alguna claridad. La noche había llegado, pero la vista se adecua siempre a la luz y acaba por hallar generalmente cierta claridad en la sombra. Un reflejo de luna blanqueaba vagamente la entrada. En un rincón se veía un cántaro de agua, pan moreno y castañas.

—Cenemos —dijo el pobre.

Se repartieron las castañas. El marqués compartió con el pobre el pan moreno y su pedazo de galleta, y bebieron en el cántaro uno después del otro.

Acto seguido reanudaron la conversación. El marqués deseaba interrogar a fondo a aquel buen hombre.

—Es decir, que a ti tanto te importa que suceda lo que sea como que no suceda nada.

—Exactamente. Vosotros sois señores, y eso son cosas vuestras.

—Pero lo que pasa…

—Pasa arriba, y además —añadió el mendigo—, hay cosas que pasan aún más arriba: el sol que se levanta, la luna que aumenta o mengua. Yo me ocupo de esas cosas. ¡Qué agua tan fresca! —comentó tras beber un largo trago—. ¿Qué os parece el agua, señor marqués?

—¿Cómo te llamas? —preguntó el aludido.

—Me llamo Tellmarch, pero todo el mundo me conoce por el Pedidor.

—Ya. Pedidor es una palabra de aquí.

—Es lo mismo que mendigo. También me llaman el Viejo. Cuarenta años hace, en realidad, que me llaman de este modo.

—¡Cuarenta años! Pero tú eres joven.

—Nunca fui joven, mientras que vos lo sois todavía. Vos tenéis piernas de veinte años, puesto que podéis escalar hasta lo alto de la gran duna, mientras que yo ya

empiezo a no poder andar, y al cabo de un cuarto de hora ya estoy cansado. Somos, sin embargo, de la misma edad, pero los ricos tienen sobre nosotros la ventaja de comer todos los días. El comer conserva.

Calló un momento y al cabo de la pausa, continuó:

—¡Los pobres! ¡Los ricos! Terrible cosa ésta, que produce las catástrofes. Al menos, así me lo parece. Los pobres quieren ser ricos, y los ricos no quieren ser pobres. Creo que esto es lo que anida en el fondo de todos los conflictos. Yo no me mezclo en ellos. Lo que sucede, sucede. No estoy ni por el acreedor ni por el deudor; sé que hay una deuda y la pagan, y nada más. Habría preferido que no matasen al rey, pero me sería difícil decir por qué. Después oigo que me responden: “En otro tiempo se ahorcaba a las personas por nada”. Y, en efecto, yo, por un mal tiro disparado contra un cervatillo del rey, he visto ahorcar a un hombre con mujer y siete hijos. De una parte y de otra pueden presentarse argumentos. Ya comprenderéis —añadió aún, después de unos momentos de silencio— que no estoy al corriente de lo que pasa. Los unos, van; los otros vienen, y yo no me meto en nada.

Tellmarch volvió a interrumpirse y pareció reflexionar unos instantes. Luego reanudó su parlamento.

—Yo soy un poco herborista y un poco médico; conozco las hierbas y saco partido de las plantas; los aldeanos me ven muy atento a veces examinando lo que a ellos les parece que no es nada, y esto me hace pasar por brujo. Porque medito y a veces sueño, creen que sé algo.

—¿Eres del país?

—Jamás salí de él.

—¿Me conocías?

—Sin duda. La última vez que os vi fue cuando pasasteis por aquí hace dos años para ir a Inglaterra. Hace poco observé en lo alto de la duna a un hombre de gran estatura. Los hombres altos son escasos por aquí, porque Bretaña es país de hombres bajos. Miré bien, había leído el cartel y me dije: ¡Vaya!, y cuando os volvisteis, como había luna, os reconocí.

—Sin embargo, yo no te conocía.

—Me habéis visto, pero no me habéis visto.

Y Tellmarch el Pedidor añadió:

—Yo sí os vi. De mendigo a caminante, la mirada no es la misma.

—¿Nos hemos encontrado otras veces?

—Muchas, puesto que soy vuestro mendigo. Yo era el pobre que se situaba al borde del camino de vuestro castillo. En algunas ocasiones me habéis dado limosna, pero el que da no mira, mientras que el que recibe examina y observa. Quien dice mendigo dice espía, pero yo, aunque muchas veces triste, trato de no ser un mal espía. Tendía la mano, y vos sólo veíais la mano y dejabais en ella la limosna que yo necesitaba para no morirme de hambre. A veces está uno veinticuatro horas sin comer. A veces una moneda de un sueldo representa la vida. Os debo, la vida y os la

devuelvo.

—Me salváis, es verdad.

—Os salvo, señor marqués. Mas con una condición —la voz de Tellmarch se había vuelto grave.

—¿Cuál?

—Que no hayáis venido a hacer ningún mal.

—Vengo aquí a hacer el bien —aseguró el marqués.

—Durmamos —dijo el mendigo.

Se tendieron uno al lado del otro sobre el lecho de hojas, y el mendigo se durmió inmediatamente. El marqués, aunque muy cansado, estuvo unos instantes pensativo; luego, en la oscuridad, contempló al pobre y se volvió del otro lado.

Echarse sobre aquel lecho era tenderse en el suelo. El marqués aprovechó la ocasión y aplicó el oído sobre la tierra, escuchando. Se oía un rumor sordo; sabido es que el sonido se propaga por las profundidades del suelo. Se oía el tañido de las campanas.

El somatén continuaba.

El marqués se durmió.

V

FIRMADO GAUVAIN

Cuando se despertó era ya de día.

El mendigo estaba de pie, no en la cueva, porque allí era imposible mantenerse erguido, sino fuera, en el umbral. Estaba apoyado en su cayado y tenía el semblante animado, como si un rayo de sol lo iluminase.

—Monseñor, acaban de dar las cuatro de la mañana en el reloj de la torre de Tanis. He oído las cuatro campanadas, lo cual significa que el viento ha cambiado y ahora sopla de tierra. No oigo ningún ruido, ha cesado el toque de rebato. Todo está tranquilo en la alquería y en la aldea de Herbe-en-Pail. Los azules o duermen o se han marchado. Lo más grave del peligro ha pasado; es prudente separarnos. Ésta es la hora en que yo me voy.

Designando un punto del horizonte, explicó:

—Me iré por allí. Después indicó el extremo opuesto

—Vos, iros por aquí.

El mendigo, le hizo al marqués un respetuoso saludo con la mano. Luego agregó, señalando los restos de la cena:

—Llevaos las castañas si tenéis hambre.

Un momento después había desaparecido entre los árboles.

El marqués se incorporó y se puso en marcha por el camino indicado por Tellmarch.

Era la deliciosa hora que, en la antigua jerga de los aldeanos normandos, se denomina el “reclamo del día”. Los pajarillos piaban en el bosque. El marqués siguió el sendero por donde había llegado la víspera, y saliendo de la espesura se encontró en la encrucijada donde estaba la cruz de piedra. Allí vio el cartel blanco y orgulloso reflejando el sol de Levante.

Recordó que al pie del anuncio había algo que no había conseguido leer la víspera, a causa de sus pequeños caracteres y la escasa luz. Se acercó al pedestal de la cruz y vio que el cartel terminaba, en efecto, por debajo de la firma Prieur de la Marne con estas dos líneas:

Una vez identificada la persona del marqués de Lantenac, será inmediatamente pasado por las armas.

Firmado: el jefe del batallón comandante de la columna expedicionaria, Gauvain.

—¡Gauvain! —exclamó el marqués.

Se detuvo profundamente pensativo, con la mirada fija en el cartel, y repitió:

—¡Gauvain!

Luego reanudó la marcha. Se volvió, contempló la cruz, deshizo lo andado y leyó de nuevo el cartel.

Se alejó lentamente. Quien hubiese estado a su lado le habría oído murmurar a media voz:

—¡Gauvain!

Desde el fondo de la cañada por la que marchaba no se veían los tejados de la alquería, que se hallaba a su izquierda. Rodeó un promontorio escabroso, cubierto de zarzas en flor, de la especie llamada de larga espina. Aquel promontorio tenía por cima una de esas puntas de tierra que en el país se llaman *hure*. A sus pies, la mirada se perdía entre los árboles. El follaje estaba como sumergido en un océano de luz y toda la Naturaleza presentaba el júbilo profundo de la mañana.

De repente, aquel paisaje adquirió un aspecto terrible, como cuando se descubre una emboscada. Una especie de tromba de gritos feroces y tiros cayó sobre aquellos campos y bosques cuajados de luz, mientras se levantaba del lado donde estaba la alquería una gran humareda entrecortada por llamaradas enormes, como si el pueblo y la granja no fuesen más que un haz de paja ardiendo. Aquello fue súbito y lúgubre; el paso repentino de la serenidad a la furia, una explosión de infierno en plena aurora; el horror sin transición. Sin duda se libraba una batalla al lado de Herbe-en-Pail. El marqués se detuvo.

No hay nadie que en semejantes casos no haya experimentado una sensación de

curiosidad más fuerte todavía que la del peligro. Se quiere saber, aun a costa de exponerse a perecer, lo que ocurre. Subió sobre el promontorio, por cuya falda discurría una cañada y desde donde podía divisarse todo a riesgo de ser visto. Tardó pocos minutos en llegar a la cima, y desde allí dirigió la vista a su alrededor.

En efecto, sonaban disparos y había un incendio. Se oían clamores y se veía el fuego. La alquería era el centro de un desastre desconocido.

¿Qué catástrofe era aquélla? ¿Atacaban la alquería? ¿Quiénes? ¿Se trataba de un combate o de una ejecución militar? Los azules, tal como ordenaba un decreto revolucionario, solían incendiar las alquerías y aldeas refractarias; prendían fuego, por ejemplo, a toda alquería y aldea que no había derribado los árboles prescritos por la ley para abrir claros en la espesura de los bosques para dar paso a la caballería republicana. A este castigo fue sometida, especialmente en los últimos tiempos, la parroquia de Bourgon, cerca de Ernée. ¿Se hallaba ahora en el mismo trance la alquería de Herbe-en-Pail? Era evidente que ninguna de tales talas estratégicas ordenadas por el decreto se habían ejecutado en los bosques y espesuras de Tanis y Herbe-en-Pail. ¿Podría ser aquél el castigo? ¿Habría llegado una orden para ello a la vanguardia que ocupaba la alquería? ¿Formaba parte dicha vanguardia de una de aquellas columnas expedicionarias llamadas “columnas infernales”?

Un bosque lleno de maleza rodeaba por todas partes el promontorio en cuya cumbre se hallaba situado el marqués. Aquella espesura llamada bosquecillo de Herbe-en-Pail, pero que tenía las proporciones de un bosque, se extendía hasta la alquería y ocultaba, como todos los sotos bretones, una red de barrancos, senderos y cañadas, laberintos por donde se extraviaban los ejércitos republicanos.

La represión, si era eso, debía de ser feroz, porque fue corta. Como todos los actos brutales, en breve estuvo consumado. La atrocidad de las guerras civiles consiente estas salvajadas. Mientras el marqués; multiplicando sus conjeturas, no sabiendo si huir o quedarse, escuchaba y espiaba, cesó aquel estrépito de exterminio, o por mejor decir, se dispersó. El marqués percibió, en efecto, algo así como la dispersión de una multitud feroz y alegre al mismo tiempo. Se oyó entre los árboles un zumbido espantoso; la multitud iba desde la alquería hacia el bosque y había entre ella tambores que llamaban a la carga. Ya no se disparaba. Lo que ocurría semejaba, más que una batalla, un ojeo. Era evidente que buscaban a alguien. El ruido era confuso y sordo; una mezcla de palabras de cólera y de triunfo, un rumor compuesto de clamores, sin que se distinguiese nada. Pero de repente, como un perfil que se dibuja en una nube de humo, hubo una cosa articulada y precisa en aquel alboroto. Un nombre repetido por mil voces. El marqués oyó claramente este grito.

—¡Lantenac! ¡Lantenac! ¡El marqués de Lantenac!

Era a él a quien buscaban.

VI

LAS PERIPECIAS DE LA GUERRA CIVIL

Súbitamente, alrededor del marqués, y por todas partes a la vez, el bosque se llenó de fusiles, bayonetas y sables; una bandera tricolor se dibujó en la penumbra; el grito de ¡Lantenac! estalló en sus oídos y unos rostros enfurecidos aparecieron a sus pies entre las matas y los zarzales.

El marqués se hallaba solo, de pie, sobre el promontorio, visible desde todos los puntos del bosque. Apenas veía a los que gritaban su nombre, pero era visto por todos. Si había mil fusiles en el bosque, él servía de blanco a los mil. No distinguía en la espesura más que pupilas ardientes fijas en él.

Se quitó el sombrero, levantó una de las alas, arrancó una espina seca de una zarza, sacó del bolsillo una escarapela blanca, la fijó con la espina al ala levantada, prendiendo también ésta sobre la copa del sombrero, y volviéndosela a poner sobre la cabeza, de manera que se viese bien su rostro y la escarapela, exclamó en voz alta, dirigiéndose a la multitud:

—¡Yo soy el hombre a quien buscáis! ¡Soy el marqués de Lantenac, vizconde de Fontenay, príncipe bretón, teniente general de los ejércitos del Rey! ¡Acabemos! ¡Apunten! ¡Fuego!

Y apartando con ambas manos su pelliza de piel de cabra mostró el pecho desnudo.

Bajó los ojos buscando con la mirada los fusiles dirigidos contra su pecho y se vio rodeado de hombres hincados de rodillas.

Se elevó un inmenso clamor:

—¡Viva Lantenac! ¡Viva monseñor! ¡Viva el general!

Al mismo tiempo los sombreros saltaban por el aire; se agitaban sables en señal de alegría y se veían salir de todas partes palos en cuyo extremo había gorros de lana parda.

Alrededor del marqués se hallaba una partida vendeana.

Y aquella partida se arrodilló al verle.

La leyenda refiere que en las antiguas selvas turingias había seres extraños, una raza de gigantes, más o menos humanos, a quienes los romanos consideraban animales horrorosos y los germanos una encarnación divina y que, por tanto, según la tropa con la que se encontraban se hallaban expuestos al exterminio o a la adoración.

El marqués experimentó una sensación semejante a la que debían sentir aquellos seres cuando, pensando que iban a ser tratados como monstruos, se hallaban

inesperadamente tratados como dioses.

Todos aquellos ojos de terrible fulgor se fijaban sobre el marqués con una especie de amor salvaje.

Aquella muchedumbre iba armada de fusiles, sables, hoces, picas, palos; todos llevaban grandes sombreros o gorros pardos con blancas escarapelas, profusión de rosarios y amuletos, anchos calzones abiertos por la rodilla, casaca de piel, botines de cuero, la pantorrilla desnuda, los cabellos largos, algunos con aire feroz, todos con aspecto de personas sencillas.

Un joven de buena presencia pasó por entre aquella gente arrodillada y subió con grandes pasos hasta el marqués. Iba como los demás, cubierto con un sombrero de ala levantada y escarapela blanca y vestido con una casaca de piel, pero tenía las manos blancas y finas, y llevaba una banda de seda blanca de la que pendía un sable de empuñadura dorada.

Al llegar a lo alto de la loma arrojó el sombrero, se desciñó la banda, hincó la rodilla en tierra y le presentó al marqués la banda con la espada, diciendo:

—Os buscábamos, en efecto, y al fin os hemos hallado. Aquí tenéis la espada de mando. Todos estos hombres os pertenecen. Yo era su comandante; pero ahora asciendo en grado, pues soy vuestro soldado. Aceptad nuestro humilde homenaje, monseñor, y dadnos vuestras órdenes, mi general.

A una señal suya, varios hombres que llevaban una bandera tricolor subieron hasta el marqués y depositaron la bandera a sus pies. Era la que él acababa de distinguir entre los árboles.

—Mi general —agregó el joven que acababa de presentarle la espada—, ésta es la bandera que acabamos de arrebatar a los azules que estaban en la alquería de Herbe-en-Pail. Yo me llamo Gavard y he estado con el marqués de la Rouarie.

—Bien —dijo el marqués.

Y, sereno y grave, se ciñó la banda.

Después desenvainó la espada, y agitándola desnuda por encima de su cabeza, dijo:

—¡En pie y viva el Rey!

Todos se levantaron.

En las profundidades del bosque resonó un clamor inmenso y triunfante:

—¡Viva el Rey! ¡Viva nuestro marqués! ¡Viva Lantenac!

El marqués se volvió hacia Gavard.

—¿Cuántos hombres sois?

—Siete mil.

Bajando de la loma, mientras los aldeanos apartaban las zarzas por donde pasaba el marqués, Gavard continuó:

—Señor, nada más sencillo. Se explica todo en pocas palabras. No esperábamos más que una chispa que prendiese el incendio. El bando de la República, revelando vuestra presencia, ha sublevado a todo el país en favor del rey. Habíamos sido

advertidos secretamente de vuestra llegada por el alcalde de Granville, que está a nuestro favor. Es el mismo que ha salvado al abad Olivier. Esta noche se ha tocado a rebato.

—¿Por quién?

—Por vos.

—¡Ah! —exclamó el marqués.

—Y aquí estamos —concluyó Gavard.

—¿Y sois siete mil?

—Hoy siete mil, mañana quince mil. Es el cupo que corresponde a la comarca. Cuando el señor Henri de La Rochejacquelin salió para integrarse en el ejército católico, se tocó somatén y en una noche seis parroquias, que son las de Isernay, Corqueux, Échaubroignes, Aubiers, Saint-Aubin y Nueil, le llevaron diez mil hombres. No había municiones, pero se encontraron en casa de un albañil setenta libras de pólvora de mina, y con ellas marchó el señor de La Rochejacquelin. Pensábamos que debíais estar por este bosque y por eso os hemos buscado.

—¿Y habéis atacado a los azules en la alquería?

—El viento les impidió oír el toque de rebato. No sospechaban nada. La gente de la aldea, todos ellos patanes, los recibieron bien. Esta mañana hemos atacado la alquería. Los azules dormían y todo ha concluido en un minuto. Tengo un caballo. ¿Os dignaréis aceptarlo, mi general?

—Sí.

Un campesino trajo un caballo blanco ensillado militarmente. El marqués, sin el auxilio que le ofrecía Gavard, montó en él.

—¡Hurra! —gritaron los campesinos, porque las expresiones inglesas son muy usadas en la costa bretona-normanda, en permanente relación comercial con las islas del canal de la Mancha. Gavard saludó militarmente y preguntó:

—¿Cuál será vuestro cuartel general, monseñor?

—Por ahora, el bosque de Fougères.

—Uno de vuestros siete bosques, señor marqués.

—Necesito un cura.

—Tenemos uno.

—¿Cuál?

—El vicario de Chapelle-Erbrée.

—Lo conozco; hizo el viaje de Jersey.

—Tres veces —reconoció un clérigo, saliendo de entre la muchedumbre.

El marqués volvió la cabeza.

—Buenos días, señor vicario —lo saludó—. Os espera mucha tarea.

—Tanto mejor, señor marqués.

—Tendréis que confesar a mucha gente; a los que quieran, porque a nadie se obligará.

—Señor marqués —repuso el clérigo—, Gastón, en Guéménée, obligó a los

republicanos a confesarse.

—Gastón es un peluquero —replicó el marqués—, pero la muerte debe ser libre.

Gavard, que había ido a impartir varias órdenes, regresó.

—¿Qué hacemos, mi general? Esperamos vuestra voz de mando.

—En primer lugar, la reunión será en el bosque de Fougères; que se dispersen todos y vayan allá.

—Esta orden ya está dada.

—¿No dijisteis que los moradores de Herbe-en-Pail habían recibido bien a los azules?

—Sí, mi general.

—¿Habéis incendiado la granja?

—Sí, mi general.

—¿Y el pueblecillo?

—No, mi general.

—Quemadlo.

—Los azules trataron de defenderse, pero eran ciento cincuenta y nosotros siete mil.

—¿Qué azules eran?

—Azules de Santerre.

—El que mandó tocar el tambor mientras al rey le cortaban la cabeza. ¿Entonces era un batallón de París?

—Medio batallón.

—¿Cómo se llama este batallón?

—Mi general, en la bandera hay un letrero que proclama: “Batallón del Gorro Rojo”.

—De bestias feroces.

—¿Qué haremos con los heridos?

—Rematarlos.

—¿Y con los prisioneros?

—Fusilarlos.

—Son ochenta.

—¡Fusiladlos a todos!

—Hay también dos mujeres.

—Fusiladlas también.

—Hay tres niños.

—Traedlos acá; ya veremos qué se hace con ellos. Y el marqués clavó las espuelas a su caballo.

VII

GUERRA SIN PERDÓN (CONSIGNA DEL MUNICIPIO). GUERRA SIN CUARTEL (CONSIGNA DE LOS PRÍNCIPES)

Mientras esto ocurría cerca de Tanis, el mendigo se dirigía hacia Crollon. Entrando por los barrancos bajo la vasta y sorda espesura del follaje, descuidado de todo y atento a nada, como él mismo había dicho, soñador más que pensador, porque el pensador tiene un objetivo y el soñador no; errante, vagabundo, deteniéndose a comer algunos tallos de mimbrera silvestre o a beber en los manantiales, levantando la cabeza para escuchar ruidos lejanos, volviendo después a la deslumbradora fascinación de la Naturaleza, ofreciendo sus harapos al sol, oyendo tal vez el rumor de los hombres, escuchó el canto de las aves.

Era viejo y lento; no podía caminar largos trechos, y, como le había dicho al marqués de Lantenac, un cuarto de legua lo fatigaba. Dio un breve rodeo hacia Croix-Avranchin, y empezaba a anochecer cuando regresaba.

Un poco más allá de Macey, el sendero que seguía lo condujo a un otero desprovisto de arboleda, desde el cual se veía hasta bastante lejos, descubriéndose todo el horizonte del oeste hasta el mar.

Una humareda le llamó la atención.

Nada más amable que una humareda, nada más espantoso. Hay humaredas apacibles y las hay enervantes. En una humareda, el espesor y el color del humo indican la diferencia entre la paz y la guerra, entre la fraternidad y el odio, entre la hospitalidad y el sepulcro, entre la vida y la muerte. El humo que asciende entre los árboles puede significar lo más delicioso en el mundo: el hogar doméstico; y lo más horrible: el incendio. Toda la dicha y toda la desdicha del hombre se hallan simbolizadas a veces en esto que se esparce a impulsos del viento.

El humo que contemplaba Tellmarch era alarmante.

Era negro, con súbitos resplandores, como si el foco ardiente de donde salía tuviese intermitencias y se estuviera extinguiendo. Se elevaba por encima de Herbe-en-Pail.

Tellmarch apresuró el paso y se dirigió hacia el humo. Estaba fatigado, pero deseaba saber qué era aquello.

Llegó a la cima de un cerrillo, en cuya ladera estaban la alquería y la aldea.

No existían ni la una ni la otra; un montón de escombros ardía todavía, humeando densamente. Aquello era la alquería.

Hay una cosa cuya vista causa más dolor que ver quemarse un palacio, y es ver arder una cabaña. Una cabaña ardiendo es lamentable; es la devastación cerniéndose sobre la miseria, el buitre encarnizándose en el gusano. Forman un contrasentido que oprime el corazón.

Según la leyenda bíblica, la vista de un incendio convierte a una criatura humana

en estatua. Tellmarch se quedó por un momento convertido en estatua. Tal fue la inmovilidad que le produjo aquel inusitado espectáculo. Aquella destrucción se consumaba en silencio; no se oía un grito, ni suspiro humano alguno se mezclaba con el humo. El inmenso brasero trabajaba y acababa de devorar la aldea, sin que se oyese otro sonido más que el débil chasquido de las tablas y el chisporroteo de la paja de las techumbres. Por momentos, la nube de humo se desgarraba y las paredes abiertas dejaban ver el interior de las habitaciones. El brasero mostraba todos sus rubíes, trapos encarnados y pobres muebles viejos de color púrpura, y Tellmarch percibió el siniestro fulgor del desastre.

Se habían prendido algunos árboles de un castañar contiguo a las casas, que arrojaban también refulgentes llamaradas. El mendigo escuchaba, esperando sorprender alguna voz, algún rumor, alguna llamada de socorro, pero nadie se movía, excepto las llamas. Todo callaba, salvo el incendio. ¿Es que habían huido todos? ¿Dónde se hallaba aquella gente laboriosa y alegre de Herbe-en-Pail? ¿Qué había sido de roda la aldea? Tellmarch descendió del cerro.

Ante sí se presentaba un fúnebre enigma. Se aproximaba sin apresurarse, con la mirada fija, avanzando hacia aquellas ruinas con la lentitud de una sombra, como si fuera el fantasma de aquella tumba.

Llegó a lo que había sido la entrada de la alquería. Miró hacia el corral, que ya carecía de puerta y se confundía con el pueblecillo apretujado.

Lo que antes había visto no era nada. No había advertido aún que lo terrible, lo horrible surgía ante él.

En medio del corral había un negro montón vagamente iluminado por las llamas y la luna. Aquel montón estaba formado por hombres: hombres muertos.

A su alrededor se veía un gran charco que humeaba un poco; en él se reflejaba el incendio, mas no tenía necesidad del reflejo del fuego para ser rojo, era un charco de sangre.

Tellmarch se acercó y se puso a examinar uno tras otro a los que yacían en tierra; todos eran cadáveres.

La luna y el incendio iluminaban la escena. Los cadáveres eran de soldados; todos estaban descalzos; les habían arrancado las botas; también les habían quitado las armas, pero tenían aún los uniformes azules, y por doquier se distinguía una confusión de brazos, piernas y cabezas, sombreros agujereados con escarapelas tricolores. Eran republicanos. Eran parisinos que el día anterior estaban allí, vivos y guarnecidos en la granja de Herbe-en-Pail. Aquellos seres habían sido ejecutados, como lo indicaba la simetría de los cuerpos en su caída. Habían sido fusilados en el mismo sitio, implacablemente. Todos estaban muertos; ni el más leve estertor o suspiro salía de ninguno.

Tellmarch pasó revista a todos los cadáveres, sin omitir ni uno; todos estaban acribillados por las balas. Quienes los habían fusilado probablemente tenían prisa por dirigirse a otro lugar, y no se habían tomado la molestia de enterrarlos.

Al retirarse, su vista se posó en una pequeña pared que había en el corral, y vio cuatro pies que sobresalían por detrás del ángulo de la misma. Aquellos pies tenían zapatos, y eran más pequeños que los otros. Tellmarch se acercó. Eran pies de mujer.

Dos mujeres estaban allí tendidas, una al lado de la otra, detrás del muro, también fusiladas.

Tellmarch se inclinó sobre ellas. Una llevaba un uniforme; a su lado se veía una cubeta rota y vacía; era la cantinera. Tenía cuatro balazos en la cabeza. Estaba muerta.

Tellmarch examinó a la otra. Era una campesina, lívida, con la boca abierta y los ojos cerrados, pero sin ninguna herida en la cabeza. Sus vestidos, convertidos en harapos, sin duda por la fatiga de las marchas, se habían entreabierto en la caída, dejando ver el torso medio desnudo. Tellmarch acabó de separarlos y divisó un agujero redondo en un hombro, hecho por una bala. Tenía rota la clavícula. Miró aquel seno lívido.

—Madre y nodriza —murmuró.

La tocó. No estaba fría.

No tenía más heridas que la bala en el hombro y la clavícula rota.

Aplicó la mano sobre su corazón y percibió un débil latido. No estaba muerta.

Tellmarch se incorporó y gritó con voz terrible:

—¿No hay nadie aquí?

—¿Eres tú, Pedidor? —respondió una voz tan baja que casi era imperceptible, al mismo tiempo que asomaba una cabeza por entre un agujero de las ruinas.

Después otra cabeza asomó entre los escombros. Eran dos aldeanos que habían conseguido esconderse, los únicos supervivientes de la tragedia.

La voz de Pedidor los tranquilizó, y salieron de los rincones donde estaban.

Temblando, avanzaron hacia el mendigo.

Tellmarch había gritado, pero ya no podía hablar; las emociones profundas producen tales efectos.

Les señaló con el dedo a la mujer tendida a sus pies.

—¿Vive aún? —inquirió uno de los aldeanos.

Tellmarch hizo con la cabeza una seña afirmativa.

—¿Y la otra también? —preguntó el otro aldeano.

Tellmarch negó con la cabeza.

—Todos los demás han muerto, ¿verdad? —continuó el aldeano que hablaba en primer término—. Yo lo he visto. Estaba en mi cueva… ¡Gracias a Dios por no tener familia! ¡Señor Jesús! Todos han muerto; esta mujer tenía tres niños; tres niños pequeñitos. Los niños gritaban: “¡Madre!” La madre chillaba: “¡Hijos míos!” Han matado a la madre y se han llevado a los niños. Lo he visto todo. ¡Dios mío! ¡Dios mío! Después de la masacre se han marchado; iban todos muy contentos y se llevaron a los niños después de haber matado a la madre. Pero no está muerta, ¿verdad que no está muerta? Di, Pedidor, ¿crees que podemos salvarla? ¿Quieres que te ayudemos a

llevarla a tu guarida?

Tellmarch hizo signos de que sí.

El bosque estaba junto a la alquería. Pronto confeccionaron una parihuela con follaje y helechos, colocaron sobre ella a la mujer, que permanecía inmóvil, y se pusieron en marcha, uno a la cabeza y otro a los pies, mientras Tellmarch sostenía el brazo de la mujer, examinándole el pulso.

Mientras caminaban, los dos aldeanos hablaban y, por encima de la mujer ensangrentada, cuyo rostro pálido iluminaba la luna, intercambiaban exclamaciones de espanto.

—¡Matadlos a todos!

—¡Quemadlo todo!

—¡Ah, Señor! ¿Así van a ir ahora las cosas?

—Es aquel hombre alto y viejo, el que lo ha ordenado.

—Sí, es el general. Yo no he visto cuando los han fusilado. ¿Estaba allí?

—No, ya se había marchado, pero es igual, porque todo lo ha ordenado él.

—Entonces, el culpable ha sido él, sin duda.

—Sí.

Él dijo: matad, quemad, nada de cuartel.

—Es un marqués.

—¿Cómo se llama?

—El marqués de Lantenac.

Tellmarch elevó los ojos al cielo y exclamó:

—¡Si lo hubiera sabido!

SEGUNDA PARTE

EN PARÍS

Libro Primero

CIMOURDAIN

I

LAS CALLES DE PARÍS EN AQUEL TIEMPO

Se vivía en la calle; se comía en mesas puestas frente a los portales; las mujeres sentadas en los pórticos de las galerías hilaban cantando *La Marsellesa*. Los parques de Monceaux y Luxemburgo eran campos de maniobras; en todas las encrucijadas había talleres de armeros que trabajaban haciendo fusiles a la vista de los transeúntes, que aplaudían. No se oían más que estas frases en todas las bocas:

—Paciencia, hacernos la revolución.

Hasta las mujeres eran heroicas. Se iba al teatro como en Atenas a la guerra del Peloponeso, y se veían cartelones en las esquinas:

El sitio de Thionville. — La madre salvada del incendio. — El Club de los Indiferentes. — El primogénito de las papisas Jeanne. — Los Filósofos soldados. — El arte de amar en la aldea.

Los alemanes estaban a las puertas; corría el rumor de que el rey de Prusia había mandado guardar un palco en la Ópera. Todo era espantoso, mas nadie se asustaba.

La tenebrosa ley de sospechosos[7], que es el crimen de Merlin de Douai, hacía visible la guillotina suspendida sobre todas las cabezas. Un procurador llamado Serán, denunciado, esperaba que fuesen a prenderlo, vestido con bata y chinelas y tocando la flauta en la ventana. Nadie parecía estar desocupado; todo el mundo se apresuraba. No había un sombrero que no tuviese una escarapela. Las mujeres decían: “Estamos muy bellas con el gorro rojo.”

París se llenaba de gente que se mudaba. Los comerciantes de viejo tenían sus tiendas atestadas de coronas, mitras, cerros de madera dorada y flores de lis, restos de artículos reales; era la demolición de la monarquía. Se veían en los almacenes de trapo y hierro viejo capas pluviales y roquetes que se vendían por cuatro cuartos. En Porcherons y Hamponneau, hombres ataviados con sobrepellices y estolas, montados en burro, llevaban casullas por caparazones, y bebían vino en los cálices de las catedrales. En la calle Saint-Jacques, los adoquinadores descalzos detenían la carretilla de un vendedor ambulante de calzado, compraban a escote quince pares de zapatos y los enviaban a la Convención para que fuesen mandados a los soldados. Los bustos de Flanklin, Rousseau y Bruto, a los que se añadía también el de Matar, abundaban por doquier. Por debajo de uno de estos bustos de Marat, en la calle de

Cloche-Perce, en un marco de madera negra cubierto con cristal, se hallaba una requisitoria contra Malouet, con todos sus considerandos y estas dos líneas al margen: “Me ha dado estos pormenores la querida de Sylvain Bailly, buena patriota, que me favorece con sus bondades. Firmado: Marat”. En la plaza del Palacio Real, la inscripción de la fuente, *Quantos effundit in usus*, estaba oculta por dos grandes lienzos pintados al temple que representaban uno a Cahier de Gerville denunciando a la Asamblea Nacional la consigna para la reunión de los *harapientos* de Arlés; el otro a Luis XVI, volviendo de Varennes en su carroza real, y bajo la misma, una tabla atada con cuerdas y teniendo en cada extremo un granadero con fusil y bayoneta calada. Pocas eran las grandes tiendas que estaban abiertas. El comercio ambulante de comestibles y quincalla se disponía sobre carretones que circulaban arrastrados por mujeres, iluminados con velas de sebo que derretido caía sobre las mercancías. Había otros al aire libre, dirigidos por antiguas monjas con peluca rubia; tal zurcidora que remendaba medias en el hueco de un portal era una condesa; tal costurera era una marquesa; Madame de Boufflers habitaba en una buhardilla, desde la que divisaba su antiguo palacio. Se llamaba *escrofulosos* a los que escondían su barba en la corbata[8]. Los cantores ambulantes silbaban a Pitou, el cantante de la corte, valiente por otra parte, que fue encarcelado veintidós veces y llevado ante el tribunal revolucionario por haberse dado golpecitos algo más abajo de la cintura al gritar la palabra *civismo*. Entonces, viendo su cabeza en peligro, exclamó:

—¡Pero si es lo contrario de mi cabeza quien es culpable!

Esto hizo reír a los jueces y le salvó la vida. Pitou se burlaba de la moda de los nombres griegos y latinos, y su canción favorita versaba sobre un zapatero remendón a quien llamaba *Cujus*, y a su mujer *Cujusdam*. Se bailaba en los claustros en ruina, con lamparitas sobre los altares y colgando de la bóveda dos palos en cruz y cuatro velas, mientras los muertos yacían en sus tumbas bajo los pies de los bailarines. Se llevaban casacas de color “azul tirano” y alfileres de camisa con el “gorro de la libertad”, hechos de piedras blancas, azules y rojas.

La calle de Richelieu se llamaba de la Ley; el barrio de SaintAntoine tenía por nombre barrio de la Gloria; en la plaza de la Bastilla había una estatua representando a la Naturaleza. Se señalaba con el dedo a ciertos conocidos viandantes: Chatelet, Didier, Nicolas y Garnier-Delaunay, que vigilaban a la puerta del carpintero Duplay; Voullant no faltaba a un día de guillotina, y seguía a las carretadas de sentenciados, lo cual llamaba asistir a la “misa roja”; Montflabert, conjurado revolucionario y marqués, se hacía llamar *Diez de Agosto*. Se veía desfilar a los alumnos de la Escuela Militar calificados por los decretos de la Convención como “aspirantes a la escuela de Marte”, y por el público de “pajes de Robespierre”. Se leían las proclamas de Fréron, denunciando a los sospechosos del crimen de mercantilismo. Los elegantes, agolpados a las puertas de las alcaldías, se burlaban de los matrimonios civiles, y al pasar esposa y esposo los saludaban con el epíteto de *casados municipales*. En los Inválidos, las estatuas de los santos y los reyes estaban cubiertas con el gorro frigio.

Se jugaba a cartas en las esquinas, porque los juegos de naipes también hacían la revolución; en efecto, los reyes habían sido reemplazados por genios, las sotas por libertades, los caballos por igualdades y los ases por las leyes. Se labraban los jardines públicos y el arado surcaba las Tullerías. A esto se añadía, especialmente en los partidos vencidos, cierto altanero hartazgo de la vida. Un individuo le escribió a Fouquier-Tinville: “Tened la bondad de librarme de la existencia; he aquí las señas de mi casa”. Champcenetz había sido arrestado por haber exclamado en pleno Palacio Real: “¿Para cuando la revolución de Turquía? Quisiera ver la República en la Puerta”. Los periódicos pululaban por doquier; los oficiales de peluquería rizaban en público pelucas femeninas, mientras el maestro leía *Le Moniteur* en voz alta; otros comentaban entre la gente, gesticulando ostentosamente, el periódico *Entendons-nous*, de Dubois Crancé, o la *Trompette du Père Bellerose*.

Algunas veces los barberos también eran choriceros, y se veían jamones y salchichas colgadas al lado de una muñeca adornada con cabellos de oro. Otros mercaderes vendían en la vía pública “Vinos de los exiliados”; uno anunciaba en un cartel “Vinos de cincuenta y dos especies”; otros aún vendían relojes de lira, y sofás al estilo duquesa. Un peluquero proclamaba: “Afeito al clero, peino a la nobleza y corto el cabello al estado llano”. Iba gente también a ver a Martin, que echaba las cartas en su casa de la calle de Anjou, en el 173, para que les diese la buenaventura. Faltaban el pan, el carbón y la leche, y mientras tanto pasaban todos los días rebaños de vacas lecheras que llegaban de provincias. En la Vallée, el cordero se vendía a quince francos la libra. Un decreto de la Municipalidad asignaba a cada boca una libra de carne a la semana; la gente se atropellaba a las puertas de las tiendas de comestibles. Una de estas colas se ha hecho legendaria. Llegaba desde la puerta de un especiero de la calle de Petit-Carreau hasta la mitad de la calle de Montorgueuil, y a formar cola se llamó “tener la cuerda”, a causa de una larga cuerda en la que se apoyaban unos detrás de otros.

Las mujeres, en medio de la miseria general, eran valientes y caritativas. Pasaban la noche esperando turno para entrar en las tahonas. Mediante los expedientes se producían buenos resultados para la Revolución, la cual salvaba aquella gran miseria a través de dos medios peligrosos; el asignado y el maximum[9], de los cuales el primero era la palanca y el segundo el punto de apoyo. Aquel empirismo salvó a Francia. El enemigo, lo mismo el de Coblenza que el de Londres, especulaba con los asignados. Las muchachas iban y venían ofreciendo agua de lavanda, ligas y cadenetas, y ofreciendo o adquiriendo asignados. Había especuladores como los de los porches de la calle Vivienne, con zapatos rotos, cabellos grasientos, gorros de piel de cola de zorro; y los había elegantes como en la calle Valois, con botas lustradas, mondadientes en la boca, sombrero de castor a la cabeza, tuteados por las muchachas. El público les daba caza lo mismo que a los ladrones, a quienes los realistas denominaban “ciudadanos activos”[10]. Por lo demás, había pocos robos. Una escasez feroz; una honradez estoica. Los descalzos y los muertos de hambre pasaban

gravemente, con la vista en el suelo, por delante de los escaparates de las joyerías establecidas en el Palacio de la Igualdad. En una visita domiciliaria que hizo la sección Antoine a la casa de Beaumarchais, una mujer cortó una flor del jardín y el público la abofeteó. El haz de leña costaba cuatrocientos francos en moneda, y en las calles se veía a personas que aserraban sus camas; en invierno las fuentes se helaban, y el agua costaba veinte sueldos el viaje; todo el mundo se hacía aguador. El luis de oro valía tres mil novecientos cincuenta francos; una carrera en coche de alquiler costaba seiscientos francos; y después de un día en coche, se oía este diálogo:

—¿Cuánto te debo, cochero?

—Seis mil libras.

Una vendedora de hierbas vendía por valor de veinte mil francos diarios.

—¡Por caridad, socorredme! —clamaba un mendigo—. ¡Me faltan doscientas treinta libras para pagar mis zapatos!

A la entrada de los puentes se veían colosos esculpidos y pintados por David, y Miercier los insultaba, asegurando que eran “enormes polichinelas de madera”. Aquellos colosos representaban el federalismo y la coalición vencida. No se notaba desfallecimiento en aquel público, por el contrario, el júbilo sombrío de haber acabado con el trono resonaba por doquier. Los voluntarios afluían ofreciendo sus vidas, y cada calle daba un batallón. Las banderas de los distritos iban y venían, cada cual con su divisa. En la del distrito de Capuchinos se leía: *Nadie nos hará la barba*. Otra tenía por lema: *Nobleza sólo en el corazón*. En todas las puertas había carteles blancos, verdes, rojos y amarillos, impresos o manuscritos que proclamaban: *¡Viva la República!*, y los niños que apenas hablaban, ya tarareaban el *Ça ira*.

Aquellos niños eran el glorioso porvenir.

Posteriormente, a la ciudad trágica sucedió la ciudad cínica. Las calles de París ostentaron dos aspectos revolucionarios muy diferentes: antes y después del 9 Termidor. El París de Saint-Just dejó su lugar al París de Tallien. Tales son las continuas antítesis de Dios; inmediatamente después del Sinaí aparece La Courtille[11].

Semejantes accesos de locura pública no son raros. Uno de ellos se vio ya ochenta años antes. Se sale de Luis XIV como se sale de Robespierre, con necesidad de respirar; de la Regencia que abre el siglo y el Directorio que lo termina; dos saturnales[12] tras dos terrorismos. Francia se emancipa y sale del claustro puritano como del claustro monárquico, con el alborozo de la nación que se escapa de un encierro.

Después del 9 Termidor, París se hizo alegre, con una alegría extraviada; una alegría malsana se desbordó por todas partes. Al frenesí de morir sucedió el frenesí de vivir, que eclipsó toda grandeza. Hubo un Trimalción que se llamó Grimod de la Reynière, y apareció también el *Almanaque de los gastrónomos*. Se comía con el ruido de las fanfarrias en los bajos del Palacio Real, con orquestas de mujeres que tocaban el tambor y la corneta; el director de baile reinaba por doquier; se cenaba a la

“oriental” en Méot, en medio de pebeteros llenos de perfumes. El pintor Boze peinaba a sus hijos, inocentes y lindas cabecitas de dieciséis años, como “guillotinadas”, o sea, escotadas y con camisas rojas. A las violentas danzas en iglesias en ruinas sucedieron los bailes de Ruggieri, Luquet, Wenzel, Mauduit, de la Montansier; a las graves ciudadanas que hilaban sucedieron las sultanas, las salvajes, las ninfas; a los pies descalzos de los soldados cubiertos de sangre, les sucedieron los pies descalzos de las mujeres, adornados con diamantes. La corrupción reapareció al mismo tiempo que el impudor; estaban en las altas esferas, los proveedores, y en las pequeñas, usureros al por menor. Un enjambre de rateros invadió París y cada cual tenía que velar por su bolsillo. Uno de los pasatiempos predilectos era ver en el Palacio de justicia a las ladronas en el banquillo, con las faldas obligatoriamente atadas. A la salida de los teatros, los muchachos ofrecían cabriolés, diciendo: “¡Ciudadanas y ciudadanos, hay sitio para dos!” Ya no se anunciaban a gritos *Le Vieux Cordelier* ni *l’Ami du peuple*, sino *La carta de Polichinela y la petición de los galopines*. El marqués de Sade presidía la sección de las Picas en la plaza Vendôme. La reacción era jovial y feroz: “Los dragones de la libertad” del 92 renacieron bajo el nombre de “Caballeros del puñal”. Al mismo tiempo, surgió en escena este tipo, Jocrisse. Se retrocedió, en fin, de Mirabeau hasta Bobèche. Así es como París iba y venía; es el enorme péndulo de la civilización, que toca ya en un polo, ya en otro, desde las Termópilas hasta Gomorra. Después del 93, la revolución atravesó un eclipse singular; el siglo pareció olvidarse de concluir lo que había comenzado. No sé qué orgía se interpuso, ocupando el primer plano, y haciendo retroceder al segundo a la espantosa apocalipsis, cubriendo con un velo la desmesurada visión y soltando una carcajada después de la mueca de espanto. La tragedia desapareció en la parodia, y en el horizonte una humareda de Carnaval borró los trágicos caracteres de la Medusa.

Pero en el 93, en el que nos hallamos, las calles de París aún ofrecían todo el aspecto grandioso y feroz de los primeros días. Tenían oradores, como Varlet, que paseaba una barraca con ruedas, desde lo alto de la cual arengaba a los paseantes. Tenían también héroes, uno de los cuales se llamaba “el capitán de los garrotes herrados”, y tenían, por fin, sus favoritos, como Gouffroy, autor del folleto titulado *Rougiff*. Algunas de estas popularidades eran malsanas y otras sanas. Una entre ellas era honesta y fatal: la de Cimourdain.

II

CIMOURDAIN

Cimourdain era una conciencia pura, pero sombría. En él reinaba el absoluto. Había

sido clérigo, lo cual es grave. El hombre puede, como el cielo, tener una serenidad oscura, para lo cual basta que algo produzca en él la noche. La claridad del clérigo produjo la noche en el alma de Cimourdain. Quien ha sido clérigo, lo es siempre.

Lo que en nosotros produce la noche también produce las estrellas. Cimourdain estaba lleno de virtudes y verdades, que refulgían en las tinieblas.

Su historia es corta. Fue cura párroco de aldea y preceptor de una noble mansión; después recibió una pequeña herencia y se independizó.

Sobre todo, era terco; se servía de la meditación como podía valerse de unas tenazas; jamás se creía en el derecho de desechar una idea hasta haber apurado sus últimas consecuencias. Pensaba con encarnizamienro. Conocía todas las lenguas europeas y algunas de lejanos países. Estudiaba sin cesar, lo cual lo ayudaba a soportar su castidad, pero no hay nada más peligroso que semejante ensimismamiento.

Sacerdote por orgullo, casualidad o altivez de ánimo, observó sus votos, pero no logró conservar sus creencias; la ciencia demolió su fe, y el dogma se evaporó en él. Entonces, examinándose, se sintió mutilado, y no pudiendo dejar de ser cura, trabajó para rehacerse como hombre, pero de un modo austero. Puesto que le habían quitado la familia, se propuso adoptar una patria; puesto que le habían negado la mujer, se casó con la humanidad. Esta plenitud enorme, en el fondo es el vacío.

Sus padres, aldeanos, al hacerlo clérigo habían querido elevarlo sobre el pueblo; pero él volvió a ingresar en el pueblo.

Y entró en él apasionadamente, mirando a los que padecían con ternura indecible. De clérigo se convirtió en filósofo, y de filósofo en atleta. Todavía vivía Luis XV, y Cimourdain ya se sentía vagamente republicano. ¿De qué República? De la República de Platón, quizás; quizá también de la República de Dracón.

Habiéndole sido privado amar, se puso a detestar. Detestaba las mentiras, la monarquía, la teocracia, su traje clerical; detestaba el presente y llamaba a grandes voces al porvenir, presintiendo de antemano el futuro, adivinándolo espantoso y sublime. Para resolver el problema de la lamentable miseria humana, comprendía la necesidad de algo que fuese como un vengador y al mismo tiempo libertador. Adoraba desde lejos la catástrofe.

En 1789, cuando por fin se desató la catástrofe, ésta encontró a Cimourdain preparado. Se arrojó en medio de aquella vasta revolución humana con lógica, es decir, tratándose de un espíritu de su temple, implacablemente, porque la lógica no se enternece. Vivió los grandes años revolucionarios y experimentó el estremecimiento de todos sus alientos: 1789, la toma de la Bastilla; el final del suplicio del pueblo; 1790, el 4 de agosto, el final del feudalismo; 1791, Varennes, el fracaso de la monarquía; 1792, el advenimiento de la República. Había visto surgir la revolución y no era hombre que fuera a temer a aquel gigante; lejos de ello, lo había rejuvenecido, y aunque ya casi viejo, porque tenía cincuenta años y un clérigo envejece antes que los demás hombres, se puso también a creer en la revolución. De año en año

contempló su desarrollo, viendo cómo crecían los acontecimientos y engrandeciéndose con ellos. Al principio temió que la revolución abortase; él la observaba, tenía la razón y el derecho, y exigía que alcanzase también el triunfo. Y a medida que se tornaba más espantosa, se sentía él más tranquilo. Quería que aquella Minerva coronada por las estrellas del porvenir fuese también Palas y tuviese por escudo la máscara rodeada de serpientes. Quería que sus ojos divinos pudiesen en caso necesario dirigir sobre los demonios su resplandor infernal y devolverles terror por terror.

Y así llegó a 1793.

El año 1793 es el año de la guerra de Europa contra Francia, y de Francia contra París. ¿Y qué es la revolución? Es la victoria de Francia sobre Europa y de París sobre Francia. De ahí la inmensidad de aquel instante que se llama 93, un instante mayor que el resto del siglo.

Nada más trágico que Europa atacando Francia, y Francia atacando París; un drama que tiene la grandeza de una epopeya.

El 93 es un año intenso. La tempestad reinó en él en toda su cólera y grandeza; en él, Cimourdain se encontraba en su elemento, porque aquella atmósfera tempestuosa y espléndida convenía a su configuración intelectual y moral. Aquel hombre tenía, como el águila de los mares, una profunda calma en su interior y afición al peligro en lo exterior. Ciertas naturalezas aladas, feroces y tranquilas, han sido creadas para los grandes vientos; almas de tempestad, eso existe.

Sentía, no obstante, una particular compasión, reservada sólo a los desdichados. Ante aquella clase de padecimientos que causan horror, se sacrificaba. Entonces nada le parecía repugnante; era asquerosa y divinamente caritativo. Buscaba las úlceras para besarlas. Las buenas acciones que repelen a la vista son las más difíciles de ejecutar; pero él las prefería. Un día, en el Hôtel-Dieu, un hombre iba a morir ahogado por un tumor en la garganta, un absceso fétido, horrible, contagioso tal vez, que era preciso vaciar inmediatamente. Cimourdain estaba presente y aplicó la boca al tumor, chupando y escupiendo a medida que la boca se le llenaba. Como todavía llevaba las ropas de clérigo en aquella ocasión, uno exclamó:

—Si le hicieseis esto al rey seríais obispo.

—Es que al rey no se lo haría —replicó Cimourdain.

El acto y la respuesta lo hicieron inmediatamente popular en los barrios sombríos de París.

Con esta conducta hacia los que padecen, lloran y amenazan, conseguía de ellos lo que quería. En la época de mayor indignación pública contra los acaparadores, cuando reinaba una cólera fecunda en errores, Cimourdain fue quien con una sola palabra impidió el saqueo de un buque cargado de jabón en el puerto de Saint-Nicolas, y quien disolvió los grupos furiosos que detenían los carruajes en la barrera de Saint-Lazare.

Él fue quien, dos días después del 2 de agosto, condujo al pueblo a derribar las

estatuas de los reyes.

Al caer aplastaron a varias personas, y en la plaza Vendôme, una mujer llamada Reine Violet fue aplastada por Luis XIV, a cuyo cuello se hallaba atada una soga de la que ella tiraba. Esta estatua de Luis XIV erigida cien años antes, exactamente el 12 de agosto de 1692, fue derribada el 12 de agosto de 1792. En la plaza de la Concordia, un tal Guinguerlot, que llamó canallas a los demoledores, fue muerto a golpes sobre el pedestal de Luis XV, y también se destrozó esta estatua, con la que se hicieron monedas. Sólo escapó el brazo, aquel brazo derecho de Luis XV, extendido en actitud de emperador romano. A petición de Cimourdain, el pueblo le regaló el brazo, que le fue entregado por unos representantes, a Latude, el hombre que estuvo enterrado treinta y siete años en la Bastilla. Cuando Latude, con la argolla al cuello y la cadena en la cintura, se pudría vivo en el fondo de la prisión por orden del rey, cuya estatua dominaba París, ¡quién le había de decir que aquella cárcel caería, que él saldría del sepulcro, que la monarquía quedaría sepultada y que él, el preso, sería dueño de aquella mano de metal que había firmado la orden de su encarcelamiento, y que de aquel rey de bronce no quedaría más que el brazo!

Cimourdain lo sabía todo y todo lo ignoraba. Todo lo sabía en relación a la ciencia, y todo lo ignoraba respecto a la vida. De aquí su rigidez. Tenía los ojos vendados como la Themis de Homero. Poseía la certidumbre ciega de la flecha, que no ve más que el blanco y va derecha al mismo. En una revolución no hay nada más terrible que la línea recta: Cimourdain caminaba fatalmente en esta línea.

Creía que en las génesis sociales, el punto extremo es el terreno sólido; error propio de las inteligencias que reemplazan la razón por la lógica. Iba más allá de la Convención, más allá del Municipio, pertenecía al Obispado[13]. La reunión llamada del Obispado, porque celebraba sus sesiones en un salón del antiguo palacio episcopal, era más bien una complicación de seres humanos que una reunión propiamente dicha. Allí asistían, como en la Comuna, espectadores silenciosos y significativos que llevaban tantas pistolas como bolsillos. El Obispado era una mezcla cosmopolita y parisina, cosas ambas que no se excluyen, porque París es el lugar en que late el corazón de los pueblos. Allí estaba la gran incandescencia plebeya.

En comparación con el Obispado, la Convención era fría y la Comuna tibia. El Obispado era una de esas instituciones volcánicas, contenía de todo: ignorancia, brutalidad, honestidad, heroísmo, cólera y policía. El duque de Brunswick tenía allí a sus agentes; había también hombres dignos de Esparta y otros dignos del presidio. La mayoría se componía de personas enfurecidas y honradas. La Gironde, por boca de Isnad, presidente momentáneo de la Convención, pronunció una frase monstruosa:

—Cuidado, parisinos, no quedará de vuestra ciudad piedra sobre piedra, y las generaciones futuras buscarán un día el lugar donde se asentó y creció París.

Esta frase creó la asamblea del Obispado, porque muchos hombres, hombres de todas las naciones, comprendieron la necesidad de cercar París, y Cimourdain era de

este grupo.

Era una asamblea de reacción contra los reaccionarios, nacida de una necesidad pública de violencia, que es la faz temible y misteriosa de las revoluciones. El Obispado, con aquella fuerza, se dispuso inmediatamente a ejercer sus tareas, y en las conmociones de París, la Comuna era quien disparaba el cañón, y el Obispado quien tocaba a rebato.

Cimourdain creía, en su ingenuidad implacable, que todo está permitido si está al servicio de la verdad; lo cual lo hacía apto para dominar a los partidos extremistas. Los pillastres se veían honrados y estaban contentos. Los crímenes se ven halagados cuando están presididos por la virtud. Esto, si a veces trastorna, siempre agrada. Pally, el arquitecto que explotó la demolición de la Bastilla vendiendo en provecho propio las piedras de la fortaleza, y que encargado de pintarrajear el calabozo de Luis XVI, por exceso de celo había cubierto las paredes de barras, cadenas y argollas; Gouchon, el sospechoso orador del barrio de Saint-Antoine, de quien se hallaron después varios recibos; Pournier, el americano que el 17 de julio disparó contra Lafayette un pistoletazo pagado, según se dijo, por el propio Lafayette; Henriot, que salió del hospital de Bicêtre, y fue lacayo, titiritero, ladrón y espía, antes de ser general y apuntar los cañones contra la Convención; La Reynie, antiguo vicario general de Chartres, que reemplazó el breviario con el *Padre Duchesne*; todos estos hombres respetaban a Cimourdain, y en ciertos momentos, para impedir que los peores diesen un mal paso, bastaba que sintieran suspendido sobre sus cabezas el candor temible y convencido de Cimourdain. Así es como Saint-Just atemorizó a Schneider. Al mismo tiempo, la mayoría del Obispado, compuesta especialmente por hombres violentos pero honrados, creía en Cimourdain y lo seguía. Tenía por vicario, o por ayudante de campo, a otro clérigo republicano llamado Danjou, a quien el pueblo amaba por su elevada estatura, habiéndolo bautizado como el abad Seis-Pies. Cimourdain podría haber situado en donde hubiese querido a un intrépido jefe llamado general La Pica, y a aquel otro atrevido llamado Truchon, alias el Gran Nicolás, que quiso salvar a Madame de Lamballe, y le dio el brazo haciéndola dar zancadas por entre los cadáveres, tentativa que hubiese tenido éxito sin la feroz humorada del barbero Charlot[14].

La Comuna vigilaba a la Convención, y el Obispado vigilaba a la Comuna. Cimourdain, hombre recto, a quien la intriga repugnaba, había descubierto y roto más de un hilo misterioso en la mano de Pache, a quien Bournonville llamaba *el hombre negro*. Cimourdain en el Obispado se hallaba a la altura de todos; era consultado por Dobsent y Momoro; hablaba en español a Gusman, italiano con Pio, inglés con Arthur, flamenco con Pereyra, alemán con el austríaco Proly, bastardo de un príncipe. Creaba entendimiento entre todos estos desavenidos, y de aquí la situación densa y fuerte que se había formado. Hébert lo temía.

Tenía, en aquellos tiempos y en aquellos grupos, el poder de los individuos inexorables; era un implacable que se creía infalible; nadie lo había visto llorar; era

de una virtud inaccesible y glacial. Era un justo espantoso.

No hay término medio para un clérigo en una revolución. Un clérigo puede lanzarse a esta prodigiosa aventura sólo por los motivos más ruines o los más nobles; es preciso que sea infame o sublime. Cimourdain era esto último, pero sublime en el aislamiento, en lo escarpado, en la soledad inhospitalaria; sublime en un entorno de abismos. Las altas montañas tienen esa siniestra virginidad.

Su aspecto era el de un hombre ordinario; sus vestidos comunes y su apariencia la de un pobre. Cuando joven, lo tonsuraron; ya viejo era calvo y los pocos cabellos que tenía eran grises. En su espaciosa frente el observador podía descubrir su gran inteligencia. Tenía un modo de hablar brusco, apasionado y solemne; la voz breve, el acento perentorio, la boca triste y amarga, la mirada serena y profunda, y en todo el rostro cierto aire de indignación.

Así era Cimourdain.

Nadie conoce su nombre de pila. En la historia existen desconocidos terribles.

III

UN TALÓN NO TEMPLADO EN EL ESTIGIA[15]

Un hombre así, ¿era un verdadero hombre? Servidor del género humano, ¿podía tener algún afecto? ¿No era demasiada alma para tener corazón? Aquel abrazo enorme que admitía a todo a todos, ¿podía reservarse para alguien? ¿Podía amar Cimourdain? Digámoslo de una vez: sí.

Siendo joven y preceptor de una casa casi principesca, tuvo un discípulo, hijo y heredero de la casa, a quien amó. ¡Amar a un niño es tan fácil! ¿Qué no se le perdona a un niño? Se le perdona hasta el ser señor, ser príncipe, ser rey. La inocencia de la edad hace olvidar los crímenes de la raza, la debilidad del ser hace olvidar la exageración del rango. Es tan pequeño que se le perdona que sea grande; el esclavo le perdona ser señor; el anciano negro idolatra al niño blanco. Cimourdain tenía pasión por su discípulo. La infancia tiene de inefable que se la puede amar sin reservas, con todo el amor del alma. Todo lo que Cimourdain era capaz de amar se abatió sobre aquel niño. Aquel ser tierno e inocente era una presa fácil para el corazón de Cimourdain, condenado a la soledad. Lo amaba con la ternura del padre y el hermano, del amigo, del creador. Era su hijo; el hijo, no de su carne, sino de su espíritu. No le dio el ser, no era su obra; pero era su alumno, era su obra maestra. De aquel joven señor hizo un hombre ¡y quién sabe si un gran hombre!, porque tales son los sueños que se forjan.

La familia no sabía nada. ¿Hay acaso necesidad de permiso para crear una

inteligencia, una voluntad y un alma recta? Le infundió al joven vizconde, su discípulo, todo el progreso que sentía en sí; le había inoculado el virus temible de su virtud; le inyectó en sus venas las convicciones que él sentía, su conciencia, su ideal; y en aquel cerebro de aristócrata vertió el alma del pueblo. El espíritu se nutre; la inteligencia es como el pecho de una nodriza; hay una analogía entre la nodriza que da su leche y el preceptor que infunde su pensamiento. Algunas veces, el preceptor es más padre que el padre, así como frecuentemente la nodriza es más madre que la propia madre.

Aquella profunda paternidad espiritual ligaba a Cimourdain con su discípulo. Sólo la presencia de aquel niño lo enternecía.

Añadamos que era sencillo reemplazar al padre porque el niño no lo tenía; era huérfano de padre y madre, sin otros parientes que una abuela ciega y un río segundo, ausente. La abuela murió poco después y el río, jefe de la familia, hombre de espada y con obligaciones en la Corte, huyó del viejo castillo familiar, yendo a vivir a Versalles, entró en el Ejército y dejó al pobre huérfano abandonado en la solitaria mansión. El preceptor, fue, pues, el amo, en toda la extensión de la palabra.

También hay que añadir que Cimourdain había visto nacer al niño que era su alumno. Éste, huérfano desde su más tierna infancia, sufrió una grave enfermedad. En trance de muerte, Cimourdain lo veló noche y día, y como el médico es el que cuida pero el enfermero es quien salva, fue Cimourdain quien salvó al niño. No sólo su discípulo le debía la educación, la instrucción, la ciencia, sino que también le debía la convalecencia, la salud. No sólo el desarrollo de su facultad de pensar, sino que era igualmente deudor de la vida. Y como se adora a quienes todo nos lo deben, Cimourdain adoraba a este niño.

Sin embargo, llegó el momento de producirse la separación, algo natural en la vida. Concluida la educación, Cimourdain tuvo que separarse del niño convertido en hombre. ¡Con qué fría e inconsciente frialdad se llevan a cabo estas separaciones! ¡Con qué crueldad las familias despiden al preceptor que deja sus ideas en el niño, y a la nodriza que le deja sus entrañas! Cimourdain, pagado y despedido, salió de la alta sociedad y volvió a ingresar en la sociedad de los humildes; la puerta divisoria entre los grandes y los pequeños se volvió a cerrar; el joven señor, oficial por derecho de nacimiento y nombrado de golpe capitán, marchó a una guarnición cualquiera; el humilde preceptor, ya clérigo rebelde en su corazón, se apresuró a descender a ese oscuro entresuelo de la iglesia que se llama el bajo clero, y perdió de vista a su discípulo.

Cuando llegó la revolución, el recuerdo de aquel ser, del que había hecho un hombre, continuaba latente en él; oculto, pero no extinguido, por la inmensidad de las cosas públicas.

Modelar una estatua e insuflarle vida es algo grande; pero modelar una inteligencia y darle la verdad lo es más aún. Cimourdain era el Pigmalión de un alma. Un espíritu puede tener un hijo.

Aquel alumno, aquel niño, aquel huérfano, era el único ser a quien Cimourdain amaba en la tierra. Pero con tal afecto, ¿era aquel hombre vulnerable?

No tardaremos en saberlo.

Libro Segundo

LA TABERNA DE LA CALLE DEL PAVO REAL

I

MINOS, EAGO Y RADAMANTO[16]

En la calle del Pavo Real existía en aquel tiempo una taberna a la que llamaban café. Tenía una trastienda que hoy es histórica. Allí se reunían a veces, en entrevistas casi secretas, hombres tan poderosos y vigilados que no se atrevían a hablarse en público. Allí se dieron el 23 de octubre de 1792 un beso célebre la Montaña y la Gironda. Allí fue donde Garat, aunque no lo diga en sus *Memorias*, recibió noticias durante la noche lúgubre en la que, tras haber puesto a Clavière en un lugar seguro de la calle Beaune, detuvo su coche en el Pont-Royal para escuchar el toque de rebato.

El 28 de junio de 1793 tres hombres se hallaban reunidos en torno a una mesa en aquella sala. Sus sillas no se tocaban; estaban sentados cada uno a un lado de la mesa, dejando vacío el cuarto. Eran las ocho de la tarde, pero en la calle aún reinaba cierta claridad. En la sala, sin embargo, era ya de noche, y un quinqué que pendía del techo, un lujo para la época, iluminaba la mesa.

El primero de los tres hombres era pálido, joven, de aspecto grave, con labios delgados y mirada fría; tenía en la mejilla un tic nervioso que debía incomodarle para sonreír. Llevaba la cabeza empolvada, las manos enguantadas, la casaca cepillada y abotonada; aquella casaca de color azul claro no tenía ni una arruga. Llevaba también calzón de nankin, medias blancas, corbata alta, guirindola de pliegues menudos y zapatos con hebillas de plata.

Los otros dos eran, el uno una especie de gigante, y el otro una especie de enano. El primero, embutido en una casaca de paño escarlata, con el cuello holgando bajo una corbata desanudada, cuyas puntas caían más abajo de la guirindola; la casaca abierta con botones faltantes, llevaba botas de campaña y tenía los cabellos encrespados, aunque en ellos se adivinaba un resto de peinado y acicalamiento; en su cabellera había algo que recordaba una crin. Estaba picado por las viruelas, tenía una arruga entre las cejas que denotaba su temperamento colérico y el pliegue de la bondad en las comisuras de los labios; éstos eran gruesos, los dientes grandes, tenía puños de mozo de cuerda y brillo en la mirada. El enano era un hombre amarillento, que sentado parecía deforme; la cabeza se inclinaba hacia atrás, con los ojos inyectados en sangre, y la lividez se le extendía por todo el rostro; tenía un pañuelo anudado sobre sus grasientos cabellos, poca frente, boca enorme y terrible. Vestía

pantalón, babuchas, un chaleco y encima un ropón, entre cuyos pliegues una línea dura y recta dejaba adivinar la forma del puñal.

El primero de aquellos hombres se llamaba Robespierre, el segundo Danton, el tercero Matar.

Estaban solos en la estancia. Delante de Danton había un vaso y una botella de vino, cubierta de polvo, que recordaba la botella de cerveza de Lutero; delante de Marat una taza de café, y delante de Robespierre varios papeles.

Al lado de aquellos papeles se veía uno de esos tinteros pesados, de plomo, redondos y estriados que recuerdan los que eran usados por los estudiantes a principios de este siglo. Al lado del escritorio había una pluma y sobre los documentos un grueso sello de cobre, en el que se leía “Palloy fecit”, y que figuraba un pequeño modelo de la Bastilla.

Un mapa de Francia estaba extendido en medio de la mesa.

En la puerta, fuera de la sala, estaba el perro de presa de Marat; aquel Lorenzo Basse, representante del 18 de la calle Cordeliers, que el 13 de julio, unos quince días después de este 28 de junio, habría descargar un silletazo sobre la cabeza de una mujer llamada Charlotte Corday, la cual en este momento estaba en Caen, sumergida en vagos ensueños. Lorenzo Basse era el portador de las pruebas del *Ami du peuple*, y aquella tarde, acompañando a su amo al café de la calle del Pavo Real, tenía la consigna de permanecer delante de la puerta de la sala en la que estaban Marat, Danton y Robespierre, sin dejar entrar a nadie, a no ser que se presentase un individuo de la Comisión de Salvación Pública, de la Comuna o del Obispado.

Robespierre no quería cerrarle la puerta a Saint-Just; Danton no se la quería cerrar a Pache, ni Marat a Gusman.

Hacía ya largo tiempo que duraba la conferencia, que se refería a los papeles que estaban sobre la mesa y cuya lectura hiciera Robespierre. Comenzaban a levantarse las voces y la cólera ardía en el pecho de aquellos tres hombres. Desde fuera se oía de vez en cuando alguna frase pronunciada en voz más alta que las otras. En aquella época, la costumbre de las tribunas públicas parecía haber creado el derecho de escuchar. Era la época en que Fabricius Pâris miraba por el agujero de la cerradura lo que hacía el Comité de Salud Pública, lo cual, dicho sea de paso, no fue inútil, porque fue Pâris quien advirtió a Danton de lo que pasaba en la noche del 50 al 31 de marzo de 1794. Lorenzo Basse había aplicado el oído a la puerta de la sala reservada donde se hallaban Marat, Danton y Robespierre. Lorenzo Basse servía a Marat, pero pertenecía al Obispado.

II

MAGNA TESTANTUR VOCE POR UMBRAS[17]

Danton acababa de levantarse después de hacer retroceder violentamente su silla.

—Escuchad: no hay más que un asunto urgente, el de la República, que está en peligro. No conozco más que una cosa importante: librar a Francia del enemigo. Para esto, todos los medios son buenos, todos, todos, todos, ¡todos! Cuando estoy amenazado de toda clase de peligros, y cuando todo lo temo, todo lo arrostro. Mi pensamiento es un león; no entiendo de recursos a medias; no entiendo de hipocresías en la revolución; Némesis es la diosa de la gazmoñería; seamos terribles y útiles. ¿Por ventura el elefante mira dónde pone el pie? Aplastemos al enemigo.

—Estoy de acuerdo —asintió Robespierre con su voz suave—. La cuestión estriba en saber dónde está el enemigo.

—Fuera de Francia, de donde yo lo expulsé —replicó Danton.

—Está dentro, y yo lo vigilo —objetó Robespierre.

—¡Pues volveré a expulsarlo! —tronó Danton.

—No se expulsa al enemigo interior.

—¿Qué se hace, pues?

—Se le aniquila.

—Convengo en ello —Danton, tras una pausa, añadió—: Pero yo aseguro que está fuera, Robespierte.

—Está dentro, Danton.

—Robespierte, está en la frontera.

—Danton, está en la Vendée.

—Calmaos —terció Marat—, está en todas partes, y vosotros estáis perdidos.

Robespierte miró a Marat y contestó con tranquilidad:

—Dejémonos de generalidades y estudiemos los hechos concretos, que están aquí.

—¡Pedante! —susurró Marat.

Robespierte puso la mano sobre los papeles que estaban delante de él y continuó:

—Acabo de leeros los informes de Prieur de la Marne, y también los datos que he recibido de ese Gélambre. Danton, la guerra extranjera no es nada; la guerra civil lo es todo. La guerra extranjera es una desolladura en el codo; la guerra civil es la úlcera que corroe las entrañas. De cuanto acabo de leer resulta que la Vendée, hasta hoy diseminada en muchos jefes, se halla a punto de concentrarse con un capitán único.

—Un bandido central —murmuró Danton.

—Es el hombre —reanudó Robespierte— que desembarcó cerca de Pontorson el 2 de junio. Habéis visto ya de lo que es capaz; observad que ese desembarco coincide con la prisión de los representantes enviados a Bayeux, Prieur de Côte-d'Or y Romme por ese distrito traidor de Calvados, el 2 de junio, es decir, el mismo día.

—Y su traslado al castillo de Caen —observó Danton.

—Continúo resumiendo los partes —prosiguió Robespierre—. La guerra en los

bosques se organiza a gran escala. Al mismo tiempo se prepara un desembarco inglés; vendeanos e ingleses son Bretaña y Bretaña. Los hurones de Finisterre hablan la misma lengua que los tupinambos de Cornualles. Os he presentado una misiva interceptada de Puisaye, donde se dice que veinte mil casacas rojas, distribuidas entre los insurrectos, harán que se levanten cien mil. Cuando la insurrección de los aldeanos sea completa, se producirá el desembarco de tropas inglesas. Ved aquí el plan, podéis seguirlo en el mapa.

Robespierre señaló el mapa con el dedo y continuó:

—Los ingleses pueden elegir desembarcar desde Cancale a Paimpol. Craig preferiría la bahía de Saint-Brieuc, Cornwallis la bahía de Saint-Cast, pero éste es un detalle de poca importancia. La orilla izquierda del Loira está defendida por el ejército vendeano rebelde, y respecto a las veintiocho leguas que tenemos al descubierto, entre Ancenis y Pontorson, cuarenta parroquias normandas han prometido su colaboración. El desembarco se hará por tres puntos: Plérin, Iffiniac y Pléneuf. De Plérin irán a Saint-Brieuc, y de Pléneuf a Lamballe. El segundo día llegarán a Dinan, donde hay novecientos prisioneros ingleses, y al mismo tiempo ocuparán Saint-Jouan y Saint-Méen, donde dejarán la caballería. Al tercer día, dos columnas se dirigirán, una de Jouan sobre Bedée, la otra desde Dinan sobre Becherel, que es una fortaleza natural, donde se establecerán dos baterías. Al cuarto día estarán en Rennes, que es la llave de Bretaña, porque el que tiene a Rennes la tiene toda; y una vez tomada Rennes, caerán Châteauneuf y Saint-Malo. En Rennes hay un millón de cartuchos y cincuenta piezas de artillería de campaña.

—De las cuales se apoderarían —murmuró Danton.

—Concluyo. De Rennes saldrán tres columnas, una sobre Fougères, otra sobre Vitré y la tercera sobre Redon. Como los puentes están cortados, los enemigos, y ya hemos precisado este hecho, se proveerán de pontones y maderos, y tendrán guías que los llevarán por los lugares vadeables para la caballería. De Fougères, centro de operaciones, saldrán columnas sobre Avranches; de Redon sobre Ancenis; de Vitré sobre Laval. Nantes se rendirá, Brest se rendirá; Redon proporcionará la posesión de todo el curso del Vilaine; Fougères, la del camino de Normandía; Vitré la del acceso a París. En quince días habrá un ejército de rebeldes de trescientos mil hombres, y toda Bretaña pertenecerá al Rey de Francia.

—O sea, al de Inglaterra —dijo Danton.

—No, al de Francia —replicó Robespierre—. El de Francia es peor. Bastan quince días para expulsar al extranjero; pero se necesitan mil ochocientos años para eliminar la monarquía.

Danton, que había vuelto a tomar asiento, se acodó sobre la mesa, con la cabeza entre las manos, meditabundo.

—Ya veis el peligro —señaló Robespierre—, Vitré les da a los ingleses el camino de París.

Danton levantó la cabeza y bajó sus dos gruesas manos, crispadas sobre el mapa

como sobre un yunque.

—Robespierre… ¿Por ventura Verdún no entregaba el camino de París a los prusianos?

—¿Y bien?

—Arrojaremos a los ingleses de Francia como arrojamos a los prusianos.

Danton volvió a levantarse.

Robespierre colocó su fría mano sobre el puño febril de Danton.

—Danton, Champagne no estaba a favor de los prusianos, y Bretaña está a favor de los ingleses. Recobrar Verdún era hacerle la guerra al invasor; recobrar Vitré es la guerra civil.

Y Robespierre murmuró, con un acento gélido y profundo:

—La diferencia es seria.

Y continuó:

—Sentaos, Danton, y mirad el mapa en vez de darle puñetazos.

Pero Danton seguía absorto en sus pensamientos.

—¡Esto sí que es admirable! ¡Ver la catástrofe a Occidente cuando se presenta por Oriente! Robespierre, concedo que Inglaterra se alza sobre el océano; pero España asoma por los Pirineos, Italia por los Alpes y Alemania por el Rhin, mientras en el fondo se muestra el gran oso de Rusia. Robespierre, el peligro es un círculo dentro del cual estamos nosotros. En el exterior la coalición; en el interior la traición. Al Mediodía, Servant le abre la puerta de Francia al rey de España; al Norte, Dumoriez se pasa al enemigo. Aunque, por otra parte, estando entre nosotros más bien amenazaba a París que a Holanda. Nerwinde borra las glorias de Jammapes y Valmy. El filósofo Rabaut Saint-Étienne, traidor como protestante que es, mantiene correspondencia con el cortesano Montesquiou. El Ejército se encuentra diezmado, sin que haya un solo batallón que pase de cuatrocientos hombres; el valiente regimiento de DeuxPonts está reducido a cincuenta hombres; el campamento de Pamars se ha rendido; no le quedan ya a Givet más que quinientos sacos de harina; retrocedemos hacia Landau; Wurmser persigue a Kleber; Maguncia sucumbe valientemente; Condé, cobardemente; Valenciennes también, lo cual no impide que Chancel, defendiendo a Valenciennes, y el viejo Féraud, defendiendo a Condé, sean tan héroes como Meunier, que defendió a Maguncia. Pero todos los demás nos hacen traición: Dharville en Aix-la-Chapelle, Mouton en Bruselas, Valence en Bréda, Neuilly en Limbourg, Miranda en Maëstricht. Stengel traidor, Lanoue traidor, Ligonnier traidor, Menou traidor, Dillon traidor; asquerosa moneda de Dumoriez. Es preciso dar castigos ejemplares. Las contramarchas de Custine me parecen sospechosas; creo que prefiere la lucrativa toma de Frankfurt a la útil toma de Coblenza. Frankfurt puede pagar ciertamente cuatro millones de contribución de guerra, pero ¿qué es eso en comparación a la ventaja de aplastar aquel nido de emigrados? Traición, digo. Meunier murió el 13 de junio; ya está solo Kléber y, entre tanto, Brunswick aumenta sus fuerzas y avanza izando la bandera alemana en todas

las plazas francesas que toma. El margrave de Brandeburgo es hoy el árbitro de Europa; se mete en el bolsillo nuestras provincias y ya veréis cómo se adjudica Bélgica. No parece sino que trabajamos para Berlín; y si esto continúa, si no ponemos orden, la revolución francesa se habrá hecho en beneficio de Potsdam, tendrá como único resultado engrandecer los pequeños estados de Federico II, y habremos matado al rey de Francia en beneficio del rey de Prusia.

Y Danton, terrible, soltó una carcajada.

La risa de Danton hizo sonreír a Marat.

—Cada uno tenéis vuestra manía. Para vos, Danton, es Prusia. Para vos, Robespierre, la Vendée. Os daré mi opinión. Vosotros no advertís el verdadero peligro, el que reside en los cafés y los garitos. El café de Choiseul es jacobino; el café de Patín es realista; el de Rendez-Vous critica a la guardia nacional; el de la Porte de Saint-Martin la defiende; el café de la Regencia está contra Brissot; el café Corazza en su favor; el café Procorpe jura por Diderot; el café del Teatro Francés jura por Voltaire; en la Rotonda se rasgan los asignados; en los cafés de Saint-Marceau reina la ira; el café Manouri agita la cuestión de las harinas; en el café de Foy hay ruido y borracheras; en el Perron el zumbido de los tunantes de las finanzas. Éstos son los peligros serios.

Danton ya no reía. Marat, en cambio, continuaba sonriendo. Sonrisa de enano, peor que la de un coloso.

—¿Os burláis, Marat? —rugió Danron.

Marat efectuó su célebre movimiento convulsivo de caderas. La sonrisa desapareció de sus labios.

—¡Ah, siempre seréis el mismo, ciudadano Danton! Sois aquel que en plena Convención me llamó… “ese tal Marat”. Escuchad, os perdono porque atravesamos una época imbécil. ¡Ah! ¿decís que me burlo? En efecto, ¿quién soy yo? Yo he denunciado a Chazot, a Petion, a Kersaint, a Moreton, a Dufriche-Valazé, a Ligonnier, a Menou, a Banneville, a Gensonné, a Biron, a Lidon y a Chambon. ¿Lo hice injustamente? Huelo la traición en el traidor y encuentro útil denunciar al criminal antes de que ejecute el crimen. Tengo por costumbre decir la víspera lo que vos aguardáis decir al día siguiente. Soy el que propuso a la asamblea un plan completo de legislación penal. ¿Qué he hecho hasta ahora? He pedido que se instruya a las secciones para disciplinarias en la doctrina de la revolución; he hecho levantar los sellos de treinta y dos expedientes; he reclamado los diamantes depositados en manos de Roland; he demostrado que los brisotistas le habían dado a la Junta de Seguridad Nacional autos de prisión en blanco; he señalado las omisiones del informe de Lindet sobre los crímenes del Capeto; he votado el suplicio del tirano en el término de veinticuatro horas; he defendido a los batallones Mauconseil y Republicano; he impedido la lectura de la carta de Narbonne y de Malouet; he presentado una proposición en favor de los soldados heridos; he hecho suprimir la Comisión de los Seis; he previsto en el asunto de Mons la traición de Dumouriez; he

pedido que se tomasen como rehenes cien mil parientes de exiliados a cambio de los comisarios entregados al enemigo; he propuesto que se declare traidor a todo representante que pase las barreras de París; he desenmascarado la facción rolandista en los desórdenes de Marsella; he insistido para que se pusiese precio a la cabeza del hijo de Egalité, he defendido a Buchotte; he pedido la votación nominal para arrojar a Isnard de la presidencia; he hecho declarar que los parisinos han sido merecedores de la patria; es por eso que Louvet me llama polichinela; por eso Finisterre pide que me expulsen, la ciudad de Loudun solicita que me destierren, y la de Amiens que me pongan un bozal; por eso Cobourg quiere que me prendan y Lecointe-Puiraveau propone a la Convención que me declaren loco. ¡Oh, ciudadano Danton! ¿Por qué me habéis hecho venir a vuestro conciliábulo, si no para pedir mi parecer? ¿Por ventura he solicitado yo esta cita? Nada de eso; no me gustan de modo alguno las conferencias secretas con contrarrevolucionarios como Robespierre y vos. Por lo demás, no me habéis entendido, y yo debía esperar que así sucediese; ni vos ni Robespierre, ni Robespierre ni vos. ¿No hay aquí ningún hombre de Estado? Habrá que enseñaros a deletrear el arte de la política. Habrá que poneros los puntos sobre las íes. Lo que quería decir es lo siguiente: os engañáis los dos; el peligro no está en Londres, como cree Robespierre, ni en Berlín, como cree Danron. Está en París, en la falta de unidad, en el derecho que cada cual cree tener para tirar por su lado, empezando por vosotros dos; en la trituración de los talentos, en la anarquía de las voluntades…

—¡La anarquía! —exclamó Danton—. ¿Quién, si no vos, la produce?

Marat continuó, sin dejarse interrumpir:

—Robespierre, Danton, el peligro se halla en esa multitud de cafés, en ese montón de gatitos y clubs, el club de los Negros, de los Federales, de las Damas, de los Imparciales, fundado en tiempos de Clermont-Tonnerre y que ha sido el club monárquico desde 1790; círculo social imaginado por el clérigo Claude Fauchet; el club de los Gorros de Lana, fundado por el gacetillero Prudhomme, y otros más, sin contar vuestro club de los jacobinos, Robespierre, y vuestro club de los Cordeliers, Danron. El peligro reside en el hambre que ha hecho que el portasacos Blin cuelgue de un farol del Ayuntamiento al panadero del mercado Palu, François Denis; y en la justicia que ha ahorcado al portasacos Blin por haber ahorcado al panadero Denis. El peligro está en el papel moneda, que se ha depreciado, como lo demuestra que en la calle del Temple un asignado de cien francos cayó al suelo, y al pasar un hombre por tal lugar exclamó: *No vale la pena agacharse para cogerlo*. El peligro se halla en los agiotistas y los acaparadores. ¡Gran cosa haber enarbolado la bandera negra en el Ayuntamiento! No basta con haber hecho preso al barón de Trenck; hay que retorcer el cuello a ese viejo intrigante de las cárceles. ¿Creéis ya no tener nada más que hacer porque el presidente de la Convención haya puesto una corona cívica sobre la cabeza de Labertèche, que recibió cuarenta y un sablazos en Jemmapes, y de quien Chénier se ha hecho trompetero? ¡Comedias y farsas! ¡Ah, no miráis a París! ¡Ah, buscáis el

peligro lejos, cuando tan cerca está! ¿De qué os sirve vuestra red de espías, Robespierre? Porque tenéis espías propios: Payan en la Comuna; Conffinhal en el Tribunal Revolucionario; David en el Comité de Seguridad Nacional; Couthon en el de Salud Pública. Ya veis que me hallo bien informado. Pues oídme: el peligro se encuentra sobre vuestras cabezas, bajo vuestros pies; se conspira, se conspira y se conspira. Los que pasan por la calle se leen uno a otro los periódicos y se hacen signos de cabeza; seis mil hombres sin carta de civismo[18], exiliados que han regresado, petimetres y tunantes están ocultos en cuevas y graneros y en las galerías de madera del Palacio Real. Se forman colas a la puerta de las tahonas, y las mujeres en los portales cruzan las manos y dicen: "¿Cuándo tendremos paz?" En vano, para estar entre los vuestros, os encerráis en la sala del Consejo Ejecutivo; se sabe todo lo que allí decís, y la prueba, Robespierre, es que anoche le dijisteis a Saint-Just estas palabras: "Barbaroux empieza a echar tripa, lo cual le fastidiará mucho en la fuga". Sí, el peligro está en todas partes, y especialmente en el centro. En París, los que fueron nobles conspiran, los patriotas van descalzos, los aristócratas presos el 9 de marzo están ya en libertad, los caballos de lujo, que deberían haber sido enganchados a la artillería y enviados a la frontera, nos salpican de barro en las calles; el pan de cuatro libras vale tres francos y doce sueldos, los teatros representan piezas impropias, y Robespierre hará guillotinar a Danton.

—¡Bah! —se burló el aludido.

Robespierre consultaba atentamente el mapa.

—Lo que necesitamos —gritó de repente Marat— es un dictador. Robespierre, ya sabéis que quiero un dictador.

Robespierre levantó la cabeza.

—Ya lo sé, Marat, o vos o yo.

—Yo o vos —dijo Marat.

—¡La dictadura! —gruñó Danton entre dientes—. Implantadla si os atrevéis.

Marat observó el fruncimiento de cejas de Danton.

—Vamos —replicó—, hagamos un último esfuerzo y pongámonos de acuerdo, porque la situación requiere que hagamos algún sacrificio. ¿No nos pusimos ya de acuerdo cuando los sucesos del 31 de mayo? La cuestión de la unidad de acción es más importante todavía que el girondismo, que es una cuestión secundaria. Hay algo de cierto en cuanto decís, pero la verdad, toda la verdad, la verdad verdadera es la que yo proclamo. Al Sur tenemos el federalismo; al Oeste el realismo; en París el duelo entre la Convención y la Comuna; en las fronteras la retirada de Custine y la traición de Dumouriez. ¿Qué significa todo esto? El desmembramiento. ¿Qué necesitamos? La unidad. Ahí radica la salvación, pero apresurémonos; es preciso que París tome el gobierno de la Revolución. Si perdemos una hora, mañana los vendeanos pueden estar en Orléans y los prusianos en París. Os lo concedo, Danton; os lo concedo, Robespierre, es verdad. Pues bien, de aquí se deduce la necesidad de la dictadura. Tomemos la dictadura entre los tres, que representamos a la Revolución. Somos las

tres cabezas de Cerbero. De estas tres cabezas, una habla, y sois vos, Robespierre; la otra ruge, y sois vos, Danton.

—La tercera muerde, y sois vos, Marat —decidió Danton.

—Muerden las tres —opinó Robespierre.

Hubo una pausa. Luego continuó el diálogo con siniestras conclusiones.

—Oíd, Marat, antes de casarse hay que conocerse. ¿Cómo habéis sabido lo que le dije a Saint-Just?

—Eso es cuenta mía, Robespierre.

—¡Marat!

—Mi deber es informarme, tomar notas y de ello no tengo que darle cuentas a nadie.

—¡Marat!

—Me gusta saber.

—¡Marat!

—Robespierre, yo sé lo que le decís a Saint-Just, como lo que Danton le cuenta a Lacroix; como sé lo que ocurre en los muelles de los Teatinos, en la mansión de Labriffe, refugio adonde acuden todas las ninfas del exilio; como sé lo que pasa en la casa de Thilles, cerca de Gonesse, que está en Valmerange, donde iba el antiguo administrador de Correos, donde antes iban Maury y Cazalès, donde después fueron Sieyès y Vergniaud, y donde se va una vez por semana.

Al pronunciar la palabra *se*, Marat miró a Danton.

—Si yo poseyera dos dedos de poder —masculló Danton—, sucedería algo terrible.

—Sé lo que vos decís, Robespierre —prosiguió Marat—, como sé lo que pasaba en la torre del Temple cuando cebaban a Luis XVI, tanto, que, solamente en el mes de setiembre el lobo, la loba y los lobeznos se comieron ochenta y seis cestas de melocotones, mientras el pueblo se moría de hambre. Yo sé todo esto, como sé que Roland estuvo oculto en un aposento que daba a un corral de la calle de la Harpe; como sé que seiscientas picas de las del 14 de julio fueron fabricadas por Faure, cerrajero del duque de Orléans; como sé lo que se hace en casa de la Saint-Hilaire, querida de Sillery. En los días de baile, el viejo Sillery en persona frota con greda las baldosas del salón amarillo de la calle Neuve-des-Matthurins; allí cenaban antes Buzot y Kersain; allí cenó Saladin el 27, ¿y con quién, Robespierre? Con vuestro amigo Lasource.

—¡Habladurías! —exclamó Robespierre—. Lasource no es amigo mío. Entre tanto —añadió pensativo—, en Londres hay dieciocho fábricas de asignados falsos.

Marat continuó con voz tranquila, mas con un leve temblor que resultaba terrible:

—Vosotros formáis la facción de los importantes. Sí, lo sé todo a pesar de lo que Saint-Just llama el *silencio de Estado*.

Marat recalcó estas palabras mirando a Robespierre, antes de proseguir.

—Sé lo que se dice en vuestra mesa los días en que Lebas convida a David y va a

comer la sopa hecha por su prometida Élisabeth Duplay, vuestra futura cuñada, Robespierre. Yo soy el ojo enorme del pueblo y desde el fondo de mi cueva, miro y observo. Sí, miro y observo, oigo y sé. Las cosas pequeñas os bastan; os admiráis de vosotros mismos. Robespierre se hace contemplar por su Madame de Chalabre, la hija de aquel marqués de Chalabre que jugó la partida de *whist* con Luis XV el día de la ejecución de Damiens. Sí, todos lleváis erguida la cabeza; Saint-Just vive dentro de su corbata; Legendre es intachable: levita nueva, chaleco blanco, y una guirindola para hacer olvidar su delantal; Robespierre se imagina que la historia querrá saber que llevaba una levita color aceituna en la Constituyente, y una casaca azul en la Convención. Tiene su retrato en todas las paredes de su habitación.

—Y vos, Marat —lo interrumpió Robespierre con voz más tranquila que la de su acusador—, tenéis el vuestro en todos los burdeles.

Así continuó el diálogo, cuya lentitud era tanto mayor cuanta mayor era la violencia de las respuestas y las réplicas, y en las que la amenaza se unía con la ironía.

—Robespierre, habéis llamado *Quijotes del género humano* a los que quieren y promueven la caída de los tronos.

—Y vos, Marat, después del 4 de agosto, en vuestro número 559 del *Ami du Peuple* (conservo el ejemplar por ser útil), pedíais que se devolvieran sus títulos a los nobles. Dijisteis: “Un duque siempre es un duque”.

—Robespierre, en la sesión del 7 de diciembre defendisteis a la Roland contra Viard.

—Lo mismo que mi hermano os defendió a vos, Marat, cuando os atacaron los jacobinos. ¿Qué prueba esto? Nada.

—Robespierre, conocemos el gabinete de las Tullerías, donde le dijisteis a Garat: “Estoy cansado de la Revolución”.

—Marat, en esta misma taberna es donde el 29 de octubre abrazasteis a Barbaroux.

—Robespierre, le habéis dicho a Buzot: “¡La República! ¿Qué es la República?”

—Marat, en esta taberna invitasteis a comer a tres marselleses[19].

—Robespierre, os hacéis escoltar por un matón del mercado armado con un garrote.

—Y vos, Marat, la víspera del 10 de agosto le suplicasteis a Buzot que os ayudase a ir a Marsella disfrazado de lacayo.

—Durante los enjuiciamientos de setiembre, os ocultasteis, Robespierre.

—Y vos, Marat, os mostrasteis en público.

—Robespierre, habéis arrojado al suelo el gorro frigio.

—Sí, cuando se lo ponía un traidor; lo que adorna a Dumouriez, infama a Robespierre.

—Robespierre, durante el desfile de los soldados de Chateauvieux no quisisteis cubrir con un velo la cabeza de Luis XVI.

—Hice más que cubrírsela. Se la corté.

Danton intervino, mas como el aceite interviene en el fuego.

—Robespierre, Marat, calmaos.

A Marat nunca le gustaba ser nombrado en segundo lugar.

—¿Quién mete en esto a Danton? —inquirió con dureza. Danton dio un brinco en su asiento.

—¿Quién me mete en esto? El que no debe haber fraticidios; que no debe haber lucha entre dos hombres que sirven al pueblo; que basta la guerra extranjera; que sobra la guerra civil, y que ya sería excesivo soportar la guerra doméstica. No soy yo quien hizo la Revolución, pero no quiero que nadie la deshaga. Por eso intervengo en vuestra disputa.

—Primero, rendid cuentas —insinuó Marat, sin levantar la voz.

—¡Cuentas! —exclamó Danton—. Id a pedírselas a los desfiladeros de Argonne, a la Champagne liberada, a la Bélgica conquistada, a los ejércitos donde he estado cuatro meses ofreciendo mi pecho a la metralla; id a pedirlas ala plaza de la Revolución, al patíbulo del 21 de enero, al trono echado por tierra, a la guillotina, esa viuda…

Marat interrumpió a Danton.

—La guillotina es una viuda; quien se arroja sobre ella no la fecunda.

—¿Qué sabéis vos? —prorrumpió Danton—. Yo la fecundaré.

—Ya veremos —sonrió Marat.

Danton observó aquella sonrisa.

—Marat, vos sois el hombre que se esconde, mientras yo soy el que se manifiesta a la luz del sol y a todos los vientos. Aborrezco la vida del reptil; no me conviene ser cucaracha. Vos habitáis en una cueva, mientras yo vivo en la calle; vos no os comunicáis con nadie, mientras que yo me dejo ver por todo el que pasa y quiere hablarme.

—Gallardo joven, ¿queréis subir a mi casa? —lo atajó Marat.

Pero cesando de sonreír, siguió con tono violento:

—Danton, rendid cuentas de los treinta y tres mil escudos en dinero contante que Montmorin os pagó a nombre del rey, bajo pretexto de indemnizaros de la pérdida de vuestro destino de procurador del Châtelet.

—¡Fui de los del 14 de julio! —respondió Danton con altivez.

—¿Y el guardamuebles? ¿Y los diamantes de la corona?

—Fui de los del 6 de octubre.

—¿Y los robos de vuestro alter ego Lacroix en Bélgica?

—Fui de los del 20 de junio.

—¿Y los préstamos hechos a la Montansier?

—Yo levanté al pueblo cuando el regreso de Varennes.

—¿Y el Teatro de la Ópera que se edifica con el dinero que vos suministrasteis?

—Yo armé a las secciones de París.

—¿Y las cien mil libras de fondos secretos del Ministerio de Justicia?

—Yo hice el 10 de agosto.

—¿Y los dos millones de gastos secretos de la Asamblea, cuya cuarta parte fue para vos?

—He cerrado el paso al enemigo y detenido a los reyes coaligados.

—¡Prostituta! —le esperó Marat.

Danton se levantó, terrible, con el semblante descompuesto.

—Sí, soy una mujerzuela pública, he vendido mi cuerpo pero he salvado al mundo.

Robespierre estaba royéndose las uñas. No podía reír ni sonreír; no poseía la risa relámpago de Danton, ni la sonrisa punzante de Marat.

—Sí, soy como el océano —prosiguió Danton—, con el flujo y el reflujo; en la bajamar se ven los escollos; en la pleamar puede contemplarse mi oleaje.

—¡Vuestra espuma! —dijo Marat.

—¡Mi tempestad! —rugió Danton.

Al mismo tiempo que Danton, se levantó Marat y entonces estalló su cólera: la culebra se convirtió súbitamente en dragón.

—¡Ah, Robespierte! ¡Ah, Danton! ¡No queréis oírme! Pues bien, os digo que estáis perdidos. Vuestra política os conduce a un callejón sin salida, a la imposibilidad de ir más lejos; las cosas que hacéis os cierran todas las puertas, salvo la del sepulcro.

—Ésta es nuestra grandeza —dijo Danton, encogiéndose de hombros.

—Cuidado, Danton —continuó Marat—. Vergniaud tiene la boca grande, los labios gruesos y frunce el entrecejo cuando está iracundo. Vergniaud también está picado de viruelas como Mirabeau y como tú, pero eso no ha impedido el 31 de mayo. ¡Ah! ¡Te encoges de hombros! Algunas veces encogerse de hombros produce la caída de la cabeza. Danton, no tengo reparo en decirlo: tu voz gruesa, tu corbata floja, tus botas altas, tus cenas en la intimidad, tus bolsillos sin fondo… todo esto mira a Louisette.

Lousiette era el mote cariñoso que Marat aplicaba a la guillotina.

—En cuanto a ti, Robespierre, eres un moderado, pero eso no te servirá de nada. Vamos, empólvate, péinate, acicálate, haz de petimetre, atildado, planchado, pero no por eso dejaras de ir a la plaza de la Grève[20]. Lee la declaración de Brunswick: no por eso dejarás de ser tratado como el regicida Damiens; ponte de ventiún botones mientras llega el momento de que te pongan entre cuatro caballos.

—¡Es el eco de Coblenza![21] —murmuró Robespierre entre dientes.

—Robespierre, no soy el eco de nada y soy el grito de todo. Vosotros sois jóvenes. ¿Qué edad tienes, Danton? Treinta y cuatro años. ¿Y tú, Robespierre? Treinta y tres. Pues bien, yo he vivido siempre, yo soy el viejo sufrimiento humano, yo tengo seis mil años.

—Es verdad —asintió Danton—. Desde hace seis mil años, Caín se ha mantenido

encerrado en su odio, como el sapo oculto bajo la piedra; la piedra se rompe, Caín salta entre los hombres y es Marat.

—¡Danton! —vociferó Marat, con un resplandor lívido en sus pupilas.

—¿Y qué más? —dijo Danton.

Así conversaban aquellos tres hombres formidables. Disputa de truenos.

III

ESTREMECIMIENTO DE LAS FIBRAS PROFUNDAS

El diálogo tuvo unos momentos de reposo, y aquellos titanes volvieron a abstraerse cada uno en su pensamiento.

Los leones temen a las hidras. Robespierre se había puesto muy pálido y Danton muy encendido; ambos se habían estremecido. El relámpago que había animado las pupilas leonadas de Marat se había extinguido, y la calma, una calma imperiosa, había vuelto a reinar en el semblante de aquel hombre, temido entre los temibles.

Danton se sentía vencido, pero no quería rendirse, y renovando la conversación dijo:

—Marat habla muy alto de dictadura y unidad, pero no tiene otro poder que el de disolver.

Robespierre, separando sus contraídos y delgados labios, añadió:

—Yo soy de la opinión de Anacharsis Cloots, que dijo: “Ni Roland ni Marat”.

—Y yo —respondió Marat—, digo: ni Danton ni Robespierre. Permitidme —añadió, tras contemplar fijamente a los otros dos— que os dé un consejo. Danton, vos estáis enamorado; pensáis volver a casaros. Bien, no os mezcléis en política y haréis muy bien.

Retrocedió hacia la puerta y se despidió con un siniestro saludo.

—Adiós para siempre, caballeros.

Pero en aquel momento se elevó una voz desde el fondo de la sala.

—No tienes razón, Marat.

Todos volvieron la cabeza. Durante el estallido de Marat, y sin que ninguno de los presentes advirtiese nada, un individuo había penetrado por la puerta del fondo.

—¿Eres tú, ciudadano Cimourdain? Buenas tardes —lo saludó Marat.

Era, en efecto, Cimourdain.

—Repito que no tienes razón, Marat.

Éste palideció, pero, según su costumbre, adoptando su tez un color verdoso.

—Eres útil —añadió Cimourdain—, pero Robespierre y Danton son necesarios. ¿Por qué amenazarlos? ¡Unión, ciudadanos! El pueblo os desea unidos.

Esta entrada hizo el efecto de un chorro de agua fría, y como la llegada de un extraño en una disputa entre casados, apaciguó, si no en el fondo, sí en la superficie, a los tres leones.

Cimourdain avanzó hacia la mesa. Danton y Robespierre lo conocían por haber observado muchas veces en las tribunas públicas de la Convención a aquel hombre poderoso, a quien el pueblo reverenciaba. Sin embargo Robespierre, que era formalista, preguntó:

—¿Cómo habéis entrado hasta aquí, ciudadano?

—Es del Obispado —repuso Marat, con un tono en el que se advertía cierta sumisión.

Marat desafiaba a la Convención, dirigía la Comuna y temía al Obispado.

Siempre es así.

Mirabeau siente escarbar a una profundidad desconocida a Robespierre. Robespierre siente escarbar a Marat; Marat siente a Babeuf. Mientras el subsuelo está tranquilo, el hombre político puede marchar, pero bajo la capa más revolucionaria hay otras, y los más atrevidos se detienen perplejos cuando sienten bajo sus pies el mismo movimiento que antes han producido ellos sobre sus cabezas.

Saber distinguir el movimiento que viene de la codicia del movimiento que proviene de los principios; combatir uno y secundar el otro constituye el genio y forma la virtud de los grandes revolucionarios.

Danton vio ceder a Marat.

—Oh, no está de más aquí el ciudadano Cimourdain —dijo.

Y le tendió la mano a Cimourdain.

—Pardiez —añadió—, expliquémosle la situación al ciudadano Cimourdain. Ha llegado en buen momento. Yo represento a la Montaña; Robespierre, al Comité de Salud Pública, y Marat a la Comuna; Cimourdain representa al Obispado. Él nos pondrá de acuerdo.

—Sea —accedió el aludido, con aire grave y sencillo—. ¿De qué se trata?

—De la Vendée —respondió Robespierre.

—¡La Vendée! —exclamó Cimourdain—. Ésa es la mayor amenaza. Si la Revolución muere, morirá por la Vendée. Una Vendée es más temible que diez Alemanias, y para que Francia viva es menester matar a la Vendée.

Estas palabras le granjearon el afecto de Robespierre. Le preguntó:

—¿No fuisteis clérigo?

El aire clerical no escapaba a Robespierre. Conocía fuera de sí lo que llevaba dentro.

—Sí, ciudadano.

—¿Eso qué importa? —vociferó Danton—. Cuando los clérigos son buenos, valen más que los otros. En tiempo de revolución los clérigos se funden en ciudadanos, como las campanas en monedas y en cañones. Danjou es clérigo y también Daunou; Tomas Lindet es obispo de Évreux. Robespierre, vos mismo os

sentáis en la Convención codo a codo con Massieu, obispo de Beauvais. El vicario general Vaugeois era de la junta de Insurrección del 10 de agosto; Chabot es capuchino; el cura Gerlé hizo el juramento del Juego de Pelota; el presbítero Audran fue quien hizo declarar a la Asamblea Nacional superior al Rey; el padre Goutte fue quien pidió que se quitase el dosel del sillón de Luis XVI, y el abate Grégoire fue quien promovió la abolición del trono.

—Apoyado —sonrió Marat— por el actor Collot-d'Herbois. Entre los dos lo fraguaron todo: el cura derribó el trono y el cómico al rey.

—Volvamos a la Vendée —dijo Robespierre.

—Y bien, ¿qué sucede? —preguntó Cimourdain—. ¿Qué hace la Vendée?

—Tiene un jefe y va a hacerse formidable.

—¿Quién es ese jefe, ciudadano Robespierre?

—El antiguo marqués de Lantenac, que se titula príncipe bretón.

Cimourdain esbozó un gesto con la mano.

—Lo conozco. Fui cura en su casa. Era un mujeriego antes de ser militar.

—Como Biron, que antes fue Lauzun[22] —observó Danton.

—Si es el viejo calavera, debe de ser terrible —reflexionó Cimourdain.

—Espantoso —dijo Robespierre—. Quema las aldeas, asesina a los heridos, mata a los prisioneros y fusila a las mujeres.

—¡A las mujeres!

—Sí, hizo fusilar, entre otras, a una madre de tres niños, de los cuales se ignora el paradero; pero por lo demás es un capitán que conoce el arte de la guerra.

—En efecto —admitió Cimourdain—. Hizo la guerra de Hannover y los soldados decían: "Richelieu encima y Lantenac debajo". Pero Lantenac fue el verdadero general. Dusauh, vuestro colega, puede informaros con más detalle.

Robespierre quedó unos momentos pensativo y después el diálogo prosiguió entre él y Cimourdain.

—Pues bien, ciudadano Cimourdain, este hombre se halla en la Vendée.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace tres semanas.

—Es preciso declararlo fuera de la ley.

—Ya se ha hecho.

—Es preciso poner precio a su cabeza.

—Ya se ha hecho.

—Hay que ofrecer mucho dinero a quien lo prenda.

—También se ha hecho.

—No en asignados.

—Naturalmente.

—En oro.

—Se ha ofrecido.

—Hay que guillotinarlo.

—Lo cual se hará.

—¿Quién?

—Vos.

—¿Yo?

—Sí. Vos seréis delegado del Comité de Salud Pública con plenos poderes.

—Acepto —convino Cimourdain.

Robespierre era rápido en sus decisiones, cualidad del hombre de Estado. Tomó del legajo de papeles que tenía delante un pliego en blanco, en el cual podía leerse el membrete:

REPÚBLICA FRANCESA, UNA E INDIVISIBLE. COMITÉ DE SALUD PÚBLICA.

—Sí, acepto —repitió Cimourdain—. Terrible contra terrible. Lantenac es feroz; también yo lo seré. Guerra a muerte a ese hombre; libraré de él a la República, si Dios quiere —calló, hizo una pausa y continuó—. Soy sacerdote y creo en Dios.

—Dios ha envejecido —dijo Danton.

—Pero yo creo en Él —dijo Cimourdain impasible.

Robespierre, siniestro, aprobó con un signo de cabeza.

—¿Cerca de quién seré el delegado? —quiso saber Cimourdain.

—Cerca del comandante de la columna expedicionaria enviada contra Lantenac —repuso Robespierre—. Pero os prevengo que ese comandante es un noble.

—Otra cosa de la que me burlo —exclamó Danton—. ¡Un noble! ¿Qué importa? Lo mismo que he dicho del clérigo, digo del noble. Cuando es bueno, es excelente. La nobleza es un prejuicio, pero es preciso no tener ninguno ni en un sentido ni en otro, ni en favor ni en contra. ¿Por ventura, Robespierre, no es noble Saint-Just? ¡Se llama Florelle de Saint Just, pardiez! Anacharsis Cloots es barón; nuestro amigo Charles Hesse, que no perdona una sesión de los Cordeliers, es príncipe y hermano del landgrave reinante de Hesse-Rothembourg. Montaut, íntimo de Marat, es marqués de Montaut; hay en el tribunal revolucionario uno que es cura y se llama Vilate y otro que es noble, el jurado Leroy, marqués de Montflaber, y ambos son seguros.

—Olvidáis —lo atajó Robespierre— al presidente del jurado revolucionario.

—¿Antonelle?

—Que es marqués de Antonelle —dijo Robespierre.

—Dampierre —continuó Danton—, que acaba de dejarse matar delante de Condé por la República, era noble, y también lo era Beaurepaire, que se saltó la tapa de los sesos por no abrir las puertas de Verdún a los prusianos.

—Lo que no impide —balbució Marat— que el día en que Condorcet gritó: “¡Los Gracos eran nobles!”, Danton le dijese a Condorcet: “¡Todos los nobles son traidores, empezando por Mirabeau y acabando por ti!”

Se alzó la voz grave de Cimourdain.

—Ciudadano Danton, ciudadano Robespierre, tenéis quizá razón al confiar; pero el pueblo desconfía y no se equivoca al desconfiar. Cuando es un sacerdote el

encargado de vigilar a un noble, es doble la responsabilidad contraída, y el sacerdote debe mostrarse inflexible.

—Cierto —dijo Robespierre.

—E inexorable —añadió Cimourdain.

—Bien dicho, ciudadano Cimourdain —prosiguió Robespierre—. Tenéis que habéroslas con un joven, sobre el cual ejerceréis ascendiente, pues le dobláis la edad. Será preciso dirigirlo, pero al mismo tiempo guardarle ciertas consideraciones, porque al parecer posee talento militar, como atestiguan los informes que en este extremo son unánimes. Forma parte de un cuerpo destacado del ejército del Rhin en la Vendée. Ha llegado de la frontera, donde demostró un gran valor y admirable inteligencia. Es buen conductor de la columna expedicionaria y desde hace quince días tiene en jaque a ese viejo marqués de Lantenac, reprimiéndolo y rechazándolo. Yo creo que acabará por hacerlo retroceder hasta el mar y lo arrojará a él. Lantenac, por su parte, posee la astucia de un viejo general, mientras que la de ese noble es la de un joven capitán. Ese joven tiene ya enemigos y envidiosos, y uno de ellos es el general Léchelle, que está celoso.

—Sí, ese Léchelle —interrumpió Danton— quiere ser general en jefe, y no tiene a su favor más que un retruécano que dice: “Se necesita a Léchelle para montar a Charette”. Entre tanto, Charette lo derrota.

—Y no quiere —siguió Robespierre— que sea otro quien derrote a Lantenac. La desdicha de la guerra consiste en esas rivalidades, particularmente en la Vendée. Nuestros soldados son héroes mal mandados. Cherin, un simple capitán de húsares, entra en Saumur con una corneta tocando el *Ça ira*, y podría continuar y tomar Cholet; pero como no tiene orden para ello, no avanza. Es preciso cambiar a todos los comandantes de la Vendée. Se desparraman los destacamentos; se dispersan las fuerzas, y un ejército disperso es un ejército paralizado; es un terrón que se convierte en polvo. En el campamento de Paramé ya no hay más que tiendas. Tenemos entre Treguier y Dina cien puestos militares, pequeños e inútiles, con cuyos soldados se podría formar una división que cubriese todo el litoral. Léchelle, apoyado por Pallein, desguarnece la costa del Norte so pretexto de proteger la costa del Sur, y abre las puertas de Francia a los ingleses. El plan de Lantenac es conseguir la sublevación de medio millón de campesinos y el desembarco de los ingleses en Francia. El joven comandante de la columna expedicionaria tiene siempre en jaque a Lantenac, lo cerca y lo derrota sin permiso de Léchelle, y como éste es su jefe, lo denuncia. Los informes son contradictorios sobre ese joven. Léchelle quiere que se le fusile. Prieur de la Marne propone que se le nombre ayudante general.

—Al parecer ese joven posee grandes cualidades —opinó Cimourdain.

—Mas tiene un defecto.

La interrupción era de Marat.

—¿Cuál? —indagó Cimourdain.

—La clemencia —repuso Marat—. Es firme en el combate y blando después;

concede indultos, perdona, es misericordioso, protege a las beatas y a las monjas, salva a las mujeres y a las hijas de los aristócratas, y lo que es más grave, pone en libertad a los prisioneros y a los curas.

—Grave falta —murmuró Cimourdain.

—Crimen —dijo Marat.

—A veces —dijo Danton.

—Muchas —dijo Robespierre.

—Casi siempre —añadió Marat.

—Si se trata de los enemigos de la patria, siempre —dijo Cimourdain. Marat se volvió hacia este último.

—¿Qué harías tú con un jefe republicano que pusiera en libertad a un jefe realista?

—Sería del parecer de Léchelle: lo haría fusilar.

—O guillotinar —dijo Marat.

—A elección —dijo Cimourdain.

Danton se echó a reír:

—Lo mismo da una cosa que otra.

—Podéis estar seguro de que tendrá lo uno o lo otro —murmuró Marat, y su mirada pasó de Danton a Cimourdain—. Así, ciudadano Cimourdain, si un jefe republicano tropezase, ¿le harías cortar la cabeza?

—En veinticuatro horas.

—Pues bien —prosiguió Marat—, soy del parecer de Robespierre: debemos enviar al ciudadano Cimourdain como comisario delegado del Comité de Salud Pública, cerca del comandante de la columna expedicionaria del ejército de Costas. ¿Cómo se llama ese comandante?

—Es un antiguo noble —repuso Robespierre, hojeando los papeles.

—Pongamos a ese noble bajo la vigilancia de un cura —aprobó Danton—. Desconfío de un cura que está solo y de un noble que está solo; pero cuando están juntos no los temo, porque el uno vigila al otro y ambos responden.

Al oír estas palabras aumentó el fruncimiento natural de cejas de Cimourdain, señal de su indignación. Pero encontrando, sin duda, que la observación era justa en el fondo, no se volvió hacia Danton, sino que se limitó a levantar algo la voz.

—Si el comandante republicano que va a serme confiado da un mal paso, se le impondrá la pena de muerte.

Robespierre concluyó de examinar sus papeles y levantó la cabeza.

—Aquí está su nombre; ciudadano Cimourdain: el comandante sobre el que tenéis plenos poderes es un ex vizconde y se llama Gauvain.

Cimourdain se puso pálido.

—¡Gauvain! —exclamó Marat observó la palidez de Cimourdain.

—¡El vizconde Gauvain! —repitió Cimourdain.

—Sí —dijo Robespierre.

—¿Y bien? —preguntó Marat, fija su mirada en Cimourdain.

Hubo un instante de silencio.

—Ciudadano Cimourdain —continuó Marat—, con las condiciones indicadas por vos mismo, ¿aceptáis la misión de comisario delegado cerca del comandante Gauvain?

—La acepto —repuso Cimourdain, mientras su palidez iba aumentando por momentos.

Robespierre tomó la pluma que tenía delante y escribió con su letra lenta y pulcra cuatro líneas en la hoja de papel que ostentaba el membrete del Comité de Salud Pública. Firmó y pasó la hoja a Danton, quien también firmó. Marat, que no apartaba la vista de Cimourdain, firmó el último. Robespierre, recogiendo el documento, puso la fecha y se lo entregó a Cimourdain, el cual leyó lo siguiente:

AÑO PRIMERO DE LA REPÚBLICA

Se conceden plenos poderes al ciudadano Cimourdain, comisario delegado del Comité de Salud Pública, cerca del ciudadano Gauvain, comandante expedicionario de las fuerzas del ejército de Costas.

Y debajo las firmas.

ROBESPIERRE-DANTON-MARAT

28 de junio de 1793

El calendario revolucionario, llamado calendario civil, no existía aún legalmente en aquella época, puesto que la Convención no lo aceptó, no aprobando la proposición de Romme hasta el 5 de octubre de 1793.

Mientras Cimourdain leía, Marat lo observaba.

—Será preciso que todo esto conste en un decreto de la Convención —murmuró Marat—, o en una orden del Comité de Salud Pública. Todavía, pues, queda algo por hacer.

—Ciudadano Cimourdain —preguntó Robespierre—. ¿Dónde vivís?

—En el Corredor del Comercio.

—Vaya, también yo —dijo Danton—. Somos vecinos.

—No hay tiempo que perder —continuó Robespierre—. Mañana recibiréis un nombramiento en regla firmado por todos los individuos del Comité de Salud Pública, o sea, una confirmación de la delegación que os acreditará especialmente para los representantes en misión, Philippeaux, Prieur de la Marne, Lecointre, Alquier y los demás. Nosotros sabemos quién sois, vuestros poderes son ilimitados; tenéis facultades para nombrar general a Gauvain o para enviarle al patíbulo. Mañana a las

tres recibiréis el nombramiento. ¿Cuándo saldréis de París?

—Mañana a las cuatro —repuso Cimourdain.

Y se separaron.

Al entrar en su casa, Marat avisó a Simonne Évrard de que al día siguiente iría a la Convención.

Libro Tercero

LA CONVENCIÓN

I

LA CONVENCIÓN

Nos acercamos a la gran cima: la Convención.

La mirada se detiene en presencia de esa cúspide. Nunca se ha presentado nada más alto en el horizonte de la Humanidad.

En el globo físico tenemos el Himalaya; en el mundo de la historia sobresale la Convención.

Éste es, tal vez, el punto culminante de la Historia.

Cuando la Convención vivía, porque las Asambleas viven, nadie comprendía lo que era. Lo que no podían ver los contemporáneos era precisamente su grandeza; estaban demasiado atemorizados para que los deslumbrase. Todo lo que es grande inspira un horror sagrado. Es fácil admirar a los mediocres y las colinas; pero lo que es grandioso, genio o montaña, asamblea u obra maestra, visto de cerca espanta. Toda cima parece una exageración; el subir fatiga; el que sube se sofoca en los lugares escarpados, se escurre en las pendientes, se lastima en las asperezas que, sin embargo, son bellísimas; los torrentes espumosos le anuncian precipicios; las nubes le ocultan las cumbres, la ascensión le aterra tanto como el peligro de la caída; de aquí que la admiración sea mucho menor que el espanto, de aquí ese sentimiento extraño que puede llamarse aversión a lo grande. Se ven, en efecto, los abismos, pero no lo sublime; se percibe el monstruo, no el prodigio. Así fue juzgada al principio la Convención, mirada por los miopes cuando había nacido para ser contemplada por las águilas.

Hoy la miramos en perspectiva y nos presenta, en una lontananza serena y trágica, el inmenso perfil de la Revolución Francesa.

II

El 14 de julio había liberado.

El 10 de agosto había fulminado.

El 21 de septiembre fundó.

El 21 de septiembre: el equinoccio, el equilibrio. *Libra*. La balanza. La República, según observó Romme, fue proclamada bajo este signo de la Igualdad y la Justicia. La anunciaba una constelación.

La Convención es la primera metamorfosis del pueblo. En ella se abrió la gran página nueva, y en ella comenzó el porvenir que hoy es presente.

Toda idea necesita una envoltura visible; todo principio un lugar que habita. Una iglesia es Dios entre cuatro paredes, y a todo dogma le corresponde un templo. Cuando nació la Convención, el primer problema que hubo que resolver fue el de darle aposento.

Para tal objeto se dispuso al principio el Picadero, y después el palacio de las Tullerías. Se pusieron bastidores, adornos; una tribuna cuadrada, bancos simétricos. David pintó la sala de color gris; se levantaron pilastras paralelas, zócalos parecidos a troncos de aserradero; largas rodas rectilíneas, alvéolos rectangulares donde se agolpaba la multitud y que se llamaban tribunas públicas; un velarium romano, cortinas griegas; y en aquellas líneas rectas y en aquellos ángulos rectos se instaló la Convención; en aquella geometría se albergó a la tempestad. El gorro frigio, sobre la tribuna, estaba pintado de gris. Los realistas comenzaron por reírse de aquel gorro rojo que era gris, de aquella sala postiza, de aquel monumento de cartón, de aquel santuario de cartón piedra, de aquel panteón de barro y escupitajos. ¡Qué pronto desapareció esa risa! Las columnas estaban hechas de duelas de toneles, las bóvedas eran de madera, los bajorrelieves de estuco, las tablas del suelo de pino, las estatuas de yeso, los mármoles se imitaban con pintura, las paredes eran de tela, pero en esa provisionalidad Francia produjo lo eterno.

Las paredes de la sala de equitación, cuando la Convención se reunió allí para celebrar sus sesiones, estaban todas cubiertas de inscripciones y de los carteles que pululaban por París en la época del regreso de Varennes. Una decía:

El rey vuelve. Apalead a quien le aplauda, ahorcad al que le insulte.

Otra:

Calma. No hay que quitarse el sombrero. Va a pasar delante de sus jueces.

En otra aún:

El rey ha tumbado a la nación amordazada. Ha hecho fuego largo tiempo contra la nación; a la nación le toca ahora hacer fuego.

También se proclamaba en los carteles:

¡La ley, la ley, la ley!

Fue entre estas paredes que juzgó la Convención a Luis XVI.

En las Tullerías, ahora Palacio Nacional, y donde la Convención se trasladó el 10 de mayo de 1793, el salón de actos ocupaba todo el espacio que mediaba entre el pabellón del Reloj, llamado pabellón Unidad, y el pabellón Marsan, denominado pabellón Libertad. El de Flore se llamaba Igualdad. Se subía a dicho salón por la escalinata de Juan Bullant. Bajo el piso principal, ocupado por la Asamblea, todo el

piso bajo del palacio se había convertido en una especie de cuerpo de guardia lleno de armeros y camastros para las tropas de todas las armas que vigilaban en torno a la Convención.

La Asamblea tenía una guardia de honor, cuyos individuos se llamaban “granaderos de la Convención”.

Una cinta tricolor separaba el palacio, donde estaba la Asamblea, de los jardines, por donde paseaba el pueblo.

III

Acabemos de contar qué era el salón de sesiones, porque es interesante todo cuanto se refiere a tan terrible lugar.

Lo primero que llamaba la atención al entrar era una gran estatua de la Libertad colocada entre dos espaciosos ventanales.

Cuarenta y dos metros de longitud, diez de anchura y once de altura eran las dimensiones de lo que fuera el teatro del Rey, convertido después en teatro de la Revolución. La elegante y magnífica sala construida por Vigarani para los cortesanos desapareció bajo el tosco maderamen que en el 93 debía soportar el peso del pueblo. Aquel maderamen, sobre el que se levantaban las tribunas públicas, tenía como único punto de apoyo un pilar, circunstancia que vale la pena anotar, pilar de una sola pieza y que contaba diez metros de altura. Pocas cariátides han trabajado tanto como dicho pilar, soportando las aclamaciones, el entusiasmo, las injurias, el ruido, el tumulto, el inmenso caos de la cólera, el motín, sin jamás doblegarse. Después de la Convención sostuvo al Consejo de los Ancianos, hasta que lo relevó el 18 Brumario.

Percier, entonces, sustituyó el pilar de madera por columnas de mármol, que han durado menos.

El ideal de los arquitectos resulta a veces singular. El arquitecto de la calle Rívoli tuvo por ideal la trayectoria de una bala de cañón; el de Carlsruhe se propuso como ideal un abanico; el ideal del arquitecto que construyó la sala de sesiones, donde trasladó las suyas la Convención el 10 de mayo de 1793, parece haber sido un gigantesco cajón de cómoda, largo, alto y plano. A uno de los lados mayores del paralelogramo estaba adosado un vasto semicírculo; era el anfiteatro de los bancos de los representantes, sin mesas ni pupitres. Garan-Coulon, que escribía mucho, tenía que hacerlo sobre sus rodillas. Enfrente de los bancos estaba la tribuna; delante de ésta se veía el busto de Lepelletier Saint-Fargeau, y detrás el sillón del presidente.

La cabeza del busto sobresalía ligeramente del borde de la tribuna, por lo que más adelante lo quitaron.

El anfiteatro constaba de diecinueve bancos semicirculares colocados uno tras

otro; los bancos prolongaban el anfiteatro hasta alcanzar los dos extremos del semicírculo.

Abajo, en el hemiciclo, al pie de la tribuna, estaban los ujieres.

A un lado de la tribuna, sobre un cuadro de madera negra clavado en la pared, se veía un gran cartel de nueve palmos de altura, donde, en dos columnas, separadas por una especie de cetro, se leía “Declaración de los derechos del hombre”. Al otro lado hubo, al principio, un espacio vacío que después fue ocupado con un cuadro parecido que contenía la Constitución del año II, y cuyas dos columnas aparecían separadas por una espada.

Por encima de la tribuna parlamentaria y de la cabeza del orador, surgiendo de una tribuna llena de asistentes y dividida en dos compartimentos, tres inmensas banderas tricolor, casi horizontales, se apoyaban en un altar sobre el cual se leía: LA LEY. Detrás del altar se levantaba, como centinela de la palabra libre, un enorme haz romano, tan alto como una columna. Estatuas colocadas en torno a las paredes daban frente a los representantes. El presidente tenía a Licurgo a su derecha y a su izquierda a Solón. Platón sobresalía por encima de la Montaña.

Los pedestales de aquellas estatuas eran simples discos colocados sobre una larga cornisa saliente que daba la vuelta al salón y separaba al pueblo de la Asamblea. Los espectadores apoyaban los codos en aquella cornisa.

El cuadro de madera negra que contenía los *Derechos del Hombre* subía hasta la cornisa y tapaba un poco el dibujo del entablamiento, interrupción de la línea recta que hacía murmurar a Chabot, diciéndole a Vadier:

—¡Qué feo es esto!

Las cabezas de las estatuas tenían coronas; unas de encina y otras de laurel, alternativamente. Una colgadura verde en la que estaban pintadas de color también verde, pero más oscuro, las mismas coronas, descendía en grandes pliegues desde la cornisa que circundaba el salón hasta el piso de éste. Por encima de ella se veía tan sólo la pared blanca y fría. En esta muralla se incrustaban, cortadas como si fueran para otro lugar, sin molduras ni enramadas, dos órdenes de tribunas públicas; las cuadradas abajo, las redondas arriba. Según la regla, las arquivoltas estaban superpuestas a los arquitrabes. Había diez tribunas en cada uno de los lados mayores del salón, y dos en cada uno de los extremos, ambas desmesuradas; en total veinticuatro. En ellas se agolpaban y oprimían los espectadores.

Los de las tribunas se desbordaban sobre todas las cornisas y se agrupaban en los bajorrelieves de la arquitectura. Una larga barra de hierro, sólidamente asegurada a la altura conveniente, servía de parapeto a las tribunas superiores y protegía a la gente contra la presión de la muchedumbre que subía la escalera. Una vez, sin embargo, fue empujado un individuo sobre la Asamblea, yendo a caer casi sobre Massieu, obispo de Beauvais, y como no muriese del encontronazo, exclamó:

—¡Vaya, pues ser obispo vale para algo!

La sala de la Convención podía albergar a dos mil personas, y en los días de

insurrección tres mil.

La Convención celebraba dos sesiones: una de día y otra de noche.

El respaldo del sillón presidencial era redondo, con clavos dorados. La mesa estaba sostenida por cuatro monstruos alados de un solo pie, que parecían sacados del Apocalipsis para asistir a la Revolución, o desenganchados del carro de Ezequiel para arrastrar la carreta de Sansón[23].

Sobre la mesa del presidente se veía una gran campanilla, casi una campana, un tintero ancho de cobre y un libro encuadernado en pergamino, el libro de actas.

Sobre aquella mesa ha goteado la sangre de cabezas cortadas llevadas en la punta de las picas.

Se llegaba a la tribuna por una escalerilla de nueve peldaños, altos, rectos y bastante difíciles, y al tropezar un día Gensonné al subirlos, exclamó:

—Ésta es la escalera de la horca.

—Ve aprendiendo —le gritó Carrier.

Allí donde la pared parecía demasiado desnuda, sobre todo en los ángulos del salón, el arquitecto puso por adornos haces romanos con el hacha sobresaliendo.

A derecha e izquierda de la tribuna, sobre los zócalos, se elevaban dos candelabros de doce palmos de altura, y cuatro pares de quinqués. Un candelabro semejante alumbraba cada una de las tribunas públicas; en los zócalos se habían esculpido círculos que el pueblo denominaba “collares de la guillotina”.

Los bancos de la Asamblea subían casi hasta la cornisa de las tribunas, de modo que los representantes podían sostener diálogos con el pueblo.

Las salidas de las tribunas desembocaban en un laberinto de corredores donde a veces se escuchaban ruidos feroces.

La Convención llenaba el palacio y refluía hasta los edificios inmediatos, como el de Longueville y el de Coigny. A este último fue, si hay que dar fe a una carta de Lord Bradfort, donde después del 10 de agosto se trasladaron los muebles de la Casa Real. Dos meses fueron necesarios para desocupar las Tullerías.

Los Comités tenían sus reuniones en las salas inmediatas al salón de sesiones. En el pabellón Igualdad estaban los de Legislación, Agricultura y Comercio; en el pabellón Libertad funcionaban los de Marina, Colonias, Hacienda, Asignados y Salud Pública; y en el pabellón Unidad, el de Guerra.

El Comité de Seguridad Nacional se comunicaba directamente con el de Salud Pública por medio de un oscuro corredor, alumbrado noche y día por un reverbero, en el que se hablaba en voz muy baja y por donde iban y venían espías de todos los partidos.

La barandilla de la Convención, que cambió muchas veces de lugar, estaba habitualmente a la derecha de la Presidencia.

A los dos extremos del salón, los dos tabiques verticales que cerraban a derecha e izquierda los semicírculos concéntricos del anfiteatro dejaban entre ellos y la pared dos corredores estrechos y alargados, a los cuales daban dos puertas oscuras y

cuadradas. Por ellas se entraba y salía.

Los representantes penetraban directamente en el salón por una puerta que daba a la terraza de los Fuldenses.

Aquel salón, mal alumbrado de día por pálidos ventanales, mal alumbrado durante el crepúsculo por luces tenues, tenía algo nocturno en él. Aquella penumbra añadida a las tinieblas de la noche le daba un aspecto lúgubre a las sesiones nocturnas. No se distinguía con claridad de un extremo a otro del salón, ni de la derecha a la izquierda; grupos de rostros dibujados vagamente se insultaban sin cesar. Los representantes se encontraban sin conocerse. Un día, Laignelot, dirigiéndose precipitadamente a la tribuna, tropezó con uno en el corredor.

—Perdón, Robespierre —se excusó.

—¿Por quién me tomas? —inquirió una voz ronca.

—Perdón, Marat —dijo Laignelot.

Abajo, a derecha e izquierda del presidente, había dos tribunas reservadas porque, cosa extraña, en la Convención había espectadores privilegiados. Aquellas tribunas eran las únicas que ostentaban colgaduras. En medio del arquitrabe, dos borlas doradas las realzaban. Las tribunas del pueblo estaban desnudas.

Todo el conjunto era violento, salvaje y regulado. Lo correcto en lo feroz; tal es en cierto modo la revolución. Aquel salón ofrecía el más completo ejemplo de lo que los arquitectos denominaron más tarde “la arquitectura *messidor*”; era a la vez macizo y escueto. Los constructores de aquel tiempo tomaban lo simétrico por lo bello. La época del Renacimiento produjo sus últimas obras en tiempos de Luis XV, y desde entonces se efectuó una reacción. Después de las deslumbradoras orgías de forma y color del siglo XVIII, el arte se puso a dieta y no se permitieron otras líneas que las rectas. Este género de progreso condujo en último término a la fealdad, produciendo el fenómeno del arte reducido a simple esqueleto. El inconveniente de esa especie de prudencia y abstinencia consiste en que el estilo, a fuerza de ser sobrio, se convierte en enjuto.

Prescindiendo de toda emoción política y no fijándose más que en la arquitectura, la vista de aquel salón daba escalofríos. Aún se recordaba confusamente al antiguo teatro: los palcos adornados de guirnaldas, el techo azul y púrpura, la gran araña de cristal, las girándulas de reflejos diamantinos, la tapicería, la profusión de amores y de ninfas en el telón y en las colgaduras, todo el idilio regio y galante, pintado, esculpido y dorado, que había llenado con su sonrisa aquel lugar a la sazón severo, donde por ninguna parte se veían ya más que ángulos duros, rectilíneos, fríos y cortantes como el acero, que eran algo así como Boucher[24] guillotinado por David.

IV

El que veía la Asamblea no pensaba ya en el salón; el que asistía al drama no pensaba ya en el teatro. Nada más deforme ni más sublime: grupo de héroes, rebaño de cobardes; fieras en una montaña, reptiles en un pantano. Allí hormigueaban, se codeaban, se provocaban, se amenazaban; luchaban y vivían todos aquellos combatientes que hoy son meros fantasmas.

Enumeración titánica:

A la derecha, la Gironda, legión de pensadores; a la izquierda, la Montaña, grupo de atletas. A un lado Brissot, que recibió las llaves de la Bastilla; Barbaroux, a quien obedecían los marselleses; Kervélégan, que tenía a su disposición el batallón de Brest acuartelado en el arrabal de Saint-Marceau; Gensonné, que estableció la supremacía de los representantes sobre los generales; el fatal Guadet, a quien una noche en las Tullerías la reina le enseñó al delfín dormido; Guadet besó la frente del niño e hizo caer la cabeza del padre; Salles, el quimérico denunciante de la intimidad de la Montaña con Austria; Sillery, el cojo de la derecha, como Couthon era el jorobado de la izquierda; Lause-Duperret, que llamado facineroso por un periodista, lo invitó a comer diciéndole: “Y sé que facineroso significa simplemente el hombre que no piensa como nosotros”; Rabaut Saint-Étienne, que comenzó su almanaque de 1790 con estas palabras: *La Revolución está terminada*; Quinette, uno de los que empujaron a Luis XVI; el jansenista Camus, que redactaba la constitución civil del clero, creía en los milagros del diácono Pâris y se arrodillaba todas las noches delante de un Cristo de siete palmos de altura colgado en la pared de su cuarto; Fauchet, sacerdote, que con Camille Desmoulins hizo el 14 de julio; Isnard, que cometió el crimen de decir: “París será destruido”, en el mismo momento en que Brunswick proclamaba: “París será incendiado”; Jacob Dupont, el primero que gritó: “¡Yo soy ateo!”, a quien contestó Robespierre: “El ateísmo es aristocrático”; Lanjuinais, cabeza bretona, dura, sagaz, valiente; Ducos, el Euriolo de Boyer-Fonfrède; Rebecqui, el Pílades de Barbaroux, que dimitió de su cargo porque todavía no habían guillotinado a Robespierre; Richaud, que combatía la permanencia de las secciones; Lasource, que sentó este mortífero apotegma: “¡Ay de las naciones agradecidas!” y que al pie del cadalso debía contradecirse, arrojándoles a los montañeses estas altivas palabras: “Nosotros morimos porque el pueblo duerme, y vosotros moriréis porque el pueblo despertará”; Biroteau, que hizo decretar la abolición de la inviolabilidad parlamentaria, siendo de este modo, sin saberlo, el constructor de la guillotina y de su propio cadalso; Charles Villatte, que abrigó su conciencia bajo esta protesta: “No quiero votar bajo los puñales”; Louvet, el autor de *Faublas*, que acabaría siendo librero en el Palacio Real con Lodoïska en el mostrador; Mercier, autor del *Cuadro de París*, que exclamó: “Todos los reyes han sentido sobre sus nucas el golpe del 21 de enero”, Marec, que temía a la “facción de los antiguos límites”; el periodista Carra, que al pie del patíbulo le dijo al verdugo: “Sólo siento morir por no poder ver la continuación de esto”; Vigée, que se decía granadero del segundo batallón de

Mayenne-et-Loira, y que, amenazado por las tribunas públicas, gritó: “¡Pido que al primer murmullo de las tribunas nos retiremos todos, y marchemos a Versalles sable en mano!”; Buzot, que estaba destinado a morir de hambre; Valazé, que debía morir al golpe de su propio puñal; Condorcet, que pereció en Bourg-la-Reine, pueblo convertido en Bourg-Igualdad, denunciado por el Horacio que llevaba en el bolsillo; Pétion, cuyo destino era ser adorado por la muchedumbre en 1792 y devorado por los lobos en 1794; y otros veinte más como Pontécoulant, Marboz, Lidon, Saint-Martin, Dussauh, traductor de Juvenal, que hizo la campaña de Hannover; Boilleau, Bertrand, Lesterp-Beauvais, Lesage, Gornaire, Gardien, Mainvieille, Duplantier, Lacaze, Antiboul, gente toda a cuya cabeza se hallaba un Barnave a quien llamaban Vergniaud. Al otro lado, Antoine-Louis-Léon Florelle de Saint-Just, pálido, de frente estrecha, perfil correcto, mirada misteriosa, tristeza profunda, veintitrés años; Merlin de Thionville, a quien los alemanes llamaban Feuer-Teufel, *el diablo de fuego*; Merlin de Douai, el culpable de la ley de sospechosos; Soubrany, a quien el pueblo de París pidió como general el primero de Pradial; el anciano cura Lebon, que empuñaba el sable con la misma mano que sostenía el hisopo; Billaud-Varennes, que entreveía la magistratura del futuro con árbitros en vez de jueces; Fabre d’Eglantine, que tuvo un bello invento con el calendario republicano, como Rouget de Lisle tuvo una sublime inspiración, *La marsellesa*, pero uno y otro sin reincidencia; Manuel, el procurador de la Comuna, que dijo: “Un rey muerto no es un hombre menos”; Goujon, que entró en Tripstadt, Newstadt y Spire, y vio huir al ejército prusiano; Lacroix, abogado convertido en general y nombrado caballero de San Luis seis días antes del 10 de agosto; Fréron-Tersites, hijo de Fréron-Zoilo; Rulh, el inexorable escudriñador del armario de hierro[25], predestinado al suicidio republicano, pues se mataría el día de la muerte de la República; Pouché, alma de demonio, rostro de cadáver; Cambolas, el amigo del padre Duchesne, que le dijo a Guillotinz “Tú eres del club de los Fuldenses, pero tu hija es del club de los Jacobinos”; Jagot, que respondía con estas palabras feroces a los que lamentaban la desnudez de los presos: “La cárcel es un vestido de piedra”; Javogues, el espantoso desenterrador de cadáveres del panteón regio de Saint-Denis; Osselin, perseguidor que ocultó en su casa a una proscrita Madame Charry; Bentabolle, que, cuando presidía, daba a las tribunas la señal para aplaudir o para silbar; el periodista Robert, marido de la señorita Kéralio, la que escribió: *Ni Robespierre ni Marat vienen a mi casa; Robespierre vendrá cuando quiera; Marat jamás*; Garan-Coulon, que cuando España intervino en el proceso de Luis XVI propuso orgullosamente que la Asamblea no se dignase a leer una misiva de un rey en favor de otro; Grégoire, obispo, digno al principio de la iglesia primitiva, pero que luego, en tiempos del imperio, reemplazó al republicano Grégoire por el conde Grégoire; Amar, que proclamaba: “Toda la tierra condena a Luis XVI. ¿A quién, pues, podría apelarse contra su sentencia? Sólo a los planetas”, Rouyer, que el 21 de enero se opuso a que se hiciesen disparos con el cañón del Puente Nuevo, alegando: “La cabeza de un rey no debe hacer más ruido al caer que la de otro

hombre”; Chénier, hermano de André; Vadier, uno de los que ponían una pistola sobre la tribuna cuando subían a ella; Panís, que le dijo a Momoro: “Quiero que Marat y Robespierre se abracen en mi casa y a mi mesa”. “¿Dónde vives?” preguntó Momoro. “En Charenton”. “En cualquier otra parte me admiraría”, repuso el otro[26]; Legendre, que fue el carnicero de la revolución de Francia como Pride lo fuera de la de Inglaterra; “Ven que te degüelle” le gritó a Lanjuinais, quien respondió: “Primero haz decretar que soy un buey”; Collot d'Herbois, el lúgubre actor que tenía sobre el rostro la antigua máscara de dos bocas para decir Sí y No, aprobando con una lo que reprobaba con la otra, condenando a Carrier en Nantes y deificando a Châlier en Lyon, enviando a Marat al Panteón y a Robespierre al cadalso; Génissieux, que pidió la pena de muerte contra todo el que llevase la medalla *Luis XVI martirizado*; Leonard Bourdon, maestro de escuela que ofreció su casa al anciano del Monte Jura[27]; Topsent, marino; Goupilleau, abogado; Laurent Lecointre, comerciante; Duhem, médico; Sergent, hacedor de estatuas; David, pintor; Joseph Égalité, príncipe. Y aún otros como Lecointe Puiraveau, que propuso un decreto para declarar a Marat “en estado de demencia”; Robert Lindet, el inquietante creador de aquel pólipo cuya cabeza era el Comité de Seguridad Nacional y cuyos veintiún mil brazos abarcaban a Francia entera bajo el nombre de Comités revolucionarios; Leboeuf, acerca del cual Girey-Dupré en su *Natividad de los falsos patriotas* escribió este verso:

Mugió Lebœuf cuando a Legendre vio

Tomás Payne, americano y clemente; Anacharsis Cloots, alemán, barón, millonario, ateo, Hébertista, cándido; el íntegro Lebas, amigo de los Duplay; Rovère, que fue uno de los pocos hombre que son malvados sólo por serlo, porque no deja de haber, y en mayor escala de lo que se cree, quien ame el arte por el arte; Charlier, que quiso se diese el tratamiento de 1/ox a los aristócratas; Tallien, elegíaco y feroz, que promovió por amor los sucesos del 9 Termidor; Cambacérès, procurador destinado a ser príncipe; Carrier, procurador que será tigre; Laplanche, que exclamó un día: “Pido la prioridad para el cañón de alarma”; Thuriot, que quería el voto a viva voz de los jurados del tribunal revolucionario; Bourdon de l’Oise, que desafió en duelo a Chambon, denunció a Payne y fue denunciado por Hébert; Fayau, que propuso se enviase un “ejército incendiario a la Vendée”; Tavaux, que el 15 de abril fue casi mediador entre la Montaña y la Gironda; Vernier, que propuso que los jefes de ambas facciones fuesen al ejército a servir como soldados rasos; Rewbell, que se encerró en Maguncia; Bourbotte, a quien mató el caballo que montaba en la toma de Saumur; Guimberteau, que dirigió el ejército de las Costas de Cherburgo; Jard-Panvilliers, que dirigió el de Costas de La Rochelle; Lecarpentier, que dirigió la escuadra de Cancale; Roberjot, que esperaba el engaño de Rastadt; Prieur de la Marne, que llevaba a los

campos de batalla sus viejas capas de comandante de escuadrón; Levasseur de la Sarthe, que con una palabra indujo a Serrent, comandante del batallón de Saint-Amand, a hacerse matar; Reverchon, Maure, Bernard de Saintes, Charles Richard, Lequinio; y a la cabeza de este grupo un nuevo Mirabeau que se llamaba Danton.

Apartado de ambos campos e infundiendo respeto a uno y otro, se elevaba un hombre: Robespierre.

V

En los bancos inferiores se encorvaban el espanto, que puede ser noble, y el miedo, que es ruin. Bajo las pasiones, bajo el heroísmo, bajo el sacrificio, la cólera, la rabia, bullía la triste y oscura multitud de los hombres anónimos. El fondo inferior de la Asamblea se llamaba la Llanura. Allí estaba todo lo que fluctuaba: los que dudaban, los que vacilaban, los que retrocedían, los que aplazaban, los que esperaban, temerosos unos de otros. La Montaña era gente escogida; la Gironda también; la Llanura era la masa. Esta Llanura se resumía y condensaba en Sieyès.

Sieyès, hombre que a fuerza de ser profundo llegaba a ser terco, se detuvo en el "tercer estado", sin haber podido subir hasta el pueblo. Ciertos talentos han nacido para quedarse a mitad de camino. Sieyès llamaba tigre a Robespierre, el cual a su vez lo llamaba topo; era un metafísico que había ido a parar, no a la sabiduría, sino a la prudencia; cortesano, no servidor de la revolución. Tomaba una pala e iba a trabajar, con el pueblo, al campo de Marte, llevando la misma carreta que Alexandre de Beauharnais. Aconsejaba energía pero no la empleaba. "Poned de vuestra parte los cañones", les aconsejaba a los girondinos. Hay pensadores que al mismo tiempo son batalladores; éstos estaban, como Condorcet, con Vergniaud, o como Camille Desmoulins, con Danton; pero también hay pensadores que quieren vivir, y éstos estaban con Sieyès.

Las cubas del vino más generoso tienen sus heces. Por debajo de la Llanura estaba el Pantano; estanque asqueroso y repugnante, en el que se transparentaba el egoísmo, y en el que tiritaban las mudas esperanzas de los temblorosos. Nada más miserable; todos los oprobios y ninguna vergüenza; la cólera latente; la rebelión bajo la máscara de la servidumbre. Los pantanistas, cínicamente asustados, tenían una especie de valor, ese valor que distingue a la cobardía; preferían a la Gironda y votaban con la Montaña; el desenlace dependía de ellos y se inclinaban del lado de la causa que ofrecía más elementos de triunfo. Así entregaron la cabeza de Luis XVI a Vergniaud, la de Vergniaud a Danton, la de Danton a Robespierre, la de Robespierre a Tallien. Anatematizaron a Marat vivo y lo divinizaron muerto. Lo defendían todo. Tenían el instinto de dar el golpe de gracia a todo lo que moría, el empujón decisivo a

todo lo que vacilaba. Como se ponían al servicio de una causa bajo la condición indispensable de que fuese sólida, perder en grados de solidez era a sus ojos traición. Eran el número, la fuerza, el miedo; de ahí su audacia para todas las ignominias. De ahí los sucesos del 31 de mayo, del 11 germinal y del 9 termidor, tragedias cuyo enredo fue obra de gigantes, y cuyo desenlace fue tarea de pigmeos.

VI

Entre estos hombres llenos de pasiones se mezclaban hombres llenos de ilusiones, en cuyos cerebros la utopía revestía todas las formas: la belicosa, que admitía el Cadalso, y la inocente, que lo abolía; espectro frente a los tronos, ángel frente a los pueblos. Al lado de talentos que combatían, talentos que meditaban; unos tenían en su cabeza la guerra, otros la paz; un cerebro, Carnot, producía catorce ejércitos; otro, Jean Debry, meditaba una federación democrática universal. Entre aquellos hombres de elocuencia vibrante, entre aquellas voces que aullaban o tronaban, había hombres de silencio fecundo.

Lakanal callaba y maquinaba en su pensamiento la educación pública nacional. Lanthenas callaba y creaba las escuelas de primera enseñanza; Révellière-Lépeaux callaba y pensaba en elevar la filosofía a la dignidad de religión. Otros se ocupaban en resolver cuestiones de pormenor, más nimias, pero más prácticas. Guyton-Morveaux examinaba los medios de higienizar los hospitales; Maire los de abolir las servidumbres reales; Jean-Bon-Saint-André los de suprimir la prisión por deudas y los trabajos forzados; Romme la proposición de Chappe; Duboë el mejor arreglo de los archivos; Coren-Fustier la creación del gabinete de anatomía y del Museo de Historia Natural; Guyomard la navegación fluvial y las presas del Escalda. El arte tenía sus fanáticos y hasta sus monomaníacos. El 21 de enero, mientras en la plaza de la Revolución caía la cabeza de la monarquía, Bézard, representante del Oise, iba a ver un cuadro de Rubens, encontrado en una buhardilla de la calle de Saint-Lazare. Artistas, oradores, profetas, colosos como Danton, hombres niños como Cloots, gladiadores y filósofos, todos se dirigían al mismo fin: el progreso, sin que nada les detuviese ni desconcertase. La grandeza de la Convención consiste en que supo buscar la cantidad de realidad que hay en lo que la Humanidad juzga imposible. En uno de sus extremos Robespierre tenía el ojo puesto en los derechos; en el otro, Condorcet tenía la vista puesta en el deber.

Condorcet era hombre de ensoñaciones y de claridad; Robespierre era hombre de ejecución y algunas veces, en las crisis finales de las sociedades envejecidas, ejecución, significa exterminio. La revoluciones tienen dos vertientes; una que sube y otra que baja, y escalonadas en ellas se hallan todas las estaciones, desde la de los

hielos a la de las flores. Cada zona de estas pendientes produce los hombres que convienen a su clima, desde los que viven en el sol hasta los que viven en el rayo.

VII

Se mostraba como cosa de interés el rincón del corredor de la izquierda donde Robespierre le había dicho al oído en voz baja a Garat, amigo de Clavière, estas terribles palabras:

—Clavière ha conspirado dondequiera que ha respirado.

En aquel mismo rincón, cómodo para los apartes y las disputas a media voz, Fabre d'Églantine había discutido con Romme, diciéndole que había desfigurado el calendario al poner Fervidor en lugar de Termidor. También se enseñaba a los curiosos el ángulo en que se sentaban, tocándose con los codos, los siete representantes del Alto Garona, que, llamados los primeros a pronunciar su fallo en la causa de Luis XVI, respondieron sucesivamente: Mailhe: a muerte; Delmas: a muerte; Projean: a muerte; Calès: a muerte; Ayral: a muerte; Julien: a muerte; Desaby: a muerte. Eterna percusión que llena toda la historia y que desde el origen de la justicia humana hace resonar las paredes del tribunal con los ecos del sepulcro. Se señalaban con el dedo, en la ruidosa confusión de semblantes, todos aquellos hombres de cuyas filas había surgido el tumulto de votos trágicos. Paganel había dicho:

—La muerte: un rey no es útil sino con la muerte.

Millaud había dicho:

—Hoy, si la muerte no existiera, sería preciso inventarla.

El anciano Raffron de Troullet había dicho:

—¡La muerte, pronto!

Goupilleau había gritado:

—El cadalso inmediatamente. La tardanza agrava la muerte.

Sieyès pronunció estas palabras concisas y fúnebres:

—A muerte.

Thuriot, al desechar la apelación al pueblo propuesta por Buzot, exclamó:

—¡Cómo! ¡Asambleas primarias! ¡Qué! ¡Cuarenta y cuatro mil tribunales! Proceso interminable; la cabeza de Luis XVI tendría tiempo de encanecer antes de caer.

Agustín-Bon Robespierre, después de su hermano, proclamó:

—¡No entiendo esa humanidad que degüella a los pueblos y perdona a los déspotas! ¡La muerte! Pedir un aplazamiento es sustituir la apelación al pueblo por la apelación a los tiranos.

Foussedoire, que sustituyó a Bernardine de Saint-Pierre, había dicho:

—Detesto la efusión de sangre; pero la sangre de un rey no es sangre humana; voto la muerte.

Jean-Bon Saint-André había dicho:

—No hay pueblo libre sin tirano muerto.

Lavicomterie proclamó esta fórmula:

—Mientras respira el tirano, la libertad se asfixia. ¡La muerte!

Chateauneuf-Randon lanzó este grito:

—¡La muerte de Luis el Último!

Guyardin emitió este voto:

—Que se le ejecute en la Barrera derribada.

Antes se llamaba Barrera del Trono.

Tellier había dicho:

—Que se funda un cañón del calibre de la cabeza de Luis XVI para dispararlo contra el enemigo.

Y los indulgentes, como Gentil, que había dicho:

—Voto por la reclusión; hacer un Carlos I es hacer un Cromwell.

Bancal había dicho:

—Voto por el destierro; quiero ver al primer rey del universo condenado a ejercer un oficio para ganarse la vida.

Albouys había dicho:

—El destierro; que ese espectro vivo vaya errante alrededor de los tronos.

Zangiacomi había dicho:

—La detención. Conservemos a Capeto vivo como espantajo.

Chaillon había dicho:

—¡Que viva! ¡No quiero hacer un muerto para que Romme haga de él un santo!

Mientras tales sentencias caían de aquellos severos labios, y una tras otra se dispersaban por la Historia, en las tribunas, mujeres escotadas y adornadas como para una fiesta contaban los votos con una lista en la mano y alfileres que clavaban después de cada voto.

Donde ha entrado la tragedia quedan para siempre el horror y la compasión.

Ver la Convención, cualquiera que sea la época de su reinado que se examine, es revisar el juicio del último Capeto; la leyenda del 21 de enero parecía mezclarse en todos sus actos. La temible Asamblea estaba llena de aquellos hálitos fatales que habían pasado por la antigua antorcha monárquica, encendida por espacio de dieciocho siglos, y que la habían apagado. El decisivo proceso de todos los reyes en un rey era como el punto de partida de la gran guerra que se declaraba al pasado. Cualquiera que fuese la sesión a que se asistiese, se veía proyectar en ella la sombra del patíbulo de Luis XVI; los espectadores se contaban unos a otros la dimisión de Kersaint, la dimisión de Roland, el gesto de Duchâtel, que, enfermo, se hizo trasladar en su lecho a la Asamblea y, moribundo, votó “la vida”, lo cual hizo reír a Marat; y se

buscaba con la vista al otro representante, hoy olvidado por la Historia, que después de aquella sesión de treinta y siete horas, tendido sobre su banco por el cansancio y el sueño, y despertado por el ujier cuando le llegó el turno de votar, entreabrió los ojos, gritó: "¡A muerte!", y volvió a dormirse.

Cuando condenaron a muerte a Luis XVI le quedaban a Robespierre dieciocho meses de vida, quince a Danton, nueve a Vergniaud, cinco y tres semanas a Marat, y a Lepelletier SaintFargeau, un día. ¡Corto y terrible aliento el de las bocas humanas!

VIII

El pueblo tenía en la Convención una ventana abierta, las tribunas públicas, y cuando esta ventana no le bastaba abría la puerta y la calle invadía la Asamblea. Estas invasiones de la multitud en aquel Senado son una de las visiones más sorprendentes de la Historia. Por lo general, eran cordiales; la plaza pública fraternizaba con la silla curul; pero es una cordialidad temible la de un pueblo que un día, en tres horas, tomó los cañones de los Inválidos y cuarenta mil fusiles. A cada instante, un desfile interrumpía la sesión, ya de diputaciones admitidas tras la barandilla, ya de comités que llevaban peticiones, homenajes y ofrendas. La pica de honor del barrio de Saint-Antoine llegaba llevada por mujeres. Unos ingleses ofrecieron veinte mil zapatos para calzar a los descalzos soldados de la República. "El ciudadano Arnoux —decía *Le Moniteur*—, cura de Aubignan, comandante del batallón del Drome, solicita permiso para marchar a la frontera, conservándosele el curato." Los delegados de las secciones llevaban en parihuelas platos, patenas, cálices, relicarios, trozos de oro, de plata blanca y sobredorada ofrecidos a la patria por aquella multitud cubierta de harapos, y como recompensa pedían licencia para bailar la *carmagnole*[28] delante de la Convención. Chenard, Narbonne y Valliére venían a cantar cancioncillas en honor de la Montaña. La sección del Mont-Blanc llevaba el busto de Lepelletier y una mujer le puso un gorro frigio a la cabeza del presidente, el cual la abrazó. "Las ciudadanas de la sección del Mail" arrojaban flores a los legisladores; los "alumnos de la patria" acudían, precedidos de música, a dar gracias a la Convención por haber preparado la prosperidad del siglo; las mujeres de la sección de Gardes-Françaises ofrecían rosas; las de la sección de los Campos Elíseos, una corona de encina; las de la sección del Temple se presentaban en el estrado a jurar que "no se unirían sino a verdaderos republicanos"; la sección de Molière presentaba una medalla de Franklin, que se colgó, por decreto, de la corona de la estatua de la Libertad; los expósitos, declarados "Hijos de la República", desfilaban vestidos con el uniforme nacional; las jóvenes solteras, de la sección del Noventa y Dos, llegaron ataviadas con largas faldas blancas, y al día siguiente *Le Moniteur* insertó estas líneas:

El presidente recibe un ramillete de las manos inocentes de una oven beldad.

Los oradores saludaban a las multitudes; a veces las adulaban, diciéndoles: “Tú eres infalible; tú eres irreprochable; tú eres sublime”. El pueblo, que es como un niño, gusta de tales golosinas. En ocasiones el motín se deslizaba en la Asamblea, entrando furiosamente y saliendo apaciguado como el Ródano, que atraviesa el lago Leman y es de fango al entrar y transparente al salir.

A veces no ocurrían las cosas tan pacíficamente, y Henriot ordenaba llevar delante de la puerta de las Tullerías rejillas para poner al rojo las balas de cañón.

IX

Esta Asamblea, al mismo tiempo que desprendía revolución, producía civilización. Era horno, mas también fragua. Si en aquella caldera bullía el terror, también fermentaba el progreso. De aquel caos de sombra y de aquella tumultuosa exhalación de nubarrones salían inmensos rayos de luz, paralelos a las leyes eternas; rayos que se han quedado sobre el horizonte, visibles para siempre en el cielo de los pueblos, y que son: la justicia, la tolerancia, la bondad, la razón, la verdad, el amor. La Convención promulgó este gran axioma: “La libertad de un ciudadano termina donde comienza la libertad de otro ciudadano”, axioma que resume en dos líneas la sociabilidad humana. La Convención declaró sagrada la indigencia; declaró sagrada la enfermedad en el ciego y el sordomudo, convertidos en pupilos del Estado; sagrada la maternidad de la soltera y madre, a quien consolaba y levantaba después de la caída; sagrada la infancia en el huérfano adoptado por la patria; sagrada la inocencia en el acusado absuelto, a quien indemnizaba. La Convención anatematizó la trata de negros; abolió la esclavitud, proclamó la mancomunidad cívica; decretó la enseñanza gratuita; organizó la educación nacional, con la Escuela Normal de París, la escuela central en la capital de cada distrito y la escuela primaria en cada pueblo; creó los conservatorios y los museos; decretó la unidad de códigos, de pesas y medidas, y la unidad del cálculo con el sistema decimal; fundó la Hacienda de Francia, y a la gran bancarrota monárquica le sucedió el crédito público. Puso a funcionar el telégrafo, dio a la vejez hospicios dotados, a la enfermedad hospitales desinfectados, a la enseñanza la escuela politécnica, a la ciencia la oficina de Longitudes, al espíritu humano el Instituto. Al mismo tiempo que nacional, era cosmopolita. De los once mil doscientos diez decretos que expidió la Convención, la tercera parte tenía un objetivo político; las otras dos terceras partes tenían un objetivo humano. Declaró la moral universal base de la sociedad, y la conciencia universal base de la ley. Y todo esto, abolición de la esclavitud, proclamación de la fraternidad, rectificación de la conciencia humana, protección a la humanidad, transformación de la ley del trabajo

en derecho y conversión de onerosa en auxiliar, consolidación de la riqueza nacional, educación y asistencia de la infancia, propagación de las letras y las ciencias, luz hecha en todas las alturas, auxilio dado a todas las miserias, promulgación de todos los principios, todo esto la Convención lo hacía teniendo en sus entrañas la hidra que se llamaba la Vendée, y en sus hombros un hatajo de tigres denominados reyes.

X

Lugar inmenso; en él estaban todos los tipos humanos, inhumanos y sobrehumanos; épica amalgama de antagonismos; Guillotin evitando a David; Bazire insultando a Chabot; Guadet burlándose de Saint-Just; Vergniaud despreciando a Qanton; Louvet atacando a Robespierre; Buzot denunciado a Egalité; Chambon vituperando a Pache; todos execrando a Marat. ¡Y cuántos nombres podrían citarse todavía! Armonville, llamado *Gorro Frigio,* porque asistía siempre a las sesiones con uno, era amigo de Robespierre y quería guillotinarlo después de Luis XVI por amor al equilibrio; Massieu, colega y sosias del buen Lamourette, hecho obispo para que le diese nombre a un beso[29]; Lehardy de Morbihan, anatematizador de los clérigos de Bretaña; Barère, el hombre de las mayorías, que presidía cuando Luis XVI se presentó en el estrado, y que era a Paméla lo que Louvet a Lodoïska[30]; Daunou, el orador, que decía: “Ganemos tiempo”; Dubois-Crancé, en cuyo oído cuchicheaba Marat; el marqués de Chateauneuf, Laclos; Hérault de Séchelles, que retrocedió delante de Henriot, gritando: “¡Artilleros, a las piezas!”; Julien, que comparó la Montaña con las Termópilas; Gamon, que quería reservar únicamente para las mujeres una tribuna pública; Laloy, que hizo los honores en la sesión al obispo Gobel, porque acudió a la Convención a quitarse la mitra y ponerse el gorro frigio; Lecomte, que exclamó: “¡Qué prisa por secularizarse!”; Féraud, cuya cabeza saludó Boissy-d’Anglas, dejando para la Historia esta cuestión: ¿le hizo Boissy-d’Anglas el saludo a la cabeza, o sea a la víctima, o a la pica en que aquélla iba clavada, o sea a los asesinos? Los dos hermanos Duprat, uno montañés y otro girondino, que se odiaban como los hermanos Chénier.

En aquella tribuna se pronunciaron palabras vertiginosas, de esas que, sin saberlo el mismo que las pronuncia, tienen el acento fatídico de las revoluciones, y a consecuencia de las cuales los hechos materiales parecen tener bruscamente no se sabe qué de descontento y pasión, como si hubiesen tomado a mal las cosas que acaban de oír; lo que pasa parece cobrar furia por lo que se dice, las catástrofes sobrevienen furiosas y exasperadas por las palabras de los hombres. Así, una voz en la Montaña bastaba para desprender un alud, y una palabra más alta podía ser seguida de un hundimiento. Si no se hubiese hablado, tal cosa no habría sucedido. A veces se

diría que los acontecimientos son irascibles.

De esta manera, y por la casualidad de haber pronunciado un orador una frase mal comprendida, cayó la cabeza de madame Élisabeth.

En la Convención, la intemperancia del lenguaje era asunto de derecho.

Las amenazas volaban y se cruzaban en una discusión como las chispas en un incendio.

Pétion: Robespierre, venid al caso.

Robespierre: El caso sois vos, Pétion, y ya veréis cómo llego a él.

Una voz: ¡Muera Marat!

Marat: El día que muera Marat no existirá París, y el día en que París deje de existir, se habrá terminado la República.

Billaud-Varennes, se levanta y dice:

—No, queremos…

Barrère le interrumpe:

—Hablas como un rey.

Otro día, Philippeaux, exclama:

—Un miembro de esta Asamblea ha desenvainado la espada contra mí.

Audoin: Presidente, llamad al orden al asesino.

El presidente: Esperad.

Panis: Presidente, soy yo quien os llama al orden.

Risas en la sala.

Lecointre: El cura de Chant-de-Bout se queja de que su obispo Fauchet no le deja casarse; el obispo, que tiene amantes, impide a otros que tengan esposa.

Una voz: Cura, cásate.

Las tribunas se mezclaban en la conversación y tuteaban a la Asamblea.

Cierto día, el representante Ruamps subió a la tribuna. Tenía un “anca” mucho mayor que la otra, y un espectador le gritó:

—Vuélvete de la derecha, porque tienes una “mejilla” a la David.

Tales eran las libertades que el pueblo se tomaba con la Convención. Una vez, sin embargo, en el tumulto del 11 de abril de 1793, el presidente hizo prender a un histrión de las tribunas.

Un día, teniendo aquella sesión como testigo al viejo Buonarotti[31], Robespierre tomó el uso de la palabra y disertó por espacio de dos horas, mirando a Danton a veces fijamente, lo cual era grave, pero otras de soslayo, lo cual era peor. Disparaba a bocajarro. Concluyó con una explosión de cólera cargada de frases fúnebres:

—Conozco a los intrigantes, conozco a los corruptores y a los corrompidos; conozco a los traidores; se hallan en esta Asamblea, nos oyen, los vemos y no separamos la vista de ellos. Si miran por encima de sus cabezas verán suspendida sobre ellas la espada de la ley. Si miran al fondo de su conciencia, verán su infamia. ¡Ay de ellos!

Al terminar Robespierre, Danton, con la cara levantada hacia el techo, los ojos

entornados, un brazo colgando del respaldo de su banco, echando el cuerpo atrás, cantó a media voz:

El cadete Roussell hace discursos,
que no son largos cuando son cortos.

Se cruzaban imprecaciones contra imprecaciones.

—¡Conspirador!

—¡Asesino!

—¡Facineroso!

—¡Bandido!

—¡Moderado!

Se denunciaban unos a otros ante el busto de Bruto que se hallaba allí. Apóstrofes, injurias, desafíos. Miradas furibundas de un lado a otro; puños mostrados, pistolas entrevistas, puñales medio desenvainados. Las tribunas ardían. Algunos hablaban como si estuviesen recostados sobre la guillotina; las cabezas se balanceaban, espantosas y terribles; Montañeses, Girondinos, Fuldenses, Moderados, Terroristas, jacobinos, Cordeliers; dieciocho curas regicidas.

¡Todos esos hombres! Multitud de vanidades empujadas en todos los sentidos.

XI

Espíritus proa al viento.

Pero este viento era un viento de prodigios. Ser miembro de la Convención era ser una ola del océano. Y de las más grandes. La fuerza de la impulsión procedía de arriba. En la Convención reinaba una voluntad que era la de todos y no era de nadie. Esta voluntad era una idea, idea indomable, desmesurada, que soplaba en la oscuridad desde lo alto del cielo. A esa idea la llamamos Revolución. Cuando pasaba, abatía a unos, levantaba a otros, se llevaba a éste entre su espuma y despedazaba al otro entre sus escollos; sabía dónde iba y empujaba al abismo delante de sí. Imputar la revolución a los hombres es echarle la culpa de las mareas a las olas.

La revolución es una acción de lo Inescrutable; llamadla buena o mala, según se aspire al porvenir o al pasado, pero dejádsela a quien la ha hecho. Parece la obra en común de grandes acontecimientos y de grandes hombres; pero en realidad es la resultante de los acontecimientos. Los acontecimientos gastan y los hombres pagan. Los acontecimientos dictan, los hombres firman. Así, el 14 de julio está firmado por Camille Desmoulins; el 10 de agosto está firmado por Danton; el 2 de setiembre está

firmado por Matar; el 21 de setiembre está firmado por Grégoire, y el 21 de enero está firmado por Robespierre; pero Desmoulins, Danton, Marat, Grégoire y Robespierre no son más que escribanos de lo que los acontecimientos dictaron; el enorme y siniestro redactor de esas grandes páginas tiene un nombre: Dios, y una máscara: el Destino. Robespierre creía en Dios. ¡Claro!

La revolución es una forma del fenómeno inmanente que nos aprieta por todas partes y al que damos el nombre de Necesidad.

Ante esta misteriosa complicación de beneficios y sufrimientos se levanta el porqué de la Historia.

Porque… Esta respuesta del que no sabe nada es también la respuesta del que lo sabe todo.

En presencia de estas catástrofes climatéricas que devastan y vivifican la civilización se titubea al juzgar los detalles. Censurar o elogiar a los hombres a causa del resultado, es casi como elogiar o censurar los sumandos a causa de la suma total. Lo que debe pasar, pasa; lo que debe soplar, sopla; la eterna 'serenidad no se turba con esos aquilones. Por encima de las revoluciones quedan la verdad y la justicia, como el cielo estrellado por encima de la tempestad.

XII

Tal era aquella Convención desmesurada; trinchera del género humano atacado por todas las tinieblas a la vez; fuegos nocturnos de un ejército de ideas sitiadas; inmenso vivac de talentos sobre la pendiente de un abismo. Nada hay en la Historia comparable a aquel grupo, a la vez senado y populacho, cónclave y plazuela, aerópago y plaza pública, tribunal y acusado.

La Convención se doblegó siempre a impulsos del viento dominante; pero aquel viento salía de la boca del pueblo y era el soplo de Dios.

Hoy, después de transcurridos ochenta años, cada vez que se presenta la Convención ante el pensamiento de un hombre, cualquiera que sea, historiador o filósofo, ese hombre se detiene y medita. Imposible no detenerse a contemplar esa gran procesión de sombras.

II

MARAT ENTRE BASTIDORES

Como le había anunciado a Simonne Évrard, Marat acudió a la Convención al día siguiente de la reunión de la calle del Pavo Real.

En la Convención estaba un marqués maratista, Louis de Montaut, aquél que más tarde le ofrecería a la Convención un reloj decimal coronado con el busto de Marat. Cuando éste entró, Chabot acababa de acercarse a Montaut.

—Ex… —dijo.

Montaut levantó la vista.

—¿Por qué me llamas ex?

—Porque lo eres.

—¿Yo?

—¿No fuiste marqués?

—¡Nunca!

—¡Bah…!

—Nunca. Mi padre era soldado y mi abuelo tejedor.

—¿Qué me cuentas, Montaut?

—No me llamo Montaut.

—¿Pues cómo?

—Maribon.

—De hecho, lo mismo me da —dijo Chabot.

Luego añadió entre dientes:

—He aquí quien no será marqués.

Marat se detuvo en el corredor de la izquierda y miró a Montaut y Chabot.

Siempre que Marat entraba se levantaba un rumor, pero lejos de él. A su alrededor todos guardaban silencio. Marat no hacía caso. Desdeñaba “los graznidos del Pantano”.

En la penumbra de los bancos oscuros de abajo, Conpé de l’Oise; Prunelle; Villars, obispo, que después fue miembro de la Academia Francesa; Boutroue; Petit; Plaichard; Bonet; Thibaudeau; Valdruche, lo señalaban con el dedo.

—¡Ahí está Marat!

—¿No estaba enfermo?

—Sí, puesto que viene en batín.

—¡En batín!

—Sí, pardiez.

—Ese hombre se lo permite todo.

—¿Y se atreve a venir así a la Convención?

—Habiendo venido un día con la cabeza cubierta de laureles, bien puede venir otro en batín.

—Cara de cobre y dientes de verdín.

—Su batín parece nuevo.

—¿De qué es?

—De algodón.
—Listado.
—Mirad los forros.
—Son de piel.
—De tigre.
—No, de armiño.
—Falsificado.
—¡Y lleva medias!
—¡Qué raro!
—Y zapatos con hebillas.
—¡De plata!
—No se lo perdonarán los zuecos de Camboulas[32].

En otros bancos se hacía como si no se reparara en Marat y se hablaba de otra cosa. Santhomax se acercó a Dussauh:

—¿Sabéis la noticia, Dussauh?
—¿Cuál?
—El ex vizconde de Brienne…
—¿El que estaba en la Force con el ex duque de Villeroy?
—Sí.
—Los conozco a ambos. ¿Qué sucede?
—Tenían tanto miedo que saludaban a los gorros frigios de todos los carceleros y un día se negaron a jugar a los cientos, porque les ofrecieron una baraja con reyes y reinas.
—¿Y bien?
—Los guillotinaron ayer.
—¿A los dos?
—A los dos.
—¿Cómo se portaron en la prisión?
—Como unos cobardes.
—¿Y en el Cadalso?
—Como unos valientes.
—Morir es más fácil que vivir —Dussauh soltó esta sentencia.

Barère leía un informe acerca de la Vendée. Novecientos hombres del Morbihan habían salido con artillería para socorrer a Nantes. Redon estaba amenazada por los campesinos. Paimboeuf había sido atacada. Una escuadra cruzaba a la altura de Maindrin para impedir los desembarcos. Toda la orilla izquierda del Loira, desde Ingrande hasta Maure, estaba erizada de baterías realistas. Tres mil campesinos se habían apoderado de Pornic al grito de “¡Viva los ingleses!” Una carta de Santerre a la Convención terminaba con estas palabras:

Siete mil campesinos han atacado Vannes; los hemos rechazado y han dejado en nuestro poder cuatro cañones.

—¿Y cuántos prisioneros? —interrumpió una voz.

—Postdata de la carta —prosiguió Barère—: *No hicimos prisioneros, porque ya no los hacemos*[33].

Marat continuaba absorto, sin escuchar, como abismado en hondas reflexiones.

Tenía en la mano un papel que arrugaba entre sus dedos, en el que, de haberse desdoblado, se habrían leído estas líneas, redactadas de puño y letra de Momoro, y que eran posiblemente la respuesta a una pregunta formulada por Marat:

> *Nada puede hacerse contra la omnipotencia de los comisarios delegados, sobre todo contra los delegados del Comité de Salud Pública. Génissieux dijo bien en la sesión del 6 de mayo: "Cada comisario es más que un rey". Sus frases no han producido el menor efecto*[34]*. Tienen el poder de la vida o la muerte. Massade en Angers, Trullard en Saint-Amand, Nyon cerca del general Marcé, Parrein en el ejército de Sables, Millier en el de Niort; son todopoderosos. El club de los jacobinos ha llegado a nombrar a Parrein general de brigada; las circunstancias lo permiten todo. Un delegado del Comité de Salud Pública tiene en jaque a un general en jefe.*

Marat acabó de arrugar el papel y tras metérselo en la faltriquera, se aproximó lentamente a Montaut y Chabot, que continuaban discutiendo y no lo habían visto entrar.

—Maribon o Montaut —decía Chabot—, escucha: vengo del Comité de Salud Pública.

—¿Y qué hacen?

—Han encomendado a un clérigo la vigilancia de un noble.

—¡Ah!

—Un noble como tú.

—¡Yo no soy noble!

—Guardado por un clérigo…

—Como tú —lo atajó Montaut.

—Yo no soy clérigo —dijo Chabot, y ambos se echaron a reír.

—Concreta el hecho —le urgió Montaut.

—El hecho es el siguiente. Un cura llamado Cimourdain ha sido nombrado delegado con plenos poderes cerca de un vizconde llamado Gauvain que manda la columna expedicionaria del ejército de la costa. Se trata de impedirle al noble que nos haga alguna trampa y al cura que nos haga traición.

—Es muy sencillo —repuso Montaut—. No hay más que hacer que la muerte se mezcle en la aventura.

—Para eso estoy yo aquí —dijo Marat.

Los otros dos levantaron la cabeza.

—Hola, Marat. Poco te dejas ver en las sesiones —dijo Chabot.

—Mi médico me ha recetado baños.

—Desconfía de los baños —le aconsejó Chabot—. Séneca murió en uno.

—Chabot, aquí no hay ningún Nerón —sonrió Marat.

—Estás tú —exclamó una voz seca.

Era Danton, que se dirigía a su banco.

Marat no volvió la cabeza. Se acercó más a sus amigos y continuó:

—Oíd. Vengo para un asunto grave. Es preciso que uno de nosotros tres proponga hoy un proyecto de decreto a la Convención.

—Yo no —dijo Montaut—, no me hacen caso porque soy marqués.

—Ni a mí —dijo Chabot—, porque soy capuchino.

—A mí menos, porque soy Marat.

Hubo un prolongado silencio.

A Marat, cuando meditaba, no le gustaba que lo interrogasen. Sin embargo, Montaut aventuró una pregunta.

—Marat, ¿qué decreto deseas?

—Un decreto condenando a muerte a todo jefe militar que permita la evasión de un prisionero.

—Ese decreto ya existe. Se votó a finales de abril.

—Entonces, es como si no existiese —dijo Marat—. En todas partes, en toda la Vendée, no hay uno que no deje escapar a los prisioneros, y los que les dan asilo quedan impunes.

—Marat, esto es porque el decreto ha caído en desuso.

—Chabot, es preciso restablecerlo en todo su vigor.

—Sin duda.

—Y para esto hay que hablar en la Convención.

—Marat, no es necesaria la Convención. Basta con el Comité de Salud Pública.

—El fin se conseguirá de todos modos —intervino Montaut— si el Comité manda fijar el decreto en todos los pueblos de la Vendée y hace dos o tres escarmientos ejemplares.

—En cabezas altas —añadió Chabot—, en cabezas de generales.

—En efecto, eso bastaría —murmuró Marat.

—Tú mismo puedes proponérselo al Comité —prosiguió Chabot.

Marat lo miró con desagrado, lo cual no era agradable, ni siquiera para Chabot.

—Chabot, ir al Comité de Salud Pública es como ir a casa de Robespierre, y yo no voy a casa de Robespierre.

—Iré yo —se ofreció Montaut.

—Magnífico —asintió Marat.

Al día siguiente se expidió en todas direcciones una orden del Comité de Salud Pública mandando fijar en todas las poblaciones de la Vendée, y cumplir estrictamente, el decreto imponiendo la pena de muerte a los cómplices de la fuga y

evasión de prisioneros facciosos e insurgentes.

Aquel decreto fue sólo el primer paso. La Convención debía ir aún más lejos. Pocos meses después, el 11 de Brumario, año II (noviembre de 1793), con ocasión de haber abierto Laval sus puertas a los vendeanos fugitivos, decretó que toda ciudad que diese asilo a los rebeldes sería demolida y destruida.

Por su parte, los príncipes de Europa, en el manifiesto del duque de Brunswick, inspirado por los exiliados y redactado por el marqués de Linnon, intendente del duque de Orléans, declararon que todo francés hecho preso con las armas en la mano sería fusilado, y que si se tocaba un cabello de la cabeza del rey, la ciudad de París sería arrasada.

Salvajismo contra barbarie.

TERCERA PARTE

EN LA VENDÉE

Libro Primero

LA VENDÉE

I

LOS BOSQUES

Existían entonces en Bretaña siete bosques horribles. En la Vendée, la rebelión clerical tuvo como ayuda a los bosques. Las tinieblas se socorren mutuamente.

Las siete Selvas Negras de Bretaña eran: el bosque de Fougères, que cierra el paso entre Dol y Avranches; el bosque de Princé, que tiene ocho leguas de perímetro; el bosque de Paimpont, lleno de barrancos y arroyos, casi inaccesible por la parte de Baignon y con una retirada fácil hacia Concornet, que era población realista; el bosque de Rennes, desde donde se oía el somatén de las parroquias republicanas, siempre numerosas cerca de las ciudades, y en donde Puysaye perdió Focard; el bosque de Machecoul, cuya bestia feroz era Charette; el bosque de Gamache, propiedad de los La Trémouille, los Gauvin y los Rohan, y el bosque de Brocéliande, que pertenecía a las hadas.

Un gentilhombre de Bretaña tenía el título de señor de Los Siete Bosques: era el vizconde de Fontenay, príncipe bretón.

Pues príncipes bretones existían, distintos de los príncipes franceses. Los Rohan eran príncipes bretones; Garnier de Saintes, en el informe que presentó a la Convención el 15 Nivoso del año II, calificó de este modo al príncipe Talmont: “Ese Capeto de los facciosos, soberano del Maine y de Normandía”.

La historia de los bosques bretones, desde 1792 a 1800, podría escribirse aparte, y se mezclaría con la gran aventura de la Vendée para formar como una leyenda.

La historia tiene su verdad, la leyenda la suya. La verdad legendaria es de otra naturaleza que la verdad histórica; es una invención que tiene por resultado la realidad. Por lo demás, la historia y la leyenda se proponen el mismo objetivo: describir, bajo el aspecto del hombre momentáneo, al hombre eterno.

La Vendée no puede explicarse por completo si la leyenda no acude a complementar la historia; ambas son necesarias: la historia para el conjunto y la leyenda para los pormenores.

Y la Vendée, en efecto, vale la pena. La Vendée es un prodigio.

Esta guerra de los Ignorantes, tan estúpida y tan espléndida, abominable y magnífica, desoló y engrandeció a Francia. La Vendée es una herida, y una gloria.

A ciertas horas, la sociedad humana tiene sus enigmas, que para los ilustrados se

resuelven en luz y para los ignorantes en oscuridad, violencia y barbarie. El filósofo no se atreve a acusar; tiene en cuenta la turbación que producen los problemas. Los problemas no pasan sin arrojar una sombra debajo de sí, como las nubes.

Si se quiere comprender a la Vendée es necesario figurarse este antagonismo: la Revolución Francesa por un lado y el campesino bretón por el otro. Enfrente de los acontecimientos incomparables de la Revolución, amenaza inmensa a todos los abusos, acceso de cólera de la civilización, exceso de progreso furibundo, mejoras desmesuradas e ininteligibles, pongamos a aquel salvaje, grave y singular, a aquel hombre de ojos claros y largos cabellos que vive de leche y castañas; que se contenta con su techo de paja, con su cercado y su foso; que distingue cada pueblecito de las inmediaciones por el sonido de su campana; que no usa el agua más que para beber; que se viste con un coleto de cuero repujado con arabescos de seda, burdo y bordado, pintarrajeando su traje como los celtas, sus antepasados, se pintarrajeaban el rostro, respetando a su amo en su verdugo, hablando una lengua muerta, lo cual es obligar al pensamiento a vivir en una tumba; picando sus bueyes, afilando sus hoces, escardando su trigo, amasando su pan sarraceno; venerando primero a la reja de su arado, después a su abuela; creyendo en la Santa Virgen y en la Dama blanca[35], teniendo devoción al altar y a la piedra misteriosa que está erguida en medio de la llanura; labrador en los valles, pescador en la costa, cazador en el bosque, amante de sus reyes y de sus señores, de sus sacerdotes y su miseria; pensativo, inmóvil, con frecuencia por espacio de horas enteras en la gran playa desierta, escuchando el ruido del mar en actitud sombría.

Preguntémonos si este ciego podía aceptar tanta claridad.

II

LOS HOMBRES

El campesino bretón tiene dos puntos de apoyo: el campo que lo nutre y el bosque que lo oculta.

Difícilmente podríamos figurarnos cómo eran los bosques bretones: eran ciudades. Nada más sordo, más mudo ni más agreste que aquellas inextricables espesuras de espinos y ramaje. Aquella vasta maleza era un reducto de inmovilidad y silencio. No había soledades que pareciesen más muertas y más sepulcrales, pero si súbitamente se hubiera podido, de un golpe semejante al rayo, cortar todos los árboles y arbustos, se hubiera visto en aquella sombra un hormiguero de seres humanos.

Pozos redondos y estrechos, disimulados en su exterior por tapaderas de piedra y ramas, primero verticales, después horizontales, ensanchándose bajo tierra para

formar embudos, y terminando en viviendas tenebrosas; esto es lo que Cambises encontró en Egipto, y lo que Westermann halló en Bretaña. Sólo que Cambises caminaba por el desierto y Westermann por el bosque, y así como en las cuevas de Egipto había muertos, en las cuevas de Bretaña había vivos.

Uno de los claros del bosque de Misdon más agreste, todo perforado de galerías y celdas, por donde iba y venía un pueblo misterioso, se llamaba “la gran ciudad”. Otro, no menos desierto por encima ni menos habitado por debajo, se denominaba “la plaza real”. Esta vida subterránea era inmemorial en Bretaña, donde en todas las épocas el hombre ha huido delante del hombre. De aquí las cuevas de reptiles abiertas bajo los árboles, cuevas cuya abertura databa del tiempo de los druidas, pues algunas de aquellas criptas eran tan antiguas como los dólmenes.

Larvas de la leyenda y monstruos de la historia, todo había pasado por aquel negro país. Teutates, César, Hoël, Neomenes, Godofredo de Inglaterra, Alain Guante-de-Hierro, Pierre Mauclerc, la casa francesa de Blois y la casa inglesa de Montfort, los reyes y los duques, los nueve barones de Bretaña, los jueces de los Grandes Días, los condes de Nantes disputando con los condes de Rennes, los plebeyos, los malandrines, las grandes compañías, René II, vizconde de Rohan, los gobernadores por el rey, “el buen duque de Chaulnes”, que colgaba de los árboles a los campesinos bajo las ventanas de Madame de Sevigné, las carnicerías señoriales del siglo XV, las guerras de religión de los siglos XVI y XVII, los treinta mil perros adiestrados para la caza de hombres en el siglo XVIII; y bajo aquel espantoso pisar, el pueblo había tomado la resolución de desaparecer.

Uno después de otro, los trogloditas para librarse de los celtas, los celtas para huir de los romanos, los bretones para burlar a los normandos, los hugonotes para escapar de las garras de los católicos, los contrabandistas para librarse de los aduaneros, todos se refugiaron primero en los bosques y después bajo tierra. Recurso de bestias. A este recurso obliga la tiranía a las naciones. Desde hacía dos mil años, el despotismo en todas sus formas, la conquista, el feudalismo, el fanatismo, el fisco, perseguían a toda aquella miserable y azorada Bretaña; especie de batida inexorable que no cesaba bajo una forma sino para empezar de nuevo bajo otra. Los hombres se ocultaban bajo tierra.

El espanto, que es una especie de cólera, estaba siempre dispuesto en las almas, así como las cuevas estaban dispuestas a recibir a la gente en los bosques cuando se proclamó la República Francesa. Bretaña se sublevó, hallándose oprimida por aquella libertad que se le daba a la fuerza. Menosprecio habitual en los esclavos.

III

CONNIVENCIA DE LOS HOMBRES Y LOS BOSQUES

Los trágicos bosques bretones volvieron a representar su antiguo papel; fueron siervos y cómplices de aquella rebelión, como lo habían sido de todas las otras.

El subsuelo de tales bosques era una especie de madrépora perforada y atravesada en todos los sentidos por un desconocido laberinto de zapas, celdas y galerías. Cada una de estas celdas sin salida albergaba a cinco o seis hombres. La dificultad no estribaba más que en poder respirar en ellas. Hay cierras cifras extrañas que hacen comprender la poderosa organización de aquella vasta sublevación campesina. En Ille-et-Vilaine, en el bosque de Pertre, guarida del príncipe de Talmont, no se oía ni el ruido de una respiración, no se veía la menor señal de seres humanos, y sin embargo había seis mil hombres en Focard. En Morbihan, en el bosque de Meulac, no se veía a nadie y había ocho mil hombres; y sin embargo estos dos bosques, Pertre y Meulac, no se cuentan entre los grandes bosques bretones. Era terrible la marcha por aquellos lugares; las espesuras hipócritas, llenas de combatientes, escondidos en sus laberintos, eran como enormes esponjas oscuras donde, bajo la presión del gigantesco pie llamado Revolución, brotó la guerra civil.

Batallones invisibles estaban al acecho. Ejércitos ignorados serpenteaban bajo los ejércitos republicanos. Salían de la tierra súbitamente y volvían a ella del mismo modo; saltaban de improviso en innumerables partidas y desaparecían en un instante, como dotados de ubicuidad y dispersión, siendo primero alud y después polvo; colosos que podían disminuir su estatura a voluntad; gigantes para combatir, enanos para desaparecer, jaguares con costumbres de topo.

Además de los bosques, estaban los montes. Así como en primer lugar están las ciudades y después las aldeas, en Bretaña tras los bosques estaba la maleza. Los bosques se enlazaban por el dédalo, esparcido por doquier, de la maleza. Los antiguos castillos que eran fortalezas; las aldeas que eran campo abierto; las granjas que eran recintos rodeados de emboscadas y empalizadas de árboles, todo, en fin, constituía las mallas de aquella red en la que se enredaron los ejércitos republicanos.

Aquel conjunto se llamaba el Bocage.

Estaba, además, el bosque de Misdon, donde hacía la guerra Jean Chouan; el bosque de Gennes, donde acampaba Taillefer; el bosque de la Huisserie, donde mandaba Gouge-le-Bruant; el bosque de la Charnie, donde mandaba Courtillé el Bastardo, llamado el apóstol san Pablo, jefe del campo de la Vaca Negra; el bosque de Burgault, donde dominaba el enigmático Monsieur Jacques, reservado para un fin misterioso en el subterráneo de Juvardeil; el bosque de Charreau, donde Pimousse y Petit-Prince, atacados por la guarnición de Chateauneuf, se arrojaron cuerpo a cuerpo sobre las filas republicanas y apresando a varios granaderos se los llevaron prisioneros; el bosque de la Heureuserie, testigo de la derrota del destacamento de

Longue-Faye; el bosque de Aulne, desde donde espiaban el camino entre Rennes y Laval; el bosque de Gravelle, ganado por un príncipe La Trémoille al juego de bolos; el bosque de Lorges, en las costas del Norte, donde Charles de Boishardy reinó después de Bernard de Villeneuve; el bosque de Bagnard, cerca de Fontenay, donde Lescure presentó combate a Chalbos, el cual, no siendo más que uno contra cinco, lo aceptó. El bosque de la Durondais, que en otros tiempos se disputaron Alan-le-Redru y Hérispoux, hijo de Carlos el Calvo; el bosque de Croqueloup, al final de aquella landa donde Coquereau esquilaba a los prisioneros; el bosque de la CroixBataille, que presenció los insultos homéricos de Pierna-de-Plata a Moriére y de Morière a Pierna-de-Plata; el bosque de la Saudraie, registrado, como hemos visto por un batallón de París. Y muchos otros.

En muchos de estos bosques y selvas de maleza no sólo había aldeas subterráneas, agrupadas en torno a la cueva del jefe, sino que también existían auténticos caseríos de cabañas bajas, ocultas bajo los árboles, y en tan gran número que a veces llenaban todo el bosque, aunque sólo se descubrían por el humo de sus hogares. Dos de estos caseríos, ambos del bosque de Misdon, adquirieron cierta celebridad: Lorrière, cerca de Létang, y el grupo de cabañas llamado calle de Bau, hacia la parte de Saint-Ouent-Les-Toits.

Las mujeres vivían en estas chozas y los hombres en las criptas, utilizando para la guerra las galerías llamadas de las hadas y las antiguas minas célticas. Les llevaban de comer a los que estaban escondidos. Algunos, a veces, olvidados, se morían de hambre. Eran los torpes, incapaces de abrirse paso por los pozos. Habitualmente, la tapa de éstos, hecha de hierba y ramajes, estaba tan artísticamente dispuesta que era imposible distinguirla desde fuera, mientras era facilísimo abrirla y cerrarla por dentro. Aquellos refugios fueron abiertos con gran esmero, echándose en los estanques la tierra que se sacaba de los agujeros. La pared interior y el suelo se cubrían con musgos y helechos. Llamaban a estos reductos “el alojamiento”, y no estaban mal, aparte de carecer de luz, fuego, pan y aire.

Regresar sin precaución entre los vivos y desenterrarse inopinadamente era grave. Se corría el riesgo de hallarse de improviso entre las piernas de una columna en marcha. Bosques temibles, lazos de doble trampa, donde los azules no osaban entrar y de donde los blancos no se atrevían a salir.

IV

LA VIDA BAJO TIERRA

Los hombres, en aquellas guaridas de animales, se aburrían. Algunas veces, de noche,

desafiaban el peligro y salían para bailar en las landas inmediatas, o rezaban para pasar el tiempo. "*Jean Chouan nos tenía todo el día con el rosario en la mano*", había dicho Bourdoiseau.

Cuando llegaba la fiesta de la Gavilla, era casi imposible impedir que los naturales del Bajo Maine salieran de sus escondrijos para asistir a las romerías. Algunos tenían ideas propias. Denys, llamado Cortamontes, se disfrazó de mujer para ir a Laval a ver una comedia y luego volvió a esconderse en su agujero.

Otras veces salían de repente para hacerse matar, dejando el calabozo por el sepulcro.

Otras levantaban las tapas de los pozos y escuchaban el ruido del combate que resonaba a lo lejos, siguiendo con oído atento sus alternativas. El fuego de los republicanos era regular; el de los realistas desparramado y graneado, y se guiaban por estas señales.

Si el fuego de los pelotones cesaba súbitamente era señal de que los realistas acababan de perder; si el fuego desordenado continuaba y se alejaba era señal de que habían ganado. Los *blancos* perseguían siempre a sus enemigos; los *azules* nunca, porque el país estaba en contra suya.

Estos beligerantes subterráneos estaban informados de los movimientos de sus contrarios. Nada más rápido y misterioso que sus comunicaciones. Rompían todos los puentes, desmontaban todos los carros y hallaban el medio de comunicarse todas las noticias y darse todos los avisos y órdenes. Tenían estaciones de emisarios de bosque a bosque, de aldea a aldea, de granja a granja, de cabaña a cabaña, de matorral a matorral.

Tal aldeano, que parecía estúpido, pasaba por entre el enemigo llevando partes y comunicaciones en el bastón hueco en que se apoyaba.

Un antiguo constituyente, llamado Boétidoux, les proporcionaba, para ir y venir de un extremo a otro de Bretaña, pasaportes republicanos del nuevo modelo con los nombres en blanco, documentos de los cuales aquel traidor poseía varios legajos. Era imposible sorprenderlos. Puysaye afirmaba:

—Secretos comunicados a más de cuatrocientos mil individuos han sido guardados religiosamente.

Parecía que el cuadrilátero formado al Sur por la línea que va de Sables a Thouars, al Este por la línea de Thouars a Saumur y el río de Thoué, al Norte por el Loira y al Oeste por el océano, tenían un mismo aparato nervioso, y que no podía estremecerse un solo punto de aquel suelo sin que todo él se estremeciera. En un abrir y cerrar de ojos las noticias corrían de Noirmoutier a Luçon, y el campo de La Loué sabía al momento lo que pasaba en el de Croix-Morineau. Se diría que eran las aves las que pasaban los avisos. Hoche escribió el 7 de mesidor, del año III: *No parece sino que tienen telégrafos*.

Estaban divididos en clanes como en Escocia. Cada parroquia tenía su capitán. Mi padre hizo aquella guerra y por esto puedo hablar de ella con conocimiento de causa.

V

LA VIDA EN LA GUERRA

Muchos no tenían más que picas. Pero abundaban las buenas escopetas de caza. No había buenos tiradores, salvo los cazadores furtivos del Bocage y los contrabandistas del Loroux. Eran extraños combatientes, terribles e intrépidos. El decreto de leva de trescientos mil hombres produjo el somatén de seiscientas aldeas, y los chasquidos del incendio se oyeron en todos los puntos a la vez. El Poitou y el Anjou estallaron el mismo día. Digamos que el primer trueno había resonado en 1792, el 8 de julio, un mes antes de los sucesos del 10 de agosto, en la landa de Kerbader. Alain Redeler, hoy ignorado, fue el precursor de La Rochejacquelein y Jean Chouan. Los realistas obligaban, bajo pena de muerte, a ingresar en sus filas a todos los hombres útiles para llevar armas. Hicieron requisas de atalajes, carros y víveres. En breve, Sapinaud tuvo a sus órdenes a tres mil hombres, Cathelineau diez mil. Stofflet veinte mil. El vizconde de Scépeaux sublevó al Alto Anjou, el caballero de Dieuzie levantó el país entre el Vilaine y el Loira, Tristán el Ermitaño insurreccionó el Bajo Maine, el barbero Gaston tomó Guémenée, y el cura Bernier todo el resto. Para hacer sublevar a tanta gente se usó un procedimiento muy sencillo y poco costoso. Tras el retablo del altar donde decía misa un cura juramentado, un *cura jurado*, como decían ellos, se metía un gato negro y se le hacía saltar fuera durante la misa.

—¡El diablo! —gritaban los campesinos, y todo el cantón se sublevaba.

Los confesionarios avivaban también el fuego de la sublevación. Para atacar a los azules y atravesar los barrancos, usaban un palo de quince palmos de largo, la *pértiga*, arma a la vez de combate y retirada. En lo más duro del combate, cuando atacaban los cuadros republicanos, si encontraban en el campo una cruz o una capilla todos se hincaban de rodillas y rezaban sus oraciones bajo la metralla. Una vez concluidas, los que quedaban vivos se lanzaban con furor sobre el enemigo. ¡Ah, qué gigantescos combatientes! Cargaban los fusiles a la carrera; era ésta su habilidad peculiar. Se les hacía creer lo que querían; los curas les mostraban otros curas a los que les habían enrojecido el cuello con un cordel tenso y exclamaban: *Son guillotinados que han resucitado*.

También tenían sus rasgos de caballeros, y honraron a Fesque, abanderado republicano que resistió cuantos sablazos le propinaron sin soltar la bandera. Tenían, asimismo, sus dichos y sus chanzas; a los curas republicanos que se habían casado los llamaban *descoronados convertidos en descamisados*.

Comenzaron por amedrentarse ante los cañones y concluyeron por echarse

encima de ellos y tomarlos con los cayados. Primero se apoderaron de un buen cañón de bronce, al que bautizaron con el nombre de *el Misionero*; después cogieron otro que había servido en las guerras católicas y tenía grabadas las armas de Richelieu y una imagen de la Virgen, y lo denominaron *Marie-Jeanne*. Cuando perdieron Fontenay, perdieron también a Marie-Jeanne, a cuyo alrededor murieron seiscientos campesinos sin chistar; cuando recuperaron Fontenay para recuperar a Marie-Jeanne, la llevaron bajo la bandera flordelisada cubriéndola de flores y dándola a besar como reliquia a las mujeres que encontraban. Pero dos cañones no eran suficientes. Stofflet había recuperado a Marie-Jeanne. Cathelineau, celoso, salió de Pin-en-Mange, atacó Jallais y tomó un tercer cañón. Forest atacó Saint-Florent y cogió el cuarto; y otros dos capitanes, Chouppes y Saint Pol, hicieron más: figuraron cañones con troncos de árboles cortados, y artilleros con maniquíes, y con esta artillería, de la que se reían valientemente, hicieron retroceder a los *azules* en Mareuil. Ésta fue su época gloriosa. Posteriormente, cuando Chalbos derrotó a La Marsonnière, los campesinos al huir dejaron en el deshonrado campo de batalla treinta y dos cañones con las armas de Inglaterra. Ésta pagaba entonces pensiones a los príncipes franceses y enviaba fondos al hermano del rey, porque, según escribió Nantial el 10 de mayo de 1794, *se dijo al señor Pitt, que esto era lo decente*. Mellinet, en su informe del 31 de marzo, afirma: *El grito de los rebeldes es: "¡Viva los ingleses!*" Los campesinos se cebaban en el pillaje; aquellos devotos robaban cuanto podían. Los salvajes tienen vicios y, precisamente, por ello los tiene después la civilización. Puysage dice en el tomo II, página 187: *He salvado varias veces del saqueo la aldea de Plepan*. Más adelante, en la página 434, añade que no quiso entrar en Monfort y dio un rodeo *para evitar el saqueo de las casas de los jacobinos*. Destrozaron Cholet; saquearon Challans. Aunque no pudieron saquear Granville, se desquitaron en Ville-Dieu. Llamaban "masa jacobina" a los aldeanos que se habían unido a los azules y los exterminaban con más furor que a los demás. Les gustaba la carnicería como a los soldados, y el asesinato como a los salteadores. Les agradaba fusilar a los "papanatas", o sea a los ciudadanos, y a esto lo llamaban "celebrar la Pascua". En Fontenay, uno de sus clérigos, el cura Barbotin, dejó tendido a un anciano de un sablazo. En Saint-Germain-sur-Ille, uno de sus capitanes, un gentilhombre, mató de un tiro al síndico del Ayuntamiento y le robó el reloj. En Machecoul decidieron hacer una "tala" de republicanos, a treinta por día, y duró cinco semanas. Cada cadena de treinta se llamaba "el rosario"; los bajaban a un foso que habían abierto; la cadena se adosaba a una de las paredes y caían todos fusilados. En la zanja, algunos permanecían aún con vida, y a todos los enterraban confundidos. De estas costumbres hemos visto más ejemplos. A Joubert, presidente del distrito, le aserraron los puños. Ponían a los prisioneros azules esposas cortantes, forjadas expresamente para ellos. Los mataban a golpes en las plazas públicas, tocando el halalí de caza. Charette, que se firmaba *Fraternidad, el caballero Charette*, y que llevaba, como Marat, un pañuelo atado a la cabeza, quemó la población de Pornic con los habitantes dentro de las casas. Entre

tanto, Carrier cometió atrocidades espantosas: el terror respondía al terror. El insurgente bretón tenía traza parecida a la del insurgente griego: chaqueta corta, fusil con banderola, polainas, calzones anchos semejantes a la fustanela; parecían cleítas. Henri de La Rochejacquelein, a los veintiún años partió para la guerra armado con un palo y un par de pistolas. El ejército vendeano contaba con ciento cincuenta y cuatro divisiones; era capaz de sitiar ciudades, y tuvo tres días bloqueado Bressuire. Diez mil campesinos en un Viernes Santo cañonearon con balas rojas la ciudad de Sables. En una ocasión destruyeron en un solo día catorce acantonamientos republicanos, desde Montigné a Courbeveilles. En Thouars, en lo alto de la muralla, se oyó este diálogo soberbio entre La Rochejacquelein y un joven campesino:

—¡Carle!

—Aquí estoy.

—Arrima los hombros, que voy a subirme encima.

—Subid.

—Dame tu fusil.

—Tomad.

Y La Rochejacquelein saltó a la ciudad y fueron tomadas aquellas torres que tuvo sitiadas Duguesclin. Preferían un cartucho a un luis de oro; lloraban cuando perdían de vista el campanario de su pueblo; huir les parecía cosa natural y entonces los jefes les gritaban:

—¡Arrojad el calzado y conservad los fusiles!

Cuando les faltaban municiones rezaban el rosario y se lanzaban a tomarlas a las armerías de la artillería republicana; posteriormente, Elbée se las pidió a los ingleses. Cuando se acercaba el enemigo, si tenían heridos los ocultaban entre los trigales o los helechos, y terminada la acción volvían en su busca. No tenían uniformes de ninguna especie; sus vestidos se caían a pedazos, y campesinos y nobles se cubrían con los trapos que encontraban. Roger Mouliniers llevaba un turbante y un dormán que había cogido del vestuario del teatro de La Flèche; el caballero de Beauvilliers llevaba una toga de fiscal y un sombrero de mujer encima de un gorro de lana; sin embargo, todos llevaban banda y cinto blancos, y los grados se distinguían por los diversos nudos. Stofflet tenía un nudo encarnado; La Rochejacquelein negro; Wimpfen, mediogirondino, que por lo demás nunca había salido de Normandía, llevaba el broche de los *carabots* de Caen. Tenían en sus filas mujeres, como Madame Lescure, que después fue Madame de La Rochejacquelein; Thérèse de Mollien, amante de La Rouarie, que quemó la lista de los jefes de parroquia; Madame de La Rochefoucauld, hermosa joven que, sable en mano, reunía a los campesinos alrededor de la enorme torre del castillo de Puy-Rousseau; y Antoniette Adams, llamada caballero Adams, tan valiente que, hecha prisionera, se la fusiló, pero de pie, por respeto. Aquel tiempo épico fue cruel. Reinaba el furor. Madame de Lescure hacía pasar expresamente su caballo sobre los cuerpos de los republicanos caídos en combate, *muertos*, según ella, tal vez sólo heridos.

Algunos hombres hicieron traición a la causa; las mujeres jamás. La Fleury, actriz del Théâtre-Français, pasó de La Rouarie a Marat, mas por amor. Los capitanes eran por lo general tan ignorantes como los soldados; Sapinaud no sabía ortografía y escribía: *tendramos de nuestre vando*. Los jefes se odiaban entre sí. Los capitanes del Marais gritaban: "¡Abajo los de las alturas!" Su caballería era poco numerosa y difícil de allegar. Puysaye escribe:

Hay hombre que me entrega de muy buena gana sus dos hijos, y se enfría su entusiasmo si le pido uno de sus caballos.

Sus armas eran pértigas, horquillas, hoces, guadañas, fusiles viejos y nuevos, cuchillos de monte, hachas, mazas herradas y claveteadas. Algunos llevaban dos huesos de muerto puestos en forma de aspa. Atacaban dando grandes alaridos; surgían repentinamente de todas partes, de las colinas, de los bosques, de las cuevas, de las cañadas, formando círculo alrededor del enemigo, y cayendo sobre él como el rayo, matando, exterminando, y luego esfumándose y desapareciendo. Cuando cruzaban un poblado republicano cortaban el Árbol de la Libertad[36], lo quemaban y bailaban en corro en torno al fuego. Todas sus expediciones eran nocturnas. Regla general del vendeano: presentarse siempre donde menos lo esperan. Caminaban quince leguas en silencio sin dejar la menor huella de su paso. Por la noche, después de acordado entre los jefes en consejo de guerra el sitio donde habían de acometer por sorpresa a los destacamentos republicanos, cargaban sus fusiles, mascullaban sus oraciones, se quitaban los zapatos y desfilaban en largas columnas por los bosques, descalzos sobre los brezos, sobre el musgo, sin ruido, sin pronunciar una sola palabra, casi sin respirar. Desfile de gatos entre las tinieblas.

VI

EL ALMA DE LA TIERRA SE TRANSMITE AL HOMBRE

La Vendée sublevada no puede calcularse en menos de quinientas mil personas, entre hombres, mujeres y niños. Medio millón de combatientes es el número citado por Tuffin de La Rouarie.

Los federalistas auxiliaban aquella sublevación. La Vendée tuvo por cómplice a la Gironda. La Lozère enviaba al Bocage treinta mil hombres. Ocho departamentos se coaligaron, cinco en Bretaña y tres en Normandía. Evreux, que fraternizaba con Caen, estuvo representado en la rebelión por Chaumont, su alcalde, y Gardembas, uno de sus notables. Brissot, en Moulins; Chassan en Lyon; Rabaut-Saint-Etienne, en Nimes; Meillan y Duchâtel en Bretaña, eran otras tantas bocas que soplaban sobre el fuego.

Hubo dos Vendée; la grande, que hacía la guerra de los bosques, y la pequeña, que hacía la guerra de los matorrales; tal es el matiz que separa a Charette de Jean Chouan.

La pequeña Vendée era cándida, la grande corrupta; la pequeña valía más. Charette, sin embargo, fue nombrado marqués, teniente general de los ejércitos reales y gran cruz de San Luis; Jean Chouan no pasó de ser Jean Chouan. Charette está próximo al bandido; Jean Chouan al paladín.

En cuanto a aquellos magnánimos jefes como Bouchamps, Lescure, La Rochejacquelein, todos se equivocaron. El gran ejército católico fue un esfuerzo insensato, que no podía tener consecuencias que no fuesen catastróficas. Figurémonos una tempestad campesina atacando a París, un conjunto de aldeas sitiando el Panteón, una traílla de villancicos y oremus ladrando en torno a *la Marsellesa*, un enjambre de zuecos precipitándose sobre la región de los talentos. ¿Qué podía suceder? Mans y Savenay castigaron aquella locura. Pasar el Loira era imposible para la Vendée; todo podía hacerlo, menos dar ese paso. La guerra civil no hace conquistas; pasar el Rhin completa al César y aumenta a Napoleón, pero pasar el Loira mata a La Rochejacquelein.

La verdadera Vendée es la que se encuentra dentro de su territorio, allí donde, más que invulnerable, es inaprensible. El veandeano en su territorio es contrabandista, labrador, pastor, cazador furtivo, salteador, cabrero, campanero, campesino, espía, asesino, sacristán y animal selvático.

La Rochejacquelein no pasa de ser Aquiles; pero Jean Chouan es Proteo.

La rebelión de la Vendée abortó; otras han triunfado. La de Suiza, por ejemplo. Hay una diferencia entre el montañés y el campesino insurrectos, entre el suizo y el vendeano y es que, como resultado necesario de la influencia del ambiente en que viven, casi siempre pelea uno por el ideal, y el otro por sus preocupaciones. Uno se cierne sobre el suelo, el otro se arrastra por él; uno combate por la Humanidad, el otro por el aislamiento; uno quiere la libertad, el otro la soledad; uno defiende la comunidad, el otro la parroquia.

“¡Comunas, comunas!”, gritaban los héroes de Morat[37]. Uno tiene que habérselas con los precipicios, el otro con las hondonadas y los barrancos; el uno es hombre de torrentes espumantes, el otro de los estanques y las charcas, de donde salen las fiebres; uno tiene sobre su cabeza el azul del cielo, el otro las ramas de los árboles y las matas; el uno está elevado sobre una cima, el otro sumergido en una sombra.

La educación que proporcionan las alturas no es la misma que la que dan los barrancos.

La montaña es una ciudadela, el bosque una emboscada; una inspira audacia, el otro enseña la encerrona. La antigüedad ponía a los dioses en las cumbres y a los sátiros en las espesuras. El sátiro es el salvaje semihombre, semibestia. Los países libres tienen sus Apeninos, sus Alpes, sus Pirineos, su Olimpo; el Parnaso es un

monte, el Mont Blanc era el auxilio colosal de Guillermo Tell; en el fondo y por encima de las inmensas luchas de que están llenos los poemas de la India se ve el Himalaya; Grecia, España, Italia, Suiza, tienen por hechura la montaña; Cimeria[38], Germania, Bretaña tienen el bosque, y el bosque es bárbaro.

La configuración del suelo aconseja al hombre gran parte de sus actos, y es más cómplice de lo que se cree. En presencia de ciertos países feroces se inclina uno a disculpar al hombre y a culpar a la creación; el desierto es a veces malsano para la conciencia, sobre todo si está poco ilustrada. La conciencia puede ser gigante y entonces crea a Sócrates y Jesús, y puede ser enana, y entonces crea a Atreo y Judas. La conciencia pequeña se hace enseguida reptil; es fatal para ella frecuentar las sombras crepusculares que arrojan los altos árboles, las zarzas, los espinos, los pantanos entre los matorrales, porque es allí donde se produce la misteriosa infiltración de malos consejos. Las ilusiones ópticas, los espejismos no explicados, el azoramiento causado por la hora o el lugar, sumergen al hombre en una especie de vapor semirreligioso, semibestial, que engendra en tiempos ordinarios la superstición y en épocas de violencia la brutalidad. Las alucinaciones llevan la antorcha que ilumina la senda del asesinato. El faccioso está poseído de una especie de vértigo; la prodigiosa Naturaleza tiene un noble sentido, que deslumbra a los grandes talentos y ciega a las almas ignorantes. Cuando el hombre es ignorante, cuando el desierto produce visiones, la oscuridad del aislamiento se agrega a la oscuridad de la inteligencia, y de aquí que se abran abismos en el hombre. Ciertas rocas, ciertos barrancos, ciertos matorrales, ciertos claros de los bosques, la noche a través de los árboles, impulsan al hombre a cometer actos de locura y ferocidad. Casi podría decirse que existen lugares asesinos.

¡Cuántas tragedias ha presenciado la sombría colina que está entre Baignon y Plélan!

Los vastos horizontes inspiran al alma ideas generales; los horizontes circunscritos engendran ideas parciales, lo cual condena a veces a grandes corazones a ser pequeños talentos; testigo de ello es Jean Chouan.

Las ideas generales odiadas por las ideas parciales; ahí radica la lucha del progreso.

País, patria, son dos palabras que resumen la guerra de la Vendée, contienda de la idea local contra la idea universal; campesinos contra patriotas.

VII

LA VENDÉE ACABÓ CON BRETAÑA

Bretaña es una vieja rebelde. Todas las veces que se sublevó en dos mil años tuvo razón; la última vez, estaba equivocada. Sin embargo, en realidad, contra la revolución como contra la monarquía; contra los representantes en misión como contra los gobernadores, duques y pares; contra los asignados como contra las gabelas; cualesquiera que fuesen los combatientes, Nicolas Rapin, François de La Noue, el capitán Pluviaut y la señora de La Garnache, o Stofflet, Coquereau, Lechandelier de Pierreville, a las órdenes de Rohan contra el rey, o a las de La Rochejacquelein en favor del monarca, Bretaña siempre hacía la misma guerra, la guerra del espíritu local contra el espíritu central.

Estas antiguas provincias eran un estanque; correr era repulsivo para aquellas aguas adormecidas; el viento que soplaba no lograba vivificarlas, sino irritarlas. En Finisterre concluía Francia; allí terminaba el territorio concedido al hombre; allí se detenía la marcha de las generaciones. ¡Alto!, le gritaban el océano a la tierra y la barbarie a la civilización. Cada vez que el centro, París, daba un impulso, ya procedente del trono, ya de la República, ya en aras del despotismo, ya de la libertad, era una novedad y Bretaña se erizaba. Dejadnos en paz. ¿Qué quieren de mí? El Marais tomaba su pértiga y el Bocage su carabina. Todas las tentativas de Francia, sus iniciativas en leyes, en educación, sus enciclopedias, sus filosofías, sus genios, sus glorias, vienen a estrellarse delante del Houroux; el somatén de Bazouges amenaza a la Revolución Francesa; la landa de Faou se subleva contra nuestras tempestuosas plazas públicas, y la campana del Haut-des-Prés declara la guerra a la Torre del Louvre.

¡Terrible sordera!

La insurrección vendeana es un lúgubre malentendido.

Escaramuza colosal, triquiñuela de Titanes, rebelión desmedida, condenada a no dejar en la Historia más que un nombre, la Vendée, nombre ilustre y negro de un país que se suicida por los ausentes, que se sacrifica por egoísmo, que pasa el tiempo ofreciendo a la cobardía el homenaje de un valor inmenso, sin estrategia, sin táctica, sin plan, sin objeto, sin jefe, sin responsabilidad, demostrando hasta qué punto la voluntad puede ser impotente; país caballeresco y salvaje; lo absurdo agitado por el instinto de la procreación, fabricando contra la luz un parapeto de tinieblas; la ignorancia oponiéndose a la verdad, a la justicia, al derecho, a la razón, a la emancipación, una prolongada resistencia bestial; el espanto de ocho años, la desolación de catorce departamentos, la devastación de campos y cosechas, el incendio de las aldeas, la ruina de las ciudades, el saqueo de las casas, el asesinato de mujeres y niños, la tea incendiaria penetrando en las cabañas y la espada en los corazones, el terror de la civilización, la esperanza de Pitt; tal fue aquella guerra, tal fue aquel ensayo inconsciente de parricidio.

En suma: la Vendée sirvió a la causa del progreso, demostrando la necesidad de

perforar en todos los sentidos la vieja oscuridad bretona y de atravesar aquella maleza con todas las flechas de la luz a un tiempo. Las catástrofes tienen una manera sombría de arreglar las cosas.

Libro Segundo

LOS TRES NIÑOS

I

PLUS QUAM CIVILIA BELLA

El verano de 1792 fue muy lluvioso; el de 1793 resultó muy caluroso. A causa de la guerra civil ya no había caminos dignos de tal nombre en Bretaña. Se viajaba, sin embargo, merced al buen tiempo. El mejor camino es una tierra seca.

Al anochecer de un día sereno de julio, como una hora después de puesto el sol, un hombre a caballo que venía por el camino de Avranches se detuvo a la puerta de la posada llamada La Cruz de Blanchard, situada a la entrada de Pontorson, cuya fachada tenía esta inscripción, que aún se leía en ella hasta hace pocos años: *Buena sidra para servir*. Aquel día el calor era bochornoso, pero empezaba a soplar algo de viento.

El viajero iba envuelto en una amplia capa que cubría la grupa de su caballo. Llevaba un sombrero de grandes dimensiones con escarapela tricolor, lo cual era bastante osado en aquel país de cercados y disparos, donde una escarapela era un blanco para un fusil. La capa, anudada al cuello, dejaba los brazos libres, y al entreabrirse permitía divisar una faja tricolor y las culatas de dos pistolas que sobresalían de ella. El extremo de un sable asomaba de la capa.

Al ruido del caballo que se detenía, se abrió la puerta de la posada y se presentó el posadero con un farol en la mano. Era ya la hora del crepúsculo, día en el camino y noche en la casa.

El posadero miró sobre todo la escarapela.

—¿Os detenéis aquí, ciudadano? —interrogó.

—No.

—¿Adónde vais, entonces?

—A Dol.

—En tal caso volveos a Avranches o quedaos en Pontorson.

—¿Por qué?

—Porque en Dol hay combate.

—¡Ah! —dijo el caballero, y añadió—: Dadle avena a mi caballo.

El posadero acercó una gamella, echó en ella un saco de avena y quitó la brida al caballo, que empezó a resoplar y comer.

—Ciudadano —volvió a preguntar el posadero—, ¿es de la requisa este caballo?

—No.

—¿Es vuestro?

—Sí. Lo he comprado y lo he pagado.

—¿De dónde venís?

—De París.

—No directamente.

—No.

—Lo creo; los caminos están interceptados. Sin embargo, todavía hay coches de postas.

—Hasta Alençon. Allí lo dejé yo.

—¡Ah! Al paso que vamos, dentro de poco se habrán acabado en toda Francia. ¿Qué sucederá, si no hay caballos? Un caballo que vale trescientos francos cuesta seiscientos, y el forraje está por las nubes. Yo he sido maestro de postas y hoy me veo reducido a tabernero. De mil trescientos maestros de postas que éramos, doscientos hemos tenido que dejarlo. Ciudadano, ¿viajáis con arreglo a la nueva tarifa?

—Desde el primero de mayo. Sí.

—Veinte sueldos por posta en el coche, doce en el cabriolé y cinco en el furgón. ¿Es en Alençon donde adquiristeis el caballo?

—Sí.

—¿Y habéis viajado hoy todo el día?

—Desde el amanecer.

—¿Ayer?

—Y anteayer.

—Se conoce. Habéis venido por Domfront y Mortain.

—Y Avranches.

—Creedme, ciudadano. Dejad reposar a vuestro corcel aquí, y hacedlo vos también. Ambos estáis muy fatigados.

—Los caballos tienen derecho al descanso; los hombres no.

La mirada del posadero volvió a fijarse en el viajero. Observó un rostro grave, tranquilo, severo, coronado de cabellos grises.

Miró después al camino, que estaba desierto en lo que alcanzaba la vista.

—¿Viajáis solo?

—Llevo una escolta.

—¿Dónde está?

—Aquí: son mi sable y mis pistolas.

El posadero fue en busca de un cubo de agua para dar de beber al caballo, y mientras éste bebía, el buen hombre contemplaba al viajero, diciendo para sí:

“Es igual, pero tiene aire de ser cura.”

—¿Habéis dicho que hay batalla en Dol? —prosiguió el caballero.

—Sí; debe haber empezado en estos momentos.

—¿Entre quiénes?

—Entre un ex… y otro ex.

—¿Cómo?

—Quiero decir que un ex está por la República, pero pelea contra otro ex… que está por el rey.

—Pero ya no hay rey.

—¡Está el pequeño! Pero lo curioso es que ambos son parientes.

El jinete prestó atención.

—Uno es joven —prosiguió el posadero—, el otro viejo; un sobrino pelea contra su tío. El tío es realista; el sobrino patriota. El tío manda a los blancos y el sobrino a los azules. ¡Ah, no se darán cuartel, tenedlo por cierto! Es una guerra a muerte.

—¿A muerte?

—Sí, ciudadano. ¿Queréis ver los cumplidos que se dirigen mutuamente? Éste es un cartel que el viejo ha hecho fijar por todas partes, en todas las casas, en todos los árboles y hasta en mi misma puerta.

El posadero acercó el farol a un cartel fijado efectivamente en una de las hojas de la puerta, y como estaba en grandes caracteres, el caballero, desde su montura, pudo leer:

El marqués de Lantenac tiene el honor de informar a su sobrino, el señor vizconde de Gauvain, que, si el señor marqués tiene la buena suerte de hacerlo prisionero, mandará delicadamente fusilar al vizconde.

—Y —añadió el posadero—, aquí está la respuesta.

Se giró y alumbró otro cartel fijado a la altura del primero en la otra hoja de la puerta:

Gauvain advierte a Lantenac que si lo coge prisionero lo hará fusilar.

—Ayer —continuó el posadero— pegaron el primer cartel en mi puerta, y hoy han pegado el segundo. La respuesta, por consiguiente, no se ha hecho esperar.

El viajero, a media voz, y como hablando consigo mismo, pronunció estas palabras, que el posadero oyó, sin comprender bien su significado.

—Sí, es más que la guerra dentro de la patria; es la guerra dentro de la familia. Es necesario, y por lo mismo conveniente; sólo a este precio puede obtenerse la gran regeneración de los pueblos.

Llevándose la mano al sombrero saludó al segundo cartel con la vista fija en él.

—Ya veis, ciudadano —agregó el posadero—, que el caso es el siguiente: en las ciudades y en las grandes poblaciones estamos por la revolución; en los campos están contra ella, lo cual equivale a decir que en las ciudades somos franceses y en el campo son bretones. Es una guerra de ciudadanos contra campesinos. Ellos nos

llaman papanatas, nosotros los llamamos palurdos; los nobles y los curas están con ellos.

—No todos —lo interrumpió el caballero.

—Sin duda, ciudadano, porque aquí tenemos a un vizconde que lucha contra un marqués.

"Y creo que, además —añadió para sí—, estoy hablando con un cura."

—¿Y cuál de ambos lleva ventaja en la lucha? —quiso saber el viajero.

—Hasta ahora el vizconde, pero le cuesta trabajo. El viejo es duro de pelar. Ambos son de la familia Gauvain, nobles de estas tierras. La familia se divide en dos ramas; de la primera, el jefe es el marqués de Lantenac, y de la segunda, el vizconde Gauvain. Hoy las dos ramas se hacen la guerra mutuamente, cosa que no se ve entre árboles, pero no es raro entre personas. El marqués de Lantenac es todopoderoso en Bretaña; para los campesinos es un príncipe. El día de su desembarco se le unieron siete mil hombres, y después, en una semana, se han sublevado trescientas parroquias. Si hubiese podido tomar un punto cualquiera de la costa ya habrían desembarcado los ingleses. Por fortuna, ese Gauvain se ha propuesto impedirlo, y lo extraño de la aventura es que son tío y sobrino. El comandante republicano siempre tiene en jaque al tío. La suerte ha querido, además, que ese Lantenac, al llegar, mandando matar a una gran masa de prisioneros, hiciera fusilar a dos mujeres, una de las cuales tenía tres hijos, que habían sido adoptados por un batallón de París. Esto ha indignado de tal suerte al batallón llamado *El gorro frigio*, que los que de él quedan, que, entre paréntesis, son pocos, están furiosos. Se han incorporado a la columna del comandante Gauvain y nada se les resiste, decididos como están a vengar a las mujeres y los niños. No se sabe qué ha hecho de ellos el viejo, y esto indigna a los granaderos de París. Si no estuviesen de por medio estas circunstancias, la guerra no habría adquirido el carácter que tiene. El vizconde es un joven bueno y valeroso, pero el viejo es un marqués temible. Los campesinos llaman a esta guerra la de San Miguel contra Belcebú. Sabréis que San Miguel es un ángel del país, y que aquí hay un monte que lleva su nombre. Está en medio del mar, en la bahía. Dicen que derribó al demonio y lo enterró bajo otro monte que está cerca de aquí, llamado Tombelaine.

—Sí —murmuró el caballero—, Tumba Beleni, la tumba de Belenus, de Belus, de Bel, de Belial, de Belcebú.

"Sabe latín. No hay duda, es cura", se dijo el posadero.

—Pues bien, ciudadano —añadió luego en voz alta—. Para los campesinos, ésa es la guerra que empieza de nuevo; por supuesto, San Miguel es el general realista, mientras que Belcebú es el comandante patriota. Pero si en esto hay un diablo, sin duda, es Lantenac, y si hay un ángel, es Gauvain. ¿No tomaréis nada, ciudadano?

—Tengo aquí mi cantimplora y mi trozo de pan. Pero todavía no me habéis dicho lo que ocurre en Dol.

—Helo aquí. Gauvain manda la columna expedicionaria de la costa. El objetivo de Lantenac era sublevar a todo el país, apoyar el movimiento de la Baja Bretaña

desde la Baja Normandía, abrirle la puerta a Pitt y cubrir las espaldas del gran ejército vendeano con veinte mil ingleses y doscientos mil campesinos. Pero Gauvain ha desbaratado este plan dominando la costa, rechazando a Lantenac hacia el interior, e impidiendo a los ingleses que desembarquen. Lantenac estaba aquí, y de aquí le ha desalojado Gauvain; le ha tomado Pontau-Beau, le ha echado de Avranches y le ha impedido llegar a Granville. Ahora maniobra para conducirlo hasta el interior del bosque de Fougères y cercarlo en él. Ayer todo iba bien. Gauvain estaba aquí con su columna, cuando de repente se supo que el viejo, que es muy astuto, había marchado sobre Dol. Si toma el pueblo y establece en el monte una batería, porque lleva cañones, tendrá un punto de la costa que ofrecer a los ingleses para su desembarco, y todo se habrá perdido. Por eso, no habiendo un instante que perder, Gauvain, que tiene talento, sin recibir consejo de nadie, sin pedir ni esperar órdenes de nadie, mandó tocar salida y enganchar su artillería; formó la tropa, tiró de sable, y ved ahí cómo mientras Lantenac se arrojaba sobre Dol, Gauvain se ha lanzado contra Lantenac. En Dol van, pues, a chocar estas dos duras cabezas bretonas. Fiero será el encontronazo. Allí están ahora.

—¿Cuánto tiempo se tarda en llegar a Dol?

—Para tropa con bagaje, tres horas; pero ya están allí.

—En efecto, creo oír fuego de cañón.

El posadero prestó atención.

—Sí, ciudadano, y también de fusil. Creo que deberíais pasar aquí la noche. Allá no hay nada bueno que recoger.

—No puedo detenerme, proseguiré mi camino.

—Hacéis mal. No conozco vuestros asuntos, pero el peligro es grande; y a no ser que se trate de lo que más estiméis en el mundo…

—En efecto, de eso se trata —respondió el caballero.

—De algo como un hijo…

—Casi —dijo el caballero.

“Sin embargo —dijo para sí el posadero—, este ciudadano me sigue pareciendo un cura.” “Aunque —continuó después—, un cura bien puede tener hijos.”

—Ponedle la brida al caballo —ordenó el viajero—. ¿Qué os debo?

Pagó.

El posadero arrimó la gamella y el cubo a la pared y regresó hacia el viajero.

—Ya que estáis decidido a seguir adelante, os daré un consejo. Está claro que vais a Saint-Malo; pues bien, no vayáis por Dol. De aquí a Saint-Malo hay dos caminos: el que pasa por Dol y el que va por la costa, tan largo uno como otro. El de la costa pasa por Saint-Georges de Brehaigne, Chetrueix e Hirel-le-Vivier, dejando Dol al sur y Cancale al norte. Ciudadano, al final de esta calle hallaréis el cruce de los dos caminos; el de Dol es el de la izquierda; el de Saint-Georges de Brehaigne el de la derecha. Mucho cuidado, no os equivoquéis, ciudadano; si vais por Dol caeréis en la masacre. No tornéis el camino de la izquierda, sino el de la derecha.

—Gracias —dijo el viajero.

La oscuridad era ya completa, y se sumergió en la noche.

Cuando el viajero llegó al extremo de la calle donde se dividía el camino, oyó la voz del posadero que le avisaba:

—¡No lo olvidéis, tomad el de la derecha!

Tomó el de la izquierda.

II

DOL

Dol, ciudad española de Francia en Bretaña, como la califican los escribanos, no es realmente una ciudad, sino una calle. Una calle larga, vieja y gótica, limitada a derecha e izquierda por casas con soportales, no alineadas, sino formando recodos y salientes; calle, por lo demás, bastante ancha. El resto de la población es sólo una red de callejuelas relacionadas con la principal, que desembocan en ella como los arroyos en un río. La ciudad, sin puertas ni muralla, abierta y dominada por el monte Dol, no podría sostener un sitio; pero la calle sí. Las prominencias de las casas, que aún se veían hace cincuenta años, y los soportales con sus pilares a uno y otro lado, constituían una defensa bastante sólida y resistente. Tantas casas, tantas fortalezas; había que tomarlas una a una. La antigua plaza del mercado estaba a mitad de la calle.

El posadero de La Cruz de Blanchard había dicho la verdad. Dol era el escenario de una lucha furiosa en el momento en que hablaba con el viajero. Había estallado bruscamente un combate nocturno entre los blancos que habían penetrado en la población por la mañana y los azules llegados por la tarde. Las fuerzas eran desiguales. Los blancos contaban con seis mil hombres, los azules sólo con mil quinientos, pero el encarnizamiento era el mismo por ambas partes. Y, cosa notable, eran los mil quinientos hombres los que habían atacado a los seis mil. De un lado, una gran muchedumbre confusa, del otro, una falange.

De un lado, seis mil campesinos con escapularios del Corazón de Jesús sobre sus chaquetas de cuero, cintas blancas en sus sombreros redondos, divisas cristianas en los hombros, rosarios a la cintura, llevando muchas más horquillas que sables, carabinas sin bayonetas, arrastrando cañones atados con cuerdas, mal equipados, poco disciplinados, mal armados, pero frenéticos. Del otro lado, mil quinientos soldados con sus tricornios con escarapelas tricolor, sus uniformes de grandes faldones y grandes vivos, el tahalí cruzado, el sable con puño de cobre, el fusil con bayoneta calada, formados, alineados, dóciles y feroces, sabiendo obedecer como

hombres que en su caso sabrían mandar, también voluntarios, pero voluntarios de la patria, rotos y sin zapatos. Por la monarquía campesinos paladinos; por la revolución, héroes descalzos. Cada una de estas tropas tenía por alma a su jefe. Los realistas, un viejo; los republicanos un joven. De una parte, Lantenac; de la otra Gauvain.

La revolución, al lado de gigantescas jóvenes figuras como Danton, Saint-Just y Robespierre, disponía de jóvenes figuras idealistas como Hoche y Marceau.

Gauvain era una de ellas. Gauvain tenía treinta años, cuello de Hércules, la mirada grave de un profesor, y la risa de un niño. No fumaba, no bebía, ni juraba; llevaba a la guerra su tocador de viaje; cuidaba mucho sus uñas, sus dientes y sus soberbios cabellos castaños, y en los altos que hacía la columna sacudía por sí mismo su casaca de comandante agujereada por las balas y cubierta de polvo. Aunque se lanzaba sin reparar en el peligro en lo más enconado de la lucha, jamás lo habían herido. Su voz, muy suave, tomaba cuando era conveniente el tono seco del mando. Daba ejemplo a sus soldados acostándose en el suelo, expuesto al viento, a la lluvia, la nieve, envuelto en su capa y apoyando su hermosa cabeza en una piedra. Era un alma heroica e inocente, y sable en mano se transfiguraba. Tenía aquel aire afeminado que en las batallas es formidable.

Además era pensador, filosófo, estudioso. Alcibíades para quien lo miraba; Sócrates para quien lo escuchaba.

En aquella inmensa improvisación que constituye la Revolución Francesa, el propio Gauvain había sido enseguida jefe de guerra.

Su columna, formada por él, era un ejército completo, aunque pequeño. Se componía de infantería y caballería; tenía exploradores, gastadores, zapadores, pontoneros y, al igual que la legión romana llevaba catapultas, él disponía de cañones. Tres piezas bien servidas daban fortaleza a la columna sin restarle movilidad.

Lantenac era también jefe de guerra, pero de peor especie; a la vez más reflexivo y más osado. Los héroes viejos poseen más frialdad que los jóvenes porque están lejos de la aurora, y más audacia porque se hallan cerca de la muerte. ¡Es tan poco lo que pueden perder con la vida! De ahí las maniobras temerarias, al mismo tiempo que inteligentes, de Lantenac.

Pero en suma, casi siempre el duelo entre el viejo y el joven le daba ventaja a éste. Lo cual era efecto de la fortuna, en realidad. Todas las dichas, aun las más terribles, son patrimonio de la juventud. La victoria es una muchacha.

Lantenac estaba exasperado contra Gauvain; en primer lugar porque éste lo derrotaba; en segundo, porque era pariente suyo. ¿Qué idea le había dado de hacerse jacobino a ese Gauvain, ese galopín, su heredero? Porque el marqués no tenía hijos y Gauvain lo era de su sobrino, o sea, que era casi su nieto.

—Ah —exclamaba el viejo—, si llego a ponerle la mano encima lo mataré como a un perro.

Por lo demás, la República tenía razón al temer al marqués de Lantenac. Apenas

desembarcado infundió el terror en todas partes. Su nombre había corrido en la insurrección vendeana como un reguero de pólvora, y su persona fue el centro y el alma de la revuelta. En un levantamiento de esta naturaleza, en que cada jefe tiene celos de sus colegas y escoge para sí el teatro de sus operaciones, su bosque, sus barrancos, si llega alguien cuya superioridad es incontestable pronto consigue reunirlos a todos en torno suyo.

Casi todos los capitanes de las partidas se unieron a Lantenac, y de cerca o de lejos lo obedecían. Uno sólo se le había separado, y era el primero que le había prestado obediencia, Gavard. ¿Por qué? Porque Gavard era hombre de confianza. Conocía todos los secretos y había adoptado todos los planes de la vieja forma de combatir en la guerra civil que Lantenac acababa de suplantar y reemplazar. No se heredan los proyectos de un hombre de confianza; el zapato de la Rouarie no venía bien al pie de Lantenac; por esto Gavard se había reunido con Bonchamp.

Lantenac, como hombre de guerra, pertenecía a la escuela de Federico II; quería combinar la guerra grande con la pequeña. No quería ni “una masa confusa”, como el gran ejército católico y realista, una multitud destinada a sucumbir aplastada, ni la dispersión en bosques, barrancos y cercados, buena para hostigar al enemigo pero impotente para vencerlo. La guerra de guerrillas no acaba con el adversario o lo hace mal; comienza por atacar una República y acaba por desvalijar una diligencia. Lantenac no comprendía esa guerra bretona; no la quería al campo raso, como La Rochejaquelein, ni hecha toda en los bosques, como Jean Chouan. Ni Vendée ni Chouanería. Quería la verdadera guerra: servirse del campesino, sí, mas para apoyarlo en el soldado; quería partidas para la estrategia y regimientos para la táctica. Consideraba excelentes, para la emboscada y la sorpresa, a aquellos ejércitos de campesinos que en un momento podían reunirse y al otro momento dispersarse; pero los consideraba también demasiado fluidos, demasiado fáciles de escapársele, como el agua, de entre las manos, y deseaba crear un punto sólido, en aquella guerra flotante y difusa, añadiendo al ejército salvaje de los bosques una tropa regular que fuese el pivote de maniobras de los campesinos. Pensamiento profundo y terrible, que habría hecho a la Vendée inexpugnable de haber tenido éxito.

¿Pero dónde hallar una tropa regular? ¿Dónde encontrar soldados? ¿Dónde regimientos? ¿Dónde un ejército ya organizado? En Inglaterra. De aquí la idea fija de Lantenac: conseguir que desembarcaran los ingleses. Así capitula la conciencia de los partidos; así la escarapela blanca en Lantenac servía de máscara al uniforme colorado. Lantenac no tenía más que una idea: apoderarse de un punto del litoral y entregárselo a Pitt. Por esto, viendo a Dol sin defensa, se arrojó sobre aquella población a fin de tener gracias a Dol su monte, y gracias al monte, la costa.

El sitio estaba bien elegido. El cañón en el monte Dol barrería por un lado el Fresnois, por otro, a Saint-Brelade; mantendría a distancia el crucero de Cancale y dejaría libre para el desembarco toda la playa desde Raz-sur-Couesnon a Saint-Mêloir-des-Ondes. Para el éxito de esta decisiva operación llevaba consigo algo más

de seis mil hombres, los más robustos de las partidas de que disponía, con toda su artillería, compuesta de diez culebrinas de a dieciséis, una bastarda de a ocho, y un pedrero de a cuatro. Pensaba con estas piezas establecer una potente batería en el monte Dol, siguiendo el principio de que mil tiros disparados con diez cañones producen más efecto que quinientos disparados con cinco.

El éxito parecía seguro. Eran, como se ha dicho, seis mil hombres. No había que temer más que a Gauvain y sus mil quinientos soldados por la parte de Avranches, y a Léchelle por la parte de Dinan. Es verdad que Léchelle tenía veinticinco mil hombres, pero se hallaba a veinte leguas de distancia. Lantenac estaba tranquilo respecto a Léchelle, a causa de la enorme distancia que neutralizaba el efecto del gran número, y respecto a Gauvain, a causa del pequeño número, que neutralizaba la escasa distancia. Añadamos que Léchelle era imbécil y que posteriormente hizo aplastar a sus veinticinco mil hombres en las landas de la Croix-Bataille, derrota que pagó con el suicidio.

Lantenac tenía una seguridad completa en el resultado de sus planes. Su entrada en Dol fue brusca y dura. El marqués de Lantenac tenía fama de terrible, y sabiendo que era inexorable no se le ofreció la menor resistencia. Los habitantes, aterrorizados, se encerraron en sus casas. Los seis mil vendeanos se instalaron en la población en una confusión de campesinos, casi como en una feria, sin furrieles, sin alojamientos señalados, vivaqueando por todas partes, cociendo el rancho al aire libre, desparramándose por las iglesias y abandonando los fusiles por los rosarios. Lantenac se dirigió apresuradamente con algunos oficiales de artillería a reconocer el monte Dol, dejando momentáneamente el mando a Gouge-le-Bruant, nombrado Sargento de Batalla.

Este Gouge-le-Bruant ha dejado una huella de sí, aunque vaga, en la Historia. Tenía dos apodos: *Matazules*, a causa de sus carnicerías de patriotas, e *Imânus*, porque poseía algo extraordinariamente horrible en su persona. Imânus deriva de “immanis”, una antigua palabra del bajo normando que designa a la fealdad humana, casi divina por lo espantosa; es el demonio, el sátiro, el ogro. Un antiguo manuscrito dice: *De mis dioses, vi a Imânus*. Los ancianos del Bocage no saben hoy ya quien fue Gouge-le-Bruant ni lo que significa *matazules*, pero tienen una idea, aunque confusa, Imânus, que figura en todas las supersticiones locales. Todavía se habla Imânus en Trémorel y Plumaugat, dos poblaciones en que Gouge-le-Bruant dejó la huella de su paso fatídico. En la Vendée los otros jefes eran salvajes, pero Gouge-le-Bruant era un bárbaro. Una especie de cacique con la piel pintada de cruces y flores de lis, y en cuyo rostro brillaba el fulgor repugnante y casi sobrenatural de un alma que no se parecía a ninguna otra. Era infernalmente audaz en el combate, y atroz después; corazón lleno de tortuosidades, capaz de todos los sacrificios e inclinado a todos los furores. ¿Razonaba? Sí, pero en espiral, como se yerguen las serpientes. Hablaba de heroísmo para acabar en el asesinato; era imposible adivinar qué inspiraba sus resoluciones, a veces grandiosas por el mismo exceso de su monstruosidad; capaz de

todo lo horriblemente inesperado, tenía una ferocidad épica. De aquí el mote deforme de Imânus. El marqués de Lantenac confiaba en su crueldad. En efecto, Imânus excedía a todos en crueldad, pero en estrategia y táctica era menos superior, y tal vez el marqués erró nombrándole Sargento de Batalla. De todos modos, Imânus fue el encargado de reemplazarle y vigilarlo todo.

Gouge-le-Bruant, más guerrero que militar, era un hombre a propósito para degollar una tribu, mas no tanto para defender una ciudad. Sin embargo, estableció sus guardias.

Al anochecer, cuando el marqués de Lantenac regresó de reconocer el sitio donde pensaba emplazar la proyectada batería, le sorprendió el estampido del cañón. Miró hacia Dol. Una humareda roja se levantaba en la calle principal. Había sorpresa, irrupción, asalto. Se combatía en el pueblo.

Aunque no se espantaba con facilidad, permaneció unos momentos estupefacto. No esperaba nada semejante. ¿Qué podía ser? Evidentemente, no era Gauvain quien atacaba. Uno no ataca fácilmente a cuatro. ¿Sería Léchelle? Pero… ¡qué marcha tan forzada! Léchelle era improbable; Gauvain imposible.

Lantenac hizo acelerar el paso de su caballo. En el camino tropezó con habitantes que huían. Les preguntó. Habían enloquecido de terror. Gritaban: *¡Los azules, los azules!*

Cuando llegó, la situación era comprometida.

Veamos lo ocurrido.

III

PEQUEÑOS EJERCITOS Y GRANDES BATALLAS

Al llegar a Dol, los campesinos se desparramaron por la ciudad, haciendo cada uno lo que le vino en gana, como sucede cuando “se obedece por amistad”, según el dicho de los vendeanos. Género de obediencia que hace héroes, pero no soldados. Habían resguardado su artillería y los bagajes bajo los portales del antiguo mercado, y cansados, comiendo, bebiendo y rezando el rosario, se tendieron sin orden por la calle, más obstruida que guardada. Al caer la noche la mayoría se durmió, teniendo por almohadas los morrales, algunos con sus mujeres al costado, porque con frecuencia las campesinas seguían a sus maridos; en la Vendée las mujeres embarazadas servían de espías.

Era una apacible noche de julio; las constelaciones resplandecían en el oscuro azul del firmamento, y todo aquel vivac, que más que el campamento de un ejército parecía el reposo de una caravana, se abandonó pacíficamente al sueño. De repente, a

la débil claridad del crepúsculo, los que aún no habían cerrado los ojos vieron tres piezas de artillería enfilando la calle principal.

Era Gauvain. Había sorprendido a los centinelas; entraba en la ciudad y se apoderaba con su columna de la cabeza de la calle.

Un campesino se levantó y gritó "¡quién vive!", disparando el fusil. El cañón respondió a aquel disparo, y entonces irrumpió el fuego de mosquete. Toda aquella multitud adormecida se despertó sobresaltada. Dura sacudida, dormirse bajo las estrellas y despertar bajo la metralla.

El primer momento fue terrible; nada más trágico que el azoramiento de la multitud bajo una lluvia de balas. Todos acudieron a las armas; unos corrían, otros gritaban, muchos caían. Los que estaban de guardia no sabían lo que hacían y se disparaban unos a otros. Algunos, aturdidos, salían de las casas, volvían a entrar y a salir, vagaban en medio del tumulto sin saber dónde situarse; los miembros de cada familia se llamaban y buscaban mutuamente; combate lúgubre en el que se mezclaban mujeres y niños. Las balas silbaban por todas partes; el fuego de fusil partía de todos los rincones oscuros; todo era humo y confusión, que aumentaba al haberse encordado los furgones y las carretas. Los caballos se agitaban. Los heridos se pisaban. Se oían aullidos de dolor. Horror de unos, estupor de otros. Los soldados y los oficiales se buscaban. En medio de todo aquello, sombras indiferentes. Una mujer daba el pecho a un recién nacido, sentada junto a una pared contra la cual se había recostado el marido, con la pierna rota y chorreando sangre, mientras cargaba la carabina y disparaba hacia la oscuridad. Hombres echados boca abajo hacían fuego por entre las ruedas de las carretas. De cuando en cuando se levantaba el clamor de una gran confusión; pero la voz del cañón lo dominaba todo. ¡Era terrible!

Como árboles cortados en un bosque, iban cayendo unos tras otros. Gauvain, parapetado, llenaba de metralla a sus enemigos, sobre seguro, perdiendo poca gente.

Sin embargo, el intrépido desorden de los campesinos acabó por ponerse a la defensiva. Se replegaron bajo las bóvedas del mercado, vasto reducto oscuro, bosque de pilares de piedra. Allí se hicieron firmes, porque todo lo que parecía bosque les daba confianza. Imânus suplía como podía la ausencia de Lantenac. Tenían cañones, pero no se servían de ellos, lo cual admiraba no poco a Gauvain. Se debía a que los oficiales de artillería habían acompañado al marqués al reconocimiento del monte Dol, y los centinelas no sabían qué hacer con las culebrinas y bastardas; se contentaron con enviar una lluvia de balas a los azules que los cañoneaban. Los campesinos respondían con fusilería a la metralla; eran ellos los que finalmente estaban mejor parapetados, porque habían amontonado los carros, las carretas, los equipajes, todas las barricas viejas del mercado, improvisando una barricada muy alta con aspilleras, por donde pasaban sus carabinas. Desde ellas el fuego de fusil era mortal, y todo se ejecutó diestramente, de modo que, al cabo de un cuarto de hora, el mercado se había convertido en una fortaleza inexpugnable.

La situación se había vuelto grave para Gauvain. No esperaba ver súbitamente

transformada la plaza del mercado en ciudadela. Los campesinos estaban allí, apretados y sólidos. La sorpresa había tenido éxito, pero la derrota del enemigo parecía imposible.

Echó pie a tierra. Atento a lo que pasaba, con la espada en el puño y cruzado de brazos al resplandor de una antorcha que iluminaba la batería, contempló aquella oscura e improvisada fortificación.

Su elevada estatura, rodeada de luz, le hacía visible a los defensores, sirviendo de blanco a sus tiros, pero hacía caso omiso de esta circunstancia.

Las granizadas de balas que enviaba la barricada caían en torno a Gauvain, que continuaba pensativo. Contra aquellas carabinas él tenía cañones, y la bala de cañón concluye por tener siempre razón; el que dispone de artillería tiene segura la victoria. Su batería, bien servida, le aseguraba la superioridad. Pero de repente, del mercado sumido en tinieblas, salió un resplandor, se oyó una detonación como la de un rayo, y una bala de cañón fue a perforar el muro de una casa sobre la cabeza de Gauvain.

La barricada respondía al cañón con el cañón.

¿Qué pasaba? Aquello era nuevo; la artillería ya no era de uno sólo de los combatientes.

Una segunda bala siguió a la primera, yendo a estrellarse en la pared, cerca de Gauvain. La tercera hizo volar su sombrero.

Aquellas balas eran de grueso calibre, procedían de una pieza de a dieciséis.

—Os apuntan, mi comandante —le advirtieron los artilleros.

Apagaron la antorcha y Gauvain, pensativo, recogió el sombrero.

Había, en efecto, quien apuntaba a Gauvain: Lantenac.

El marqués acababa de llegar a la barricada por el lado opuesto. Imânus corrió hacia él.

—Nos han sorprendido, señor.

—¿Quiénes?

—No lo sé.

—¿Está libre el camino de Dinan?

—Creo que sí.

—Es preciso comenzar la retirada.

—Ya ha empezado. Muchos están lejos de aquí, a salvo.

—No se trata de salvarse, sino de retirarse. ¿Por qué no ponéis en juego la artillería?

—Todos han perdido la cabeza, y no teníamos oficiales.

—Ahora voy yo.

—Señor, he enviado a Fougères lo que he podido de impedimenta: bagajes, mujeres, niños… todo lo inútil. ¿Qué hacemos de los tres prisioneros?

—¿Los niños?

—Sí.

—Son nuestros rehenes. Enviadlos a la Tourgue.

Dicho esto, el marqués se dirigió a la barricada, y ya allí, todo cambió de cara. La barricada no era adecuada para la artillería, no había sitio más que para dos cañones; el marqués mandó ensanchar las aspilleras y puso en batería dos piezas de a dieciséis. Al inclinarse sobre una de ellas, observando por la tronera la batería enemiga, divisó a Gauvain.

—¡Es él! —gritó.

Entonces cogió él mismo el escobillón y el atacador, cargó la pieza, fijó el frontón de mira, apuntó y disparó.

Tres veces fijó en su sobrino la puntería y tres veces erró el blanco. La última sólo consiguió derribar el sombrero de Gauvain.

—¡Torpe! —murmuró Lantenac—. De apuntar un poco más bajo le vuelo la cabeza.

Entonces se apagó la antorcha y no pudo apuntar más que a las tinieblas.

—¡Maldición! —exclamó, y volviéndose a los que servían las piezas, ordenó—. ¡Fuego de metralla!

Gauvain, por su parte, no andaba menos solícito. La situación se agravaba, presentando el combate un nuevo giro. La barricada lo cañoneaba. ¿No estarían a punto de pasar los defensores a la ofensiva? Tenía delante de sí, descontando los muertos y los fugitivos, al menos a cinco mil combatientes, y su tropa se hallaba reducida a mil doscientos hombres útiles. ¿Qué sería de los republicanos si el enemigo alcanzaba a ver su corto número? Los papeles se invertirían en breve; los acometedores serían acometidos, y si los defensores efectuaban una salida, todo se habría perdido.

¿Qué hacer? No había que pensar en atacar la barricada de frente; un ataque a la brava era una quimera; mil doscientos hombres no arrojan de sus posiciones a cinco mil. Por otra parte, si una brusca acometida era imposible, esperar era funesto. Era preciso decidirse y acabar de una vez la partida, ¿pero cómo?

Gauvain era del país; conocía la población y sabía que el antiguo mercado, donde se habían fortificado los vendeanos, tenía a sus espaldas un dédalo de callejuelas estrechas y tortuosas.

Se volvió hacia su segundo, el valiente capitán Guéchamp, famoso más tarde por haber limpiado de insurrectos el bosque de Concise, patria de Jean Chouan, y por haber impedido la toma de Bourgneuf, cerrando el camino del lago de Chaine a los rebeldes.

—Guéchamp, os entrego el mando; haced todo el fuego que podáis; abrid brecha en la barricada a cañonazos, y atraeros la atención de esa gentuza.

—Comprendido.

—Formad después en columna cerrada, armas cargadas, bayoneta calada, y estad dispuesto para el ataque.

Después añadió unas palabras al oído de Guéchamp.

—Entendido —repuso éste.

—¿Están todos nuestros tambores en pie? —inquirió Gauvain.

—Sí.

—Hay nueve; quedaos con dos, yo me llevaré siete.

Los siete tambores formaron en silencio delante de Gauvain.

—¡Adelante, batallón del Gorro Frigio! —gritó el comandante.

Doce hombres, uno de ellos sargento, salieron de entre las filas.

—Aquí está todo él —dijo el sargento.

—¡No sois más que doce!

—No quedamos más.

—Bien —dijo Gauvain.

Aquel sargento era el brusco y honrado Radoub, el que había adoptado en nombre del batallón a los tres niños encontrados en el bosque de la Saudraie.

Se recordará que sólo medio batallón había sido exterminado en Herbe-en-Pail, y Radoub tuvo la suerte de no estar allí.

Cerca de ellos había un furgón con forraje. Gauvain se lo señaló al sargento.

—Envolved con paja los cañones de los fusiles, a fin de que no produzcan ruido si chocan entre sí.

Un minuto después estaba cumplida la orden en la oscuridad y en silencio…

—Ya está hecho —dijo el sargento.

—Soldados, despojaros de vuestros zapatos.

—No tenemos —dijo el sargento.

Eran, incluyendo en la cuenta los siete tambores, diecinueve hombres, siendo Gauvain el vigésimo.

Gritó:

—Haced una fila. Seguidme. Primero los tambores, después el batallón. Sargento, vos mandaréis el batallón.

Se colocó a la cabeza de la columna, y mientras el cañoneo continuaba por ambas partes, aquellos veinte hombres, sin hacer el menor ruido, como sombras, se introdujeron por las casi desiertas callejuelas.

Así marcharon cierto tiempo, serpenteando a lo largo de las paredes de las casas. Todo parecía muerto en la población; los habitantes se habían escondido en las cavas. Todas las puertas estaban atrancadas; no había una sola ventana abierta ni una luz en parte alguna.

En medio de tanto silencio, en la calle principal se oía un clamor espantoso; el combate de artillería continuaba, y la batería republicana y la barricada realista se escupían mutuamente con rabia toda su metralla.

Después de veinte minutos de marcha tortuosa, Gauvain, que en aquella oscuridad caminaba con paso seguro, llegó al extremo de una callejuela que desembocaba en la calle principal, a espaldas del mercado.

Había rodeado la posición. Por aquel lado no se había levantado ninguna trinchera; tal es la eterna imprudencia de los constructores de barricadas. El mercado

estaba abierto y podía penetrarse bajo sus pórticos, donde estaban enganchados varios carros con equipajes, dispuestos a partir. Gauvain y sus diecinueve hombres tenían delante de sí a los cinco mil vendeanos, pero de espaldas y no de frente. Gauvain habló en voz baja al sargento y se liberó la paja de los fusiles; los doce granaderos se apostaron detrás de la esquina de la calle, y los siete tambores esperaron la señal con las baquetas suspendidas sobre el parche. Las descargas de artillería eran intermitentes. De repente, aprovechando un intervalo entre dos detonaciones, Gauvain levantó la espada y con voz que en aquel silencio resonó como el toque de clarín, exclamó:

—¡Doscientos hombres por la derecha, otros doscientos por la izquierda! ¡Los demás por el centro!

Los doce tiros partieron y los tambores tocaron a la carga.

—¡A la bayoneta! ¡Carguen!

El efecto fue inaudito.

Toda aquella masa campesina creyó que estaba cortada por la espalda, y se imaginó perseguida por un ejército. Al mismo tiempo, al redoble de los tambores, la columna que ocupaba la entrada de la calle principal, mandada por Guéchamp, respondió tocando a la carga y arrojándose a la carrera contra la barricada. Los campesinos se juzgaron entre dos fuegos. El pánico aumenta desmesuradamente las proporciones, y en él un pistoletazo arma más ruido que un cañón; todo clamor es un fantasma, y se toma por rugido de león el ladrido de un perro. Añádase a esto que en el campesino el temor prende con la misma facilidad con que se prende fuego a una cabaña; y así como es fácil que el fuego de unas astillas se convierta en incendio, en los campesinos el pánico se convierte en derrota. Fue una huida formidable.

En pocos momentos, el mercado quedó desierto. Los combatientes, aterrados, perdieron la formación; los oficiales no podían hacer nada; Imânus mató inútilmente a dos o tres fugitivos; por todas partes se oía gritar *Sálvese quien pueda* y aquel ejército se dispersó por los campos como a través de los agujeros de un cedazo, con la rapidez de una nube arrastrada por el huracán.

Unos huyeron hacia Châteauneuf, otros hacia Plerguer, y otros hacia Antrain.

El marqués de Lantenac vio aquella derrota. Clavó por su mano los cañones[39] y se retiró el último, lenta y fríamente, exclamando:

—Está visto, los campesinos no sirven. Necesitamos a los ingleses.

IV

POR SEGUNDA VEZ

La victoria fue completa.

—Sois doce —les dijo Gauvain a los del Gorro Frigio—, pero valéis por mil.

Una palabra semejante del jefe era como la cruz de honor en aquellos tiempos.

Guéchamp, enviado por Gauvain, se lanzó fuera de la población, en persecución de los fugitivos, e hizo muchos prisioneros.

Se encendieron antorchas y se registró la ciudad. Todos los que no pudieron evadirse se rindieron. Se iluminó la calle principal por medio de cazuelas de sebo con mechas; estaba atestada de cadáveres y heridos. El final del combate se prolonga siempre un poco y hay que efectuar esfuerzos para acabarlo definitivamente; algunos grupos desesperados aún resistían, pero los cercaron y depusieron las armas.

Gauvain observó en la confusión desenfrenada de la derrota a un hombre intrépido, una especie de fauno ágil y robusto que protegía la fuga de los demás, sin querer huir por su parte. Se servía magistralmente de la carabina, baleando con el cañón y aplastando con la culata, de forma que poco después la quebró. A la sazón tenía una pistola en una mano y un sable en la otra, y nadie se atrevía a ponerse a su alcance. De repente, Gauvain le vio vacilar y recostarse contra un poste de la calle; acababa de recibir una herida, pero continuó empuñando el sable y amenazando con la pistola. Gauvain, con la espada bajo el brazo, fue hacia él.

—Ríndete —le dijo.

El otro lo contempló fijamente; la sangre, que resbalaba por su cuerpo, formaba un charco a sus pies.

—Eres mi prisionero —insistió Gauvain.

El hombre continuó callado.

—¿Cómo te llamas?

—Baile-en-la-Sombra —repuso el prisionero.

—Eres un valiente —le espetó Gauvain, tendiéndole la mano.

—¡Viva el rey! —replicó el otro, y reuniendo todas sus fuerzas, levantó ambos brazos a un tiempo, apuntó al corazón de Gauvain con la pistola y disparó, al tiempo que le dirigía un sablazo a la cabeza.

Todo lo hizo con la celeridad del tigre, pero hubo otro que anduvo aún más ligero. Fue un jinete que acababa de llegar hacía unos momentos, sin que nadie reparase en él. Aquel hombre, al ver que el vendeano levantaba el sable y la pistola, se arrojó entre él y Gauvain, y salvó a éste de una muerte segura. El caballo recibió la bala y el hombre el tajo, cayendo ambos en tierra. El vendeano también se desplomó junto al poste. El sablazo le había dado al recién llegado en el rostro, haciéndole caer desmayado. El caballo estaba muerto.

—¿Quién es este hombre? —preguntó Gauvain.

Lo miró; la sangre de la herida le inundaba el semblante, cubriéndolo con una máscara roja. Era imposible distinguir sus facciones, no viéndose más que sus

cabellos grises.

—Este hombre me ha salvado la vida —añadió Gauvain—. ¿Hay aquí alguien que lo conozca?

—Mi comandante —repuso un soldado—, este individuo acaba de entrar en el pueblo. Yo lo he visto llegar. Venía por el camino de Pontorson.

El cirujano mayor de la columna llegó con su maletín. El herido seguía desmayado. El cirujano lo examinó.

—No es nada. Un simple corte; coseremos la herida y dentro de ocho días ya estará convaleciente. Ha sido un buen tajo.

El herido llevaba capa, faja tricolor, pistolas y sable. Lo tendieron sobre unas parihuelas, lo desnudaron, trajeron un cubo de agua fresca y el cirujano lavó la herida. Al comenzar a distinguir sus facciones, Gauvain contempló al herido con profunda atención.

—¿Trae papeles consigo? —preguntó. El cirujano tentó el bolsillo del pecho y sacó una cartera que entregó a Gauvain.

Entre tanto, el herido, reanimado por el agua fría, volvía en sí y empezaba a mover los párpados. Gauvain registró la cartera y, hallando una hoja de papel, con cuatro dobleces, la desdobló y leyó:

Comité de Salud Pública. El ciudadano Cimourdain…

Al leer este nombre, el joven lanzó un grito.

—¡Cimourdain!

Aquel grito hizo abrir los ojos al herido. Gauvain estaba conmovido.

—¡Cimourdain! ¡Sois vos! Por segunda vez me salváis la vida.

Cimourdain escrutaba el rostro de Gauvain. Un inefable resplandor de júbilo iluminaba su rostro ensangrentado.

Gauvain cayó de rodillas ante el herido, exclamando:

—¡Mi querido maestro!

—Tu padre —replicó Cimourdain.

V

LA GOTA DE AGUA FRÍA

No se habían visto en muchos años, pero sus corazones no se habían separado jamás y se reconocieron como si se hubieran despedido la víspera.

Se había improvisado un hospital en el ayuntamiento de Dol. Allí llevaron a Cimourdain, instalándolo en una cama de un gabinete contiguo a la gran sala general. El cirujano que le reconoció la herida puso fin a las expansiones de ambos amigos, indicando que era necesario que Cimourdain durmiera. Por otra parte, mil quehaceres, que constituyen los deberes y cuidados de la victoria, reclamaban la presencia de Gauvain. Se quedó, pues, sólo Cimourdain, pero no podía dormir, porque tenía dos clases de fiebre; la de la herida y la de la alegría.

No durmió y, sin embargo, no creía estar despierto. ¿Era posible? Su sueño se había realizado. Él, que era de los que no creían en la realización de las ilusiones, tenía la suya convertida en hecho real. Había encontrado a Gauvain; lo dejó niño y lo hallaba hombre; y hombre grande, temible, intrépido, triunfador, y triunfador por la causa del pueblo. Gauvain era en la Vendée el punto de apoyo de la revolución y era él, Cimourdain, quien había formado aquella columna, aquel puntal de la República.

Aquel vencedor era su discípulo. Cimourdain veía irradiar su pensamiento a través de aquel joven destinado quizás al panteón republicano. Su discípulo, el hijo de su espíritu, era ya un héroe y sería dentro de poco una gloria. Le parecía a Cimourdain que veía su propia alma hecha genio. Acababa de ver por sí mismo cómo hacía Gauvain la guerra; era como Quirón[40] viendo pelear a Aquiles; relación misteriosa entre el sacerdote y el centauro, porque el sacerdote también tiene sólo medio cuerpo de hombre.

Todas las circunstancias extraordinarias de la aventura, unidas al insomnio que le ocasionaba la herida, llenaban la mente de Cimourdain de una especie de embriaguez misteriosa. Se alzaba magnífico un joven destino, y lo que aumentaba su profundo júbilo era que tenía plenos poderes sobre aquel destino. Un triunfo más, como el que acababa de presenciar, y Cimourdain, con una sola palabra, podía hacer que la República le confiase al joven el mando de un ejército. Nada deslumbra tanto como la admiración de ver que todo sale bien. Era aquélla la época en que todos tenían su sueño militar, y cada cual quería ser general. Danton quería hacer general a Westermann; Marat a Rossignol; Hébert a Ronsin; Robespierre, destrozarlos a todos… ¿Por qué, pues, no he de hacer yo general a Gauvain?, pensaba Cimourdain.

Tenía ante sí un campo ilimitado; pasaba de una hipótesis a otra, y todos los obstáculos se desvanecían ante su pensamiento. Una vez en esta senda, y puesta la imaginación en este tono, no es posible detenerla; la subida es infinita, se parte del hombre y se llega al astro. Un gran general no es más que un jefe del ejército; pero un gran capitán es, al mismo tiempo, un jefe de ideas. Pues bien: Cimourdain veía en Gauvain a un gran capitán. Le parecía ya, porque la imaginación vuela desenfrenada, verlo en el océano, dando caza a los ingleses; en el Rhin castigando a los reyes del norte; en los Pirineos, rechazando a los españoles; en los Alpes, dando a Roma la señal para sublevarse. Había en Cimourdain dos sujetos diversos: uno tierno y otro insensible, y ambos se sentían gozosos, porque siendo lo inexorable su ideal, al mismo tiempo que veía a Gauvain magnífico, lo veía terrible. Pensaba en todo lo que

debía destruirse antes de construir, y ciertamente aún no había llegado la hora del enternecimiento. “Gauvain estará a la altura que corresponde”, pensaba, según frase de la época. Se figuraba a Gauvain aplastando con el pie las tinieblas, cubierto de una coraza de luz, con resplandor de meteoro en la frente, abriendo las grandes alas ideales de la justicia, la razón y el progreso, y con la espada en la mano, ángel, pero exterminador.

En lo más profundo de su ilusión, que era casi un éxtasis, oyó por la puerta entreabierta que hablaban en el salón contiguo y reconoció la voz de Gauvain. Aquella voz, a pesar de los años de ausencia, había resonado siempre en su corazón, y la voz del niño conserva su timbre especial, aun después de su transformación en voz de hombre. Escuchó; primero, oyó un rumor de pasos; luego, la voz de un soldado que decía:

—Mi comandante, este hombre es el que disparó contra vos. En la confusión se escondió en una cueva, donde lo hemos hallado.

Cimourdain oyó entonces este diálogo entre Gauvain y el hombre.

—¿Estás herido?

—Estoy lo bastante bien para ser fusilado.

—Metedlo en una cama; que lo cuiden y lo curen.

—Quiero morir.

—Vivirás. Tú has querido matarme en nombre del rey, y yo te perdono en nombre de la República.

Una sombra pasó por la frente de Cimourdain, que experimentó la misma sensación que si despertase sobresaltado, y murmuró con siniestra tristeza:

—Sí, es compasivo.

VI

PECHO CURADO, CORAZÓN SANGRANTE

Un corte se cura pronto; pero había en otro lugar una persona más gravemente herida que Cimourdain, y era la mujer fusilada y recogida por el mendigo Tellmarch en el gran charco de sangre de la granja de Herbe-en-Pail.

La herida de Michelle Fléchard era más peligrosa de lo que Tellmarch creyera en principio. Al agujero de la bala que tenía encima del seno correspondía otro agujero en el omóplato; al mismo tiempo que una bala le había roto la clavícula, otra le atravesó el hombro; pero como la herida no interesaba al pulmón, pudo curarse. Tellmarch era un “filósofo”, palabra que usaban los campesinos, que significaba un poco médico y un poco cirujano… y algo brujo. Cuidó a Michelle en su caverna de

fiera y en su camastro de hierbas, con esas cosas misteriosas que se llaman “naturales”, y gracias a sus cuidados sobrevivió.

La clavícula se soldó; las heridas del pecho y el hombro se cerraron, y al cabo de unas semanas la enferma entró en la convalecencia.

Una mañana pudo salir de la cueva, ayudada por Tellmarch, y sentarse al pie de un árbol. Tellmarch apenas sabía nada de ella; las heridas del pecho exigen silencio y durante la semi-agonía que precedió a la curación, apenas había pronunciado la enferma unas palabras. Cuando quería hablar, Tellmarch la obligaba a guardar silencio. Pero tenía un pensamiento fijo, y Tellmarch observaba en sus ojos un vaivén de ideas sombrías y dolorosas. Aquella mañana, Michelle se sentía fuerte y casi pudo andar sola. Una curación es una especie de paternidad, y Tellmarch la contemplaba con la satisfacción con que un padre mira a su hija. Aquel buen viejo sonrió, al decir:

—Muy bien, ya estamos levantados, ya no hay heridas.

—Sólo en el corazón —replicó Michelle.

Y añadió:

—¿Entonces no sabéis dónde están?

—¿Quiénes?

—Mis hijos.

Aquel “entonces” expresaba todo un mundo de pensamientos. Significaba: “puesto que no me habláis de ellos, puesto que desde hace tantos días estáis a mi lado sin abrir la boca; puesto que me hacéis callar cada vez que yo quiero romper el silencio; puesto que parecéis temer que yo os hable, es que nada tenéis que decirme”.

Con frecuencia, durante la fiebre, en el extravío, en el delirio, había llamado a sus hijos, viendo claramente, porque incluso en el delirio se efectúan ciertas observaciones, que el anciano no le respondía.

Y, en efecto, Tellmarch, no sabía qué decirle. No es fácil hablarle a una madre de sus hijos desaparecidos. Además ¿qué sabía de ellos? Nada. Sabía que una madre había sido fusilada; que la habían hallado tendida en tierra; que al recogerla era casi un cadáver; que aquel cadáver tenía tres hijos, y que el marqués de Lantenac, después de haber hecho fusilar a la madre, se había llevado a los niños. Aquí terminaba toda su información. ¿Qué fue de aquellos niños? ¿Vivían todavía? Sabía, porque se lo habían revelado, que se trataba de dos niños y una niña apenas destetada. Se hacía mil preguntas respecto a aquellos desdichados, pero a ninguna podía contestar. Las gentes del país a quienes había interrogado se limitaban a mover la cabeza. El marqués de Lantenac era un hombre de quien nadie quería hablar.

Nadie hablaba de buena gana de Lantenac, ni tampoco nadie hablaba de buena gana con Tellmarch. Los campesinos tienen un género de suspicacia que les es peculiar. No les gustaba Tellmarch; para ellos, el mendigo era un hombre inquietante. ¿Por qué estaba siempre mirando al cielo? ¿Qué hacía y en qué pensaba durante sus largas horas de inmovilidad? Ciertamente, su género de vida era raro. En aquel país donde ardía la guerra, que estaba en plena conflagración, en plena combustión; donde

no había quien pensara en otro asunto que el de la devastación, ni en otra tarea que la de la matanza; donde todo el mundo parecía haber apostado quién quemaría más casas, degollaría más familias, mataría más centinelas, saquearía más pueblos; donde no se pensaba sino en tender trampas, atraerse emboscadas, matarse los unos a los otros, aquel solitario absorto en la contemplación de la Naturaleza, como sumergido en la paz inmensa de las cosas, recogiendo hierbas y plantas, cuidando tan sólo de las flores, los pájaros y las estrellas, no podía sino ser peligroso. Estaba claro que no tenía partido, porque ni se ocultaba detrás de las matas ni disparaba un fusil contra nadie. De aquí el temor que despertaba en torno suyo.

“Ese hombre está loco”, afirmaban los que pasaban.

Tellmarch era más que un hombre aislado, era un hombre cuya compañía se evitaba.

No se le formulaban preguntas, mas tampoco se le daban respuestas. No pudo, por consiguiente, informarse como deseaba. La guerra se había extendido por otros parajes; los combatientes se habían ido a pelear a otra parte; el marqués de Lantenac había desaparecido del horizonte y en la disposición de ánimo en que se hallaba Tellmarch, para que advirtiese que había guerra, era necesario que pesase sobre él.

Al oír las palabras “mis hijos”, Tellmarch dejó de sonreír. La madre se quedó pensativa. ¿Qué pasaba en su alma? Estaba como en el fondo de un abismo. De repente, miró a Tellmarch y gritó de nuevo, casi con acento colérico:

—¡Mis hijos!

El mendigo abatió la cabeza como si fuera culpable.

Pensaba en aquel marqués de Lantenac que, ciertamente, no se acordaba de él, y que probablemente no sabía siquiera que existía. Tellmarch se lo explicaba, diciéndose: “Un señor cuando está en peligro te conoce, pero cuando se halla a salvo, deja de conocerte”.

Y se preguntaba: “¿Pero entonces por qué lo salvé?”

Y se respondía: “Porque es un ser humano”.

Reflexionó largo rato, hasta que al fin volvió a preguntarse:

“¿Estoy seguro?”

Y se repetía amargamente: “Ah, si lo hubiese sabido”.

Toda aquella aventura lo abrumaba, puesto que en lo que había hecho veía una especie de enigma. Meditaba dolorosamente. Una buena acción puede dar como resultado una mala acción. Quien salva al lobo, causa la muerte de las ovejas; el que cura las alas del buitre, es responsable del mal que causen sus garras.

Se sentía culpable. La inconsciente cólera de la madre era justa. Sin embargo, el haber salvado también a la madre lo consolaba de haber salvado al marqués.

¿Pero, y los niños?

La madre también pensaba entonces en ellos. Aquellas dos imaginaciones marchaban a la par y a veces se reunían sin decírselo en las tinieblas de la ensoñación.

La mirada de la madre, en cuyo fondo se alojaba la noche, se fijó de nuevo en Tellmarch.

—Sin embargo, esto no puede quedar así.

—¡Chist! —susurró el mendigo, llevándose un dedo a los labios.

—Hicisteis mal en salvarme, y no os lo agradezco. Preferiría estar muerta, porque de este modo los vería; sabría dónde están; ellos no me verían, pero yo estaría a su lado. Una muerta debe poder proteger a los seres queridos.

Tellmarch le tomó el pulso.

—Calmaos. Vuelve a daros la calentura.

Ella le pregunta, casi con dureza:

—¿Cuándo podré marcharme?

—¿Marcharos?

—Sí, marcharme.

—Nunca, si os exaltáis; mañana, si tenéis juicio.

—¿A qué llamáis tener juicio?

—A tener confianza en Dios.

—¡Dios! ¿Dónde se ha llevado a mis hijos?

Estaba como trastornada. Su voz se hizo más dulce:

—Comprenderéis que no puedo permanecer aquí de esta manera. Vos no tenéis hijos, yo sí. Ésa es una gran diferencia. No es posible opinar de una cosa cuando no se sabe qué es. Vos no habéis tenido hijos, ¿verdad?

—No —respondió Tellmarch.

—Y yo no he tenido otra cosa. Sin mis hijos, ¿qué soy yo? Quisiera que me explicasen por qué no tengo aquí a mis hijos. Algo pasa, estoy segura, que yo no comprendo. Han matado a mi marido, a mí me fusilaron. ¿Por qué? No lo comprendo.

—Vamos, os vuelve la fiebre. Guardad silencio —dijo Tellmarch.

Ella lo mira, se calla.

Desde aquel día ya no habla.

Tellmarch fue más obedecido de lo que habría deseado. Ella pasaba horas enteras como aturdida, acurrucada debajo de aquel árbol. Pensaba y callaba. El silencio ofrece una suerte de abrigo a las almas sencillas que se ven sumergidas en la profundidad siniestra del dolor. Era como si hubiese renunciado a comprender. Cuando la desesperación llega a cierto grado, todo es ininteligible para el desesperado.

Tellmarch la contemplaba conmovido; a la vista de aquel sufrimiento, aquel anciano tenía pensamientos femeninos. “¡Oh, sí! —exclamaba para sí—, sus labios no hablan, pero lo hacen sus ojos, y veo en ellos que tiene una idea fija: haber sido madre y no serlo ya. Haber amamantado y ya no hacerlo. No es capaz de resignarse. Piensa en la niña, a la que le daba el pecho hace poco; piensa, piensa y piensa. En verdad debe ser delicioso sentir una boquita sonrosada que va sacando tu alma del

cuerpo, cuya vida se hace una con la tuya.”

Por su parte, también guardaba silencio, comprendiendo la impotencia de la palabra. El silencio de una idea fija es terrible. Pero, ¿cómo hacer entender razones ante la idea fija de una madre? La maternidad no admite excusas; no se discute con ella. Lo que hace que una madre sea sublime es que tiene algo de animal. El instinto materno es divinamente animal. La madre no es mujer; es hembra.

Los hijos son sus cachorros.

De aquí que en la madre haya algo de inferior y algo superior a la razón. La madre tiene instinto; la inmensa y tenebrosa voluntad de la creación reside en ella, e impulsa sus actos. Ceguera plena de perspicacia.

Tellmarch quería hacer hablar a la desdichada, sin poder conseguirlo. Una vez le dijo:

—Por desgracia yo ya soy viejo y apenas puedo andar. Un cuarto de hora de marcha me agota y necesito detenerme a descansar. De lo contrario, os acompañaría. Además, tal vez sea bueno que no pueda hacerlo. Para vos mi compañía sería más peligrosa que útil, pues aunque aquí me toleran, soy sospechoso para los azules y para los campesinos, y para éstos, además, soy un hechicero.

Esperó su respuesta. La mujer ni siquiera levantó los ojos.

Una idea fija termina en locura o en heroísmo. ¿Pero de qué heroísmo puede ser capaz una pobre campesina? De ninguno. Puede ser madre y nada más. Y ella cada día se hundía más y más en sus pensamientos. Tellmarch la observaba.

Trató de proporcionarle ocupaciones, para lo cual le llevó hilo, agujas y un dedal, y con alegría observó que empezaba a coser. Meditaba, pero trabajaba, lo cual es síntoma de salud; recuperaba las fuerzas poco a poco. Remendó sus camisas, sus vestidos y sus botas; pero la mirada continuaba vidriosa. Sin dejar de coser, cantaba a media voz canciones oscuras. Pronunciaba nombres, probablemente los de sus hijos, que Tellmarch no captaba bien. Se interrumpía y atendía al canto de las aves, como si le trajesen noticias. Se fijaba en el tiempo que hacía. Movía los labios. Hablaba en voz baja. Por fin hizo un mortal y lo llenó de castañas. Una mañana Tellmarch vio que se ponía en marcha con la vista fija en la profundidad del bosque.

—¿Adónde vais? —le preguntó.

—Voy a buscarlos —fue la respuesta.

Tellmarch no intentó detenerla.

VII

LOS DOS POLOS DE LA VERDAD

Al cabo de unas semanas, llenas de todos los vaivenes de la guerra civil, no se hablaba en el país de Fougères más que de dos hombres, uno opuesto al otro y que, sin embargo, representaba la misma gran obra: peleaban juntos en el gran combate revolucionario.

El salvaje duelo vendeano continuaba; pero la Vendée perdía terreno. Sobre todo en Ille-et-Vilaine, gracias al joven comandante que, en Dol, tan oportunamente había contestado a la audacia de los seis mil realistas con la temeridad de mil quinientos republicanos. La insurrección estaba, si no extinguida, por lo menos muy disminuida y circunscrita. Al golpe de Dol siguieron otros varios con feliz resultado, y de estos éxitos multiplicados surgió una nueva situación.

Las cosas habían cambiado, pero sobrevino una complicación singular.

En toda aquella parte de la Vendée triunfaba la República, esto era indudable. Pero ¿qué República? En el triunfo que se bosquejaba, dos formas distintas de República se disputaban la preferencia: la República del terror y la República del perdón. La que quería vencer por medio del rigor y la que aspiraba a vencer por medio de la clemencia. ¿Cuál prevalecería? Las dos formas, la conciliadora y la implacable, se hallaban representadas por dos individuos, cada uno de los cuales tenía su influencia y su autoridad, el uno como jefe militar, el otro como delegado civil. ¿Cuál de ambos triunfaría al fin? El uno, el delegado, tenía notables puntos de apoyo; había llegado al campamento llevando la amenazadora consigna del Municipio de París a los batallones de Santerre: *Nada de perdón, nada de cuartel*. Para someterlo todo a su autoridad disponía del decreto de la Convención, que imponía la pena de muerte al que pusiera en libertad o protegiese la evasión de un jefe rebelde prisionero y tenía, además, plenos poderes del Comité de Salud Pública y una credencial firmada Robespierre, Danton, Marat. El otro, el soldado, no tenía en su favor más que una fuerza: la misericordia.

No tenía en su favor más que su brazo, que derrotaba a los enemigos, y su corazón, que los perdonaba. Vencedor, se creía con derecho a indultar a los vencidos.

De ahí un conflicto latente, pero profundo, entre aquellos dos hombres. Vivían en nubes diferentes, combatiendo ambos la insurrección, pero cada uno con sus propias armas: uno con la victoria, el otro con el terror.

En todo el Bocage sólo se hablaba de ellos, y lo que aumentaba la ansiedad de las miradas que de todas partes se dirigían hacia ellos era que, a pesar de ser de ideas tan contrarias, estaban al mismo tiempo estrechamente unidos. Aquellos dos antagonistas eran grandes amigos; jamás había unido dos corazones una simpatía mayor ni más profunda; tanto, que el feroz había salvado la vida al compasivo exponiendo la suya, como lo probaba el tajo que ostentaba en su cara. Aquellos dos hombres encarnaban uno la muerte y el otro la vida; uno era el principio terrible, el otro el principio pacífico y, sin embargo, se querían. Problema extraño. Imaginemos a Orestes

misericordioso y a Pílades inclemente. Imaginemos a Ahriman hermano de Ormuz.

Añádase a esto que aquél de los dos a quien llamaban el “feroz”, era al mismo tiempo el más fraternal de los hombres. Curaba a los heridos, a los enfermos, pasaba los días y las noches en los dispensarios y en los hospitales, se compadecía de los niños descalzos, no tenía nada suyo y todo se lo daba a los pobres. Cuando había acción, marchaba al ataque a la cabeza de las columnas, acudiendo siempre a lo más fuerte del combate, armado de sable y dos pistolas; pero en realidad desarmado, porque nadie le veía usar ninguna arma. Arrostraba la muerte y no devolvía los golpes; se decía que había sido cura.

Uno de aquellos hombres era Gauvain, el otro Cimourdain.

La amistad reinaba entre ambos, pero el odio separaba los dos principios, era como si las almas hubieran sido divididas en dos y repartidas; Gauvain, en efecto, había recibido una mitad del alma de Cimourdain, la mitad amable. Parecía que Gauvain había recibido la luz, y que Cimourdain había guardado para sí las tinieblas. De ahí aquel profundo desacuerdo. Aquella guerra sorda tenía que estallar. En efecto, una mañana empezó la batalla.

—¿Qué tenemos? —le preguntó Cimourdain a Gauvain.

Gauvain respondió:

—Lo sabéis tan bien como yo. He dispersado las partidas de Lantenac, a quien sólo le restan un corto número de hombres. Lo he empujado hasta el bosque de Fougères y dentro de ocho días estará cercado.

—¿Y dentro de quince?

—Hecho prisionero.

—¿Y después?

—¿Habéis visto mi pasquín?

—Sí. ¿Y bien?

—Será fusilado.

—Otro rasgo de clemencia; es preciso que sea guillotinado.

—Yo estoy por la muerte militar —dijo Gauvain.

—Y yo por la muerte revolucionaria —se opuso Cimourdain. Luego miró a Gauvain fijamente e inquirió:

—¿Por qué mandaste liberar a esas monjas del convento de Saint-Marc-le-Blanc?

—Yo no hago la guerra a las mujeres —respondió Gauvain.

—Esas mujeres aborrecen al pueblo. En cuanto al odio, una mujer vale como diez hombres. ¿Por qué te negaste a enviar al tribunal revolucionario a ese hatajo de viejos clérigos fanáticos apresados en Louvigné?

—Yo no hago la guerra a los ancianos.

—Un clérigo viejo es peor que uno joven. La rebelión es más peligrosa predicada por los de cabellos blancos. Las arrugas inspiran fe. No practiquemos una falsa clemencia, Gauvain. Los regicidas son libertadores. Pon el ojo en la torre del Temple.

—¡La torre del Temple! Yo sacaría de ella al delfín. Yo no hago la guerra a los

niños.

Cimourdain le dirigió una severa mirada.

—Gauvain, es necesario hacer la guerra a la mujer cuando ésta se llama María Antonieta, al viejo cuando se llama Pío VI, y al niño cuando se llama Luis Capeto.

—Mi querido maestro, yo no soy un hombre político.

—Trata de no ser un hombre peligroso. En el ataque al puesto de Cossé, cuando el rebelde Juan Treton, acorralado y perdido se lanzó sable en mano contra toda la columna, ¿por qué gritaste: *¡Abrid las filas, dejadle paso!*?

—Porque me repugna que para matar a un hombre se reúnan mil quinientos.

—En la Cailleterie d'Astillé, cuando viste que tus soldados iban a matar al vendeano Joseph Bézier, que estaba herido y se arrastraba por tierra, ¿por qué gritaste: *¡Seguid adelante, ésta es cosa mía!*, para luego descargar tu pistola al aire?

—Porque no se mata a un hombre postrado en tierra.

—Estás equivocado. Los dos son hoy jefes de partidas. Joseph Bézier es Moustache, y Jean Treton es Pierna-de-Plata. Salvando a estos dos hombres le has dado dos enemigos a la República.

—Mi intención, no era darle enemigos, sino amigos.

—¿Por qué después de la victoria de Landean no hiciste fusilar a los trescientos campesinos hechos prisioneros?

—Porque Bonchamp perdonó a los prisioneros republicanos y yo quise que se dijese que la República también sabe perdonar a los prisioneros realistas.

—¿Entonces, perdonarás a Lantenac si cae en tu poder?

—No.

—¿Por qué? ¿No perdonaste a trescientos campesinos?

—Los campesinos son ignorantes; Lantenac sabe lo que hace.

—Pero Lantenac es pariente tuyo.

—No hay pariente más cercano que Francia.

—Lantenac es un anciano.

—Lantenac es un extranjero. Lantenac no tiene edad. Lantenac llama a los ingleses. Lantenac es la invasión. Lantenac es el enemigo de la patria. El duelo entre él y yo no puede acabar más que con su muerte o la mía.

—Gauvain, no olvides esas palabras.

—Están dichas. Hubo un instante de silencio, durante el cual se contemplaron mutuamente.

—Será un año sangriento este 93 en el que estamos.

—¡Cuidado! —exclamó Cimourdain—. Hay deberes terribles. No acuses a quien no lo merece. ¿Por ventura tiene el médico la culpa de la enfermedad? Sí, lo que caracteriza este año es la crueldad. ¿Por qué? Porque es el gran año revolucionario, el año que encarna la revolución. La revolución tiene un enemigo, el mundo antiguo; el cirujano tiene un enemigo, la gangrena; la revolución es despiadada con el antiguo orden de cosas, como el cirujano es implacable con la carne gangrenada. La

revolución extirpa la monarquía en el rey, la aristocracia en el noble, el despotismo en el soldado, la superstición en el clérigo, la barbarie en el juez; en suma, todo lo que es tiranía en todo tirano. La operación es terrible y la revolución la ejecuta con mano firme. En cuanto a la cantidad de carne sana que sacrifica pregúntale a Boerhaave[41] su opinión. ¿Qué tumor puede extirparse sin pérdida de sangre? ¿Qué incendio puede extinguirse sin que el fuego se lleve su parte? Esas terribles necesidades constituyen la condición misma del éxito. Un cirujano se parece a un carnicero; un médico que cura puede tener el aspecto del verdugo. La revolución, dedicándose a completar su obra fatal, mutila, pero salva. ¡Osaréis pedirle gracia al virus! ¡Queréis que sea clemente con lo que es venenoso! Vana audacia; no os escuchará. Dueña del pasado, acabará con él. Hace a la civilización una profunda incisión, de la cual surgirá la salud para el género humano. Padecéis en el ínterin, no lo dudo, ¿mas cuánto durará ese padecimiento? El tiempo de la operación. Después viviréis. La revolución amputa a la sociedad, y de aquí la hemorragia, el noventa y tres.

—El cirujano es hombre tranquilo y sereno, y los hombres que veo son violentos —dijo Gauvain.

—La revolución —replicó Cimourdain— busca para que la ayuden a obreros feroces. Rechaza toda mano trémula y no se fía sino de los inexorables. Danton, que es el terrible; Robespierre, el inflexible; Saint-Just, el irreductible; Marat, el implacable. Cuidado, Gauvain. Esos hombres son necesarios. Valen para nosotros tanto como ejércitos. Ellos harán temblar a Europa.

—Y quizá también al porvenir —dijo Gauvain.

Hizo una breve pausa y añadió:

—Por lo demás, mi querido maestro, estáis en un error. Yo no acuso a nadie. Para mí el verdadero punto de vista de la revolución es la irresponsabilidad. Nadie es inocente, pero tampoco hay ningún culpable. Luis XVI es un cordero arrojado a los leones. Quiere huir, quiere salvarse, trata de defenderse, mordería si pudiese; pero no basta, para ser león, querer serlo. Sus veleidades pasan por crímenes. El cordero airado enseña los dientes. “¡Traidor!”, exclaman los leones, y se lo comen, para después destrozarse mutuamente entre sí.

—El cordero es una bestia.

—¿Y los leones qué son?

Esta réplica hizo reflexionar a Cimourdain. Levantó la cabeza y dijo:

—Estos leones son conciencias; estos leones son ideas; estos leones son principios.

—Producen el Terror.

—Un día, la revolución justificará el Terror.

—Recelad de que el Terror no sea la calumnia de la Revolución. Libertad, Igualdad, Fraternidad, son los dogmas de la paz y la armonía. ¿Por qué prestarles un aspecto tan terrible? ¿Qué queremos? ¿Conquistar la voluntad de los pueblos en favor de la República universal? Pues entonces, ¿por qué infundirles miedo? ¿De qué sirve

la intimidación? Los pueblos, como las aves, huyen del espantajo; no hay que hacer el mal para producir el bien; no hay que derribar un trono para dejar en pie el cadalso; mueran los reyes, pero vivan las naciones; echemos abajo las coronas, pero dejemos en su sitio las cabezas. La revolución es la concordia, no el temor. Las buenas ideas no pueden ser servidas por hombres sin piedad. La palabra amnistía es para mí la más bella del lenguaje humano. No quiero verter sangre más que arriesgando la mía. Por lo demás, yo no soy sino un soldado, y no entiendo más que de combatir. Pero si no se puede perdonar, no vale la pena vencer. Seamos enemigos durante la batalla; pero después seamos amigos de nuestros enemigos.

—¡Cuidado! —repitió Cimourdain por tercera vez— ¡eres para mí más que un hijo!

Y añadió, pensativo:

—En estos tiempos la misericordia puede ser una forma de traición.

Oyendo a aquellos dos hombres, se podía asistir al diálogo de la espada y el hacha.

VIII

DOLOROSA

Entre tanto, la madre seguía buscando a sus hijos.

Continuaba su camino. ¿Cómo vivía? Imposible decirlo. Ni ella misma lo sabía. Caminaba día y noche, mendigando, comiendo hierbajos, durmiendo en el suelo, al aire libre, entre las matas, bajo la luz de las estrellas, a veces bajo el látigo de la lluvia y el cierzo.

Vagaba de aldea en aldea, de alquería en alquería, preguntando. Se detenía en el umbral de las puertas y como sus vestidos eran harapos, unas veces la recibían, pero otras no la dejaban entrar. Entonces se refugiaba en los bosques.

No conocía el país; nada sabía del mismo, a excepción de los alrededores de Siscoignard y la parroquia de Azé; y como no tenía itinerario desandaba lo andado y recorría inútilmente un camino por donde ya había pasado. Unas veces seguía la parte empedrada de la calzada, otras se guiaba por los surcos de las ruedas, o penetraba en los vericuetos del bosque. Llevada por el azar, sus ropas pronto se rasgaron. Anduvo al principio con zapatos, luego descalza, después con los pies ensangrentados.

Caminó a través de la guerra; entre de las balas, sin oír nada, sin ver nada, sin tratar de evitar nada, buscando en vano a sus hijos. Debido a la revuelta no había gendarmes, ni alcaldes, ni autoridades. Sólo podía preguntar a los aldeanos.

—¿Habéis visto por ahí a tres niños? —les decía.

Los interrogados levantaban la cabeza.

—Dos niños y una niña —continuaba—. Se llaman Renéjean, Gros-Alain y Georgette. ¿Los habéis visto?

Y proseguía:

—El mayor tiene cuatro años y medio, y la niña veinte meses. ¿Sabéis dónde están? Me los han robado.

Los aldeanos se limitaban a mirarla, sin contestar.

Viendo que no la comprendían, decía:

—Son míos.

Los campesinos continuaban su camino, y ella se detenía, callaba y se arañaba el pecho con las uñas.

Un día, sin embargo, un campesino se detuvo al oírla y se puso a pensar.

—Esperad… ¿tres niños?

—Sí.

—¿Dos varones?

—Y una niña.

—¿Son ésos los que buscáis?

—Sí.

—He oído hablar de un caballero que lleva tres niños consigo.

—¿Quién es ese hombre? —gritó ella—. ¿Dónde están?

—Id a la Tourgue —le indicó el campesino.

—¿Encontraré allí a mis hijos?

—Tal vez.

—¿Adónde decís?

—A la Tourgue.

—¿Y qué es?

—Un lugar.

—¿Aldea, castillo, alquería…?

—Jamás estuve allí.

—¿Queda lejos?

—Bastante.

—¿Hacia qué lado?

—Hacia Fougères.

—¿Por dónde puedo ir?

—Ahora estamos en Ventortes —le explicó el campesino—. Dejad Ernée a la izquierda y Coxelles a la derecha; pasad por Lorchamps y cruzad el Leroux.

Y el campesino, extendiendo la mano hacia donde se pone el sol, añadió:

—Todo derecho siempre hacia donde el sol se pone.

Antes de que el campesino bajara el brazo; ella ya se había puesto en marcha.

—¡Pero id con cuidado, porque allí hay guerra!

Ella no se volvió siquiera, y continuó andando hacia adelante.

IX

UNA BASTILLA DE PROVINCIAS

I. LA TOURGUE

El viajero que hace cuarenta años, entrando por el bosque de Fougères, hacia el lado de Laignelet, salía por el lado de Parigné, encontraba al final de aquella profunda espesura de altos árboles una edificación siniestra. Al abandonar la espesura veía ante sí una súbita aparición: la Tourgue.

No la Tourgue viva, sino la Tourgue muerta; la Tourgue agrietada, agujereada, hendida, desmantelada. La ruina es al edificio lo que el fantasma es al hombre. No había visión más lúgubre que la de la Tourgue. Lo que el viajero tenía a la vista era una alta torre redonda y solitaria, situada en un rincón del bosque, como un malhechor. Aquella torre, levantándose sobre una roca cortada a pico, tenía casi aspecto romano; tal era de correcta y sólida, y en aquella masa robusta se mezclaban la idea del poder y la de la caída. Un poco romana sí era, pues fue comenzada en el siglo IX, y terminada en el XII, después de la tercera Cruzada. Las impostas de orejones, en cada una de sus divisiones, proclamaban su edad. Al acercarse y subir por el terreno escarpado, se veía una brecha por la que podía penetrarse en su interior, y el que lo hacía lo hallaba vacío. Era como el interior de un clarín de piedra, puesto de pie en el suelo. De la cúspide a la base no había diafragma alguno, ni tejado ni techo ni suelos; tan sólo arranques de chimeneas y de bóvedas; huecos para las antiguas piezas de artillería llamadas falconetes, situados a diversas alturas; cordones de garfios de granito y algunas vigas transversales que marcaban los pisos; sobre las vigas el estiércol de las aves nocturnas; el muro colosal de quince pies de espesor en la base y doce en la cúspide; acá y allá hendiduras y agujeros que fueron puertas, por donde se veían escaleras abiertas en el interior tenebroso del muro. El viajero que penetraba allí de noche oía chillar los cuclillos, los mochuelos, los búhos y los chotacabras; veía a sus pies zarzas, piedras, reptiles y, sobre su cabeza, a través de una negra circunferencia, que era lo alto de la torre y parecía la boca de un enorme pozo, el centelleo de las estrellas.

Era tradición en el país que en los pisos superiores de aquella torre había puertas secretas, hechas, como las antiguas tumbas de los reyes de Judá, de una gruesa losa que giraba sobre un eje, abriéndose y después confundiéndose al cerrarse con las demás piedras del muro, moda arquitectónica traída con la ojiva por los cruzados. Cuando aquellas puertas estaban cerradas era imposible descubrirlas, tanto se

confundían con las demás losas de las paredes. Hoy todavía se ven puertas de esta clase en las misteriosas ciudades del Ante-Líbano[42], que se salvaron del terremoto que sepultó las doce poblaciones en tiempos de Tiberio.

II. LA BRECHA

La brecha por donde se entraba en aquella ruina era el boquete hecho por una mina. Para un hombre familiarizado con las obras de Errard, Sardi y Pagan, el minado había sido realizados con gran perfección. La cámara, en forma de solideo, había tenido las proporciones requeridas por la fortaleza de las paredes que debía perforar, y debía contener al menos dos quintales de pólvora. Se llegaba a ella mediante un canal serpenteante, y el hundimiento producido por la explosión dejaba al descubierto, en la hendidura de la piedra, el salchichón o mecha, que tenía el diámetro de un huevo de gallina. El estallido había producido en la muralla una grieta profunda por donde los sitiadores habrían podido entrar. Evidentemente, aquella torre había sostenido en diversas épocas varios sitios en toda regla. Estaba acribillada por la metralla, y las marcas no eran todas de la misma época, pues cada proyectil tiene su manera de marcarse en un muro, y todos habían dejado en aquél su cicatriz, desde las balas de piedra del siglo XIV a las de hierro del siglo XVIII.

La brecha daba entrada a lo que había sido el piso inferior. Enfrente de ella, y en la misma pared de la torre, se abría el portón de una cripta excavada en la roca, que se prolongaba por los cimientos de la torre hasta debajo de la sala de aquel piso. Esta cripta, cegada en sus tres cuartas partes, fue desescombrada en 1855 por Auguste Le Prévost, anticuario de Bernay.

III. EL CALABOZO DEL OLVIDO

Aquella cripta era el calabozo del olvido. Todas las torres tenían el suyo. Éste, como otros muchos de la misma época, tenía dos pisos.

El primero, al cual se entraba por el portón indicado, era una pieza abovedada, bastante espaciosa. En el muro de esta pieza se veían dos surcos paralelos y verticales que iban de una a otra pared pasando por la bóveda, y parecían las rodadas de un carro. Eran rodadas, en efecto, pues habían sido abiertas por dos ruedas. Antes, en la época feudal, era en esta pieza donde se descuartizaba a los reos por un procedimiento menos ruidoso que el de los cuatro caballos. Había allí dos fuertes ruedas, tan grandes que tocaban las paredes y la bóveda. A cada una de ellas se ataba un brazo y una pierna de la víctima, y dando vueltas a la rueda en sentido inverso quedaba el hombre descuartizado. Para ello era preciso un buen esfuerzo, y de aquí los surcos en las paredes con el roce de las ruedas. Todavía es posible ver una pieza

de esta clase en Vianden.

Por debajo de este calabozo había otro, que era el verdadero calabozo del olvido. En él no se entraba por puerta alguna, sino por un agujero. Se ataba a la víctima con una cuerda que se le pasaba por las axilas y se la bajaba desnuda al calabozo por un orifico practicado en las baldosas de la pieza superior. Si se obstinaba en vivir le echaban el alimento por el hueco. Uno de este género todavía puede ser visitado en Bouillon. Por aquel agujero entraba el aire. La pieza inferior, abierta bajo la sala del piso bajo, era más un pozo que una habitación. Estaba en contacto con una vía de agua y llena de un aire glacial. Así, lo que causaba la muerte al preso de abajo, le proporcionaba vida al de arriba, haciéndole la prisión respirable, pues el piso superior, a oscuras bajo su bóveda, no recibía aire más que por aquel hueco. Por lo demás, el que entraba o caía en aquel calabozo no volvía a salir. Tocaba exclusivamente al preso de arriba precaverse de cualquier accidente en la oscuridad; un paso en falso podía convertir al condenado de arriba en condenado de abajo; esto era cuenta suya. Si quería vivir, aquel agujero era un peligro; si le cansaba la vida, era un recurso. El piso superior era el calabozo, el inferior la tumba; superposición parecida a la sociedad de la época.

Esto es lo que nuestros abuelos llamaban mazmorras. Habiendo ya desaparecido, el nombre no tiene ningún sentido para nosotros que, gracias a la revolución, lo oímos pronunciar con indiferencia. En el exterior de la torre, y por encima de la brecha que hace cuarenta años era su entrada única, se veía un hueco mayor que el de las demás aspilleras, del cual pendía una verja de hierro arrancada y rota.

IV. EL PUENTE DEL CASTILLITO

A esta torre se unía, por el lado opuesto a la brecha, un puente de piedra de tres arcos, bastante bien conservado, que en otro tiempo sostenía un cuerpo de edificio del que aún quedaban restos. Este cuerpo de edificio, en el que se advertían las señales de un incendio, no tenía más que la armazón ennegrecida, especie de osamenta, a través de la cual pasaba la luz, que se erguía junto a la torre como un esqueleto al lado de un fantasma.

Aquellas ruinas ya han sido demolidas por completo, sin que de las mismas quede vestigio alguno. Bastan un día y un aldeano para deshacer la obra de muchos siglos y muchos reyes.

La Tourgue, abreviatura campesina, significa la Torre de Gauvain; lo mismo que la Jupelle significa la Jupellière, y que Pinson el Tuerto, nombre dado a un jorobado de una partida, es en realidad Pinson-le-Tortu.

La Tourgue, que hace cuarenta años era una ruina, y que hoy es una sombra, era en 1793 una fortaleza. Era la antigua Bastilla de los Gauvain, que guardaba a occidente la entrada al bosque de Fougères, hoy también casi sombra de lo que fue.

Se había construido esta ciudadela sobre una de las grandes rocas de esquisto que abundan entre Mayenne y Dinan, y que se encuentran por todas partes entre los setos y los brezales, ¢ como si los titanes hubiesen hecho la guerra con ellas, arrojándoselas los unos a los otros.

La torre constituía toda la fortaleza; debajo de ella todo era roca; al pie de las rocas discurría una de esas corrientes de agua que en el mes de enero se convierten en torrentes y en junio se quedan secas.

Aquella fortaleza, simple en grado sumo, era en la Edad Media casi inexpugnable. El puente debilitaba su posición; los Gauvain góticos la habían construido sin puente, llegándose a ella por una pasarela colgante de esas que pueden romperse de un hachazo. Mientras los Gauvain fueron vizcondes, les complació mantenerla así, conservándola con gusto; pero al ser nombrados marqueses dejaron la caverna por la corte, lanzaron tres arcos de piedra sobre el torrente y se hicieron accesibles por la parte de la planicie como se habían hecho accesibles por la parte del rey. Los marqueses del siglo XVII y del XVIII no ponían especial empeño en ser inexpugnables. Copiar Versalles sustituyó a guardar las tradiciones.

Enfrente de la torre, por el lado occidental, había una planicie algo elevada que descendía al llano. Aquella planicie casi llegaba hasta la torre, estando sólo separada de la misma por un barranco muy hondo, por cuyo seno discurría un afluente del Couesnon. El puente que unía la planicie con el torreón estaba sobre unos altos pilares, y encima se levantó, como en Chenonceaux, un edificio de estilo Mansard[43], más habitable que la torre. Pero las costumbres eran todavía muy vulgares, y los señores conservaban aún la de habitar los aposentos de la fortaleza, semejantes a calabozos. En el edificio levantado sobre el puente se construyó un largo pasillo que servía de entrada y de sala de armas; encima de ésta, que era una especie de entresuelo, se puso una biblioteca y encima de la misma, un granero. Altas ventanas, medallones esculpidos en la pared, tres pisos en el bajo, partesanas y mosquetes; en el de en medio libros, y en lo alto, sacos de avena. Todo esto era un poco salvaje y muy noble.

La torre de al lado era tremenda.

Dominaba con toda su altura lúgubre aquel castillo coquetón, y desde la azotea podía destruir el puente.

Los dos edificios, uno severo, el otro risueño, chocaban en su estilo. Aquella torre, digna de los bosques circundantes, era una vecina muy extraña para aquel puente digno de Versalles. Alain-Barba-Torcida[44] dándole el brazo a Luis XIV. El conjunto daba miedo. De la reunión de las dos majestades resultaba un todo feroz.

Desde el punto de vista militar, el puente perjudicaba la defensa de la torre. La embellecía y la desarmaba. Le hacía perder en fuerza lo que ganaba en adorno. Su entrada quedaba al nivel de la planicie. Inexpugnable por la parte del bosque, se había hecho vulnerable por la de la llanura. Antiguamente dominaba la planicie; pero ésta la dominaba ahora. Un enemigo situado en ella podía ser enseguida dueño del puente,

y la biblioteca y el granero podrían servir de auxiliares al sitiador contra la fortaleza. Una biblioteca y un granero se parecen en que los libros y la paja son combustibles, y para un sitiador que utiliza el incendio, quemar a Homero o quemar un haz de leña viene a ser lo mismo, con tal de que arda. Así se lo demostraron los franceses a los alemanes quemando la biblioteca de Heidelberg, y así se lo probaron los alemanes a los franceses haciendo arder la biblioteca de Estrasburgo. Aquel puente añadido a la Tourgue era una falla estratégica; pero en el siglo XVII, con el gobierno de Colbert y Louvois, los príncipes Gauvain, como los príncipes de Rohan o la Trémoille, no se creían ya sitiables. Sin embargo, los constructores del puente adoptaron algunas precauciones. En primer lugar, previeron el incendio y debajo de los tres ventanales del lado resguardado sujetaron transversalmente, mediante garfios que todavía se conservaban hace medio siglo, una fuerte escalera de salvamento cuya longitud era igual a la altura de los dos primeros pisos del puente, altura mayor de la que solían tener los pisos ordinarios. En segundo lugar previeron el asalto, aislando el puente de la torre mediante una puerta baja y maciza de hierro. Esta puerta, que se cerraba con una gruesa llave oculta en un sitio sólo conocido por el señor de la torre, una vez cerrada podía desafiar el empuje del ariete y casi el de la bala de cañón.

Era preciso pasar por el castillito del puente para llegar a la puerta y por la puerta para penetrar en el torreón, ya que no existía otra entrada.

V. LA PUERTA DE HIERRO

El segundo piso del castillito del puente, bastante elevado a causa de los pilares, se correspondía con el segundo piso de la torre. A esta altura se había puesto para mayor seguridad la puerta de hierro.

Ésta se abría del lado del puente dando a la biblioteca, y del lado de la torre a una gran sala abovedada con un pilar en el centro, sala que ya hemos dicho se correspondía con el segundo piso de la torre. Esta habitación era redonda como la fortaleza, con amplias aspilleras que daban al campo, por las que entraba la luz. Las roscas paredes estaban desnudas, sin que nada ocultase las piedras, que por lo demás estaban simétricamente ajustadas. Se llegaba a ella por una escalera de caracol abierta en el espesor del muro, cosa sencilla cuando el grosor es de tres metros. En la Edad Media se tomaba una ciudad calle por calle; una calle, casa por casa, y una casa, pieza por pieza. También se sitiaba una fortaleza piso por piso, y sobre este punto de vista, la Tourgue, sabiamente dispuesta, era muy dura y difícil de sitiar. Se subía de uno a otro piso por una escalera en espiral de no fácil acceso. Las puertas no daban entrada directa, sino sesgada, y eran más bajas que la estatura ordinaria de un hombre, de forma que era necesario bajar la cabeza para pasar por ellas. Ahora bien: cabeza baja es cabeza perdida, ya que el sitiado esperaba en cada puerta al sitiador.

Debajo de la sala redonda con el pilar había otras dos salas parecidas; una que

formaba el primer piso y otra el piso inferior, y encima había otras tres de la misma especie. Sobre estas seis salas superpuestas, la torre se cerraba con una especie de tapadera de piedra, que era la azotea o plataforma, a la que se accedía por un estrecho tragaluz.

Los tres metros de espesor del muro que había sido necesario perforar para colocar la puerta de hierro allí donde estaba empotrada, la encajaban dentro de una larga bóveda, de forma que dicha puerta, cuando estaba cerrada, se hallaba, lo mismo por el lado de la torre que por el del puente, bajo un pórtico de metro y medio de anchura, y cuando estaba abierta las dos partes de la bóveda formaban una de tres metros a la entrada. Bajo el pórtico del castillito se abría en la pared un postigo bajo que daba a una escalerilla de caracol, la cual conducía a la sala del primer piso, debajo de la biblioteca. Ésta era otra dificultad para el sitiador, porque el castillito no presentaba en su extremo por el lado de la planicie más que un muro elevado y sin entradas, y allí terminaba el puente. Otro puente levadizo aplicado contra una puerta baja lo ponía en comunicación con la planicie, y aquel puente que, a causa de la altura de la meseta formaba un plano inclinado, daba al largo corredor, la sala de armas. Al sitiador, una vez dueño de esta sala, le era preciso tomar a viva fuerza la escalera de caracol que conducía al segundo piso para poder llegar a la puerta de hierro.

VI. LA BIBLIOTECA

En cuanto a la biblioteca, era una sala oblonga que tenía la misma anchura y longitud que el puente, y una sola puerta, la de hierro. Una mampara forrada de paño verde, que se abría y cerraba al más leve impulso, ocultaba por la parte interior la bóveda que daba paso a la torre. El muro de la biblioteca estaba revestido, del suelo al techo, de armarios de cristaleras construidos con el buen gusto de la ebanistería del siglo XVII. Seis ventanales, tres a cada lado, y uno encima de cada arco, iluminaban la estancia, cuyo interior se veía a través de ellos desde lo alto de la planicie. En los entrepaños, sobre repisas de roble esculpido, había seis bustos de mármol que representaban a Hermolao de Bizancio; Ateneo, el gramático naucrático; Suidas, Casaubon, Clodoveo, rey de Francia y su canciller Anachalo, que, entre paréntesis, fue tan canciller como Clodoveo rey[45]. Había en dicha biblioteca libros de poca importancia. Sólo uno de ellos ha adquirido celebridad: era muy antiguo, en cuarto, con estampas, y su título en grandes letras decía: *San Bartolomé*, y en caracteres menores, como subtítulo: *Evangelio según San Bartolomé, precedido de una disertación de Pantaenus, filósofo cristiano, sobre la cuestión suscitada de si este evangelio debe ser tenido por apócrifo, y si San Bartolomé es el mismo que Nathanael*. Este libro, considerado ejemplar único, se hallaba sobre un atril en medio de la biblioteca. En el siglo pasado iban a verlo los curiosos.

VII. EL GRANERO

Respecto al granero, que tenía como la biblioteca la forma oblonga del puente, era simplemente el desván cubierto por el armazón del techo. Formaba una vasta pieza atestada de heno y paja e iluminada por seis ventanas abuhardilladas. No tenía otro ornamento que una imagen de San Bernabé esculpida en la puerta y debajo este versículo:

Barnabus sanctus falcem jubet ire per herbam

Así, pues, una torre alta y grande, de seis pisos, iluminada por doquier por varias aspilleras, teniendo por entrada y salida únicas una puerta de hierro que daba a un puente-castillo cerrado por un puente levadizo; detrás de la torre el bosque; delante una planicie cubierta de brezos, más alta que el puente y más baja que la torre; bajo el puente, entre la torre y la planicie, un barranco estrecho y profundo lleno de maleza, torrente en invierno, arroyo en primavera, foso pedregoso en estío. Tal era la Torre de Gauvain, llamada la Tourgue.

X

LOS REHENES

Transcurrió julio, llegó agosto y un aliento heroico y feroz pasó por Francia, dos espectros cruzaron el horizonte: Marat[46], con el puñal hundido en el costado, y Charlotte Corday, sin cabeza. Todo aquello era cada vez más tremendo. En cuanto a la Vendée, derrotada en la gran estrategia, se refugiaba en la pequeña, más temible que la otra. Aquella guerra era ya una inmensa batalla desparramada por los bosques. Empezaban los grandes desastres del ejército católico y real. Un decreto envió a la Vendée el ejército de Maguncia; ocho mil vendeanos murieron en Ancenis; sus partidas fueron rechazadas de Nantes, arrojadas de los bosques de Montaigu, expulsadas de Thouars, echadas de Noirmoutier, lanzadas fuera de Chollet, de Morragne, de Saumur. Tuvieron que evacuar Parthenay, abandonar Clisson, perdieron pie en Châtillon, les arrebataron una bandera en Saint Hilaire, fueron derrotados en Pornic, en Sables, en Fontenay, en Doué, en Château d'Eau, en Ponts-de-Cé; se hallaban en jaque en Luçon, en retirada en Châtaigneraye, dispersándose en Roche-

sur-Yon. Pero por una parte amenazaban La Rochelle y por otra una escuadra inglesa en aguas de Guernesey, a las órdenes del general Craig, llevando a bordo a varios regimientos ingleses con los mejores oficiales de la marina francesa, no esperaba para desembarcar en Francia más que una señal de Lantenac. Aquel desembarco podía restablecer la victoria en favor de la insurrección realista. Además, Pitt[47] era un malhechor de Estado; en política se usa la traición como en la panoplia el puñal. Pitt daba puñaladas a Francia y traicionaba a su propio país, porque deshonrar es traicionar. Inglaterra, bajo él y por él, hacía una guerra púnica[48]. Espiaba, cometía fraudes, mentía. Contrabandista y falsario, nada le repugnaba, descendiendo hasta las minucias del odio. Trataba de acaparar el sebo, que costaba a cinco francos la libra; en Lille se encontró en el bolsillo de un inglés una carta de Prigent, agente de Pitt en la Vendée, con estas líneas:

> *Os ruego que no ahorréis gasto alguno. Esperamos que los asesinatos se ejecuten con prudencia; los clérigos disfrazados y las mujeres son los más a propósito para esta operación. Enviad sesenta mil libras a Rouen y cincuenta mil a Caen.*

Esta carta fue leída por Barère en la Convención el 1° de agosto. A estas perfidias respondían los actos de salvajismo de Parrein, y posteriormente las atrocidades de Carrier. Los republicanos de Metz y los del Midi solicitaron permiso para marchar contra los rebeldes. Se mandaron formar veinticuatro compañías de gastadores para incendiar los setos y vallados del Bocage. Crisis inaudita: la guerra no cesaba en un punto sino para comenzar en otro. *¡No hay cuartel, no se hacen prisioneros!* Éste era el grito de ambos partidos. La historia tenía en su seno una sombra terrible.

En aquel mes de agosto la Tourgue estuvo sitiada.

Una tarde, al anochecer, cuando empezaban a aparecer las estrellas en la calma de un crepúsculo canicular, cuando ni una hoja se agitaba en el bosque, ni una hierba se estremecía en la llanura, en el silencio de la noche que avanzaba, se oyó el sonido de una corneta que procedía de lo alto de la torre.

Al toque de corneta respondió otro de clarín procedente de abajo.

En lo alto de la torre, había un hombre armado; abajo, en las sombras, un campamento.

Se distinguía confusamente en la oscuridad, en torno a la Torre de Gauvain, un hormigueo de formas negras. Era un vivac, cuyos fuegos comenzaban a encenderse al pie de los árboles del bosque y entre los brezos de la meseta, puntos luminosos esparcidos entre las tinieblas, como si la Tierra quisiera cubrirse de estrellas al mismo tiempo que el cielo. ¡Sombrías estrellas las de la guerra! El campamento, por el lado de la planicie se prolongaba en la llanura, y por el lado del bosque se hundía en los matorrales. La Tourgue estaba bloqueada.

La superficie ocupada por los sitiadores indicaba su gran número. El campamento ceñía estrechamente a la fortaleza, llegando del lado de la torre hasta la roca, y del lado del puente hasta el barranco.

Se oyó un segundo toque de corneta, seguido de otro de clarín. La corneta interrogaba y el clarín respondía. La corneta, en nombre de la torre, le preguntaba al campamento: ¿Queréis que parlamentemos? Y el clarín, en nombre del campamento, le contestaba a la torre: Sí.

En aquella época los vendeanos no estaban considerados como beligerantes por la Convención, y estando prohibido por un decreto que se enviasen parlamentarios a los rebeldes, se suplían, del modo mejor posible, estos intermediarios, que autoriza el derecho de gentes en la guerra ordinaria pero que prohíbe en la guerra civil. De aquí que cuando el caso lo requería, hubiese cierta inteligencia entre la corneta campesina y el clarín militar. El primer toque no era sino una señal preventiva; el segundo significaba: "¿Queréis escucharnos?" Si el clarín no respondía a este segundo toque, el silencio era señal de negativa; si respondía, ello significaba consentimiento y, en consecuencia, la tregua por unos instantes.

Habiendo respondido el clarín al segundo toque, el hombre que estaba en lo alto de la torre habló, y se oyó esto:

—Hombres que me escucháis, yo soy Gouge-le-Bruant, apodado *Matazules*, porque he exterminado a muchos de los vuestros, y también Imânus, porque mataré a muchísimos más. En el ataque de Granville me cortasteis un dedo de un sablazo sobre el cañón de mi fusil, y en Laval guillotinasteis a mi padre, a mi madre y a mi hermana Jacqueline, de dieciocho años. Ya sabéis quién soy.

"Ahora os hablo en nombre de monseñor el señor marqués de Gauvain de Lantenac, vizconde de Fontenay, príncipe bretón, señor de las Siete Florestas, mi amo.

"En primer lugar os hago saber que el señor marqués, antes de encerrarse en esta torre donde está bloqueado, ha distribuido la dirección de las operaciones de guerra entre seis jefes, sus lugartenientes: le ha dado a Delière la región entre el camino de Brest y el de Ernée; a Treton el que se extiende entre Roë y Laval; a Jaquet, llamado Cortahierro, los confines del Alto Maine; a Gaulier, llamado el Gran Pedro, Château-Gonthier; a Lecomte el territorio de Graon; a Dubois-Guy el de Fougères, y toda la Mayenne al señor de Rochambeau; de suerte que con tomar esta fortaleza no conseguiréis nada, y aun en el caso extremo de que el marqués muriese, la Vendée de Dios y del rey no morirá.

"Esto os lo digo para advertiros. El señor marqués está aquí, a mi lado. Yo soy la boca por donde salen sus palabras. Hombres que nos sitiáis, guardad silencio.

"Voy a deciros lo que más os importa oír.

"No olvidéis que la guerra que hacéis es injusta. Nosotros somos habitantes de este país, peleamos honradamente y somos sencillos y puros bajo la voluntad de Dios, como la hierba bajo el rocío. Es la República la que nos ha atacado, la que ha venido

a perturbar la tranquilidad de nuestros campos, a quemar nuestras casas y cosechas, a llenar de metralla nuestras granjas; la que ha obligado a nuestros hijos y mujeres a huir a los bosques, con los pies descalzos, mientras aún cantaba la curruca de invierno.

”Vosotros, los que me oís, nos habéis perseguido por el bosque y cercado en esta torre; habéis matado o dispersado a los que estaban con nosotros. Tenéis cañones, habéis reforzado vuestras columnas con las guarniciones y destacamentos de Mortain, Barenton, Teilleul, Landivy, Evran, Tinteniac y Vitré, lo que aumenta vuestro número hasta cuatro mil quinientos hombres disponibles para el ataque, mientras que nosotros sólo somos diecinueve hombres para la defensa.

”Sin embargo, tenemos víveres y municiones.

”Habéis logrado colocar una mina y volar un trozo de roca y otro de muro. Eso ha hecho un agujero al pie de la torre, una brecha por la que podéis entrar, aunque no está a cielo abierto, y aunque la torre, en pie y tan fuerte como antes, forma bóveda sobre ella.

”Ahora os disponéis al asalto.

”Nosotros, en primer lugar el marqués, que es príncipe de Bretaña y prior seglar de la abadía de Santa María de Lantenac, donde se dice todos los días una misa desde que la instituyó la reina Jeanne; y después los demás defensores de la torre, entre los que se halla el señor abad Turmeau, cuyo nombre de guerra es Grand-Francœur; mi camarada Guinoiseau, capitán del Champ-Vert, mi camarada Canta-en-Invierno, que es capitán del Campo de la Avena, mi camarada Musette, capitán del Campo de las Hormigas, y yo, campesino, natural de la aldea de Daon, por donde discurre el arroyo Moriandre; todos, en fin, los que aquí estamos, tenemos algo importante que comunicaros.

”¡Hombres que estáis al pie de la torre, oíd!

”Tenemos en nuestro poder tres prisioneros, que son tres niños. Estas criaturas han sido adoptadas por uno de vuestros batallones y, por tanto, os pertenecen. Os ofrecemos devolvéroslos pero con una condición.

“Que nos dejéis libre la salida de la torre.

”Si no aceptáis, escuchad. No podéis atacarnos más que de dos maneras; o por la brecha del lado del bosque, o por el puente del lado del llano. El edificio levantado sobre el puente tiene tres pisos; en el de abajo yo, Imânus, yo que os hablo, he puesto seis toneles de alquitrán y cien faginas de brezo seco; en el de arriba hay paja, y en el de en medio libros y papeles. La puerta de hierro que comunica el puente con la torre está cerrada y el señor marqués tiene la llave. Yo he hecho bajo esta puerta un agujero y por el mismo he hecho pasar una mecha sulfurosa; uno de sus extremos está metido dentro de uno de los toneles de alquitrán y el otro estará al alcance de mi mano en el interior de la torre para prenderle fuego cuando lo juzgue conveniente. Si os negáis a dejarnos salir, pondremos a los tres niños en el segundo piso del puente, entre el piso donde está la mecha azufrada y el alquitrán, y el otro donde está la paja, y los

encerraremos allí.

”Si nos atacáis por el puente, seréis vosotros los que incendiaréis el edificio; si nos atacáis por la brecha, lo incendiaremos nosotros, y si atacáis por ambas partes, ambos prenderemos fuego. En cualquier caso, los niños morirán abrasados.

”Ahora rehusad o aceptad.

”Si aceptáis, saldremos.

”Si rehusáis, los niños morirán.

”He dicho.

El hombre que hablaba desde lo alto de la torre calló. Una voz desde el pie de ella gritó:

—No aceptamos.

Esta voz era seca y severa. Pero otra voz, menos dura, aunque también firme, añadió:

—Os concedemos veinticuatro horas para rendiros a discreción.

Hubo un momento de silencio.

—Mañana a esta hora —continuó la misma voz—, si no os habéis rendido, iniciaremos el ataque.

—Y entonces será sin cuartel —agregó la primera voz.

A esta voz feroz contestó otra desde lo alto de la torre. Entre dos almenas de la plataforma se divisó una figura de elevada estatura, y a la luz de las estrellas fue posible distinguir el terrible semblante del marqués de Lantenac, cuya mirada horadaba la oscuridad, como si buscase a alguien.

—Vaya, eres tú, cura.

—Sí, yo soy, traidor —respondió la ruda voz de abajo.

XI

TERRIBLE COMO LO ANTIGUO

La voz implacable, era, en efecto, la de Cimourdain, y la más joven y menos rotunda, la de Gauvain.

El marqués de Lantenac, al reconocer al abate Cimourdain, no se había equivocado.

Al cabo de pocas semanas, en aquel país ensangrentado por la guerra civil, Cimourdain se había hecho famoso. No había celebridad más lúgubre que la suya, y la gente decía: “Marat en París, Châlier en Lyon, Cimourdain en la Vendée”. Se insultaba más a Cimourdain cuanto mayor era el respeto que se le había profesado en otro tiempo, que es lo que les sucede a todos los clérigos que dejan el hábito.

Cimourdain inspiraba terror. Los hombres estrictos son desgraciados: los que contemplan sus actos los condenan; tal vez quienes viesen su conciencia lo absolverían, porque en realidad, un Licurgo no comprendido parece un Tiberio. De todos modos, aquellos dos hombres, el marqués de Lantenac y Cimourdain, pesaban lo mismo en la balanza del odio. La maldición que los realistas lanzaban a Cimourdain tenía como contrapeso la execración de los republicanos hacia Lantenac. Cada uno de aquellos dos hombres era, para el partido contrario, un monstruo, a tal punto que pudo observarse el singular fenómeno de que mientras Prieur de la Marne en Granville ponía precio a la cabeza de Lantenac, Charette en Noirmoutier hacía lo propio con la cabeza de Cimourdain. Digámoslo de una vez: aquellos dos hombres, el marqués y el clérigo, eran hasta cierto punto el mismo personaje. La máscara de bronce de la guerra civil tiene dos perfiles, uno vuelto hacia el pasado, y el otro al porvenir, pero tan trágicos uno como otro. Lantenac era el primero de estos perfiles, Cimourdain el segundo; sólo que el amargo rictus de Lantenac estaba cubierto de sombras y noche, mientras en la fatídica frente de Cimourdain se reflejaba un resplandor de aurora.

Entre tanto, la sitiada Tourgue gozaba del beneficio de un respiro.

Gracias a la intervención de Gauvain se pactó una tregua de veinticuatro horas.

Imânus estaba, por lo demás, bien informado, conocía las disposiciones de Cimourdain y sabía que Gauvain tenía a su mando cuatro mil quinientos hombres entre guardia nacional y tropa de línea, con los cuales cercaba a Lantenac en la Tourgue, pudiendo atacar a la fortaleza con doce piezas de artillería, seis por el lado del bosque en batería rasante, y seis por el del puente, desde la meseta, y en batería alta. También había logrado colocar la mina y abrir la brecha al pie de la torre.

Así, al término de las veinticuatro horas de tregua, la lucha iba a iniciarse en las condiciones siguientes:

En la planicie y el bosque se hallaban cuatro mil quinientos hombres.

En la torre, diecinueve. Los nombres de estos diecinueve sitiados puede hallarlos el historiador en los carteles de los que fueron puestos fuera de la ley. Es posible que nosotros los volvamos a encontrar.

Para mandar a aquellos cuatro mil quinientos hombres, casi un ejército, hubiese querido Cimourdain que Gauvain se hiciese nombrar general adjunto, pero Gauvain se negó, alegando:

—Ya veremos cuando Lantenac caiga en nuestras manos. Hasta ahora, no lo merezco.

En las costumbres republicanas de la época entraba la de tener grandes mandos con pequeños grados. Bonaparte, posteriormente, fue, al mismo tiempo, comandante de escuadrón de artillería y general en jefe del ejército de Italia.

La Torre de Gauvain tenía un destino extraño: un Gauvain la atacaba y otro Gauvain la defendía; de ahí cierta contención en el ataque, pero no así en la defensa, porque Lantenac era de los que en nada reparan, y por otra parte siempre había vivido

en Versalles y no tenía ningún aprecio hacia la Tourgue, que apenas conocía. Había ido a refugiarse en ella a falta de otro asilo mejor, pero la hubiese demolido sin escrúpulos si con ello hubiese servido a su causa. Gauvain era más respetuoso.

El punto débil de la fortaleza era el puente; pero en la biblioteca que estaba sobre él se hallaban los archivos de la familia. Si se daba el asalto por allí, el incendio sería inevitable, y quemar los archivos era para Gauvain como atacar a sus padres. La Tourgue era la casa solariega de Gauvain; de ella procedían todos sus feudos de Bretaña, lo mismo que los de Francia procedían de la Torre del Louvre. Allí estaban los recuerdos familiares de Gauvain; allí había nacido. Las vicisitudes tortuosas de la vida le llevaban, en su edad viril, a atacar la misma fortaleza que lo defendió en la infancia. ¿Sería tan impío como para llegar a reducirla a cenizas? Es posible que su propia cuna estuviese aún en cualquier rincón del granero o de la biblioteca.

Ciertas reflexiones nos emocionan, y Gauvain, en presencia de la casa paterna, se sentía conmovido. Por eso había evitado el ataque del puente, contentándose con situar al frente una batería que imposibilitase toda salida o evasión por aquella parte. Por eso, también, estando decidido a atacar por el otro lado, tuvo que minar y zapar el pie de la torre.

Cimourdain consintió en este plan, aunque reconviniéndose a sí mismo por su condescendencia. La aspereza de su carácter le obligaba a fruncir el ceño ante aquellas antigüedades góticas, y no quería ser más indulgente con los edificios de lo que lo era con los hombres. Perdonar un castillo era ya un principio de clemencia; y siendo la clemencia la flaqueza de Gauvain, lo vigilaba y lo detenía en aquella pendiente, a su juicio funesta. Sin embargo, él mismo reconocía y confesaba en su interior, con gran indignación contra su propia debilidad, que no había podido volver a ver la Tourgue sin experimentar un secreto escalofrío; se enternecía delante de aquella sala de estudio donde estaban los primeros libros que hiciera leer a Gauvain. Había sido cura de la aldea inmediata de Parigné, habitando en el último piso del castillito del puente; en aquella biblioteca tuvo sobre sus rodillas al niño Gauvain, enseñándole el alfabeto; y entre aquellas cuatro paredes, ya viejas, era donde había visto a su discípulo tan querido, al hijo de su alma, crecer física y espiritualmente. ¿Podía destruir y quemar aquella biblioteca, aquel castillito, aquellas paredes que habían sido testigo de las bendiciones prodigadas sobre la cabeza de aquel niño? Por eso lo perdonaba, aunque no sin remordimientos.

Dejó, pues, que Gauvain entablase el ataque por el lado contrario. La Tourgue tenía un lado selvático, que era la torre, y otro civilizado, que era la biblioteca, y Cimourdain había permitido que el joven sólo atacara el lado salvaje.

Por otra parte, para aquella antigua mansión, atacada por un Gauvain y defendida por otro Gauvain, volvían, en plena revolución, los tiempos feudales. Las guerras entre parientes forman toda la historia de la Edad Media; los Etéocles y los Polínices son tan góticos como griegos, y Hamlet hace en Elsinor lo que hizo Orestes en Argos.

XII

SE PREPARA EL SALVAMENTO

Los dos bandos pasaron toda la noche en preparativos.

Cuando terminó el siniestro parlamento cuyos pormenores acabamos de dar, el primer cuidado de Gauvain fue llamar a su teniente.

Guéchamp, a quien es conveniente conocer, era un hombre de segunda fila, honrado, intrépido, mediocre, mejor soldado que jefe, rigurosamente inteligente hasta el momento en que constituye un deber no comprender, incapaz de enternecerse, inaccesible a la corrupción cualquiera que ella fuese, tanto a la venalidad que corrompe la conciencia como a la compasión que corrompe la justicia. Tenía en el alma y en el corazón las dos pantallas que se denominan “disciplina y consigna”, como un caballo tiene el tapaojos delante de los ojos, y marcha de frente por el espacio que le dejan libre. Su paso era recto, pero estrecho su camino.

Por lo demás, era hombre seguro, rígido en el mando, puntualísimo en la obediencia.

Gauvain se dirigió con energía a Guéchamp.

—Guéchamp, una escalera.

—No tenemos ninguna, mi comandante.

—Precisamos una.

—¿Para escalar?

—No, para salvar.

—Comprendo —asintió Guéchamp tras reflexionar—. Pero para eso hace falta que sea muy alta.

—Que alcance por lo menos a tres pisos.

—Sí, mi comandante, ésta es altura, aproximadamente. Y aun debe ser mayor para que no fracasemos.

—Sin duda.

—¿Cómo es que no tenemos escalas?

—Mi comandante, no habéis creído oportuno atacar la Tourgue por el lado de la planicie, contentándoos con bloquearla por ese lado. Habéis querido atacar, no por el puente, sino por la torre; por eso no nos hemos preocupado más que de minarla, renunciando a escalarla. Por eso no tenemos escaleras.

—Que hagan una inmediatamente.

—Una escala de tres pisos no se improvisa.

—Que aten por los extremos otras más cortas.

—Pero es preciso tenerlas.

—Buscadlas.

—No será fácil encontrarlas. Los campesinos, en todas partes, así como desmontan los carros y cortan los puentes, destruyen las escalas.

—Cierto, quieren paralizar la acción de la República.

—Quieren que no hallemos medios de llevar un convoy ni de cruzar un río o saltar un muro.

—Sin embargo, necesito esa escalera.

—Tengo una idea: en Javené, cerca de Fougëres, hay una gran carpintería. Allí podremos encontrar escaleras.

—No hay que perder un segundo.

—¿Para cuando la queréis?

—Lo más tarde, para mañana a esta hora.

—Enviaré un expreso, a galope, a Javené; llevará orden de requisa y como allí tenemos un destacamento de caballería, él mismo nos proporcionará la escolta y la escalera podrá estar aquí mañana antes de la puesta del sol.

—De acuerdo, eso bastará, pero despachad al instante —dijo Gauvain.

Diez minutos después, Guéchamp estaba de vuelta.

—Mi comandante, el correo ha marchado ya a Javené.

Gauvain subió a la planicie y permaneció un buen rato con la vista fija en el puente-castillo, que atravesaba el barranco. El ala del edificio, sin más entrada que la puerta baja, cerrada por el puente levadizo, daba frente a la escarpa del barranco. Para llegar desde la planicie a los pilares del puente había que descender por esta escarpa, lo cual no era imposible asiéndose a las matas, pero, una vez en el foso, el sitiador se veía expuesto a todos los proyectiles que podían llover sobre él desde los tres pisos. Gauvain acabó por convencerse de que, dada la situación, el ataque sería más ventajoso por la brecha de la torre.

Adoptó todas las medidas para hacer imposible la fuga; completó el estrecho bloqueo de la Tourgue y apretó las redes de sus batallones, de modo que nada pudiera atravesarlas. Gauvain y Cimourdain se repartieron las fuerzas para el ataque. Gauvain se reservó la parte del bosque y le entregó la planicie a Cimourdain, conviniendo en que mientras el joven, secundado por Guéchamp, conduciría el ataque por la brecha, Cimourdain, con la mecha encendida y mandando la batería elevada, observaría el puente y el barranco.

XIII

LO QUE HACÍA EL MARQUÉS

Mientras fuera de la torre todo se disponía para el ataque, dentro todo se preparaba para la resistencia.

No deja de haber cierta analogía entre torre y tonel, porque así como se perforan con un punzón las duelas de un tonel, se perforan con una mina los muros de una torre. Esto es lo que le sucedió a la Tourgue.

El poderoso golpe de punzón dado por dos o tres quintales de pólvora agujereó de parte a parte el enorme muro. Aquel boquete partía del pie de la torre, atravesaba la muralla en su mayor grosor y terminaba formando una especie de arco grosero en la sala del piso bajo de la fortaleza. Los sitiadores desde sus baterías, a fin de hacer la brecha practicable para el asalto, la habían modelado y ensanchado a cañonazos.

El piso bajo hasta el cual penetraba la brecha era una gran pieza redonda, toda desnuda, con un pilar central que sostenía la clave de toda la bóveda. Aquella sala, la mayor de todo el edificio, no tenía menos de diez metros de diámetro. Cada piso se componía de una sala semejante, pero menor, con pequeños bancos en los huecos de las aspilleras. La sala del piso bajo carecía de aspilleras y tragaluces, poseyendo la misma claridad y el mismo aire de una tumba.

En esta sala, a ras de suelo, se hallaba la puerta de los Calabozos del olvido, que tenía más hierro que madera, y otra puerta de la escalera que conducía a los pisos superiores, escalera abierta como todas en el espesor del muro.

A esta sala podían llegar los sitiadores por la brecha, pero todavía, aun tomada dicha sala, les faltaba tomar la torre.

Jamás se había podido respirar en aquella sala: nadie había logrado permanecer en ella veinticuatro horas sin morir asfixiado, pero ahora, gracias a la brecha, se podría vivir allí.

Por eso los sitiados no cerraron la brecha. ¿Para qué cerrarla? El cañón habría vuelto a abrirla.

Fijaron en el muro una argolla de hierro y en ella una antorcha, con lo cual alumbraron la sala del piso bajo.

¿Cómo defenderse?

Tapar el boquete era fácil, pero inútil. Era preferible una retirada. Una retirada es un atrincheramiento de ángulo entrante, especie de barricada doble que permite hacer converger los fuegos de diversos puntos sobre los sitiadores y que, dejando al exterior abierta la brecha, cierra verdaderamente por dentro. No les faltaban materiales y construyeron una retirada con aberturas para los fusiles. El ángulo entrante de este reducto apoyaba su vértice en el pilar central y las dos alas tocaban al muro por las dos partes. Hecho esto, se colocaron barrenos en los puntos apropiados.

El marqués lo dirigía todo. Inspirador, maestro, guía, alma terrible de aquella defensa, Lantenac pertenecía a esa raza de guerreros del siglo XVIII que a los ochenta años de edad salvaban ciudades. Se parecía al conde Alberg que, casi centenario,

expulsó de Riga al rey de Polonia.

—Valor, amigos —decía el marqués—, a principios de este siglo, en 1713, Carlos XII, encerrado en Bender en una casa, se sostuvo contra veinte mil turcos sólo con trescientos suecos.

Fortificaron también los dos pisos superiores: cerraron las piezas con barricadas, hicieron aspilleras, arrancaron las puertas con vigas empotradas a fuerza de mazazos, y solamente quedó libre la escalera de caracol que comunicaba los diversos pisos, porque era necesaria para moverse, y obstaculizar al sitiador habría sido también obstaculizar al sitiado. La defensa de las plazas tiene siempre un lado débil.

El marqués, infatigable, fuerte como un joven, levantando vigas, llevando piedras, daba ejemplo, metiendo mano al trabajo, dando órdenes, ayudando, fraternizando, riendo con aquella gente feroz, conservándose, sin embargo, a la altura de su categoría de señor, altivo, familiar, elegante, feroz.

No admitía réplicas cuando ordenaba.

—Si la mitad de vosotros se sublevase —les decía— la haría fusilar por la otra mitad y defendería la torre con los que me quedasen.

Esta resolución es lo que hace que se adore a un jefe.

XIV

LO QUE HACÍA IMÂNUS

Mientras el marqués se ocupaba en preparar la defensa de la brecha y la torre, Imânus se cuidaba del puente. Desde el inicio del sitio, la escalera de salvamento que estaba suspendida transversalmente por fuera y debajo de las ventanas del segundo piso había sido retirada por orden del marqués y puesta por Imânus en la sala de la biblioteca. Esta escalera era tal vez la que Gauvain quería reemplazar. Los ventanales del entresuelo, llamado sala de armas, estaban defendidos por una armazón triple de barrotes de hierro fijos al muro, y a través de ellos no se podía entrar ni salir. No había barrotes en los ventanales de la biblioteca, pero estaban muy altos. Se hizo acompañar de tres hombres, capaces como él y resueltos a todo. Eran Hoisnard, llamado Rama-de-Oro, y los dos hermanos llamados Pica-de-madera. Imânus tomó una linterna sorda, abrió la puerta de hierro y registró minuciosamente los tres pisos del castillo del puente. Hoisnard era tan implacable como Imânus, sobre todo desde que los republicanos le mataran un hermano.

Imânus examinó el piso superior, lleno de heno y paja, y el inferior, al que hizo llevar varias ollas de alquitrán para añadirlas a los toneles de brea; puso éstos en contacto con un montón de haces de brezo y se aseguró del buen estado de la mecha,

de la que un extremo estaba en el puente y el otro en la torre. Derramó también por el suelo gran cantidad de alquitrán, empapando parte de la mecha; por último hizo colocar en la biblioteca, entre el piso superior en el que estaba la paja y el inferior en el que se hallaba el alquitrán, las tres cunas donde dormían profundamente René-Jean, Gros-Alain y Georgette, ordenando que se llevasen con cuidado para no despertarlos.

Estas cunas eran sencillos cuévanos campesinos, especie de canastillas de mimbre muy bajas que, puestas en el suelo, permitían al niño salir de la cuna sin ayuda ajena. Cerca de cada cuna, Imânus puso una escudilla de sopa con una cuchara de madera. La escalera de salvamento, retirada de los ventanales, había sido colocada en el suelo de la biblioteca y apoyada contra la pared. Imânus mandó colocar las cunas de forma que se tocaran por los extremos a lo largo de la pared situada enfrente de la escalera, y después, pensando que podría ser útil establecer corrientes de aire, abrió de par en par las seis ventanas de la biblioteca. Era una noche de verano, azul y tibia.

Envió a los hermanos Pica-de-madera a abrir las ventanas del piso superior y del inferior; había observado en la fachada oriental del edificio una gran hiedra vieja y seca, del color de la yesca, que pensó podría serle útil, ya que cubría todo un lado del puente de arriba abajo, formando como un marco a las ventanas de los tres pisos. Por último, tras haberlo inspeccionado todo de una ojeada definitiva, los cuatro hombres salieron del castillito y regresaron a la torre. Imânus cerró de nuevo con dos vueltas de llave la pesada puerta de hierro, observó atentamente la enorme y terrible cerradura y examinó con aire satisfecho el cabo de la mecha azufrada que pasaba por el agujero, y que ya era la única comunicación entre la torre y el puente. Aquella mecha, partiendo de la sala redonda, pasaba bajo la puerta de hierro, entraba por la bóveda, descendía por la escalera del piso bajo del puente, serpenteaba por la escalera de caracol, se arrastraba por el suelo de la sala de armas y terminaba en el charco de alquitrán que estaba en contacto con los toneles y haces.

Imânus calculaba que se necesitaría un cuarto de hora para que la mecha encendida en el interior de la torre llevara el fuego hasta el alquitrán que se hallaba bajo la biblioteca. Tomadas todas estas disposiciones, y hecha la visita de inspección, devolvió la llave de la puerta de hierro al marqués de Lantenac, quien la guardó en el bolsillo.

Importaba vigilar todos los movimientos de los sitiadores. Imânus fue a situarse como centinela, con su cornetín de vaquerizo al cinto, en la garita de la azotea, en lo alto de la torre. Allí, sin cesar de observar por un lado el bosque, por otro la planicie, y teniendo a su alcance una bolsa de pólvora, un saco de balas y varios periódicos viejos, se dedicó a fabricar cartuchos.

Cuando salió el sol pudieron verse en el bosque ocho batallones con las bayonetas caladas, dispuestos para el asalto; en la planicie una batería de piezas con su munición y cajas de metralla en disposición de abrir fuego; en la fortaleza, diecinueve hombres cargando mosquetones, fusiles, pistolas y escopetas, y en las tres cunas, tres

niños dormidos.

Libro Tercero

LA MASACRE DE SAN BARTOLOMÉ

I

Los niños se despertaron.

La primera fue la niña.

El despertar de los niños es como la apertura de las flores: de sus tiernas almas se exhala un fragante perfume.

Georgette, la niña de veinte meses, la menor de los tres, que en mayo aún mamaba, levantó su cabecita, se sentó, se miró los pies y se puso a murmurar.

A su cama llegaba un rayo de luz matutina; hubiera sido difícil decir qué era más sonrosado, si la luz de la aurora o el pie de Georgette.

Los otros dos niños dormían aún; los varones tienen el sueño más pesado. Georgette, alegre y confiada, parloteaba.

René-Jean era moreno; Gros-Alain tenía el pelo castaño y Georgette era rubia. El color, en la infancia, se corresponde con la edad, y suele alterarse después. René-Jean tenía un aspecto de pequeño Hércules; dormía boca abajo, con los puños en los ojos. Gros-Alain tenía las piernas fuera de la cuna.

Los tres vestían harapos. Los vestidos que les habían dado en el batallón del Gorro Frigio se habían roto en mil pedazos; apenas llevaban camisa. Los dos niños se hallaban casi desnudos y Georgette llevaba un trapo que en su tiempo fue vestido, pero que era ya sólo corpiño. ¿Quién cuidaba de aquellos niños? Nadie sabría decirlo. No tenían madre. Los salvajes guerreros aldeanos que los llevaban consigo de bosque en bosque les daban su parte de rancho. Eso era todo. Los niños se las ingeniaban como podían, pero tenían a todos por amos y a ninguno por padre. Sin embargo, los andrajos de los niños estaban llenos de luz: se les veía encantadores.

Georgette seguía parloteando.

Lo que un pajarillo canta, un niño lo parlotea. Es la misma canción. Himno indistinto, balbuceante, profundo. El niño tiene, además, lo que no tiene el pájaro: el oscuro destino humano delante de sí. De aquí la tristeza de los hombres que oyen, contrapuesta ala alegría del niño que canta. El cántico más sublime que puede oírse sobre la tierra es el balbuceo del alma humana en los labios del niño. Ese confuso cuchicheo de un pensamiento que todavía no es más que instinto contiene no se sabe qué llamamiento inconsciente a la justicia eterna; quizás es una protesta efectuada en el umbral antes de entrar, protesta humilde y punzante; esa ignorancia que sonríe al infinito comprometiendo toda la creación en el destino del ser débil y desarmado. La

desgracia, si llega, será un abuso de confianza.

El murmullo del niño es más y es menos que la palabra; no son notas y es cántico; no son sílabas y es lenguaje; ha empezado en el cielo y no tendrá fin en la tierra; existe antes del nacimiento y continúa. Se compone de lo que el niño decía cuando era ángel y de lo que dirá al ser hombre; la cuna tiene un Ayer, como el sepulcro tiene un Mañana, y el Ayer y el Mañana amalgaman en ese gorjeo oscuro su secreto respectivo, y nada prueba tanto la existencia de Dios, la eternidad, la responsabilidad, la dualidad del destino, como esa sombra formidable en esa alma color de rosa.

Lo que balbuceaba Georgette no la entristecía, porque todo su hermoso semblante era sonrisa. Sonreía su boca, sonreían sus ojos y también sonreían los hoyuelos de sus mejillas. Se desprendía de aquella sonrisa una misteriosa aceptación de la mañana. El alma tiene fe en el rayo de luz. El cielo era azul, hacía calor y un tiempo hermoso. La débil criatura, sin saber nada, sin conocer ni comprender nada, muellemente hundida en imaginaciones infantiles, se creía segura en medio de aquella tranquilidad de la Naturaleza, de aquellos árboles inocentes, de aquel verdor sincero, de aquella campiña pura y pacífica, de aquel ruido de nidos, de fuentes, de moscas, de hojas, por encima de las cuales resplandecía la inmensa inocencia del sol.

Después de Georgette se despertó René-Jean, el mayor, que tenía ya cuatro años cumplidos. Se puso en pie, saltó varonilmente de la cuna, vio la escudilla, y sin extrañarse empezó a engullir la sopa.

El parloteo de Georgette no había despertado a Gros-Alain, pero ante el ruido que hacía la cuchara en la escudilla se volvió de repente y abrió los ojos. Gros-Alain tenía tres años; vio la escudilla que se hallaba al alcance de su mano, extendió el brazo, la tomó y sin salir de la cuna la puso entre sus rodillas y, lo mismo que su hermano, empezó a hacer uso de la cuchara y comió. Georgette no los oía y las modulaciones de su voz parecían enmarcar los vaivenes de un ensueño. Sus grandes ojos abiertos miraban al cielo y eran divinos; cualquiera que sea el techo o la bóveda que tenga un niño sobre su cabeza, lo que se refleja en sus ojos es el cielo.

Cuando René-Jean hubo concluido, rebañó con la cuchara el fondo de la escudilla, suspiró y exclamó con dignidad:

—Ya me he comido la sopa.

Estas palabras llamaron la atención de Georgette.

—“Popa” —balbució.

Y viendo que René-Jean había comido y que Gros-Alain lo estaba haciendo, cogió la escudilla que tenía al lado y comió, no sin llevarse la cuchara con más frecuencia a las orejas que a la boca.

De vez en cuando renunciaba a la civilización y comía con los dedos.

Gros-Alain, después de haber rebañado, como su hermano, el fondo de la escudilla, había ido a buscarlo y corría tras él.

II

De pronto se oyó fuera de la torre, por el lado del bosque, el toque del clarín, enérgico y severo, al que respondió el de la cometa dentro de la fortaleza.

Esta vez era el clarín quien llamaba y la cometa quien respondía.

Un segundo toque de clarín fue correspondido de nuevo por la corneta.

Después, a la entrada del bosque, se oyó una voz lejana, pero clara, que gritó:

—¡Bergantes, se os advierte, si al ponerse el sol no os habéis rendido a discreción, atacaremos!

Una voz semejante a un trueno respondió desde la azotea de la torre:

—¡Atacad!

La voz de abajo replicó:

—Como aviso final dispararemos un cañonazo media hora antes del ataque.

Y la voz de arriba repitió:

—¡Atacad!

Las voces no llegaban hasta los niños pero sí el sonido del clarín y la corneta, que llegaban mucho más lejos. Georgette, al primer toque del clarín levantó la cabeza y cesó de comer; al toque de corneta abandonó la cuchara en la escudilla; al segundo toque de clarín levantó el índice de la mano derecha y levantándolo y bajándolo alternativamente marcó las cadencias del sonido, prolongado por el segundo toque de cometa. Luego, cuando callaron ambos instrumentos, quedó pensativa con el dedo levantado y murmurando a media voz:

—Misica…

Seguramente quería decir “música”.

Los dos mayores, René-Jean y Gros-Alain, no habían prestado mucha atención al clarín ni a la corneta, absortos en otro asunto: una cucaracha cruzaba la biblioteca.

—¡Un bicho! —gritó Gros-Alain al verla.

René-Jean se acercó.

—Pica —continuó Gros-Alain.

—No le hagas daño —dijo René-Jean.

Y ambos contemplaron el paso de la cucaracha.

Entre tanto, Georgette había acabado su sopa; buscaba con la vista a sus hermanos. René-Jean y Gros-Alain estaban en el hueco de un ventanal, mirando en cuclillas a la cucaracha, muy graves y atentos, juntas las frentes, mezclando sus cabellos, conteniendo la respiración, maravillados ante aquel bicho que se había detenido sin moverse, disgustado de tanta admiración.

Georgette, viendo a sus hermanos tan ocupados, quiso saber el motivo y, aunque no le era fácil, intentó llegar hasta ellos. El trayecto estaba erizado de dificultades: por el suelo había muchas cosas, taburetes patas arriba, montones de papelotes,

cajones desclavados y vacíos, baúles, muchos objetos que era preciso evitar, todo un archipiélago de escollos. Georgette se aventuró a penetrar en él, comenzando por saltar de la cuna, serpenteando luego entre los arrecifes y los estrechos, empujando un taburete, trepando por entre dos cofres, sorteando un montón de papeles, ascendiendo a veces, rodando otras, mostrando inocentemente su pobre e infantil desnudez, y llegó a lo que un marino llamaría alta mar, o sea un espacio bastante amplio del suelo que no estaba obstruido y donde no había peligros. Entonces se lanzó, atravesó a gatas el trecho, que era todo el diámetro de la sala, con la ligereza de un gato y llegó cerca de la ventana.

Allí halló un obstáculo formidable, que era la gran escalera puesta horizontalmente junto a la pared, y cuyo extremo rebasaba un poco la esquina que formaba el hueco de la ventana. Este extremo formaba entre Georgette y sus hermanos una especie de cabo que era preciso doblar. Se detuvo y meditó, y terminado su monólogo interior, se decidió.

Asiendo resueltamente con sus dedos rosados uno de los peldaños, ahora verticales y no horizontales al estar la escalera acostada sobre uno de sus montantes, trató de levantarse sobre sus pies; no lo consiguió al primer intento ni tampoco al segundo, sino que volvió a caer al suelo, pero al tercero logró mantenerse de pie, y apoyándose sucesivamente en cada uno de los peldaños, echó a andar a lo largo de la escalera. Al llegar al extremo, faltándole donde apoyarse, vaciló, pero asiendo con sus dos manitas el extremo del montante, que era enorme, se enderezó, dobló el cabo, miró a René-Jean y Gros-Alain, y rió.

III

En aquel momento, René-Jean, satisfecho del resultado de sus observaciones sobre la cucaracha, levantó la cabeza, diciendo:

—Es hembra.

La risa de Georgette hizo reír también a René-Jean, y éste a Gros-Alain.

Georgette se reunió con sus hermanos y formaron un pequeño corro sentados en el suelo. Pero la cucaracha ya había desaparecido. Aprovechándose de la risa de Georgette, se había escondido en una grieta del suelo.

Otros sucesos siguieron al paso de la cucaracha.

En primer lugar, el vuelo de las golondrinas.

Sus nidos se hallaban probablemente bajo el alero del tejado. Vinieron a volar cerca de los ventanales, un poco recelosas de los niños, describiendo grandes círculos en el aire y lanzando su dulce grito de primavera. Esto hizo levantar la vista a los niños, y la cucaracha quedó olvidada.

—Paros —exclamó Georgette, señalando a las golondrinas.

—Señorita, no se dice paros, sino pájaros —la riñó René-Jean.

—Caros —dijo Georgette.

Los tres contemplaron las golondrinas.

Después entró una abeja.

Nada se parece tanto a un alma como una abeja. Va de flor en flor como un alma de estrella en estrella; recibe la miel como el alma la luz.

La abeja produjo un gran ruido al entrar, zumbando, como diciendo: “Vengo de ver las rosas, ahora vengo a ver a los niños. ¿Qué pasa por aquí?”

Una abeja es como un ama de casa: gruñe cantando.

Mientras la abeja estuvo en la sala, los niños no dejaron de seguirla con la vista.

Exploró toda la biblioteca, registró todos los rincones, revoloteó como si estuviese en su casa, en su colmena, y rodó, alada y melodiosa, yendo de armario en armario, mirando a través de los cristales los títulos de los libros, como si fuera un espíritu.

Realizada la visita, se marchó.

—Se va a su casa —dijo René-Jean.

—Es un bicho —dijo Gros-Alain.

—No, una mosca —corrigió René-Jean.

—Moca —dijo Georgette.

Gros-Alain, que acababa de encontrar en el suelo un bramante en cuyo extremo había un nudo, lo asió entre el índice y el pulgar por el extremo opuesto y haciendo con él una especie de molinete, comenzó a darle vueltas con profunda atención.

Por su parte, Georgette, de nuevo a gatas, comenzó sus caprichosos vaivenes, y al descubrir un venerable sillón de raída tapicería, cuya crin salía por muchos agujeros, se detuvo junto a él, metió los dedos y se entretuvo en sacar la crin con embeleso.

De repente levantó un dedo que quería decir: Escuchad.

Los dos hermanos giraron la cabeza.

Afuera se oía un estrépito vago y lejano; probablemente eran los sitiadores que efectuaban algún movimiento estratégico en el bosque. Relinchaban los caballos, redoblaban los tambores, rodaban los armones de artillería, chocaban las cadenas, las cornetas militares se llamaban y respondían en confusión de ruidos toscos que, mezclándose, formaban una especie de sinfonía. Los niños escuchaban entusiasmados.

—Es Dios quien hace todo esto —dijo René-Jean.

IV

Cesó el ruido.

René-Jean se dejó llevar por un ensueño.

¿Cómo se componen y descomponen las ideas en los cerebros infantiles? ¿Cuál es el movimiento interior y misterioso de su mente, tan turbada y corta aún? En aquella

cabecita graciosa y pensativa se produjo una mezcla de ideas de Dios, de oración, de manos cruzadas, de ciertas sonrisas que en otros tiempos se cernían sobre él y que ya no existían, y René-Jean cuchicheó en voz baja:

—Mamá…

—Mamá… —dijo Gros-Alain.

—Mamá… —dijo Georgette.

Después, René-Jean empezó a saltar.

Gros-Alain, al verlo, saltó.

Gros-Alain reproducía todos los gestos y movimientos de René-Jean; Georgette menos. La edad de tres años copia a la de cuatro; pero la de veinte meses conserva su independencia.

Georgette continuó sentada, pronunciando una palabra de vez en cuando. Georgette no construía frases todavía.

Era una pensadora; hablaba por apotegmas; era monosilábica.

Sin embargo, poco después, seducida por el ejemplo, concluyó por querer imitar a sus hermanos, y aquellos seis piececitos descalzos empezaron a bailar, a correr, a tropezar entre el polvo del viejo piso de encina pulimentada, bajo la grave mirada de los bustos de mármol, a los cuales Georgette obsequiaba de vez en cuando con una mirada de soslayo, murmurando:

—Mommes…

En el lenguaje de Georgette, un “momme” era todo aquello que tenía aspecto humano, aun sin serlo. Los seres no se presentan a la imaginación de los niños sino confundidos con los fantasmas.

Georgette, oscilando más que marchando, seguía a sus hermanos, pero a cuatro patas.

Súbitamente, René-Jean se acercó a un ventanal e irguió la cabeza, después la bajó y fue a refugiarse en el rincón que formaba aquel hueco. Acababa de ver a un hombre que lo miraba. Era un soldado azul del campamento de la planicie que, aprovechando la tregua, y quizás infringiéndola un poco, se aventuraba a llegar hasta el extremo de la escarpa del torrente, en donde se descubría el interior de la biblioteca. Al ver huir a René-Jean, Gros-Alain huyó también, refugiándose junto a su hermano, y Georgette se ocultó detrás de ellos. Así permanecieron en silencio, inmóviles, Georgette con un dedo sobre los labios. Poco después, René-Jean se arriesgó a sacar la cabeza; el soldado seguía aún en el mismo lugar. René-Jean se retiró con presteza, y los tres ni siquiera se atrevían a respirar. Por último, Georgette se cansó de tener miedo, recobró su audacia y miró. El soldado se había ido y los tres niños volvieron a corretear y jugar.

Gros-Alain, aunque imitador y admirador de René-Jean, tenía una especialidad: los hallazgos. Su hermano y su hermana lo vieron galopar como un desesperado, tirando de un carrito de cuatro ruedas que había desenterrado quién sabe de dónde.

Aquel coche de muñecas se hallaba allí desde hacía muchos años y estaba

cubierto de polvo, haciendo buena vecindad con los libros de los genios y los bustos de los sabios. Tal vez fuese uno de los juguetes preferidos por Gauvain en su infancia.

Gros-Alain hizo chascar con orgullo inmenso un látigo fabricado con su bramante. Así son los inventores. Cuando no se descubre América, se descubre un carricoche. Siempre es así.

Era preciso dejar a sus hermanos participar del hallazgo. René-Jean también quiso tirar del carruaje y Georgette subir a él.

En efecto, todo quedó arreglado, sentándose en el coche Georgette, haciendo René-Jean de caballo y Gros-Alain de cochero. Pero éste no conocía el oficio y fue el caballo quien tuvo que enseñárselo.

—Di ¡arre! —le gritó el caballo a Gros-Alain.

—¡Arre! —repitió Gros-Alain.

Volcó el coche y Georgette cayó por el suelo. Los ángeles también gritan, y Georgette gritó.

Después sintió un vago deseo de llorar.

—Señorita, eres demasiado grande —dijo René-Jean.

—So ande… —dijo Georgette.

Y su grandeza la consoló de la caída.

La cornisa de tablas debajo de los ventanales era muy ancha; el polvo de los campos, robado por el aire a la planicie cubierta de brezos, se había depositado desde hacía mucho tiempo en aquella cornisa; las lluvias lo habían convertido en tierra vegetal y el viento dejó caer varias semillas encima, y una zarza aprovechó aquella oportunidad tan exigua para germinar. Aquella zarza pertenecía a la especie denominada zarzamora. Como corría el mes de agosto, la zarza estaba llena de fruto, y una de sus ramas, penetrando por la ventana, colgaba casi hasta tocar el suelo.

Gros-Alain, después de haber descubierto el bramante y la zarza, avistó la rama y corrió hacia ella.

Cogió una mora y se la comió.

—Tengo hambre —dijo René-Jean.

Y Georgette, galopando sobre manos y pies, se acercó.

Entre los tres despojaron la rama y se comieron todas las moras. Se ensuciaron, y rojos como el púrpura de la zarza, aquellos tres serafines terminaron por parecer tres pequeños faunos. Su aspecto habría impresionado a Dante y deleitado a Virgilio, porque, además, reían a carcajadas.

De vez en cuando, las espinas de la zarza les pinchaban en los dedos. Nada se logra sin esfuerzo.

Georgette le enseñó a René-Jean su dedo, con una gotita de sangre, e indicándole la zarza, exclamó:

—Pica.

Gros-Alain, picado también, miró la zarza con desconfianza y añadió:

—Es un bicho.

—No —respondió René-Jean—, es un palo con pinchos.
—Un palo es cosa mala —apuntó Gros-Alain.
Georgette estuvo a punto de volver a llorar, pero acabó por reír.

V

Entre tanto, René-Jean, celoso quizás de los descubrimientos de su hermano menor, había concebido un gran proyecto. Hacía un rato que sin dejar de recoger las moras, y a pesar de pincharse los dedos, sus ojos se dirigían con frecuencia al atril, montado sobre un eje y aislado como un monumento en medio de la biblioteca. En este atril se exhibía ostentosamente abierto el célebre volumen *San Bartolomé*.

Era un tomo en cuarto, magnífico y memorable. Había sido publicado en Colonia por el famoso editor de la Biblia de 1682, Bloeuw, en latín Coesius; tirado en prensas de cajas y correas; impreso no en papel de Holanda, sino en aquel hermoso papel árabe, tan admirado por Édrisi, que es de seda y algodón y siempre se conserva blanco. La encuadernación era de cuero dorado, las abrazaderas de plata, y las guardas de aquel pergamino que los pergamineros de París juraban comprar en la sala Saint-Mathurin, y "no en otra parte". Estaba el tomo lleno de grabados, en madera y cobre, y de cartas geográficas de muchos países, precedido de una protesta de los impresores, papeleros y libreros contra el edicto de 1635, que establecía un impuesto sobre el cuero, las cerveza, los animales de pezuña hendida, el pescado y el papel; y a la vuelta del frontispicio se leía una dedicatoria a los Gryphes, que son en Lyon lo que los Elzévirs en Amsterdam[49]. Por todo lo cual resultaba un ejemplar ilustre, casi tan raro como el *Apóstol* de Moscú[50].

Era hermoso aquel libro; por eso René-Jean lo contemplaba, quizá demasiado. Estaba abierto precisamente por la página que representaba a San Bartolomé llevando su piel sobre el brazo, estampa que el niño podía ver desde el suelo. Cuando se hubieron comido todas las moras, René-Jean lo admiró con una mirada terriblemente amorosa, y Georgette, cuyos ojos siguieron la dirección de la mirada de su hermano, vio el grabado y dijo:

—Etampa.

Aquella palabra pareció motivar a René-Jean, quien, con asombro de Gros-Alain, hizo una cosa extraordinaria. En un rincón de la biblioteca se veía una gran silla de roble. René-Jean fue hacia ella y la arrastró por sí solo hasta el pupitre. Después se encaramó en el asiento y puso sus dos manos sobre el libro.

Habiendo llegado a tanta altura sintió la necesidad de mostrarse magnánimo; tomó la "etampa" por la punta superior y la arrancó con cuidado. El desgarrón salió atravesado, aunque no era ésa la intención de René-Jean. Quedó en el libro toda la parte izquierda, con un ojo y un pedazo de la aureola del viejo evangelista apócrifo. Le ofreció a Georgette la otra mitad del Santo y toda su piel. Georgette cogió el Santo

y dijo:

—Momme.

—¿Y a mí? —chilló Gros-Alain.

La primera página arrancada de un libro es como la primera sangre vertida. Ahí se decide la carnicería.

René-Jean giró la página; detrás estaba el grabado del comentador, Pantaenus. René-Jean lo arrancó y se lo dio a Gros-Alain.

Entre tanto, Georgette rompió su estampa en dos pedazos, y éstos en cuatro; de modo que la historia podía proclamar que San Bartolomé había sido descuartizado en Bretaña después de haber sido desollado en Armenia.

VI

Terminado el descuartizamiento, Georgette le alargó la mano a René-Jean y dijo:

—Más.

Después del santo y el comentarista venían varios retratos más toscos; eran los glosadores.

El primero, por orden de fechas, era Gavantus; René-Jean lo arrancó y lo puso en las manos de Georgette.

Todos los glosadores de San Bartolomé pasaron por lo mismo.

Dar constituye una superioridad y René-Jean no guardó nada para sí. Gros-Alain y Georgette lo contemplaban; esto era suficiente para él. Se contentaba con la admiración de su público.

René-Jean, inagotable y magnánimo, le adjudicó a Gros-Alain Fabricio Pignatelli, y a Georgette el padre Stilting; a él, Alfonso Tostat, y a ella, *Cornelius a Lapide*; a Gros-Alain, Enrique Hammond, y a Georgette, el padre Roberti, acompañado de una vista de su ciudad de Douai, donde aquél nació en 1619. Gros-Alain obtuvo también la reclamación del papelero y Georgette la dedicatoria a los Gryphes. En cuanto a los mapas, René-Jean los distribuyó equitativamente, dándole Etiopía a Gros-Alain y Licaonia a Georgette, tras lo cual tiró el libro al suelo.

Aquél fue un instante tremendo. Gros-Alain y Georgette contemplaron, con éxtasis mezclado con pavor, cómo su hermano mayor fruncía el ceño, tensaba las piernas, apretaba los puños y empujaba fuera del atril el macizo volumen. Es trágico ver a un libro majestuoso perder su consistencia. El pesado tomo desarzonado pendió un momento del atril, se balanceó y luego cayó, y deshecho, maltrecho, dislocado, desencajado, desencuadernado, con las abrazaderas rotas, quedó lastimosamente inerte en el suelo. Por fortuna no cayó sobre los niños. Éstos quedaron aturdidos, pero no aplastados. No todas las aventuras de los conquistadores concluyen con tanta fortuna.

Como todas las glorias, ésta hizo un gran ruido y levantó una gran nube de polvo.

Una vez el libro en el suelo, René-Jean bajó de la silla.

Hubo un instante de silencio y terror; la victoria también tiene momentos pavorosos. Los tres niños se cogieron de las manos y se retiraron a cierta distancia, contemplando desde allí el enorme volumen desmantelado.

Tras unos segundos de meditación, Gros-Alain se acercó con energía y le propinó un puntapié.

Éste fue el golpe de gracia. El deseo de destrucción existe. René-Jean le pegó otro puntapié al libro, Georgette le dio el suyo y, cayendo sentada en el suelo, aprovechó la ocasión para arrojarse sobre San Bartolomé. René-Jean se precipitó en pos de ella, y luego Gros-Alain, y gozosos, triunfantes, despiadados, rasgando las estampas, cortando las hojas, arañando los registros, arrancando la encuadernación, desencolando el cuero dorado, desclavando las abrazaderas, rompiendo el pergamino, destrozando el augusto texto, trabajando con manos, pies, uñas y dientes, sonrosados, risueños, febriles y feroces, los tres ángeles de rapiña se abatieron sobre el indefenso evangelista.

Aniquilaron Armenia, Judea, Benevento, donde se hallan las reliquias de san Nathanael, que es el mismo San Bartolomé; aniquilaron al papa Gelasio, que declaró apócrifo el Evangelio de San Bartolomé-Nathanael; destruyeron todas las figuras, todos los mapas, y la inexorable ejecución del libro les absorbió de tal manera, que pasó un ratón sin que le hicieran ningún caso.

Aquello fue un verdadero exterminio.

Despedazar la historia, la leyenda, la ciencia, los milagros falsos o verdaderos, el latín de la iglesia, las supersticiones, el fanatismo, los misterios: destruir toda una religión de arriba abajo, es tarea para gigantes y no para tres niños. Las horas transcurrieron en esta tarea, pero al final quedó terminada y nada quedó ya de San Bartolomé.

Cuando todo hubo concluido, cuando estuvo arrancada hasta la última página y destrozada la última estampa, cuando no quedaron del libro más que restos del texto y las imágenes en un esqueleto de encuadernación, René-Jean se levantó, miró el suelo cubierto con las hojas desparramadas, y empezó a palmotear.

Gros-Alain hizo lo mismo.

Georgette tomó del suelo una hoja, se apoyó contra la ventana, y empezó a tirar por allí los menudos pedazos que iba rasgando.

Viéndolo, René-Jean y Gros-Alain hicieron otro tanto. Recogieron hojas, las rasgaron y las arrojaron por las ventanas; volvieron por más y repitieron la operación, y página a página, desmenuzada por aquellos deditos encarnizados en su obra destructora, casi todo el antiguo libro voló arrastrado por el viento. Georgette, pensativa, miró aquel enjambre de papelitos blancos dispersarse por todas partes al soplo del aire y exclamó:

—¡Maripozas!

Y terminó la destrucción desvaneciéndose el libro en el azul.

VII

Tal fue la segunda ejecución capital de San Bartolomé, que padeció ya su primer martirio en el año 49 después de Jesucristo.

Entre tanto llegó la tarde, el calor fue en aumento, la siesta flotaba en el aire, y los ojos de Georgette se fueron cerrando. René-Jean se dirigió a su cuna, cogió el saco de paja que le servía de colchón, lo arrastró hasta la ventana, se tumbó encima y dijo:

—Durmamos.

Gros-Alain apoyó su cabecita en el cuerpo de René-Jean. Georgette la suya en el de Gros-Alain, y los tres malhechores se quedaron dormidos.

Por las ventanas abiertas penetraba una brisa tibia; perfumes de flores silvestres, arrebatados a los barrancos y las colinas por el viento, erraban mezclados con el hálito de la tarde; el espacio estaba tranquilo, sereno y pacífico; todo irradiaba paz, todo era amor recíproco; el sol le hacía a la creación la caricia llamada luz; por todos los poros se esparcía la armonía que se exhala de la benevolencia general de las cosas; había maternidad en el infinito; la creación, que es un prodigio en toda la plenitud de su desarrollo, completa su enormidad con su bondad; parecía como si un ser invisible tomara esas misteriosas preocupaciones que, en el temeroso conflicto de los seres, protegen a los débiles contra los fuertes. Al mismo tiempo, el espectáculo era bello y su esplendor igualaba a su mansedumbre. El paisaje, inefablemente tranquilo y como adormecido, tenía el viso magnífico que forman en las praderas y los ríos las alternancias de sombra y claridad; subían las espirales de humo hasta las nubes, como ensueños que suben hasta las visiones; las aves revoloteaban por encima de la Tourgue; las golondrinas miraban por las ventanas, como si quisieran ver si los niños dormían tranquilos. Éstos estaban graciosamente dispuestos uno sobre otro, inmóviles, medio desnudos, en pose encantadora. Eran adorables y puros, contando apenas nueve años entre los tres y teniendo ensueños de paraíso, que se reflejaban en sus labios por medio de vagas sonrisas. Tal vez Dios les estaba hablando al oído. Eran los que en todas las lenguas humanas se llaman débiles y benditos; eran los venerables inocentes. Todo guardaba silencio en torno suyo, como si el suave aliento que se escapaba de sus tiernos pechos fuese lo más importante del universo, y el objeto de la ansiosa atención de la creación entera. Las hojas no rozaban unas con otras, las hierbas no se estremecían, un vasto y maravilloso mundo contenía la respiración para no turbar el sueño de aquellos humildes durmientes angelicales; nada tan sublime como el inmenso respeto de la Naturaleza ante tan gran debilidad.

El sol iba a ocultarse, tocaba casi al horizonte. De improviso, en aquella paz profunda, brilló un relámpago que surgió del bosque y se oyó un estruendo feroz. Acababan de disparar un cañonazo. Los ecos se apoderaron de aquel ruido y lo transformaron en un estrépito, haciéndolo retumbar de un modo monstruoso de colina

en colina. Georgette, se despertó. Levantó un poco la cabeza, alzó su dedo diminuto, escuchó y dijo:

—¡Pum!

Cesó el ruido; todo volvió a quedar en silencio, Georgette inclinó su cabeza sobre Gros-Alain y se durmió de nuevo.

Libro Cuarto

LA MADRE

I

LA MUERTE PASA

La madre, a la que vimos caminando a la ventura, siguió andando todo aquel día. Era ésta su historia de todos los días: andar, andar siempre, adelante, sin detenerse jamás, porque el sueño al que se entregaba, producido por el cansancio abrumador, en el primer sitio que se ofrecía, no era reposo, como tampoco podía llamarse alimento a lo que comía, recogido aquí y allá, como picotean los pájaros. Comía y dormía tan sólo lo indispensable para no caer muerta.

La noche anterior la había pasado en una granja abandonada; las guerras civiles proporcionan esta clase de posadas. En un campo desierto halló cuatro paredes, una puerta, un poco de paja bajo un resto de techumbre, y se tumbó sobre ella, sintiendo el rebullir de las ratas y viendo a través del techo el fulgor de las estrellas. Allí durmió unas horas, despertando a media noche y se puso en camino de nuevo, con el propósito de andar lo más posible antes del calor de mediodía. Para quien viaja a pie en verano, la noche es mucho más clemente que el día.

Seguía, como mejor podía, el corto itinerario que le indicara el campesino de Vautortes, dirigiéndose hacia poniente. Quien la hubiese acompañado, la habría oído murmurar incensantemente:

—La Tourgue… la Tourgue…

Este nombre y el de sus hijos eran los únicos que pronunciaba.

Sin dejar de caminar, meditaba. Pensaba en las vicisitudes atravesadas; en todo lo padecido, en todo lo aceptado, en los encuentros que había tenido, en las indignidades sufridas, en las condiciones impuestas, en las marchas que había realizado tan sólo para obtener asilo, o por un pedazo de pan, o simplemente para conseguir que le enseñasen el camino. Una mujer miserable es más desdichada que un pordiosero, porque es instrumento del placer. ¡Espantosa marcha errante! Pero nada le importaba con tal de reunirse con sus hijos.

Lo primero que halló aquel día fue una aldea en el camino. Apenas despuntaba el alba; todo se hallaba aún bañado por las sombras de la noche; sin embargo, en la calle mayor del pueblo se veían algunas ventanas entreabiertas y cabezas curiosas se asomaban por ellas Los habitantes estaban agitados como una colmena. Causaba este efecto el ruido de ruedas y herraje que llenaba el ambiente.

En la plaza, delante de la iglesia, un grupo temeroso levantaba la vista para contemplar algo que, desde lo alto de la colina, descendía por el camino que conducía a la aldehuela. Era un carro de cuatro ruedas tirado por cinco caballos uncidos con cadenas. Sobre el carro se distinguía un cargamento que parecía un montón de largas vigas, en medio de las cuales iba una cosa informe, y cuyo conjunto aparecía cubierto por un gran toldo muy semejante a un sudario.

Diez jinetes marchaban delante del carro y otros diez detrás; aquellos hombres llevaban tricornios en la cabeza, y por encima de sus hombros asomaban unas puntas de acero que semejaban sables desenvainados. Aquel cortejo, avanzando lentamente, se recortaba en negro sobre el horizonte. La mañana despuntaba detrás de ellos.

La comitiva entró en la aldea y se dirigió a la plaza. Durante el descenso del carro llegó el día, y entonces fue posible ver el cortejo, que parecía una procesión de sombras, porque de él no surgía una sola palabra.

Los jinetes eran gendarmes. Llevaban el sable desenvainado. El toldo del carro era negro.

La infeliz madre errante entró en la aldea y se acercó al grupo de aldeanos en el instante en que llegaban a la plaza el carro y los gendarmes. En el grupo de curiosos se oían cuchicheos de preguntas y respuestas.

—¿Qué es eso?

—La guillotina que va de paso.

—¿De dónde viene?

—De Fougères.

—¿Adónde se dirige?

—Lo ignoro. Creo que a un castillo que hay hacia Parigné.

—¡A Parigné!

—¡Que vaya donde quiera, con tal que no se detenga aquí!

Aquella gran carreta, con su carga velada por el sudario, aquel atalaje, aquellos gendarmes, el ruido de las cadenas, el silencio de los hombres, la hora crepuscular, daban a la escena un tono espectral.

El carro atravesó la plaza y salió de la aldea, que se hallaba emplazada entre dos cerros. Al cabo de un cuarto de hora, los aldeanos, petrificados, vieron reaparecer la lúgubre procesión en la cima de la colina que estaba a occidente.

Los baches imprimían un movimiento irregular a las grandes ruedas del carro; las cadenas del atalaje chocaban entre sí, produciendo un estruendo que el viento matutino desparramaba; los sables relucían, salía el sol, y todo desapareció detrás de la cumbre.

Era el momento en que Georgette, en la biblioteca, se despertó junto a sus hermanos aún dormidos y le dio los buenos días a sus sonrosados pies.

II

LA MUERTE HABLA

La madre vio pasar aquella masa oscura, pero no comprendió ni trató de comprender lo que significaba, absorta en la visión de sus hijos perdidos en las tinieblas.

Salió también de la aldea, poco después que la comitiva, y siguió el mismo camino, marchando detrás, a corta distancia de los gendarmes que cubrían la retaguardia. Súbitamente le vino a la memoria la palabra “guillotina”, que había oído pronunciar. Esta salvaje, Michelle Fléchard, no sabía qué era la guillotina, pero su instinto se lo advirtió, y no pudo por menos que experimentar un estremecimiento pavoroso y, pareciéndole horrible andar detrás de aquella máquina siniestra, torció a la derecha, dejó el camino y se internó entre los árboles, que eran parte del bosque de Fougères.

Tras haber andado cierto tiempo divisó un campanario y varios tejados; era una de las aldeas del lindero del bosque, y a ella se dirigió. Tenía hambre.

Era una aldea en la que se habían establecido los destacamentos militares de los republicanos.

Penetró en ella hasta llegar a la plaza de la alcaldía.

Allí también había emoción y ansiedad. Una multitud de gente se agolpaba delante de un pórtico de pocos escalones que conducían a la puerta de la alcaldía. Sobre el último peldaño se veía a un hombre escoltado por varios soldados que tenía en la mano un cartel desplegado. A su derecha había un tambor y a su izquierda un mozo con un balde lleno de engrudo y una brocha.

En el balcón, que quedaba encima del portal, se hallaba el alcalde, vestido con su traje de aldeano, pero con la banda tricolor encima. El hombre del cartel era el pregonero.

Llevaba puesta la banderola de viaje, de la que pendía un portapliegos, lo que indicaba que iba de pueblo en pueblo pregonando algo de interés general. Cuando se aproximó Michelle Fléchard, el pregonero acababa de desplegar el cartel y comenzó en voz alta su lectura.

—República francesa, una e indivisible.

El tambor redobló. Se produjo una especie de ondulación entre el gentío agolpado a la puerta. Algunos se quitaron los gorros, otros se calaron los sombreros. En aquel tiempo, y en aquella comarca, casi podía conocerse la opinión de cada uno por el modo de llevar cubierta la cabeza: los que usaban sombreros eran realistas y los que llevaban gorros eran republicanos. Cesaron los murmullos y la confusión de voces;

todos prestaron atención y el pregonero leyó:

—En virtud de las instrucciones que se me han comunicado y de los poderes que me han sido conferidos por el Comité de Salud Pública…

Hubo un segundo redoble de tambor. El pregonero prosiguió.

—… y en cumplimiento del decreto de la Convención Nacional, que declara fuera de la ley a los rebeldes apresados con las armas en la mano, y condena a la pena capital a los que dieren asilo o protegieren en su fuga…

Un campesino le preguntó en voz baja a su vecino:

—¿Qué significa eso de la pena capital?

—No lo sé —contestó el vecino.

El pregonero agitó el cartel.

—Visto el artículo 17 de la ley del 30 de abril que concede todos los poderes a los delegados y subdelegados en contra de los rebeldes… quedan declarados fuera de la ley —se detuvo un instante y agregó—: los individuos designados con los nombres y apodos que siguen:

La muchedumbre aguzó el oído.

La voz del pregonero tronó. Dijo.

—Lantenac, faccioso…

—Es el señor —murmuró un aldeano.

Se oyó un cuchicheo general entre la muchedumbre:

—Es el señor.

—Lantenac, antes marqués, faccioso —repitió el pregonero—, Imânus, faccioso.

Dos campesinos se miraron de reojo:

—Es Gouge-le-Bruant.

—Sí, *Matazules*.

—Gran-Francœur, faccioso —continuó el pregonero.

—Es un sacerdote —murmuró la multitud.

—Sí, el señor cura Turmeau.

—Sí, es cura de no sé dónde, de un pueblo que se halla por el bosque de la Chapelle.

—Es cura y faccioso —concluyó un hombre con gorro.

—Boisnouveau, faccioso —reanudó su lectura el pregonero—. Los dos hermanos Pica-de-madera, facciosos. Houzard, faccioso.

—Es el señor de Quelen —dijo un campesino.

—Cesto, faccioso.

—Es el señor Sepher.

—Plaza-limpia, faccioso.

—Es el señor Jamois.

El pregonero continuó su lectura sin hacer caso de los comentarios.

—Guinoiseau, faccioso. Chatenay, apodado Robí, faccioso.

—A Guinoiseau lo llaman el Rubio —susurró un aldeano—. Chatenay es de Saint

Ouen.

—Hoisnard, faccioso.

—Es de Ruillé —murmuró la gente.

—Sí, es Rama-de-Oro.

—Tuvo un hermano que murió en el ataque de Pontorson.

—Sí, Hoisnard-Malonnière.

—Un guapo mozo de diecinueve años.

—Atención —dijo el pregonero—. Ahora termino la lectura de la lista. Viña-Hermosa, faccioso. Dulzaina, faccioso. Acuchillador, faccioso. Pimpollo-de-Amor, faccioso.

Un muchacho le pegó un codazo a una joven, y ambos sonrieron.

—Canta-en-Invierno, faccioso. El Gato, faccioso.

—Éste es Moulard —intervino un aldeano.

—Tabouze, faccioso.

—Es Barquillo —dijo otro aldeano.

—Los Barquillos son dos —aclaró una mujer.

—Y los dos buenos —añadió un jovenzuelo.

El pregonero agitó el cartel y el tambor redobló de nuevo para anunciar que iba a leerse lo más importante del bando.

—Los arriba mencionados, en cualquier parte donde fueren hallados, previa la identificación de sus personas, sufrirán inmediatamente la pena de muerte.

Hubo una gran agitación.

—Todo aquel que les concediere asilo o facilitase su evasión —siguió el pregonero—, será sometido a Consejo de Guerra y condenado a muerte. Firmado…

Se hizo un profundo silencio.

—Firmado: el delegado del Comité de Salud Pública, Cimourdain.

—Un cura —dijo un aldeano.

—Sí, el antiguo cura de Parigné —afirmó otro.

Un ciudadano añadió:

—Turmeau y Cimourdain. Un cura blanco y otro azul.

—Los dos negros —rectificó otro ciudadano.

El alcalde, que estaba aún en el balcón, se quitó el sombrero y proclamó:

—¡Viva la República!

Un nuevo redoble de tambor anunció que el pregonero todavía no había concluido. En efecto, el hombre hizo una señal con la mano y agregó:

—Atención. Voy a leer las cuatro últimas líneas del bando del Gobierno. Están firmadas por el jefe de la columna expedicionaria de las costas del norte, que es el comandante Gauvain.

—¡Escuchad! —dijeron las voces de la multitud.

Y leyó:

—Bajo pena de muerte…

Todos se estremecieron.

—… y en cumplimiento del bando arriba inserto, se prohíbe llevar auxilio de ninguna clase a los diecinueve rebeldes ya nombrados, que, en estos momentos, están cercados y sitiados en la Tourgue.

—¿Cómo? —gritó una voz.

Era la voz de una mujer, la voz de la madre.

III

MURMURACIÓN DE ALDEANOS

Michelle Fléchard, que se había mezclado con la multitud, no había escuchado nada; pero aun sin escuchar, se entiende. Oyó estas palabras: la Tourgue. Alzó la cabeza.

—¿Cómo, la Tourgue? —repitió.

La miraron. Tenía un aire extraviado y estaba cubierta de harapos.

—Esa mujer parece rebelde —murmuraron algunos.

Una aldeana, que llevaba panes de trigo sarraceno en una cesta, se le acercó y le suplicó en voz baja:

—Callad.

Michelle Fléchard la miró con estupefacción, sin comprender por qué le recomendaban silencio. La palabra la Tourgue había cruzado como un relámpago por su mente, dejando luego en ella la oscuridad. ¿Acaso no tenía derecho a reclamar información? ¿Por qué la gente la miraba de aquella manera?

Entre tanto, el tambor dio el último redoble, el mozo del pregonero enganchó el cartel, el alcalde entró en la alcaldía, el pregonero se dirigió a otro pueblo y los grupos empezaron a dispersarse.

Un grupo, sin embargo, continuó frente al cartel. Michelle se dirigió hacia ellos. Se hacían comentarios respecto a los que estaban ya declarados oficialmente fuera de la ley. Entre los reunidos había aldeanos y ciudadanos; es decir, blancos y azules.

—Es igual, no los tienen a todos; diecinueve sólo son diecinueve —decía un aldeano—. No tienen cercados ni a Priou, ni a Benjamin Moulins, ni a Goupil, de la parroquia de Andouillé.

—Ni a Lorieul, de Monjean —dijo otro.

Otros agregaron:

—Ni a Brice-Denys.

—Ni a François Dudouet.

—Sí, el de Laval.

—Ni a Huet, el de Launey-Villiers.

—Ni a Grégis.

—Ni a Pilon.

—Ni a Filleul.

—Ni a Ménicent.

—Ni a Guéharrée.

—Ni a los tres hermanos Logerais.

—Ni al señor Lechandelier de Pierreville.

—¡Imbéciles! —exclamó un anciano severo de cabellos blancos—. Lo tienen todo si atrapan a Lantenac.

—Todavía no lo han atrapado —objetó un jovenzuelo.

—Atrapado Lantenac —replicó el anciano—, el alma de la insurrección estará atrapada. La muerte de Lantenac es la muerte de la Vendée.

—¿Quién es ese Lantenac? —inquirió un ciudadano.

—Un ex noble —contestó otro.

—Uno de los que fusilan a las mujeres.

—Es verdad —asintió Michelle Fléchard, que escuchaba el diálogo.

Todos se volvieron a mirarla.

—Es verdad —repitió Michelle.

Y añadió:

—A mí me fusiló.

La frase era singular. Una persona viva proclamaba su muerte. Todos la examinaron con recelo.

Su aspecto era inquietante: asustada, estremecida, con una ansiedad azulada, tan espantada que espantaba. En la desesperación de la mujer hay un no sé qué de debilidad que es terrible: se cree ver a un ser suspendido del destino. Pero los campesinos toman las cosas más groseramente. Uno de ellos murmuró:

—Podría ser una espía.

—Callad y marchaos de aquí —le aconsejó a Michelle la mujer que antes le había hablado.

Michelle Fléchard respondió:

—Yo no hago mal a nadie. Busco a mis hijos.

La buena mujer miró a los que estaban contemplando a Michelle Fléchard, se llevó un dedo a su frente, y guiñando un ojo, exclamó:

—Es una loca.

Después se la llevó aparte y le entregó un panecillo de trigo sarraceno. Michelle, sin darle las gracias, empezó a devorar ávidamente el pan.

—Sí —murmuraron los campesinos—, come como un animal; es una loca.

Y el grupo se dispersó, marchándose cada cual por su lado. Cuando Michelle Fléchard hubo terminado de engullir el pan, le dijo a la aldeana:

—Muy bien, ya he comido. ¿Ahora, dónde está la Tourgue?

—Otra vez con tu manía…

—Necesito ir a la Tourgue. Decidme cuál es el camino.

—Jamás —dijo la aldeana—. ¿Quieres que te maten? Además, no lo sé. ¿Estás loca de verdad? Pobre mujer, pareces muy cansada. ¿Quieres descansar en mi casa?

—Yo no descanso —replicó la madre.

—Tienes los pies desollados —murmuró la aldeana.

Michelle Fléchard prosiguió:

—Ya os he dicho que me han robado a mis hijos. Una niña y dos niños. Vengo de la covacha del bosque. Podéis preguntarle a Tellmarch-el-Pedidor. Y también al hombre que está en los campos de abajo. El Pedidor es quien me curó. Dijo que yo tenía algo roto. Todo esto son cosas que han pasado. Él os lo dirá. Conozco también al sargento Radoub. Él fue quien nos encontró en el bosque. Mis hijos son tres. Tres niños. El mayor se llama René-Jean, puedo probarlo; el otro, Gros-Alain, y la pequeñita Georgette. Mi marido murió; lo mataron, era labrador de una alquería de Siscoignard. Vos parecéis una buena mujer. Por favor, mostradme el camino de la Tourgue. No estoy loca, es que soy madre, he perdido a mis hijos y los busco, ésta es la verdad. No sé exactamente de dónde vengo; esta noche dormí sobre un costal de paja en una granja abandonada y voy a la Tourgue. No soy ninguna ladrona, ya veis que os hablo francamente. Deberían ayudarme a encontrar a mis hijos, pero no soy del país. Me fusilaron, pero no sé dónde.

La aldeana meneó la cabeza y dijo:

—Escucha, viajera. En tiempos de revolución no es posible decir cosas que no se entienden. Podrían prenderte.

—¿Pero y la Tourgue? —exclamó la madre— ¡Señora, por el amor del Niño Jesús y de la santa Virgen del Paraíso, os ruego, os suplico, os conjuro a que me digáis por dónde se va a la Tourgue!

La aldeana montó en cólera.

—¡No lo sé! Y aunque lo supiera, no te lo diría. Es un mal paraje. Allá no se va.

—Pues yo iré —dijo la madre.

Y reanudó la marcha.

La aldeana contempló cómo se alejaba, murmurando:

—Será preciso que coma algo.

Corrió tras Michelle Fléchard y le puso en la mano otro panecillo:

—Esto es para cenar.

Michelle Fléchard cogió el pan, no respondió, no volvió la cabeza, y prosiguió su camino. Salió de la aldea. Junto a las últimas casas encontró a tres niños harapientos y descalzos que regresaban al pueblo. Se acercó a ellos.

—No, éstos son un muchacho y dos niñas.

Y observando que miraban el pan que llevaba, se lo dio.

Los niños cogieron el pan y corrieron asustados.

Ella se adentró en el bosque.

IV

EL ERROR

Aquel mismo día, antes de la llegada del alba, en la intensa oscuridad del bosque, en la parte del camino que conduce de Javené a Lécousse, ocurrió lo siguiente:

En el Bocage todos los caminos son hondonadas y, entre todos, el de Javené a Parigné por Lécousse es de los más tortuosos y encajonados. Es más barranco que camino. Viene de Vitré y en sus tiempos tuvo el honor de sacudir el carruaje de Madame de Sévigné. Discurre entre muros de maleza a ambos lados. No hay lugar mejor para una emboscada.

Aquella mañana, una hora antes de que Michelle Fléchard, en otra parte del bosque, llegara a la primera aldea, donde había tenido lugar la aparición sepulcral del carro escoltado por gendarmes, había entre las matas del camino de Javené al paso del puente del Cousnon una multitud de hombres invisibles, ocultos entre la maleza. Eran aldeanos, todos vestidos con el grigo, sayal de piel que llevaban los reyes de Bretaña en el siglo VI y los aldeanos en el XVIII. Unos estaban armados con fusiles, otros con hachas. Los que llevaban hachas acababan de preparar, en un claro del bosque, un montón de leña y ramajes que sólo esperaba la mecha para arder. Los que llevaban fusiles se hallaban agrupados a ambos lados del camino, a la espera. El que hubiese observado entre las ramas habría visto que todos los cañones de los fusiles estaban apoyados en sus horquillas y debidamente amartillados, con los dedos aplicados sobre los gatillos. Aquellos hombres estaban al acecho. Todos los fusiles apuntaban al camino, que empezaba a blanquear con la claridad del alba.

En aquel crepúsculo, varias voces murmuraban:

—¿Estás seguro de eso?

—Eso dicen, al menos.

—¿Y pasará por aquí?

—Se dice que está en el país.

—Pues no debe salir de él.

—Es preciso quemarla.

—Para eso nos hemos reunido tres pueblos.

—Pero, ¿y la escolta?

—La mataremos.

—¿Pero pasará por este camino?

—Eso esperamos.

—¿Así que viene de Vitré?

—¿Y por qué no?

—Decían que venía de Fougères.

—Que venga de Fougères o de Vitré, siempre la envía el diablo.

—Sí, es cierto.

—Y es preciso que vuelva al diablo que la envía.

—Cierto también.

—¿Iba, pues, a Parigné?

—Así parece.

—Pues no irá.

—No.

—¡No, no y no!

—¡Atención!

En efecto, era oportuno el silencio, porque empezaba a levantarse el día.

De repente, los emboscados contuvieron la respiración para oír mejor el ruido de caballos y ruedas que se acercaba. Miraron a través de las matas y divisaron confusamente en el camino una carreta cargada y escoltada por jinetes.

—Ahí está —susurró el que parecía el jefe.

—Sí —asintió otro—, y con escolta.

—¿Cuántos hombres?

—Doce.

—¿No decían que eran veinte?

—Doce o veinte, deben morir todos.

—Hay que esperar a que se hallen a tiro. Poco después, la carreta con su escolta dobló un recodo.

—¡Viva el rey! —gritó el jefe de los vendeanos.

Cien tiros partieron a la vez de cien fusiles.

Cuando se hubo disipado el humo, la escolta también había desaparecido. Siete jinetes habían caído y los cinco restantes habían huido. Los campesinos corrieron hacia la carreta.

—¡Vaya! —exclamó el jefe—. No es una guillotina, sino una escalera.

En efecto, la única carga de la carreta era una larga escalera.

Los dos caballos que tiraban de ella estaban tumbados en el suelo, malheridos; el carretero estaba muerto, aunque los paisanos no habían querido matarlo.

—De todos modos —continuó el jefe—, una escalera escoltada es sospechosa. Iban a Parigné. Seguro que era para escalar la Tourgue.

—¡Quememos esta escalera! —propusieron los aldeanos.

Y la quemaron…

En cuanto a la fúnebre carreta que esperaban, ésta seguía otro camino y se hallaba ya dos leguas más allá, en la aldea por donde Michelle Fléchard la vio pasar al amanecer.

V

VOX IN DESERTO

Michelle Fléchard, separándose de los tres niños a quienes diera el pan, empezó a caminar a la ventura por el bosque.

Como no hallaba quien le mostrase el camino, estaba resuelta a encontrarlo por sí sola. De vez en cuando se sentaba, volvía a levantarse, seguía andando y volvía a sentarse. Experimentaba ese lúgubre cansancio que se siente primero en los músculos y que luego pasa a los huesos: fatiga de esclavos. Era esclava, en efecto; esclava de sus hijos perdidos. Necesitaba recuperarlos; cada minuto que transcurría podía representar su muerte. Quien tiene semejante deber, no tiene derecho al descanso, y hasta le está prohibido tomar aliento. ¡Pero se hallaba tan extenuada! En el grado de abatimiento en que estaba, un paso más era un problema. ¿Lograría dar ese paso? Estaba andando desde la madrugada, sin haber pasado por ningún pueblo ni haber avistado una sola casa. Al principio tomó la senda recta que iba hacia la Tourgue; después siguió otra que se alejaba de la fortaleza y acabó por extraviarse entre unos matorrales muy parecidos entre sí. ¿Se había aproximado a su objetivo? ¿Tocaba al término de su pasión? Estaba en la Vía Dolorosa y sentía el abatimiento de la última estación. ¿Caería para expirar al borde del camino? Llegó un momento en que el avanzar le pareció imposible. El sol empezaba a declinar; el bosque estaba oscuro; los senderos desaparecían ya bajo la hierba, y Michelle no sabía qué iba a ser de ella. No tenía esperanza de otro auxilio que el de Dios.

Llamó y nadie le respondió.

Miró a su alrededor, vio un claro entre los ramajes y hacia allí se dirigió. De repente, estuvo fuera del bosque.

Tenía ante sus ojos un estrecho valle, casi una zanja, por cuyo fondo corría un hilo de agua clara. Advirtió entonces que tenía una sed ardiente, y bajando hasta el arroyuelo se arrodilló y bebió.

Aprovechando la ocasión de hallarse de hinojos, rezó sus oraciones.

Después se incorporó y procuró orientarse.

Vadeó el arroyo.

Más allá del estrecho valle se prolongaba una vasta planicie poblada de matas bajas que, partiendo del arroyo, subía en plano inclinado. El bosque era la soledad; aquella llanura era el desierto. En el bosque, detrás de cada arbusto podía hallarse una persona; en la planicie, en todo cuanto alcanzaba la vista, no se veía a nadie. Sólo los pajarillos que parecían fugitivos volaban entre los brezos.

Ante aquel inmenso abandono, la madre, desconsolada, sintió doblársele las rodillas. Azorada y medio loca, lanzó a la soledad este grito extraño:

—¿Hay alguien aquí?

Esperó la respuesta.

Y la respuesta llegó.

En aquel monte estalló una voz sorda y profunda, que procedente del extremo del horizonte, resonó de eco en eco. Aquella voz era como un trueno, o como un cañonazo, y pareció responder afirmativamente a la pregunta de la madre.

Después, todo volvió a quedar en silencio.

La madre se enderezó, reanimada; había alguien en la planicie. Le parecía que ya tenía con quién hablar; acababa de beber y rezar; había recobrado las fuerzas y empezó a ascender por la llanura hacia el lugar de donde había surgido aquella voz lejana.

De pronto, vio aparecer en el horizonte una alta torre solitaria dominando el agreste paisaje; un rayo del sol poniente teñía de púrpura sus muros. Se hallaba como a una legua de distancia. Detrás de la torre se perdía, entre la bruma, la verde y difusa espesura del bosque de Fougères.

Aquella torre le pareció situada en el mismo lugar de donde había partido el trueno que había tomado por respuesta. ¿Era la torre la causa de aquel estruendo?

Michelle Fléchard llegó a la máxima altura de la planicie. Delante de ella sólo le quedaba la árida llanura.

Se encaminó hacia la torre.

VI

SITUACIÓN

El momento había llegado.

El inexorable tenía cercado al despiadado.

Cimourdain tenía al alcance de su mano a Lantenac. El viejo realista estaba acosado en su propia guarida; evidentemente, no podía escapar, y Cimourdain deseaba que fuese decapitado allí mismo, en sus tierras, en sus dominios, en su propia morada, a fin de que la mansión feudal viese caer la cabeza del hombre feudal, para que el ejemplo fuese memorable.

Por eso había enviado a buscar la guillotina a Fougères.

Matar a Lantenac era matar a la Vendée; matar a la Vendée era salvar a Francia. Cimourdain no vacilaba; cumplía, gozoso, la ferocidad de su deber.

El marqués estaba perdido; por este lado Cimourdain se hallaba tranquilo, pero por otro lado tenía un recelo. La lucha sería espantosa. Gauvain tenía que dirigirla y querría tornar parte activa en ella. El joven comandante tenía sangre de soldado y

desearía mezclarse en el terrible combate. ¡Con tal de que no matasen a Gauvain, a su hijo, el único objeto de cariño que tenía sobre la tierra! Hasta entonces la suerte le había sonreído, pero la fortuna se cansa a veces de favorecer a sus protegidos. Cimourdain temblaba; su extraño destino le había situado entre los dos Gauvain: uno, al que quería dar muerte; otro, al que quería vivo.

El cañonazo que había despertado a Georgette en su cuna y que había servido de respuesta a su madre en su pozo de soledad, había provocado algo más. Fuera casualidad o intención del artillero, la bala, que sólo era de aviso, había roto y medio arrancado el armazón de barrotes de hierro que tapiaba y cerraba la gran tronera del primer piso de la torre. Los sitiados no habían tenido tiempo de reparar el desperfecto.

Habían pecado de jactanciosos. Tenían pocas municiones. Su situación era aún más crítica de lo que los sitiadores suponían. De haber tenido bastante pólvora, habrían volado la Tourgue con ellos y el enemigo dentro, ése era su deseo, pero las reservas se hallaban agotadas y apenas tenían para treinta disparos por persona. Tenían muchos fusiles, escopetas y pistolas, pero pocos cartuchos. Habían cargado todas las armas a fin de poder hacer fuego sin interrupción, ¿pero cuánto tiempo duraría este fuego? Era preciso al mismo tiempo alimentarlo y economizarlo, y en esto estribaba la dificultad. Por fortuna —¡fortuna siniestra!— la lucha sería principalmente de hombre a hombre y con arma blanca, a sablazos y cuchilladas. Se pelearía cuerpo a cuerpo, más que a tiros. En lugar de fusilarse, iban a descuartizarse. Tal era su esperanza.

El interior de la torre parecía inexpugnable. En la sala baja, con la que comunicaba la brecha abierta por el cañón de los sitiadores, se hallaba la retirada, la barricada sabiamente construida por Lantenac, que obstruía la entrada. Detrás se veía una mesa larga cubierta de armas cargadas: fusiles, carabinas y mosquetones, y además, sables, hachas y puñales. No pudiendo utilizar el calabozo del olvido para volar la torre, el marqués había ordenado cerrar la trampa del mismo, ya que comunicaba con la sala baja. Encima de ésta se hallaba la sala redonda del primer piso, a la que se subía por una escalera de caracol muy estrecha. Aquella sala tenía, como la inferior, una larga mesa atestada de armas dispuestas para su uso inmediato, y estaba alumbrada por la gran ventana aspillera, cuyos barrotes acababa de destruir la bala de aviso. Otra escalera en espiral conducía desde allí a la sala del piso segundo, donde estaba la puerta de hierro que daba acceso al puente-castillo. Esta sala del segundo piso se llamaba indistintamente sala de la puerta de hierro o de los espejos, a causa de tener sobre la piedra desnuda, colgados de clavos muy oxidados, muchos espejos pequeños, extraña delicadeza en medio de tanto salvajismo. No pudiendo ser defendidos los pisos superiores, la sala de los espejos era lo que Manesson-Mallet, el legislador de las plazas fuertes, llama “el último reducto donde los sitiados capitulan”. Había que impedir a los sitiadores llegar hasta allí.

Aunque estaba iluminada por dos grandes aspilleras, brillaba ya en ella una

antorcha. Plantada en una empuñadura de hierro semejante a la de la sala baja, la había encendido Imânus, poniendo junto a ella el extremo de la mecha azufrada. Terrible signo.

En el fondo de la sala baja, sobre una larga tabla, había víveres como en una caverna homérica: grandes platos de arroz, otros de fur, que es trigo negro cocido; picadillo de ternera; tortas de huichepote, especie de pasteles de harina y frutas cocidas, y jarros de sidra. Comía y bebía allí todo el que quería.

El cañonazo los puso a todos sobre aviso. Sólo quedaba media hora de tregua.

Imânus, desde lo alto de la torre, vigilaba los movimientos de los sitiadores. Lantenac había ordenado no disparar y dejar que se acercasen, diciéndoles:

—Son cuatro mil quinientos; matar a los de fuera es inútil. Mataremos sólo a los que entren. Cuando estén dentro se restablecerá el equilibrio entre ellos y nosotros. Igualdad y fraternidad —concluyó riendo.

Estaba acordado que cuando el enemigo iniciara sus movimientos, Imânus daría la señal con la corneta.

Todos en silencio, apostados detrás de la retirada o en los peldaños de la escalera de caracol, esperaban con el fusil en una mano y el rosario en la otra.

La situación exacta era ésta: respecto a los sitiadores, una brecha que acometer, una barricada que forzar, tres salas superpuestas que asaltar, una tras otra; dos escaleras en espiral que conquistar, escalón por escalón, bajo una granizada de metralla. Para los sitiados, morir.

VII

PRELIMINARES

Gauvain, por su parte, hacía sus preparativos para el ataque. Daba sus últimas instrucciones a Cimourdain que, como se recordará, sin tomar parte en la acción debía guardar la planicie; y a Guéchamp, que con el grueso de la tropa debía permanecer apostado en el campamento del bosque. Estaba acordado que ni la batería baja del bosque ni la alta de la planicie abrirían fuego, a no ser que por alguno de ambos sitios hubiese intento de salida o evasión. Gauvain se reservó el mando de la columna de asalto, y esto era lo que inquietaba a Cimourdain.

El sol acabó de ponerse.

Una torre en campo raso parece un buque en alta mar. Debe ser atacada de la misma manera, al abordaje más que al asalto. Los cañones, en este caso, son inútiles. ¿De qué sirve el cañón contra muros de tres metros de espesor? Una brecha en el costado del buque: unos tratan de forzarla, y otros de defenderla, pero las armas son

las hachas, los machetes, las pistolas, los puños, y los dientes. Ésta es la aventura.

Gauvain comprendía que no existía otro medio de capturar la torre. Nada, sin embargo, más mortífero que un combate en el que los enemigos se ven mutuamente hasta el blanco de los ojos. Conocía el complicado interior de la torre porque en ella se había criado.

Reflexionaba profundamente.

Entretanto, Guéchamp, a pocos pasos de su jefe, examinaba con el anteojo el horizonte por el lado de Parigné. Al cabo de un rato exclamó:

—¡Ah, al fin!

Esa exclamación sacó a Gauvain de sus ensoñaciones.

—¿Qué Guéchamp?

—Mi comandante, la escalera.

—¿La escalera de salvamento?

—La misma.

—¿Cómo? ¿Es que aún no ha llegado?

—No, mi comandante, lo cual me tenía inquieto. El expreso enviado a Javené volvió.

—Lo sé.

—Dijo que había encontrado en la carpintería de Javené una escalera de las dimensiones requeridas y que la había requisado. La puso en una carreta, y la había visto salir de Parigné escoltada por doce jinetes. Una vez llevada a cabo su misión, regresó a galope a darme el parte.

—Sí, dijo todo esto y añadió que, llevando la carreta dos buenos caballos, y habiéndose puesto en marcha a las dos de la madrugada, estaría aquí mucho antes de anochecer. ¿Qué más?

—Que el sol se ha puesto, mi comandante, y la carreta que trae la escalera no ha llegado todavía.

—¿Es posible? Sin embargo, es preciso atacar. La hora ha llegado, y si tardamos en hacerlo, los sitiados creerán que nos arredra el peligro y retrocedemos.

—Podemos atacar, mi comandante.

—Pero necesito esa escalera.

—Sin duda.

—Y no la tenemos.

—La tenemos.

—¿Cómo?

—Por eso he exclamado: ¡Ah, al fin! Temiendo que algún obstáculo entorpeciese su llegada, he tomado el catalejo y he escrutado el camino de Parigné a la Tourgue, y estoy satisfecho de lo que he visto. La carreta llega ahora; en este momento baja la cuesta, podéis verla.

Gauvain cogió el anteojo y miró.

—En efecto, ya la veo; no hay bastante claridad para distinguir todos los detalles.

Veo la escolta. Sólo que me parece más numerosa de lo dicho, Guéchamp.

—También a mí.

—Se hallan a cosa de un cuarto de legua.

—Mi comandante, la escalera estará aquí dentro de un cuarto de hora.

—Podemos atacar.

Era una carreta lo que llegaba, mas no la que ellos creían.

Gauvain, al volverse, se encontró frente al sargento Radoub, cuadrado, la vista baja, y en la actitud del saludo militar.

—¿Qué se ofrece, sargento Radoub?

—Ciudadano comandante, los soldados del batallón del Gorro Frigio tenemos que pediros una gracia.

—¿Cuál?

—La de ser los primeros en morir.

—¡Ah!

—¿Podéis permitírnoslo?

—Depende —respondió Gauvain.

—Mi comandante, desde el ataque de Dol hemos notado que economizáis nuestra sangre, por lo que todavía somos doce.

—¿Y qué?

—Que esto nos humilla.

—Sois de la reserva.

—Preferimos ser de la vanguardia.

—Pero es necesario que haya una retaguardia para asegurar el éxito al final de una acción; por eso os conservo.

—Demasiado.

—Es igual; pertenecéis a la columna y marcháis con ella.

—Detrás, pero el derecho de París es ir delante.

—Lo pensaré, sargento Radoub.

—Pensadlo hoy, mi comandante. Ésta es la ocasión. Habrá que dar y recibir buenos golpes; el combate será duro, y la Tourgue no es cosa que se toque sin chamuscarse los dedos. Pedimos el favor de quemarnos.

El sargento calló, se retorció el bigote y luego añadió:

—Además, mi comandante, en esta torre están nuestros chicos. Tenemos ahí a nuestros hijos, los hijos del batallón, nuestros tres niños. Ese canalla de Gouge-le-Bruant, a quien llaman *Matazules* e Imânus, ese facineroso, ese hombre del diablo, amenaza a nuestros niños, a nuestros hijos, ¿oís, mi comandante? Aunque se hunda el cielo y aunque mil rayos se opongan, no queremos que se les haga ningún mal. ¿Comprendéis esto, señor? No queremos. Hace poco, aprovechando la tregua, he subido a la planicie y los he visto por un ventanal. Sí, allí están; se les puede ver desde lo alto del barranco. Se han asustado de mí, ¡angelitos! Mi comandante, si cae un solo cabello de sus lindas cabecitas, juro por todo lo más sagrado, que yo, el

sargento Radoub, me las tendré con el mismísimo diablo. Ahora el batallón dice: queremos salvar a los niños o morir todos. Es nuestro derecho, ¡mil bombas! Sí, o salvarlos o morir todos. No digo más. Salud y respeto.

Gauvain le tendió la mano a Raboub, contestando:

—Sois de los valientes. Iréis con la columna de ataque. Seis de vosotros iréis en vanguardia, a fin de que todos os sigan al combate, y seis en la retaguardia, para que nadie retroceda.

—¿Seré yo también quien mande a los doce?

—Desde luego.

—Entonces, mi comandante, gracias, porque yo iré con la vanguardia.

Radoub volvió a saludar militarmente y se incorporó de nuevo a filas. Gauvain consultó su reloj, dijo unas palabras al oído de Guéchamp, y comenzó a formarse la columna de ataque.

VIII

LA PALABRA Y EL RUGIDO

Entre tanto, Cimourdain, que todavía no había llegado a su puesto en la planicie, y estaba al lado de Gauvain, se aproximó a un clarín y le ordenó:

—Toca a parlamento.

El clarín sonó, la cometa respondió.

Un sonido de clarín y otro de corneta se intercambiaron de nuevo.

—¿Qué es eso? —le preguntó Gauvain a Guéchamp—. ¿Qué quiere Cimourdain?

Cimourdain había avanzado hacia la torre, agitando un pañuelo blanco. Alzó la voz:

—¡Hombres de la torre! ¿Me conocéis?

Una voz, la de Imânus, respondió desde lo alto de la torre:

—Sí.

Ambas voces se hablaron y se respondieron, y se pudo oír esto:

—Soy el enviado de la República.

—Eres el antiguo cura de Parigné.

—Soy el delegado del Comité de Salud Pública.

—Eres un sacerdote.

—Soy el representante de la ley.

—Eres un renegado.

—Soy el comisario de la Revolución.

—Eres un apóstata.

—Soy Cimourdain.

—Eres el diablo.

—¿Me conocéis?

—Te execramos.

—¿Os daríais por satisfechos teniéndome en vuestro poder?

—Dieciocho de los que aquí estamos daríamos nuestra cabeza por cortar la tuya.

—Pues bien, vengo a entregarme.

En lo alto de la torre estalló una carcajada salvaje, a la que siguió este grito:

—¡Ven!

En el campamento reinaba un profundo silencio, a la expectativa de lo que iba a acontecer.

Cimourdain prosiguió:

—Con una condición.

—¿Cuál?

—Escuchad.

—Habla.

—¿Me aborrecéis?

—Sí.

—Yo os amo; soy vuestro hermano.

—Es verdad, eres Caín —repuso la voz de la torre.

Cimouirdain dio a su voz una inflexión singular, a la vez enérgica y dulce:

—Insultadme, pero escuchad. Vengo a parlamentar. Sí, sois mis hermanos. Sois una pobre gente engañada. Soy vuestro amigo. Soy la luz que habla a la ignorancia, y en la luz siempre hay fraternidad. ¿No tenemos vosotros y yo una misma madre, que es la patria? Oídme bien: con el tiempo sabréis, o lo sabrán vuestros hijos o vuestros nietos, que todo lo que se hace en este momento se ejecuta en cumplimiento de leyes superiores a la condición humana y que Dios anida en el fondo de la Revolución. Mientras llega el momento de que se iluminen todas conciencias, las vuestras también, y de que se disipen todos los fanatismos, incluso los nuestros; mientras llega esa gran claridad que ha de venir, ¿no habrá nadie que tenga compasión de vuestras tinieblas? Yo vengo a vosotros y os ofrezco mi cabeza; hago más, os tiendo la mano y solicito de vosotros la gracia de perderme para salvaros. Tengo plenos poderes, y lo que prometo puedo cumplirlo. Estamos en un instante supremo, y por mi parte hago el último esfuerzo. Sí, quien os habla es un ciudadano y este ciudadano se halla investido del carácter sacerdotal. El ciudadano os hace la guerra, pero el sacerdote os implora. Escuchadme. Muchos de vosotros tenéis mujer e hijos; yo tomo la defensa de vuestros hijos y vuestras mujeres; tomo su defensa contra vosotros mismos. ¡Oh, hermanos míos!

—Adelante con el sermón —se burló Imânus.

Cimourdain continuó:

—Hermanos, no permitáis que llegue la execrable hora de degollarnos

mutuamente. Muchos de los que aquí nos hallamos no verán el sol mañana, muchos de los nuestros perecerán y vosotros todos, sí, todos vosotros moriréis. ¿Por qué derramar toda esa sangre en vano? ¿Por qué matar a tantos hombres cuando basta que mueran dos?

—¿Dos? —dijo Imânus.

—Sí, dos.

—¿Quiénes?

—Lantenac y yo.

Y Cimourdain levantó la voz:

—Dos hombres están de más en el mundo. Lantenac según nosotros, yo según vosotros. Oíd el trato que os ofrezco: serán respetadas las vidas de todos vosotros. Dadnos a Lantenac y apoderaos de mí. Lantenac será guillotinado, y vosotros haréis de mí lo que os plazca.

—Cura —aulló Imânus—, si te atrapamos vivo te asaremos a fuego lento.

—Consiento en ello —dijo Cimourdain.

Y continuó:

—En esa torre os halláis todos sentenciados a muerte; yo prometo que todos saldréis de ella vivos y en libertad dentro de una hora. Os traigo la salvación. ¿La aceptáis?

Imânus estalló:

—¡No eres solamente malvado, sino que estás loco! ¿Por qué vienes a importunarnos? ¿Quién te ha pedido que nos suplicases? ¡Nosotros entregar a monseñor! ¡Bah! ¿Qué es lo que pretendes?

—Cortarle la cabeza, pero a cambio os ofrezco…

—Ya lo sabemos: tu pellejo. Y si estuvieses en nuestras manos te degollaríamos como a un perro rabioso, cura Cimourdain; pero tu pellejo no vale tanto como su cabeza. Vete.

—El combate será terrible. Por última vez os pido que reflexionéis.

La noche iba echándose encima mientras sonaban aquellas palabras sombrías, que se oían tanto fuera como dentro de la torre. El marqués de Lantenac guardaba silencio y dejaba hablar. Los jefes tienen siniestros egoísmos. El egoísmo es un derecho inherente a la responsabilidad.

Imânus alzó la voz por encima de la de Cimourdain:

—¡Hombres que nos atacáis! Os hemos hecho nuestras propuestas; hechas están y nada añadimos ni quitamos de ellas. Aceptadlas, de lo contrario, ¡ay de todos! ¿Consentís? Os daremos los tres niños que están aquí y nos daréis salida y el paso libre a todos.

—¡A todos sí —replicó Cimourdain—, excepto a uno!

—¿Quién?

—Lantenac.

—¡Monseñor! ¿Entregar al señor marqués? ¡Jamás!

—Sólo pactaremos con esta condición.

—Entonces, comenzad el ataque.

Todo quedó en silencio.

Imânus, tras haber hecho la señal con la corneta, descendió; el marqués desenvainó su espada; los diecinueve siriados se agruparon en silencio en la sala baja, detrás de la retirada, y se hincaron de rodillas. Se oía el paso mesurado de la columna de ataque que avanzaba hacia la torre en la oscuridad. El ruido se acercaba; de repente lo oyeron muy cerca de ellos, en la misma boca de la brecha. Arrodillados, se echaron los fusiles a la cara, apoyándolos en las hendiduras de la barricada. Grand-Francœur, que era el cura Turmeau, se levantó, con el sable desnudo en la mano derecha y un Crucifijo en la izquierda, y pronunció con voz grave:

—¡En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo!

Todos abrieron fuego a la vez y comenzó la lucha.

IX

TITANES CONTRA GIGANTES

El choque fue espantoso.

El cuerpo a cuerpo sobrepasaba a cuanto hubiese podido imaginarse.

Para hallar algo semejante sería preciso remontarse a los grandes desafíos de los dramas de Esquilo, o a las carnicerías de los antiguos tiempos feudales; a aquellos ataques al “arma corta” que duraron hasta el siglo XVII, cuando se penetraba en las plazas fuertes por las falsabragas o barbacanas; asaltos trágicos en los que, como dice un viejo sargento de la provincia de Alentejo: “Habiendo los hornillos producido su efecto, los sitiadores avanzan llevando tablas cubiertas de láminas de hojalata, armados con rodelas y manteletes y provistos de bombardas en abundancia, haciendo abandonar la trinchera o retirada del reducto a los de la plaza y apoderándose de ella con su empuje vigoroso sobre los sitiados.”

El lugar del combate era horrible; era una de esas brechas que en el lenguaje militar se denominan “brechas cubiertas”, es decir, que forman un boquete que atraviesa el muro de parte a parte, y no una fractura a cielo abierto. La pólvora había producido su efecto como una barrena, pero tan violento que la torre quedó hendida de resultas de la explosión, hasta más de ocho metros por encima de la brecha. Sin embargo, aquella hendidura nada significaba para el ataque, y la rotura que daba entrada a la sala baja parecía más una lanzada que penetra y perfora que un hachazo que corta y destroza.

Era como una punción en el costado de la torre, una fractura extensa y penetrante,

como un pozo horizontalmente tendido sobre la tierra, un corredor serpenteante y ascendente, a manera de intestino, a través de un muro de tres metros de espesor; una especie de cilindro informe, atestado de obstáculos, de trampas y explosiones, donde la frente chocaba con el granito, el pie con garfios y la vista con tinieblas.

Los asaltantes tenían delante de sí aquella entrada negra, boca de sima cuyas mandíbulas, superior e inferior, eran las piedras del muro desencajadas; las fauces de un tiburón no poseen dientes más formidables que los que presentaba aquella pavorosa brecha. Y, sin embargo, era preciso entrar y salir por aquel boquete.

Dentro estallaba la metralla; fuera se levantaba la retirada. Semejante ferocidad no se ve sino en los encuentros de los zapadores en las galerías, cuando la contramina viene a cortar la mina, o en los combates con arma blanca en los entrepuentes de los buques producidos durante el abordaje en las batallas navales. Pelear en el fondo de un foso es el último grado de lo horrible; es espantoso matarse unos a otros en la oscuridad de un lugar cubierto por todos lados. En el momento de entrar la primera oleada de sitiadores, toda la retirada se cubrió de relámpagos y hubo un estallido de rayos y truenos bajo tierra. El trueno sitiador respondió inmediatamente al trueno emboscado. Las detonaciones de los unos contestaron a las de los otros. El grito de Gauvain resonó:

—¡Adelante!

—¡Firmes contra el enemigo! —gritó Lantenac.

—¡Aquí los del Maine![51] —exclamó Imânus.

Después se oyeron las espadas contra las espadas, los pistoletazos y descargas espantosas de fusilería, matándolo todo. La antorcha clavada en la pared alumbraba vagamente aquella terrible escena, pero nada podía distinguirse entre la negrura rojiza del humo, el fuego y la sangre. El que entraba allí ensordecía y enceguecía súbitamente; ensordecía por el ruido atronador, enceguecía por el humo. Los que quedaban fuera de combate yacían entre los escombros. Los combatientes andaban sobre los cadáveres, aplastando las heridas y los brazos y piernas rotos; los heridos gemían, y los moribundos mordían los pies de los que les pisaban. De vez en cuando se producían pausas más pavorosas que el mismo ruido. La lucha se entablaba cuerpo a cuerpo; se oía el espantoso resoplido de las bocas, el rechinar de los dientes; después venían las imprecaciones y la tempestad volvía a reanudarse. Un arroyo de sangre empezó a salir de la torre por la brecha, extendiéndose en la oscuridad y formando sombríos charcos que humeaban entre la hierba. Era como si la torre misma hubiera sido herida y se desangrase.

Cosa sorprendente: todo esto apenas se oía desde fuera. La noche era muy oscura, y tanto en la planicie como en el bosque reinaba una especie de paz fúnebre en torno a la fortaleza sitiada. Dentro se hallaba el infierno, fuera el sepulcro. Aquel choque de hombres matándose en la oscuridad, aquellos tiros, aquellos gritos de furor y dolor, todo aquel tumulto expiraba bajo la masa pétrea de los muros y las bóvedas. Faltaba aire para el ruido, y a la matanza se añadía la sofocación casi asfixiante. Fuera de la

torre apenas se oía nada. Entre tanto, los niños dormían.

El encarnizamiento del combate continuó; los defensores del reducto se mantenían firmes; nada más difícil de forzar que esta clase de barricadas en ángulo. Si los sitiados tenían el número en contra, tenían a su favor la posición. La columna de ataque perdía mucha gente; formada en hileras en el exterior, iba penetrando lentamente por la abertura de la brecha y se encogía como una culebra que entra en su cubil.

Gauvain, que tenía la imprudencia de un jefe joven, estaba en la sala de abajo en lo más encarnizado del combate, rodeado de una granizada de balas. Poseía la confianza del hombre que jamás ha sido tocado ni herido a pesar de haber estado en cien combates.

Al volverse para dar una orden, vio a la luz de un fogonazo un rostro a su lado.

—Cimourdain, ¿qué hacéis aquí?

—Vengo a estar a tu lado.

—¡Os van a matar!

—¿Y tú? ¿Qué haces aquí?

—Yo soy necesario y vos no.

—Yo quiero estar donde estés tú.

—No, querido maestro.

—Sí, hijo mío.

Y Cimourdain continuó al lado de Gauvain,

Los muertos se iban amontonando en el suelo de la sala baja.

Aun cuando el reducto no había sido forzado, los sitiadores debían vencer. Los sitiadores estaban al descubierto y los sitiados al abrigo de la barricada; por cada uno de los segundos caían diez de los primeros; pero los sitiadores se renovaban y crecían, mientras el número de sitiados disminuía.

Los diecinueve sitiados se hallaban detrás de la retirada, que era el punto atacado. Tenían también muertos y heridos; a lo sumo, estaban combatiendo quince. Uno de los más feroces, Canta-en-Invierno, había quedado horrorosamente mutilado. Era un bretón rechoncho y peludo, pequeño y vivaz. Le habían sacado un ojo y roto la mandíbula. Podía todavía andar; se arrastró hasta la escalera de caracol y subió a la sala del primer piso con la esperanza de poder rezar y morir allí.

Se recostó junto al muro, cerca de la aspillera, para aspirar un poco de aire puro.

Abajo, la matanza junto al reducto era cada vez más terrible. En un intervalo entre dos horribles descargas, Cimourdain levantó la voz:

—Sitiados, ¿por qué os empeñáis en este inútil derramamiento de sangre? Estáis presos y sin esperanzas: rendíos. Pensad que somos cuatro mil contra diecinueve; o sea más de doscientos contra uno. ¡Rendíos!

—¡Basta de bobadas! —rugió el marqués de Lantenac.

Y veinte balas respondieron a Cimourdain.

La retirada no llegaba hasta la bóveda, lo que permitía a los sitiados disparar por

encima de aquélla, pero a cambio permitía a los sitiadores asaltarla.

—¡Al asalto! —exclamó el joven comandante—. ¿Hay alguno de buena voluntad que escale ese reducto?

—¡Yo! —dijo el sargento Radoub.

Todos abrieron fuego a la vez y comenzó la lucha.

X

RADOUB

Los sitiadores tuvieron un momento de estupor. Radoub había penetrado por la brecha a la cabeza de la columna de ataque con cinco más de su batallón parisiense, y de los seis, cuatro habían caído ya. Cuando hubo gritado "¡Yo!" se le vio no avanzar, sino retroceder. Bajando la cabeza y encorvando el cuerpo, casi arrastrándose entre las piernas de los combatientes, llegó a la brecha y salió por ella. ¿Huía? Semejante hombre no podía huir. ¿Qué significaba, entonces, aquel movimiento?

Cuando estuvo fuera de la brecha, el sargento se restregó los ojos cegados por el humo, como para ahuyentar de ellos el horror y la oscuridad, y al resplandor de las estrellas contempló la pared de la torre. Poco después, inclinó la cabeza en señal de asentimiento, como pareciendo decir: "No me había equivocado".

Radoub acababa de observar que la profunda hendidura producida por la explosión de la mina ascendía desde lo alto de la brecha hasta la aspillera del primer piso, cuyo armazón de barrotes de hierro estaba rota y dislocada por una bala de cañón. La red de barrotes colgaba medio arrancada y facilitaba el acceso a la aspillera.

Un hombre podría pasar por allí, ¿pero podría subir? Por la hendidura de la pared sí, a condición de ser un gato.

Precisamente esto era exactamente el sargento Radoub. Pertenecía a la raza que Píndaro llama de los "atletas ágiles". Es posible ser soldado viejo y hombre joven, y Radoub, que había servido en la Guardia Francesa, no tenía aún cuarenta años: era un Hércules ágil.

Dejó en tierra el fusil y el correaje, se quitó la casaca y la camisa, quedándose sólo con las pistolas, que metió en el cinto que sujetaba el pantalón, y el sable desenvainado que se puso entre los dientes. La culata de las pistolas sobresalía ligeramente por encima del cinturón.

Aligerado ya de los impedimentos, y seguido por la mirada de cuantos constituían la columna de ataque en la oscuridad exterior, empezó a trepar por los dientes de la hendidura de la pared, como una sombra. Le resultaba útil no llevar zapatos porque

nada más a propósito para escalar un muro que el pie descalzo. Crispaba los dedos de los pies en las grietas de las piedras, se izaba con los puños y se afirmaba con las rodillas. El ascenso era duro, como a través de los dientes de una sierra. Por fortuna, no había nadie en la sala del primer piso, pensaba Radoub, porque de otro modo no podría escalar la pared.

Eran más de ocho metros los que tenía que escalar. A medida que subía, un poco molesto por las culatas de las pistolas, la hendidura se iba estrechando y la ascensión se tornaba más penosa. El riesgo de una caída aumentaba al mismo tiempo que la profundidad del abismo.

Por fin llegó al reborde de la aspillera, apartó el enrejado roto y desvencijado, y viendo abierto un ancho paso se levantó con un poderoso esfuerzo de los músculos de sus brazos, apoyó la rodilla en la cornisa del reborde, asió con una mano un barrote de la derecha y otro de la izquierda y se irguió hasta medio cuerpo ante la aspillera con el sable entre los dientes, suspendido por las manos sobre el abismo.

Ya no le faltaba más que pasar la pierna dentro de la aspillera para saltar a la sala del primer piso.

Pero un rostro apareció en la aspillera.

Radoub vio de pronto delante de sí en la sombra algo espantoso: un ojo fuera de su órbita, una mandíbula rota, una cara ensangrentada.

Aquella mirada que no tenía más que una pupila, lo estaba contemplando.

El cuerpo al que pertenecía aquel ser deforme tenía dos manos que saliendo de la sombra se adelantaron hacia el sargento; una le cogió las dos pistolas de una vez, mientras la otra le arrebataba el sable de entre los dientes.

Radoub quedó desarmado; sus rodillas se deslizaban por el plano inclinado de la cornisa; sus dos manos, aferradas a los pedazos de barrote de la aspillera, apenas bastaban para sostenerlo, y debajo había ocho metros de precipicio.

Esa máscara y esas manos eran de Canta-en-Invierno.

Canta-en-Invierno, sofocado por el humo que subía de la sala de abajo, había logrado penetrar en el hueco de la ventana, donde el aire exterior le había reanimado; la frescura nocturna acababa de detener la salida de la sangre, dándole unas pocas fuerzas.

De repente vio surgir fuera de la aspillera el cuerpo de Radoub, quien con las manos en los barrotes no tenía más remedio que dejarse desarmar o dejarse caer. Canta-en-Invierno, espantoso y sereno, acababa de arrebatarle el sable y las pistolas. Entonces comenzó un duelo inaudito: el combate entre un hombre desarmado y otro herido. Evidentemente, el herido tenía más probabilidades a su favor que el desarmado. Una bala bastaba para precipitar a Radoub al abismo que tenía bajo sus pies.

Para fortuna de Radoub, Canta-en-Invierno, con las dos pistolas en una sola mano, no podía hacer uso de ellas, teniendo que servirse del sable, con el que tiró una estocada al hombro de Radoub. Aquella estocada hirió al sargento, pero éste salvó la

vida.

Radoub, sin armas, pero con toda su fuerza, no hizo caso de la herida, que no le había lastimado el hueso, y le dio al cuerpo un súbito impulso adelante, saltando por la aspillera al hueco donde se hallaba su enemigo.

Canta-en-Invierno, que había arrojado el sable, tenía ya una pistola en cada mano, dispuesto a disparar.

Arrodillado como estaba, apuntó a Radoub casi a quemarropa, pero su brazo debilitado estaba temblando, impidiéndole disparar con presteza. Radoub se aprovechó de aquel respiro para soltar la carcajada.

—¡Hola bellaco! ¿Crees que vas a meterme miedo con esas fauces de buey? ¡Diablo, cómo te han puesto de guapo!

Canta-en-Invierno seguía apuntándole con una pistola.

—Ya veo que la metralla te ha estropeado la cara —continuó el sargento—. ¡Pobre chico! Belona[52] te ha destrozado la fisonomía. Vamos, escupe el tirito, infeliz.

En efecto, salió el tiro y pasó tan cerca de la cabeza de Radoub que le segó la mitad de una oreja. Después Canta-en-Invierno levantó el otro brazo armado con la segunda pistola; pero Radoub no le dio tiempo a apuntar.

—Basta con una oreja; ya me has herido dos veces. Ahora me toca a mí.

Y arrojándose sobre Canta-en-Invierno desvió su brazo, haciendo salir el tiro que se perdió en el aire, mientras con la otra mano lo sujetó y le sacudió la mandíbula dislocada.

Canta-en-Invierno soltó un rugido y cayó desmayado.

Radoub saltó por encima de él y lo dejó en la tronera.

—Ahora que te he dado mi ultimátum, no te muevas. Quédate ahí, miserable reptil. No mereces que me detenga a aplastarte. Arrástrate tanto como gustes por el suelo, conciudadano de mis zapatos, o muérete, y eso habrás adelantado. Ahora sí sabrás muy pronto que tu cura sólo decía barbaridades. ¡Súmete en el gran misterio, campesino!

Luego avanzó por la sala del primer piso, murmurando:

—No se ve nada.

Canta-en-Invierno se agitaba convulsivamente, rugiendo en su agonía. Radoub se giró hacia él.

—Silencio. Haz el favor de callar, ciudadano inculto. Ya ves que en nada me meto contigo, ni me digno a darte el golpe de gracia. Déjame en paz.

Receloso, se mesó el cabello, sin dejar de mirar a Canta-en-Invierno.

—¿Qué hago ahora? Bien, estoy desarmado. Tenía dos tiros para aprovechar y tú los has gastado, animal. Y a todo esto, aquí hay un humo de mil demonios.

Y hallando su oreja seccionada, declaró:

—¡Ea!

Y prosiguió:

—¿Qué has ganado con haberme arrebatado media oreja? En fin, prefiero eso a otra cosa; una oreja no es mucho más que un adorno. También me has arañado el hombro, pero no es nada. Muere en paz, campesino, yo te perdono.

Escuchó. El ruido de la sala de abajo era espantoso. El combate continuaba con encarnizamiento.

—Se lo pasan bien ahí abajo. ¡Cómo aúllan “viva el rey”! Eso sí, revientan noblemente.

Sus pies tropezaron con el sable que estaba en el suelo. Lo recogió y agregó, dirigiéndose a Canta-en-Invierno, que ya no se movía:

—¿Lo ves, hombre de los bosques? Para lo que yo quería hacer, este sable no me sirve de nada. Lo recupero porque lo aprecio, pero yo necesitaba mis pistolas ¡Que el diablo te lleve, salvaje! Bien, aquí ya no hago nada.

Avanzó por la sala, tratando de orientarse. De repente, entre la penumbra, detrás del pilar del centro, observó una larga mesa y sobre ella algo que brillaba tenuemente. Tentó aquellos objetos: eran fusiles, carabinas, toda una serie de armas dispuestas en orden, como esperando las manos que se sirviesen de ellas. Era la reserva de combate preparada por los sitiados para la segunda fase del asalto: todo un arsenal.

—¡Caramba, un aparador! —exclamó Radoub.

Y se irguió fascinado.

Entonces se hizo formidable.

La puerta de la escalera que comunicaba con los pisos superior e inferior estaba abierta de par en par al lado de la mesa convertida en arsenal. Radoub dejó caer el sable; tomó en cada mano una pistola de dos cañones y descargó ambas a la vez desde la puerta sobre la espiral de la escalera; después tomó una escopeta y volvió a disparar; acto seguido se apoderó de un trabuco atestado de balines y lo descargó igualmente en el hueco de la escalera. El trabuco, al vomitar quince balas, pareció un cañón cargado de metralla. Radoub, cobrando ánimos, gritó con voz estruendosa en la escalera:

—¡Viva París!

Cogiendo el segundo trabuco, mayor que el primero, lo apuntó a la bóveda de la tortuosa escalera y esperó. El desorden que se produjo en la sala de abajo fue indescriptible. Golpes imprevistos como aquél desorganizan toda resistencia.

Dos de las balas de la triple descarga de Radoub habían sido bien aprovechadas: una había matado al mayor de los hermanos Pica-de-Madera y otra a Houzard, que era el señor de Quélen.

—¡Están arriba! —gritó el marqués.

Este grito decidió el abandono de la barricada. Una bandada de pájaros no se dispersa en menos tiempo; todos se precipitaron por la escalera hacia arriba, mientras el marqués animaba a los fugitivos:

—¡Pronto, pronto! ¡Aprisa! El valor consiste ahora en huir. Subamos todos al segundo piso y allí volveremos a luchar.

Fue el último en abandonar la barricada.

Este acto de valor le salvó la vida.

Radoub, escondido en lo alto del primer piso, con el dedo en el gatillo del trabuco, espiaba el momento en que los fugitivos subirían. Los primeros que aparecieron en la vuelta de la espiral recibieron la descarga en el pecho y cayeron como fulminados por un rayo. Si el marqués hubiese estado entre ellos habría muerto. Pero antes que Radoub tuviese tiempo de empuñar otra arma, pasaron los demás, el marqués el último, y con paso más lento que los otros. Creyendo que la sala del primer piso estaba llena de sitiadores, no se detuvieron en ella sino que ascendieron rápidamente a la del segundo, la de los espejos. Allí se hallaba la puerta de hierro; allí estaba también la mecha azufrada y allí era preciso capitular o morir.

Gauvain, tan sorprendido como ellos por las detonaciones de la escalera y sin explicarse aquel socorro imprevisto, se aprovechó de él, y saltando con los suyos por encima de la barricada persiguió a los sitiados hasta el primer piso.

Allí encontró a Radoub.

—Un momento, mi comandante —le esperó el sargento, tras hacer el saludo militar—, soy yo quien ha conseguido esta desbandada. Me he acordado de lo que hicisteis en Dol y os he imitado, cogiendo al enemigo entre dos fuegos.

—Buen discípulo —sonrió Gauvain.

Cuando se está largo rato en la oscuridad, los ojos se acostumbran a ver en ella como las aves nocturnas. Gauvain observó que el sargento estaba herido y ensangrentado.

—Pero estás herido, camarada.

—No es nada, mi comandante. ¿Qué significa una oreja más o menos? También tengo una estocada en el hombro. No importa. Cuando se rompe un vidrio, uno suele cortarse un poco. Además, sólo es mi sangre.

Hicieron alto en la sala del primer piso, conquistada por Radoub, y trajeron un farol. Cimourdain se unió a Gauvain. Deliberaban. En efecto, el caso merecía seria meditación. Los sitiadores no estaban en el secreto de los sitiados; ignoraban su escasez de municiones; no sabían que los defensores de la fortaleza tenían poca provisión de pólvora, y que el segundo piso era el último atrincheramiento. Los sitiadores podían suponer que la escalera estaba minada.

Sin embargo, una cosa era cierta: el enemigo no podía huir. Los que no habían muerto estaban allí como bajo llave. Lantenac estaba en la ratonera.

Con esta seguridad, no había inconveniente en concederse tiempo para estudiar el mejor desenlace posible. Habían muerto ya bastantes. Era preciso adoptar los medios para perder la menos gente posible en el último asalto.

El riesgo del segundo ataque sería grande. Habría que sostener y sufrir un nutrido fuego.

Interrumpido el combate, los sitiadores, dueños del piso bajo, y los del primero, esperaban para continuar las órdenes de su jefe. Gauvain y Cimourdain celebraban

consejo, y Radoub asistía en silencio a la conferencia.

Al cabo de un rato se atrevió a saludar de nuevo, diciendo con timidez:

—Mi comandante…

—¿Qué hay, Radoub?

—¿Tengo derecho a una pequeña recompensa?

—Cierto, pide lo que quieras.

—Pido subir el primero.

No era posible negárselo. De todas formas él lo hubiera hecho sin esperar el permiso.

XI

LOS DESESPERADOS

Mientras se deliberaba en el primer piso, se fortificaba en el segundo. La victoria es furor; la derrota es rabia. Los dos pisos iban a chocar con inmensa furia. Tener próxima la victoria embriaga. Abajo había esperanza, que sería la mayor de las fuerzas humanas de no existir la desesperación.

La desesperación estaba arriba.

Una desesperación tranquila, fría, siniestra.

El primer cuidado de los sitiados al llegar al nuevo refugio, último que les quedaba, fue obstruir la entrada. Cerrar la puerta era inútil; más valía impedir la subida por la escalera. En casos semejantes, un obstáculo, a través del cual puede verse y pelear, es preferible a una puerta cerrada.

La antorcha, clavada en la pared por Imânus cerca de la mecha, los alumbraba.

Había en aquella sala un baúl de encina, grueso y pesado, de los que se usaban para guardar vestidos y ropa de cama antes del invento de las cómodas.

Lo arrastraron, situándolo de pie a la entrada de la escalera, en la que encajaba sólidamente, tapando el hueco sin dejar más que un estrecho resquicio cerca de la bóveda por donde podía pasar un hombre, excelente situación para ir matando uno a uno a los que intentasen ascender por la escalera. Era dudoso que alguien se arriesgara a hacerlo.

La entrada de este modo obstruida proporcionaba cierto respiro. Lo aprovecharon para hacer recuento.

Los diecinueve estaban reducidos a siete, incluyendo a Imânus. Salvo éste y el marqués, todos estaban heridos.

Los cinco heridos, pero aún vivos para empuñar las armas, porque en el calor de la lucha toda herida que no sea muy grave permite combatir, eran Chatenay, llamado

Robi; Guinoiseau, Hoisnard Rama-de-Oro, Pimpollo-de-Amor y Grand-Francœur. Todos los demás habían muerto.

Se habían agotado las municiones y las cartucheras estaban vacías. Contaron los cartuchos. ¿Cuántos disparos podían hacer entre los siete? Cuatro.

Había llegado ese momento en el que lo único que puede hacerse es caer. Estaban acorralados sobre el precipicio, abierto y terrible. Era imposible estar más al borde del abismo.

En esto, empezó de nuevo el ataque. Se oían los culatazos que los sitiadores daban en la escalera, sondeándola escalón a escalón.

No había forma de huir. ¿Por la biblioteca? Seis cañones, situados en la planicie y enfilados por aquella parte con la mecha a punto hacían imposible aquella salida. ¿Por las dependencias superiores? Era inútil, porque terminaban en la azotea y no les quedaría otro recurso que arrojarse torre abajo.

Los siete supervivientes de aquella partida épica se veían inexorablemente atrapados por aquel espeso muro que los protegía y que al mismo tiempo los entregaba a sus enemigos. Todavía no los habían apresado, pero eran ya prisioneros.

El marqués alzó la voz:

—Amigos míos, todo ha concluido.

Y tras un silencio añadió:

—Grand-Francœur vuelve a ser el cura Turmeau.

Todos se arrodillaron con el rosario en la mano. El ruido de los asaltantes se iba aproximando.

Grand-Francœur, cubierto de sangre a causa de un balazo que le había rozado el cráneo y le había arrancado parte del cuero cabelludo, levantó con su mano derecha su crucifijo. El marqués, aunque incrédulo en el fondo de su corazón, hincó una rodilla en tierra.

—Que cada cual confiese en alta voz sus pecados. Empezad, monseñor.

—He matado —dijo el marqués.

—He matado —dijo Hoisnard.

—He matado —dijo Guinoiseau.

—He matado —dijo Pimpollo-de-Amor.

—He matado —dijo Chatenay.

—He matado —dijo Imânus.

—En nombre de la Santísima Trinidad os absuelvo —prosiguió Grand-Francœur —. Que vuestras almas vuelen en paz al seno del Señor.

—Amén —dijeron a coro.

El marqués se puso en pie.

—Ahora, muramos —dijo.

—Y matemos —dijo Imânus.

Los culatazos empezaron a romper el baúl que obstruía la puerta.

—Pensad en Dios —dijo el cura—. La tierra ya no existe para vosotros.

—Es verdad —admitió el marqués—. Estamos en la tumba.

Todos inclinaron la cabeza y se golpearon el pecho. Sólo el marqués y el cura estaban de pie. Tenían la vista fija en el suelo; el cura rezaba; los campesinos también. El marqués meditaba. El baúl, golpeado como con martillos, resonaba lúgubremente.

En aquel momento se oyó una voz clara y fuerte detrás de ellos.

—¿Veis como yo tenía razón, monseñor?

Todos volvieron la cabeza, estupefactos.

Acababa de abrirse un agujero en la pared.

Una piedra, perfectamente encajada con las demás, pero sin argamasa, que tenía un pitón en la parte superior y otro en la inferior, acababa de girar sobre sí misma como un torniquete, abriendo el muro. Aquella piedra, moviéndose sobre su eje, había descubierto dos aberturas, una a cada lado, ofreciendo dos pasajes, uno a la derecha y otro a la izquierda, estrechos pero suficientes para el paso de un hombre. Más allá de aquella puerta inesperada se veían los peldaños de una escalera de caracol. La cara de un hombre apareció en el hueco.

El marqués reconoció a Halmalo.

XII

EL SALVADOR

—¿Eres tú, Halmalo?

—Sí, monseñor. Ya veis que las piedras giran y que es verdad que se puede salir de aquí. Llego a tiempo, pero daos prisa. Dentro de diez minutos estaréis en medio del bosque.

—Dios es grande —exclamó el cura.

—¡Salvaos, señor! —gritaron todos.

—Primero vosotros —dijo el marqués.

—Vos antes, monseñor —dijo el cura Turmeau.

—Yo el último.

Y el marqués prosiguió con voz grave:

—No disputemos a causa de la generosidad, no hay tiempo para cortesías. Estáis heridos, yo os mando vivir y huir. ¡Pronto! Aprovechad esta salida. ¡Gracias, Halmalo!

—Señor marqués, ¿vamos a separarnos? —quiso saber el cura Turmeau.

—Abajo, sin duda. No es posible escapar sino uno a uno.

—¿Nos dais un punto de reunión?

—Sí, un claro del bosque. La Piedra Gauvaine. ¿Lo conocéis?

—Sí, todos.

—Que mañana a mediodía acudan allí los que puedan.

—Allí estaremos todos.

—Y volveremos a comenzar la guerra —advirtió el marqués.

Entre tanto, Halmalo, apoyándose en la piedra giratoria, observó que no se movía. No era posible cerrar la abertura.

—Monseñor, daos prisa —imploró—, la piedra se resiste y si he podido abrir, no podré cerrar.

La piedra, a consecuencia de su prolongada inmovilidad, se hallaba anquilosada en el gozne y era imposible moverla.

—Monseñor —prosiguió Halmalo—, esperaba dejar cerrado el paso y que los azules al entrar no hallasen a nadie. No pudiendo explicarse vuestra desaparición, os creerían convertidos en humo. Pero la piedra no se mueve, el enemigo verá el boquete y podrá perseguirnos. No perdamos un instante. Pronto, todos a la escalera.

Imânus puso una mano sobre el hombro de Halmalo.

—¿Cuánto tiempo bastará para que los que salgan por ahí estén seguros en el bosque?

—¿Hay alguno gravemente herido? —preguntó Halmalo.

—Ninguno.

—En ese caso, un cuarto de hora basta.

—De modo que si el enemigo no entra aquí hasta después de ese plazo… —repuso Imânus.

—Nos perseguirá, mas sin alcanzarnos.

—Pero estarán aquí antes de quince minutos —dijo el marqués—; ese viejo cofre no los detendrá mucho tiempo. ¡Un cuarto de hora! ¿Quién puede detenerlos un cuarto de hora?

—Yo —exclamó Imânus.

—¿Tú, Gouge-le-Bruant?

—Yo, monseñor. Oíd, cinco de nosotros están heridos; yo no tengo ni un rasguño.

—Ni yo —dijo el marqués.

—Pero vos sois el jefe, monseñor, y yo el soldado. Jefe y soldado son distintos.

—Lo sé; cada uno tenemos deberes diferentes que cumplir.

—No, monseñor. Tenemos el mismo deber vos y yo: salvaros.

Imânus se volvió hacia sus compañeros.

—Camaradas, hay que detener al enemigo para retardar su persecución. Oíd: yo conservo toda mi fuerza, no he perdido ni una sola gota de sangre, por lo que duraré más que otro. Iros todos. Dejadme vuestras armas. Yo me encargo de detener al enemigo por lo menos media hora. ¿Cuántas pistolas están cargadas?

—Cuatro.

—Ponedlas en el suelo.

Se hizo lo que pedía.

—Bien. Yo me quedo. Encontrarán quien los reciba. Ahora, huid, rápido.

En situaciones tan especiales están de más las palabras de agradecimiento. Apenas se detuvieron el tiempo suficiente para estrecharse la mano.

—Hasta pronto —le dijo el marqués.

—No, monseñor. Espero que no. No hasta pronto, porque yo voy a morir.

Fueron penetrando uno tras otro en la estrecha escalera, pasando primero los heridos. Mientras éstos bajaban, el marqués sacó un lápiz y garabateó una línea en la piedra, que no podía girar y quedaba abierta.

—Venid, señor, sólo faltáis vos —dijo Halmalo.

Y Halmalo comenzó a bajar.

El marqués lo siguió.

Imânus se quedó solo.

XIII

EL VERDUGO

Las cuatro pistolas estaban sobre las baldosas, porque aquella sala no tenía piso de madera. Imânus cogió dos, una en cada mano.

Avanzó oblicuamente hacia la entrada de la escalera tapiada por el baúl.

Los asaltantes temían, sin duda, alguna sorpresa, una de esas explosiones finales que constituyen la catástrofe del vencedor al mismo tiempo que la del vencido. Por esto, el último ataque era lento y prudente, tanto como impetuoso fuera el primero. No habían podido, o no habían querido, destruir de un solo golpe el cofre, habiendo sólo demolido el fondo y agujereado la tapa con las bayonetas, tratando de escrutar por los huecos antes de arriesgarse a penetrar en la sala.

El resplandor de las antorchas que iluminaban la escalera se colaba a través de aquellos agujeros. Imânus observó que por uno de ellos lo miraban las pupilas de un soldado. Apuntó hacia allí el cañón de una de sus pistolas y disparó. El disparo salió, e Imânus, gozoso, oyó un grito horrible. La bala había penetrado por el ojo, atravesando la cabeza, y el soldado que miraba cayó de espaldas por la escalera.

Los sitiadores, al romper el cofre por varios sitios, formaron dos aspilleras. Por una de ellas sacó el brazo Imânus, armado con la otra pistola, y disparó contra el grupo de sitiadores. La bala, sin duda, rebotó de uno en otro, porque se oyeron varios gritos, como si tres o cuatro hombres hubiesen quedado heridos o muertos. En la escalera se oyó un gran tumulto de hombres perdiendo pie y retirándose.

Imânus arrojó las dos pistolas que acababa de disparar y tomó las dos restantes;

después miró por los agujeros del cofre.

Observó el efecto producido.

Los asaltantes habían evacuado la escalera. Los moribundos se retorcían en los escalones; la curva de la escalera no dejaba ver más que tres o cuatro peldaños.

Imânus esperaba.

—Así gano tiempo —pensaba.

Entonces vio a un hombre que, arrastrándose, subía por la escalera y más abajo, detrás del pilar central del caracol, otro soldado sacaba la cabeza. Imânus apuntó a aquella cabeza y disparó. Resonó un grito, cayó el soldado, e Imânus pasó de la mano izquierda a la derecha la pistola que le quedaba.

En aquel momento sintió un dolor espantoso, y él fue quien a su vez lanzó un alarido. Un sable le revolvía las entrañas; una mano, la del hombre que gateaba, acababa de pasar por uno de los agujeros del cofre, hundiendo la hoja de su sable en el vientre de Imânus.

La herida era espantosa; el vientre estaba atravesado de parte a parte.

Imânus no cayó. Rechinó los dientes y exclamó:

—¡Bien!

Después, tambaleándose, retrocedió hasta la antorcha que ardía al lado de la puerta de hierro, dejó la pistola en el suelo, empuñó la antorcha y sosteniéndose con la mano izquierda los intestinos, con la derecha bajó la antorcha hasta la mecha azufrada.

El fuego se comunicó y la mecha hizo llama. Imânus dejó la antorcha, que continuó ardiendo en el suelo, recogió la pistola y, caído sobre las baldosas, atizó la mecha soplando con el poco aliento que le restaba.

La llama corrió, se extendió, propagándose bajo la puerta de hierro y penetró en el puente-castillo. Entonces, viendo asegurado el logro de su execrable crimen, más satisfecho quizá de éste que de su virtud, dejando de ser héroe para convertirse en asesino, aquel hombre que moría sonrió.

—Se acordarán de mí —murmuró—. Con la muerte de sus niños vengo a nuestro niño, el rey, que está en el Temple.

XIV

TAMBIÉN IMÂNUS ESCAPA

En aquel instante resonó un gran estrépito; se hundió el baúl con estruendo, violentamente empujado, dando paso a un hombre con el sable en la mano que entró en la sala impetuosamente.

—Soy yo, Radoub, ¿quién me quiere? Estaba harto de aguardar y me arriesgo. Acabo de despanzurrar a uno y ahora os ataco a todos. Que me sigan o no, poco me importa. ¿Cuántos sois?

Era Radoub, en efecto, y estaba solo. Después de las muertes que Imânus había causado en la escalera, Gauvain, temiendo que los sitiados hubiesen hecho un barreno, mandó replegar a su gente, consultando con Cimourdain.

Radoub, con el sable en la mano y en el umbral, en aquella oscuridad en la que la antorcha apenas resplandecía, repitió su pregunta:

—Soy sólo uno. ¿Cuántos sois?

No obteniendo respuesta, avanzó. Uno de esos vivos resplandores que arrojan, a menudo, los focos de luz agonizantes, y que podrían denominarse sollozos de luz, resplandeció en la antorcha e iluminó toda la sala. Radoub descubrió uno de los espejos de la pared, se acercó y vio su faz ensangrentada y su oreja partida y exclamó:

—¡Qué espantosa catadura!

Después se volvió sorprendido al ver la sala vacía.

—¡No hay nadie! —gritó—. Cero enemigos.

Divisó entonces la piedra girada sobre sus goznes, el hueco y la escalera.

—¡Ay, ya lo entiendo! Una puerta secreta. ¡Venid, amigos! Se han ido. Han volado. Esta vieja colmena estaba agujereada. Aquí está el boquete por donde ha pasado toda la chusma. ¿Cómo podremos terminar con Pitt y Coubourg[53] con farsas semejantes? El diablo los está socorriendo. ¡No hay nadie!

En aquel momento sonó un pistoletazo, cuya bala le rozó el codo, yendo a aplastarse en el muro.

—¡Hola! Sí que hay uno. ¿Quién ha tenido la bondad de saludarme tan cortésmente?

—Yo —respondió una voz.

Radoub se adelantó y distinguió en la penumbra un bulto: Imânus.

—Ah —exclamó—, ya tengo a uno. Los otros han huido, pero tú no te escaparás.

—¿Lo crees así? —pregunto Imânus.

Radoub dio un paso y se detuvo.

—Eh, el que está en el suelo, ¿quién eres?

—Soy el que está en el suelo, burlándose de los que están de pie.

—¿Qué tienes en la mano derecha?

—Una pistola.

—¿Y en la izquierda?

—Mis entrañas.

—Te hago prisionero.

—Te desafío a que lo hagas.

E Imânus, acercando la cara a la mecha en combustión, sopló y avivó la llama con su último hálito. Después expiró.

Pocos instantes después, Gauvain, Cimourdain y los demás penetraron en la sala y vieron la abertura por donde se acababan de fugar los últimos sitiados. Registraron todos los rincones y la escalera, observando que ésta conducía a una salida que daba al barranco. Imânus había muerto. Gauvain, con un farol en la mano, examinó la piedra que diera paso a los fugitivos. Entonces observó en ella algo escrito a lápiz. Acercó el farol y leyó estas palabras:

Hasta la vista, vizconde. Lantenac.

Guéchamp llegó junto a Gauvain. La persecución era evidentemente inútil. La fuga estaba consumada y era completa; los prófugos tenían a su favor a todo el país: las matas, los barrancos, la espesura, los habitantes. Sin duda se hallaban ya muy lejos y no habría medio de alcanzarlos. El bosque de Fougères era un escondrijo inmenso. ¿Qué hacer? Había que volver a empezar, y Gauvain y Guéchamp se comunicaron mutuamente sus decepciones y sus conjeturas. Cimourdain escuchaba gravemente sin pronunciar palabra.

—A propósito, Guéchamp —preguntó Gauvain—. ¿Y la escalera?

—No llegó, mi comandante.

—¿Pero no venía en un carro, escoltado por los gendarmes?

Guéchamp respondió:

—No era la escalera.

—¿Qué era, pues?

—La guillotina —dijo Cimourdain.

XV

NO DEBEN PONERSE EN UN MISMO BOLSILLO UN RELOJ Y UNA LLAVE

El marqués de Lantenac no estaba tan lejos como ellos creían.

Pero no por ello dejaba de estar seguro y fuera de su alcance.

Había seguido a Halmalo.

La escalera por la que Halmalo y él habían descendido detrás de los demás fugitivos terminaba en un estrecho pasadizo abovedado cerca del barranco y de los arcos del puente. Dicho pasadizo desembocaba en una profunda grieta natural del suelo que por un lado daba a la barranca y por otro desembocaba en el bosque. Esta grieta, oculta absolutamente a todas las miradas, serpenteaba bajo una impenetrable

vegetación. Era imposible capturar allí a ningún hombre. Un fugitivo sólo tenía que culebrear por entre la espesura para hacerse invisible. La entrada del pasadizo secreto de la escalera estaba tan obstruida por las zarzas, que sus constructores consideraron inútil cerrarla por otros medios.

El marqués, para alejarse de aquellos parajes, no precisaba de disfraz alguno, ya que desde su llegada a Bretaña no se había quitado el traje de campesino, juzgándose así más señor que con el suyo propio.

Se limitó a desembarazarse de la espada, cuyo cinto desabrochó y arrojó al suelo.

Cuando Halmalo y el marqués fueron a dar por el pasadizo a la grieta, los otros cinco fugitivos ya no estaban allí.

—No han tardado en volar —dijo Halmalo.

—Imítalos tú —dijo el marqués.

—¿Monseñor quiere que lo abandone?

—Sin duda. Ya te lo dije: uno se evade mejor solo. Uno pasará inadvertido, dos no. Juntos llamaríamos la atención. Tú me harías prender, y yo haría que te prendieran.

—¿Conoce monseñor la comarca?

—Sí.

—¿Monseñor mantiene la cita en la Piedra Gauvaine?

—Mañana, a las doce.

—Allí estaré. Estaremos.

Halmalo se interrumpió.

—Ah, monseñor… ¡Cuando pienso que estuvimos en alta mar, solos, y quise mataros; que vos erais mi señor, que pudisteis decírmelo y no lo hicisteis! ¡Ah, qué grande sois!

—Inglaterra —dijo el marqués—, no cabe otro recurso. Es preciso que dentro de quince días los ingleses se hallen en Francia.

—Tengo que comunicarle a monseñor varias cosas respecto a sus encargos.

—Mañana hablaremos de eso.

—Hasta mañana, monseñor.

—A propósito, ¿tienes hambre?

—Puede ser, monseñor. Con las prisas por llegar a tiempo ni siquiera sé si he comido hoy.

El marqués sacó del bolsillo una oblea de chocolate, la partió en dos pedazos, le entregó uno a Halmalo y comenzó a comer el otro.

—Monseñor —dijo Halmalo—, a la derecha tenéis el barranco y a la izquierda el bosque.

—Bien, déjame ahora. Vete por tu lado.

Halmalo obedeció. Se sumergió en la oscuridad. Se oyó un ruido de ramas apartadas y luego nada. Al cabo de unos segundos habría sido imposible seguirle la pista. Aquella tierra del Bocage, erizada e inextricable, auxiliaba al fugitivo, que no

desaparecía sino que más bien se esfumaba. Esta facilidad para la dispersión era la que hacía vacilar a todo un ejército en aquella Vendée siempre en retroceso, y ante aquellos guerreros tan duchos en la huida.

El marqués permaneció inmóvil. Pertenecía a la clase de hombres que se esfuerzan en no inmutarse; sin embargo, sintió cierta emoción al poder respirar el aire puro después de haber respirado el vapor de tanta sangre y tanta carnicería. Hallarse totalmente a salvo después de estar perdido; tomar posesión de una seguridad plena tras haberse hallado tan cerca de la tumba; salir de la muerte para entrar en la vida; todo esto, aún para un hombre como Lantenac, era motivo para experimentar cierta agitación nerviosa; y aunque ya se había visto en situaciones similares, no pudo impedir que su alma imperturbable sintiese una especie de conmoción por unos instantes. Se confesó a sí mismo que estaba contento, si bien dominó en breve aquel sentimiento, muy parecido a la alegría, y sacando el reloj, apretó el muelle. ¿Qué hora sería?

Con gran asombro por su parte, sólo eran las diez. Cuando se ha pasado por tantas peripecias, extraña que minutos tan llenos de aventuras no sean más largos que los otros. El cañonazo de aviso lo habían disparado poco antes de la puesta de sol, y la Tourgue no había sido atacada hasta media hora después de anochecer, entre las siete y las ocho. Es decir, que aquel colosal combate que empezó a las ocho había terminado a las diez, durando toda la epopeya sólo ciento veinte minutos. A veces, las catástrofes ocurren con la rapidez del rayo. Los acontecimientos tienen estas condensaciones sorprendentes.

Reflexionando, se admiró incluso de que el combate durase tanto. Una resistencia de dos horas entre tan corto número de defensores y tan gran cantidad de sitiadores era cosa realmente extraordinaria, y ciertamente no había sido breve, ni completa, aquella batalla de diecinueve contra cuatro mil.

Como Halmalo estaría ya lejos, el marqués juzgó que era ya tiempo de irse, no debía permanecer allí más tiempo del necesario. Volvió a meter el reloj en el bolsillo, aunque no en el mismo de donde lo sacó, porque acababa de notar que su mano estaba en contacto con la llave de la puerta de hierro que le había entregado Imânus, contra la que era fácil que chocase el cristal, rompiendo el precioso instrumento. Hecha esta operación, se dispuso a internarse en el bosque, pero al girar a la izquierda percibió una vaga claridad que llegaba hasta él.

Se detuvo a mirar por entre las matas, que se destacaban claramente sobre un telón rojizo, visibles hasta los menores detalles, y divisó un gran resplandor en el barranco, del que le separaban pocos pasos.

Primero se dirigió hacia él; pero después se contuvo, juzgando inútil exponerse a aquella luz; cualquiera que fuese, nada podía importarle. Tomó la dirección indicada por Halmalo, dando unos pasos hacia el bosque.

De repente, y cuando ya estaba profundamente sumergido en la maleza y oculto por la zarzas, oyó sobre su cabeza un grito terrible que parecía salir del borde mismo

de la planicie, por encima del barranco. El marqués se detuvo y levantó la mirada.

Libro Quinto

IN DAEMONE DEUS

I

HALLADOS, PERO PERDIDOS

Cuando Michelle Fléchard vio la torre iluminada por el sol de poniente, estaba a más de una legua de ella. Aunque apenas podía dar un paso, no vaciló sobre lo que debía hacer. Las mujeres son débiles, pero las madres son fuertes. Caminó.

El sol se había ocultado; primero llegó el crepúsculo, después la oscuridad más absoluta. Ella había oído, sin detener su marcha, a lo lejos, en el reloj de un campanario para ella invisible, tocar las ocho y luego las nueve. Aquel campanario debía ser el de Parigné. De vez en cuando se detenía al oír unas detonaciones sordas, que eran quizá vagos rumores de la noche.

Avanzaba sin cesar, aplastando los agudos cardos con los pies ensangrentados, guiada por una débil claridad que, desprendiéndose de la fortaleza lejana, la hacía resaltar, dándole en la sombra una misteriosa irradiación. Aquella claridad era tanto más viva cuanto más resonaban las detonaciones; después se debilitaba.

La vasta planicie por la que caminaba Michelle Fléchard no contenía más que hierbajos y brezos; ni un árbol ni una casa. Se iba elevando insensiblemente en toda la extensión que abarcaba la mirada, y en su final la larga línea recta y dura se apoyaba en el oscuro horizonte estrellado. Lo que en esta ascensión sostenía las fuerzas de la madre era que siempre tenía a la vista la torre.

La veía aumentar de tamaño lentamente.

Las sordas detonaciones y los débiles resplandores que surgían de la torre eran intermitentes. Se interrumpían, volvían, proponiendo quien sabe qué enigma a la desconsolada madre.

De repente todo cesó, se extinguieron el ruido y el resplandor; hubo un momento de pleno silencio, de lúgubre serenidad.

Fue entonces cuando Michelle alcanzó el extremo de la planicie.

A sus pies divisó un barranco, cuyo fondo se perdía en la espesura de la noche; a cierta distancia, en lo alto de la planicie, una confusión de ruedas, parapetos y troneras formaban una batería de cañones, y delante, vagamente iluminado por los fuegos encendidos de los artilleros, un enorme edificio que parecía construido con tinieblas más negras que las sombras que lo rodeaban.

El edificio estaba formado por un puente cuyos arcos se hundían en el barranco, y

una especie de castillo que se levantaba en el puente. El castillo y el puente se apoyaban en una masa redonda y oscura, la torre hacia la cual aquella madre iba caminando desde tan lejos.

Se veían pasar luces en todas direcciones por las troneras de la torre, y por el rumor que de la misma surgía se conocía que estaba llena de hombres, cuyas siluetas se dibujaban en los pisos altos y hasta en la plataforma.

Cerca de la batería había tropas acampadas. Michelle Fléchard distinguió a los centinelas del campamento, pero a causa de la oscuridad y la maleza, ellos no la vieron. Llegó a la punta de la planicie, tan cerca del puente que le pareció que podría tocarlo con la mano. La separaba de él tan sólo la profundidad del barranco, y distinguía perfectamente, a pesar de la oscuridad, los tres pisos del castillito.

Así permaneció algún tiempo, sin saber cuánto, porque toda medida del tiempo se había borrado de su mente, muda y absorta, contemplando aquel barranco profundo y aquel edificio tenebroso. ¿Qué era aquello? ¿Qué ocurría allí? ¿Era la Tourgue? Experimentaba el vértigo de la incertidumbre, semejante al que se siente en una partida o en una llegada. Se preguntaba por qué se hallaba allí.

Miró, escuchó.

Súbitamente todo se oscureció ante su vista.

Un velo de humo acababa de desplegarse entre ella y lo que miraba, y un acre escozor la obligó a cerrar los ojos. Apenas había bajado los párpados cuando notó que aquéllos enrojecían por efecto de un súbito resplandor. Volvió a abrirlos.

No era ya la oscuridad de la noche lo que tenía delante, sino la claridad del día; claridad funesta porque procedía del fuego. Estaba presenciando el comienzo de un incendio.

El humo, negro al principio, estaba adquiriendo un tono escarlata; una gran llama se elevó en el interior, apareciendo y desapareciendo con esas contorsiones feroces propias de los relámpagos y las serpientes.

La llama surgía como una lengua de algo parecido a una boca, una ventana llena de fuego. Aquel ventanal, cerrado con un enrejado de hierro ya al rojo, era uno de los del piso inferior del castillo, construido sobre el puente. De todo el edificio sólo este ventanal se distinguía; el humo lo cubría ya todo hasta la planicie; sólo se advertía el borde del barranco, negro, destacándose sobre las llamas rojizas.

Michelle Fléchard miraba, estupefacta. El humo es nube, la nube ensueño. Ella no sabía lo que veía. ¿Debía huir? ¿Debía quedarse? Casi creía estar fuera de la realidad.

Pasó un soplo de viento, rasgando la cortina de humo, y, entonces apareció la trágica fortaleza, visible toda entera: torre, puente y castillo; deslumbrante, horrible, con la magnífica reverberación del incendio. Michelle Fléchard pudo verlo todo a la siniestra claridad del fuego.

El piso inferior del castillejo, construido sobre el puente, ardía.

Encima se distinguían los otros dos pisos aún intactos, pero colocados como en un cestillo de llamas. Desde el reborde de la planicie, la desventurada madre

distinguía vagamente el interior a través del humo y el fuego.

Todos los ventanales estaban abiertos. Por los del segundo piso, que eran muy amplios, Michelle Fléchard veía, a lo largo de los muros, armarios que parecían contener libros, y delante, en el suelo, en la penumbra, un grupito confuso, algo que tenía un aspecto informe y vago como un nido o una cría, y que de vez en cuando parecía moverse.

Aquello atrajo su atención.

¿Qué eran aquellas sombras?

En algunos momentos le parecía que podían ser seres vivos. Tenía fiebre; no había comido nada desde la mañana, había andado sin descanso y estaba extenuada, se sentía poseída por una especie de alucinación de la que desconfiaba instintivamente. Sin embargo, sus ojos, cada vez más fijos, no podían apartarse de aquellas sombras, probablemente objetos inanimados, que se veían en aquella sala situada encima del incendio. En aquel momento el fuego, como dotado de voluntad propia, alargó desde abajo uno de sus brazos hacia la gran hiedra seca que cubría precisamente la fachada que atraía las miradas de la madre. Parecía como si las llamas, que acababan de descubrir aquel enrejado de ramas, se precipitasen hacia él. Una chispa se apoderó con avidez del seco combustible y se retorció a lo largo de los sarmientos con la terrible agilidad de los regueros de pólvora. En unos segundos la llama llegó al segundo piso, y desde arriba alumbró el interior del primero. Un vivo resplandor iluminó súbitamente las formas de tres niños dormidos.

Hatillo encantador, compuesto de piernas y brazos entrelazados, párpados cerrados y rubias cabecitas de risueñas boquitas.

La madre reconoció a sus hijos y lanzó un grito desgarrador.

Un grito indecible de angustia, que sólo las madres son capaces de lanzar. Nada más terrible y, al mismo tiempo, más patético. Cuando una mujer lanza un grito semejante es como oír el aullido de un lobo; cuando lo arroja una loba, cree percibirse el grito desgarrado de una mujer.

Este grito de Michelle Fléchard fue un aullido. Hécuba aulló, afirma Homero.

Aquél fue el desgarrado grito que había oído el marqués.

Al oírlo, como dijimos, se detuvo. Se hallaba entre la salida del pasadizo por donde lo había salvado Halmalo y el barranco. A través de las matas que lo cubrían, vio el puente envuelto en llamas, la Tourgue roja por efecto de la reverberación del incendio y, al otro lado, en el borde de la planicie, frente al castillo y a la viva claridad del fuego, una figura aturdida y lastimera; una mujer inclinada al borde del barranco.

Era la mujer que había lanzado el grito.

Aquella figura no era Michelle Fléchard; era Gorgona[54]. Los miserables son formidables; la campesina acababa de convertirse en euménide[55]. Aquella aldeana vulgar, ignorante, inconsciente, acababa de adquirir las épicas proporciones de la desesperación. Los grandes dolores son una dilatación gigantesca del alma; aquella

madre personificaba la maternidad, y como todo lo que resume la humanidad era algo sobrehumano. Aquella mujer, delante del incendio, al borde del barranco y frente al crimen, se alzaba como una potencia sepulcral lanzando el grito de la fiera con el gesto de la diosa. Su rostro, del que brotaban imprecaciones, parecía una máscara de relámpagos. Nada más soberano que el resplandor de sus ojos arrasados en llanto. Aquella mirada encendía el incendio.

El marqués escuchaba. Aquellos gritos resonaban sobre su cabeza; oía sonidos inarticulados, doloridos, más sollozos que palabras.

—¡Ah, Dios mío! ¡Mis hijos! ¡Son mis hijos! ¡Socorro! ¡Fuego! ¡Fuego! ¡Sois unos bandidos! ¿No hay nadie que acuda? ¡Mis hijos se quemarán! ¡Georgette! ¡Gros-Alain! ¡René-Jean! ¡Hijos míos! ¿Qué significa esto? ¿Quién ha encerrado alli a mis hijos? Duermen… están dormidos… ¡Yo me vuelvo loca! Esto es imposible… ¡Auxilio!

En aquel instante se produjo un gran movimiento en la Tourgue y en la planicie. Todo el campamento se dirigía hacia el incendio que acababa de estallar. Los asaltantes, después de haberse ocupado de la metralla, tenían que entendérselas con el incendio. Gauvain, Cimourdain y Guéchamp daban órdenes. ¿Qué hacer? Apenas podrían obtenerse unos cuantos cubos de agua del triste riachuelo. La angustia crecía por momentos. Todo el borde de la planicie se hallaba cubierto de rostros estupefactos que contemplaban aquella catástrofe.

Lo que se veía era horrible.

Se contemplaba aquello, y no podía hacerse nada.

Las llamas, por medio de la hiedra en la que habían prendido, habían llegado ya al piso superior. Allí encontraron el granero lleno de paja, precipitándose sobre la misma. Ahora ardía ya todo el lugar. Las llamas danzaban; es lúgubre la alegría del fuego. Era como si una ráfaga de locura atizase la hoguera. Era como si el espantoso Imânus se hallase allí, trocado en multitud de centellas, viviendo de la vida asesina del fuego, y que su alma monstruosa se hubiera hecho incendio. Las llamas todavía no habían llegado a la biblioteca, ya que el espesor de sus muros y la altura del techo retrasaban el momento de empezar a arder, pero el instante fatal se aproximaba; la biblioteca estaba ya mimada por el incendio del primer piso y acariciada por el del tercero. El espantoso beso de la muerte se aproximaba. Abajo, un mar de lava, arriba, una bóveda de brasas; un sólo agujero en el techo, y todo quedaría enterrado bajo ardientes tizones. René-Jean, Gros-Alain y Georgette todavía no se habían despertado, durmiendo con el profundo y simple sueño de la infancia, y a través de las llamas y el humo, que alternativamente cubrían y descubrían los ventanales, era posible divisarles en aquella gruta infernal, en el fondo de un resplandor de meteoro, apacibles, graciosos, inmóviles, como tres imágenes del Niño Jesús, confiadamente dormidos en el infierno; incluso un tigre hubiera llorado viendo aquellas tres rosas dentro de aquel horno, aquellas cunas dentro de su tumba.

—¡Fuego! ¡Fuego! —la pobre madre se retorcía los brazos, angustiada—. ¿Están

todos sordos, que nadie acude? ¡Mis hijos se están quemando! ¡Vosotros, hombres, los que estáis ahí… corred! ¡Días y días de larga caminata…! y así es como encuentro a mis hijos. ¡Fuego! ¡Socorro! ¡Mis pobres ángeles! ¿Qué han hecho, mis inocentes hijitos? ¡A mí me fusilaron y a ellos los queman! ¿Quién es el culpable? ¡Socorro! ¡Salvad a mis hijos! ¿No me escucháis? ¡Una perra… la gente se apiadaría de una perra! ¡Mis hijos! ¡Mis hijos! ¡Duermen! ¡Ah, Georgette… veo tu pequeño vientrecito, amor mío! ¡René-Jean! ¡Gros-Alain! Así es como se llaman. Ya veis que soy su madre. ¡Oh, lo que está ocurriendo es abominable! Llevo andando días y más días… Y esta mañana se lo dije a una mujer. ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Fuego! ¡Ah, sois unos monstruos! ¡Qué horror! El mayor aún no tiene cinco años, y la pequeña apenas dos. Sí, veo sus piernas desnuditas. ¡Duermen, Virgen Santa! La mano del cielo me los devuelve y la mano del infierno me los arrebata de nuevo… ¡Después de tantas fatigas! ¡Mis hijos, a los que he amamantado con mis pechos! ¡Y yo, que creí ser la más desdichada de las madres al no encontrarlos! ¡Apiadaos de mí! ¡Quiero mis hijos, necesito mis hijos! ¡Pero están rodeados por el fuego! ¡Ved mis pobres pies ensangrentados! ¡Socorro! ¡No es posible que haya hombres sobre la tierra y que dejen morir a mis hijos! ¡Asesinos! ¡Socorro! ¡Jamás se ha visto nada igual! ¡Ah, malditos! ¿Qué casa maldita es ésta? ¡Me han robado los hijos para asesinarlos! ¡Jesús misericordioso… quiero a mis hijos! ¡Oh, no sé qué haría sin ellos! ¡No quiero que mueran! ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Ah, si deben morir así… yo mataré a Dios!

Al mismo tiempo que la súplica angustiada de la madre, dos voces se elevaron en la planicie y en el barranco:

—¡Una escala!

—¡No tenemos!

—¡Agua!

—¡No la hay!

—¡Arriba, en la torre, en el segundo piso, hay una puerta!

—Es de hierro.

—¡Hundidla!

—Imposible.

La madre redobló sus desesperados gritos de auxilio:

—¡Fuego! ¡Socorro! ¡De prisa, por piedad! ¡O… matadme! ¡Hijos míos! ¡Hijos míos! ¡Ah, qué terrible fuego! ¡Que los salven… o me arrojo yo también a la hoguera!

Durante los intervalos de estos gritos se oía el crepitar producido por el incendio.

El marqués se palpó el bolsillo y tocó la llave de la puerta de hierro. Entonces, encorvándose bajo la bóveda por la que acababa de evadirse, regresó por el mismo pasadizo que acababa de abandonar.

II

DE LA PUERTA DE PIEDRA A LA DE HIERRO

Todo un ejército aturdido, buscando un salvamento imposible; cuatro mil hombres impotentes para socorrer a tres niños: tal era la situación.

En realidad, no había escala. La enviada desde Javené no había llegado; el fuego se propagaba como surgido de un cráter; tratar de extinguirlo con el agua del arroyuelo era ridículo, era como echar un vaso de agua sobre un volcán.

Cimourdain, Guéchamp y Radoub bajaron al barranco; Gauvain, mientras tanto, subió a la sala del segundo piso de la Tourgue, donde se hallaba la piedra giratoria, la salida secreta y la puerta de hierro que daba a la biblioteca. Allí fue donde Imânus encendió la mecha; de allí fue de donde partió el voraz incendio.

Gauvain había llevado consigo a veinte zapadores. Derribar la puerta de hierro, no existía otra alternativa. Pero ésta se hallaba herméticamente cerrada.

Comenzaron con golpes de hacha. Las hachas se rompieron. Un zapador dijo:

—El acero sobre este hierro es frágil como el vidrio.

La puerta era de hierro fundido y estaba recubierta por dos láminas claveteadas, cada una de siete centímetros de espesor.

Echaron mano de las barras de hierro para ver si podían sacarla del quicio. Las barras se rompieron.

—Como si fuesen astillas —dijo el zapador.

Gauvain, sombrío, murmuró:

—Sólo una bala de cañón podría abrir esta puerta. ¡Si pudiera subirse aquí una pieza!

—¡Y ni así! —dijo el zapador.

Hubo un momento de desaliento. Todos aquellos brazos impotentes se detuvieron. Mudos, vencidos, consternados, aquellos hombres contemplaban la horrible puerta inquebrantable. Un rojizo resplandor se deslizaba por debajo de ella. Detrás, el incendio crecía.

El espantoso cadáver de Imânus estaba allí, siniestramente victorioso.

Faltaban pocos minutos, tal vez, para que todo se derrumbara.

¿Qué hacer? No cabía la menor esperanza.

Gauvain, desesperado, con la vista fija en la piedra giratoria y en la salida por donde huyeron los sitiados, exclamó:

—¡Fue por aquí por donde huyó el marqués de Lantenac!

—¡Y por aquí vuelve! —respondió una voz.

Y una cabeza blanca apareció en el hueco de la piedra de la escalera secreta.

Era el marqués.

Hacía años que Gauvain no lo había visto de cerca. Retrocedió.

Todos los que se hallaban en la sala quedaron petrificados.

El marqués, que llevaba una llave en la mano, hizo apartarse con una altiva mirada a los zapadores que estaban en medio, se dirigió directamente a la puerta de hierro, se encorvó para penetrar en la bóveda, e insertó la llave en la cerradura. Ésta rechinó, se abrió la puerta, y ante las miradas de todos se presentó un torrente de llamas en el que se internó el marqués.

Entró con pie firme, sin vacilar, con la cabeza erguida.

Todos le siguieron con la vista, conmovidos.

Apenas hubo dado unos pasos por el incendiado salón que el suelo, minado por el fuego y movido por sus pisadas, se hundió tras él, abriendo entre su persona y la puerta un hondo precipicio. El marqués ni siquiera volvió la cabeza; continuó adelante y desapareció entre el humo.

No se veía nada.

¿Podría ir más lejos? ¿Se habría abierto bajo sus pies un nuevo abismo de fuego? ¿Estaba perdido sin remedio? Nadie podía decirlo. No tenían delante más que una impenetrable muralla de humo y llamas. El marqués se hallaba al otro lado, vivo o muerto.

III

DONDE SE DESPIERTAN LOS NIÑOS QUE DORMÍAN

Entre tanto los niños terminaron por abrir los ojos.

El incendio, que todavía no había alcanzado la biblioteca, ponía en el techo un reflejo rosado. Los niños no conocían aquella especie de aurora. Ellos la miraron; Georgette la contempló.

Todos los esplendores del incendio se desplegaban; la hidra negra y el dragón escarlata aparecían entre el humo, soberbiamente oscuro y rojo. Grandes llamaradas volaban a lo lejos y rayaban las sombras como si fuesen cometas combatientes que se persiguiesen mutuamente. El fuego es pródigo; los focos de brasas formados por el incendio son como cofrecitos de joyas que se esparcen al viento; por algo el carbón es idéntico al diamante. En la pared del tercer piso habían surgido unas grietas por donde la brasa vertía sobre el barranco cascadas de pedrería; los montones de paja y avena que ardían en el granero, comenzaban a salir por los ventanales, convertidos en aludes de polvo de oro; la avena parecía amatista y las pajas eran como carbunclos.

—¡Bonito! —exclamó Georgette.

Los tres se habían incorporado.

—¡Ah! ¡Ya se despiertan! —gritó la madre.

René-Jean se levantó, Gros-Alain se levantó y después Georgette se levantó.

René-Jean estiró los brazos, se desperezó, fue hacia la ventana y dijo:

—Hace calor.

—Calor —repitió Georgette.

—¡Hijos míos! —los llamó la madre—. ¡René, Alain, Georgette!

Los niños miraban en torno suyo, buscando la explicación de todo aquello. Lo que a los hombres inspira terror, a los niños sólo inspira curiosidad. El que se admira fácilmente se asusta con dificultad; la ignorancia lleva consigo la intrepidez. Los niños tienen tan poco derecho al infierno que si lo viesen se maravillarían.

—¡René, Alain, Georgette! —repitió la madre.

René-Jean volvió la cabeza; aquella voz le sacó de su abstracción. Los niños poseen poca memoria, pero sus recuerdos son rápidos; todo lo pasado es para ellos ayer. René-Jean vio a su madre, lo cual le pareció muy natural; y rodeado como estaba de cosas extrañas y experimentando una vaga necesidad de apoyo, gritó a su vez:

—¡Mamá!

—¡Mamá! —dijo Gros-Alain.

—¡Mamá! —dijo Georgette.

Y le tendió sus brazos.

—¡Hijos míos! —aulló la madre.

Los tres se acercaron al borde de la ventana donde, por suerte, el incendio todavía no había llegado.

—Tengo calor —volvió a quejarse René-Jean.

Y añadió:

—Esto quema.

Y buscó los ojos de su madre:

—¡Ven, mamá!

—¡Ven, mamá! —repitió Georgette.

La madre, con los cabellos alborotados, herida, sangrando, se dejó caer rodando de zarza en zarza hasta el barranco. Cimourdain se hallaba allí con Guéchamp, tan impotentes abajo como Gauvain arriba. Los soldados, desesperados por su inutilidad, iban y venían alrededor de ellos. El calor era insoportable, pero ninguno lo advertía; todos contemplaban la escarpa del puente, la altura de los arcos, la elevación de los pisos, lo inaccesible de los ventanales y la necesidad de obrar con premura. Tres pisos que franquear. Ninguna forma de llegar. Radoub, herido, con el sablazo en el hombro, con la oreja desgarrada, chorreando sangre y bañado en sudor, acudió allí y vio a Michelle Fléchard.

—¡Calla, si es la fusilada! ¿Habéis resucitado?

—¡Mis hijos! —dijo la madre.

—Sí, ahora no tenemos tiempo para pensar en nadie más —dijo Radoub.

Y el sargento comenzó a escalar el puente. Intento inútil, porque si bien a fuerza de uñas rotas logró elevarse un poco, al cabo volvió a caer, porque las piedras eran lisas, estaban bien colocadas, como si fuesen nuevas, y no presentaban la menor juntura ni relieve.

El incendio continuaba, cada vez más espantoso; en el hueco de la ventana, con el fondo todo rojo, se veían las tres cabecitas rubias. Radoub, entonces, elevó los puños al cielo, como buscando a alguien.

—¡Oh, buen Dios! ¿Qué comportamiento es éste?

La madre, arrodillada y abrazada a los pilares del puente, exclamó:

—¡Perdónalos!

Sordos chasquidos se unían al chisporroteo del incendio; los vidrios de los armarios de la biblioteca se partían y caían con estrépito; la estructura del edificio cedía sin que hubiese fuerzas humanas que pudieran evitarlo. Un instante más y todo se hundiría en el abismo; sólo aguardaba la catástrofe final. Se oían las voces que repetían: ¡Mamá! ¡Mamá!, y el espanto general llegaba al paroxismo.

De repente apareció en la ventana inmediata a la de los niños una figura alta, destacándose sobre el fondo púrpura de las llamas.

Todas las cabezas se levantaron; todos los ojos miraron fijamente. Un hombre estaba allí, en la biblioteca, en aquel horno encendido. Su perfil se destacaba sobre las llamas, negro sobre rojo, blanco el cabello. Todos reconocieron al marqués de Lantenac.

Desapareció un momento y volvió a aparecer.

El terrible anciano se asomó a la ventana con una enorme escalera. Era la escala de salvamento puesta en la biblioteca a lo largo de la pared. El marqués, que la había arrastrado hasta la ventana, la asió por un extremo con agilidad de atleta y la dejó deslizarse hasta el barranco, apoyada en el reborde exterior. Radoub, abajo, tendió los brazos, recibió el otro extremo de la escalera, y gritó:

—¡Viva la República!

—¡Viva el rey! —replicó el marqués.

—Puedes gritar cuanto quieras y decir barbaridades, si así se te antoja —murmuró Radoub, gruñendo—. Pero en este momento eres el enviado de Dios.

Ya puesta la escalera, y establecida la comunicación entre el incendio y la tierra, acudieron veinte hombres con Radoub al frente, y en un momento se escalonaron en ella, adosados a los peldaños como los albañiles cuando suben y bajan bloques de piedra. Radoub, en el peldaño superior, tocaba a la ventana y estaba de cara al incendio. El pequeño ejército diseminado entre los brezos y las pendientes se agrupó, presa a la vez de todas las emociones, en la planicie, en el barranco y hasta en la azotea de la torre.

El marqués volvió a desaparecer y reapareció con un niño en brazos.

Hubo un estruendoso aplauso.

Era el primer niño, encontrado al azar. Era Gros-Alain.

—¡Tengo miedo! —gritó.

El marqués entregó Gros-Alain a Radoub, el cual lo pasó al soldado más próximo, y así sucesivamente; Gros-Alain, temblando y llorando, llegó de mano en mano al pie de la escalera, mientras el marqués, ausente de la ventana otro instante, volvió con René-Jean, que también lloraba y se resistía, y hasta le pegó a Radoub cuando éste lo tomó de brazos del anciano.

Éste regresó a la sala, ya en llamas, en busca de Georgette. La niña le sonrió, y aquel hombre de granito sintió en sus ojos una humedad desconocida.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Orgete.

La cogió en brazos, sin que ella dejase de sonreír, y en el momento de entregársela a Radoub aquella conciencia, tan altanera y oscura, experimentó el deslumbramiento que produce la inocencia. El anciano besó a la niña.

—¡Es la mascota! —exclamaron los soldados.

Y Georgette, a su vez, fue de uno en otro hasta llegar al suelo, entre los vítores de la tropa. Todos palmoteaban, todos aplaudían; los granaderos veteranos sollozaban, y la pequeña los miraba y sonreía.

La madre se hallaba al pie de la escalera, jadeante, loca, ebria de alegría, como si de improviso la hubiesen trasladado del infierno al paraíso. El exceso de alegría martirizaba, en cierto modo, su corazón. Tendió los brazos y recibió en ellos primero a Gros-Alain, después a René-Jean y por último a Georgette. Indistintamente los cubrió de besos, rompió a reír y cayó desmayada.

Un enorme grito atronó el espacio.

—¡Todos se han salvado!

Efectivamente, todos se habían salvado, menos el anciano. Pero nadie pensaba en él, ni tal vez él mismo.

Permaneció unos instantes pensativo, asomado a la ventana, como dejando que el abismo en llamas jugase su partida. Después, lentamente, sin apresurarse, con alrivez, se asomó a la ventana, y sin volverse, erguido, ausente, empezó a descender la escalera en silencio, con majestad de fantasma. Los que estaban en la escalera se precipitaron al suelo; todos los presentes se estremecieron, retrocediendo con horror delante de aquel hombre que descendía de lo alto como si se tratase de una visión.

Lantenac se sumergió gravemente en la oscuridad que tenía delante y fue aproximándose a los soldados que retrocedían ante él. Su palidez de mármol no ofrecía una sola arruga; su mirada espectral no despedía ningún rayo. A cada paso que daba hacia aquellos hombres, cuyos asustados ojos se fijaban en él en las tinieblas, parecía más grande, más formidable. La escalera temblaba bajo sus pies lúgubres; parecía la estatua del Comendador regresando al sepulcro.

Cuando el marqués llegó abajo y puso un pie en el último peldaño, y el otro ya en tierra, una mano lo asió por el cuello. Dio media vuelta.

—¡Date preso! —le conminó Cimourdain.

—Es justo —murmuró el marqués.

Libro Sexto

DESPUÉS DE LA VICTORIA, VIENE EL COMBATE

I

LANTENAC PRESO

Era, en efecto, al sepulcro adonde había descendido el marqués-Se lo llevaron.

Abrieron de nuevo, bajo la severa mirada de Cimourdain, la cripta del piso bajo de la Tourgue; pusieron allí una lámpara, un vasija con agua, pan y un haz de paja, y un cuarto de hora después de que la mano del ex cura hubiera asido el cuello del anciano, la puerta del Calabozo se cerró tras él.

Hecho esto, Cimourdain fue en busca de Gauvain. En aquel momento, el reloj de la iglesia lejana de Parigné señalaba las once de la noche. Cimourdain le dijo a Gauvain:

—Convocaré la corte marcial, pero tú no formarás parte ella. Eres Gauvain, y Lantenac también. Eres un pariente demasiado próximo del reo para ser su juez, y yo opino que Égalité hizo muy mal en juzgar a Capeto[56] El tribunal se compondrá de tres jueces: un oficial, el capitán Guéchamp; un sargento, que será Radoub, y yo como presidente. Tú ya nada tienes que ver en esto; cumpliremos el decreto de la Convención. Sólo hemos de limitarnos a constatar la identidad del ex marqués de Lantenac. Mañana el Consejo, pasado mañana la guillotina. La Vendée ha muerto.

Gauvain no dijo palabra y Cimourdain, absorto en la suprema tarea a la que iba a entregarse, se alejó. Cimourdain todavía tenía que designar a los hombres y el lugar de la ejecución. Como Lequinio en Granville, como Tallien en Burdeos, Chalier en Lyon y Saint-Just en Estrasburgo, tenía la costumbre, considerada como buen ejemplo, de asistir en persona a las ejecuciones.

Una costumbre tomada por el Terror del 93 de las asambleas francesas y de la Inquisición española.

Gauvain estaba preocupado.

Soplaba un viento frío desde el bosque. Gauvain, dejando a Guéchamp para dar las órdenes necesarias, se dirigió a su tienda, levantada en un prado a la entrada de la espesura, al pie de la Tourgue. Tomó su capote y se embozó en él. Estaba bordado con un sencillo galón, que según la moda republicana, sobria de ornamentos, era la insignia del jefe supremo. Después empezó a pasear por aquel prado ensangrentado, donde había comenzado el asalto. Estaba solo.

El incendio continuaba, aunque ya no ofrecía peligro alguno. Radoub se hallaba

junto a los niños y la madre, mostrándose casi tan tierno como ella. El castillo del puente acababa de incendiarse. Los zapadores intentaban limitar la acción del fuego, dejándole consumir lo que no se podía salvar. Abrieron fosas para enterrar a los muertos. Se hizo la primera cura a los heridos. Se demolió la retirada; se sacaron los cadáveres de las salas y las escaleras, se limpió el lugar del combate; los soldados, en fin, hacían, con la acostumbrada rapidez militar, la que se llama la limpieza de la batalla acabada. Gauvain no veía nada de ello.

Entre las nubes que envolvían su pensamiento, dirigió apenas una mirada a la guardia de la brecha, redoblada por orden de Cimourdain.

Distinguía la brecha en la oscuridad, a unos doscientos pasos del rincón que había elegido como refugio; veía aquella negra abertura por la que había comenzado el ataque hacía tres horas. Por ella había penetrado en la torre; allí había estado el reducto de la retirada, y allí se hallaba la puerta del calabozo que encerraba al marqués. El destacamento de la brecha guardaba el calabozo.

Al mismo tiempo que sus ojos veían la brecha, sus oídos conservaban, como se conserva el sonido de una campana, el eco fúnebre de estas palabras: “Mañana el Consejo, pasado mañana la guillotina.”

El incendio estaba ya aislado, y sobre el mismo los zapadores arrojaban toda el agua que habían conseguido recoger. Las llamas no se extinguían sin resistencia, aunque de manera intermitente desaparecían o disminuían; se oía por momentos el chasquido de los suelos y techumbres, y el estruendo que hacían al derrumbarse uno sobre otro; torbellinos de chispas volaban como de una antorcha sacudida; una claridad como la del relámpago hacía visible el extremo del horizonte, y la sombra de la Tourgue, creciendo súbitamente, se alargaba hasta el mismo bosque.

Gauvain iba y venía, a pasos lentos, por aquella sombra y delante de la brecha. De vez en cuando cruzaba las manos por detrás de la cabeza, cubierta con el capuchón de campaña.

Gauvain meditaba.

II

GAUVAIN PENSATIVO

Su meditación era insondable.

Acababa de verificarse un cambio inaudito.

El marqués de Lantenac se había transfigurado.

Gauvain había sido testigo de esa transfiguración.

Jamás habría creído que pudiesen resultar tales cosas de una complicación,

cualquiera que fuese, de accidentes y circunstancias. Jamás, ni en sueños, habría pensado que pudiese suceder nada semejante.

Lo imprevisto, ése no sé qué altivo y superior que hace al hombre juguete de su voluntad, acababa de apoderarse de Gauvain y lo tenía en su poder. Gauvain tenía delante lo imposible convertido en realidad, visible, palpable, inevitable, inexorable.

¿Qué pensaba Gauvain de todo esto?

No podía buscar un subterfugio; era preciso encarar la situación y decidir. Se le presentaba una cuestión vital y no podía rehuirla.

¿Quién se la presentaba?

Los acontecimientos.

Pero no sólo los acontecimientos.

Pues éstos, que son mudables, nos enfrentan a una pregunta; la justicia, que es inmutable, nos impone el deber de resolverla.

Detrás de la nube que nos envía su sombra, está la estrella que nos envía su luz.

No podemos evitar ni la luz ni la sombra.

Gauvain estaba sometido a un interrogatorio.

Comparecía delante de alguien.

Delante de un ser terrible.

Su conciencia.

Gauvain sentía como todo vacilaba en él. Sus resoluciones más sólidas, sus promesas más firmes, sus decisiones más irrevocables, todo vacilaba en la profundidad de su voluntad.

Hay terremotos de alma.

Cuanto más reflexionaba sobre lo que acababa de ver, más trastornado se sentía. Gauvain, republicano, creía estar y estaba en lo absoluto; y, sin embargo, acababa de revelársele un absoluto superior.

Por encima de lo absoluto revolucionario estaba lo absoluto humano.

Lo que ocurría no podía eludirlo; el caso era grave. Gauvain formaba parte de ese hecho; no podía sustraerse; aunque Cimourdain le había dicho: “Tú ya nada tienes que ver en esto”, experimentaba una sensación como la que puede experimentar el árbol en el momento en que lo arrancan de raíz.

Todo hombre tiene una base; conmovida esa base, el hombre siente una profunda turbación, y Gauvain la sentía.

Oprimió su cabeza entre las manos, como para hacer surgir de ella la verdad. Aclarar la situación en que se encontraba no era fácil, y menos agradable. Tenía ante sí terribles cifras cuya suma había que obtener: la suma del destino, ¡qué vértigo! Tan enorme tarea trataba de explicársela, se esforzaba por reunir sus ideas, por disciplinar las resistencias que hallaba en su interior y por recapitular los hechos.

Reflexionaba sobre ellos.

¿Quién no ha necesitado alguna vez exponerse a sí mismo los hechos e interrogarse en circunstancias supremas respecto a la senda a emprender, ya fuera

para avanzar o para retroceder?

Gauvain acababa de presenciar un prodigio.

Al mismo tiempo que había tenido lugar el combate terrestre se había librado otro celeste. El combate del bien contra el mal.

Acababa de ser vencido un corazón tenebroso.

A pesar de toda la maldad que había en aquel hombre, de su carácter violento, sus errores, su ceguera, su terquedad malsana, su orgullo, su egoísmo, Gauvain acababa de asistir a un milagro.

La victoria de la humanidad sobre el hombre.

La humanidad había vencido a lo inhumano.

¿Y por qué medio? ¿De qué manera? ¿Cómo había echado por tierra a aquel coloso de ira y odio? ¿Qué armas había empleado para ello? ¿Qué máquina de guerra?

Una cuna.

Gauvain estaba deslumbrado. En plena guerra social, en plena conflagración de todas las enemistades y todas las venganzas; en el momento más turbulento y furioso de las pasiones; en el preciso momento en que el crimen lanzaba sus llamaradas y el odio sus tinieblas; en aquel instante de las luchas en que todo se aprovecha como proyectil, en que la confusión del combate es tan fúnebre que no se sabe dónde están ni la justicia ni la honestidad ni la verdad; bruscamente lo desconocido, el misterioso consejero de las almas, acababa de hacer resplandecer, por encima de la penumbra y de la sordidez humana, la gran luz eterna.

Por encima del oscuro combate entre lo falso y lo relativo, en lo más recóndito del alma había surgido de improviso la faz de la verdad.

Súbitamente había intervenido la fuerza de los débiles.

Acababan de triunfar tres pobres seres, apenas nacidos, inconscientes, abandonados, huérfanos, solos, balbucientes, risueños, teniendo contra si la guerra civil, el talión, la horrible lógica de las represalias, el asesinato, la matanza, el fratricidio, la rabia, el odio, en una palabra, todas las abominaciones; acababa de abortar el plan de un incendio infame, cuyo objetivo era cometer un crimen; habían quedado desconcertadas y burladas premeditaciones atroces; se habían desvanecido y disipado la antigua ferocidad feudal, el añejo desprecio inexorable, la pretendida experiencia de las necesidades de la guerra, la razón de Estado, todas las arrogantes decisiones de la vejez cruel, ante la mirada de los ojos azules e inocentes de los que aún no habían vivido; cosa natural, puesto que los que no han vivido no han causado mal alguno, y son la justicia, la verdad y el candor; y en los niños pequeños están sumergidos los inmensos ángeles del cielo.

Espectáculo útil, lección y consejo. Los combatientes frenéticos de una guerra sin cuartel habían visto levantarse enfrente de todos los delitos, de todos los atentados, de todos los fanatismos, del asesinato, de la venganza que atiza las hogueras, de la muerte que llega con la tea en la mano, de la enorme legión de los crímenes, un poder

omnipotente: el de la inocencia.

Y la inocencia había vencido.

Y podía decirse: “No, la guerra civil no existe, la barbarie no existe, las tinieblas no existen, el crimen no existe; para disipar todos estos espectros basta esta aurora: la infancia.”

Nunca, en ningún combate, había sido más visible Satanás, ni tampoco Dios.

Aquel combate había tenido por liza una conciencia.

La conciencia de Lantenac.

Y ahora empezaba, más encarnizado y más decisivo, en otra conciencia.

La conciencia de Gauvain.

¡Qué campo de batalla el del hombre!

Estamos entregados a esos dioses, a esos monstruos, a esos gigantes: nuestros pensamientos.

Con frecuencia esos beligerantes terribles pisotean nuestras almas.

Gauvain meditaba.

El marqués de Lantenac, cercado, bloqueado, condenado, declarado fuera de la ley, aprisionado como la fiera en el circo, como el clavo en la tenaza, encerrado en la yacija que era su prisión, sitiado por todas partes con murallas de fuego y de hierro, pudo librarse, hizo el milagro de escapar. Consiguió un triunfo, el más difícil de todos en aquel combate: la huida. Había vuelto a tomar posesión del bosque para atrincherarse de nuevo en el país, para proseguir la guerra en la sombra, para desaparecer; había vuelto a ser el guerrillero terrible, el capitán de los invisibles, el jefe de los hombres subterráneos, el amo de los bosques. Gauvain había alcanzado la victoria, pero Lantenac la libertad. En adelante Lantenac, estaba seguro: tenía un campo ilimitado ante él, una elección inagotable de asilos. Se habría hecho inaprehensible, inencontrable, inaccesible. El viejo león cayó en el cepo, pero escapó de él.

Pues, bien: ese león volvió al cepo.

El marqués de Lantenac, voluntaria y espontáneamente, por su propio impulso, abandonó el bosque, la sombra, la seguridad y la libertad, para entrar de nuevo en la torre en donde le amenazaba un inminente peligro. Gauvain había visto cómo, intrépidamente, se precipitaba en el incendio, aun a riesgo de perecer en él, y luego lo vio descender por aquella escalera, que para otros fue de salvación y para él de perdición, y entregarse a sus enemigos.

¿Y por qué lo había hecho?

Para salvar a tres inocentes criaturas.

¿Y qué iban a hacer con aquel hombre?

Guillotinarlo.

Y los tres niños que salvó, ¿eran suyos? No. ¿Eran de su familia? No. ¿Eran de su casta? No. Eran tres niños pobres, desconocidos, desarrapados, descalzos, por los que aquel gentilhombre, aquel príncipe, aquel anciano salvado, liberado y vencedor,

porque la evasión es un triunfo, lo había arriesgado todo, lo había comprometido todo, lo había aventurado todo, y, al mismo tiempo que salvaba a los niños, entregaba su cabeza, aquella cabeza que hasta entonces fue terrible y en aquel momento se hizo augusta, en manos de sus enemigos.

¿Y qué iban a hacer éstos?

Aceptarla.

El marqués de Lantenac pudo elegir entre su vida y la ajena, y en esa alternativa suprema, eligió su muerte.

E iban a acordarla.

Iban a matarlo.

¡Qué recompensa para su heroísmo!

¡Responder a un acto tan generoso con un acto de salvajismo!

¡Qué humillación para la Revolución!

¡Qué bajeza para la República!

Mientras el hombre de los prejuicios y de los servilismos, súbitamente transformado, se reconciliaba con la humanidad, ellos, los hombres de la libertad y de la emancipación, proseguían la guerra civil, la rutina sanguinaria, el fratricidio.

La elevada ley divina del perdón, de la abnegación, de la redención, del sacrificio, era reconocida por los soldados del error. ¡Y no la reconocerían los soldados de la verdad!

¿Por qué no aceptar la lucha en el terreno de la magnanimidad? ¿Por qué resignarse, siendo los más fuertes, a ser los más débiles, siendo los vencedores, a ser los verdugos? Y dar motivo a que se dijera que en el bando monárquico había quien salvaba a los niños y en el bando republicano quien mataba a los ancianos.

¿Permitirían que aquel gran soldado, aquel octogenario poderoso, aquel combatiente desarmado, secuestrado mejor que preso, cogido en flagrante buena acción, maniatado con su consentimiento, teniendo aún en la frente el sudor del sacrificio, subiera las gradas del patíbulo como si subiera las gradas de la apoteosis? ¿Pondrían bajo el filo de la guillotina aquella cabeza, en torno a la cual revolotearían, suplicantes, las almas de los angelitos salvados? ¿Y se consentiría que ante aquel suplicio infamante para los verdugos, sonriera, tranquila, la cara de aquel hombre, y hubiera de sonrojarse la de la República?

¿Y se cumpliría todo ello en presencia de Gauvain, el jefe?

Pudiendo evitarlo, ¿lo consentiría? ¿Se contentaría con la despedida de Cimourdain: “Tú ya nada tienes que ver en esto”? En semejante caso, ¿no equivaldría la abdicación a vergonzante complicidad? ¿Ignoraría que tratándose de una execrable acción, el que la consiente es peor que el que la ejecuta, porque es más cobarde?

¿Pero no había acaso él prometido aquella muerte? Gauvain, el hombre clemente, ¿no había afirmado que Lantenac era una excepción en su regla de misericordia, prometiendo entregárselo a Cimourdain?

Aquella cabeza era su deuda; así la pagaba. Eso era todo.

¿Pero era la misma cabeza que había prometido?

Hasta entonces Gauvain no había visto en Lantenac más que al bárbaro combatiente, al fanático de la monarquía, del feudalismo, al asesino de prisioneros, al criminal desenfrenado por la guerra, al hombre sangriento.

A ese proscrito él lo proscribía, a ese hombre implacable él se ofrecía también implacable. Nada más simple: el lúgubre camino estaba trazado y era fácil de seguir. Todo estaba previsto; se mataría al matador, al que estuviera en la línea recta del horror. Inopinadamente, esa línea se había roto, y una curva imprevista revelaba un nuevo horizonte, una metamorfosis completa. Un Lantenac inesperado entraba en escena; del monstruo salía un héroe, y más que un héroe, un hombre; mejor que un alma, un corazón. No era ya un asesino, sino un salvador el que Gauvain tenía en su presencia, y Gauvain estaba aterrado ante ese chorro de luz celeste. Lantenac acababa de herirlo con un rayo de bondad.

¿Y Lantenac transfigurado no transfiguraría a Gauvain? ¿Cómo? ¿Quedaría sin respuesta aquel golpe de luz? ¿Iría hacia delante el hombre del pasado, quedando atrás el hombre del porvenir? ¿Desplegaría súbitamente sus alas el hombre de las supersticiones, remontándose a las alturas, viendo desde ellas arrastrarse en el fango y en las tinieblas al hombre de lo ideal?

Y aun otra cosa.

¿Y los lazos familiares?

La sangre que iba a verterse, porque dejarla derramar era verterla, ¿no era su sangre, la sangre de los Gauvain? Su abuelo había muerto, pero el hermano de su abuelo vivía y era el marqués de Lantenac. ¿No se levantaría el hermano que estaba en la tumba para impedirle la entrada al otro? ¿No ordenaría a su nieto respetar aquella corona de cabellos blancos, hermana de su propia aureola? ¿No se interpondría entre Gauvain y Lantenac la mirada indignada de un espectro?

¿Acaso la Revolución tenía por objeto desnaturalizar al hombre? ¿Se hacía para destruir la familia y el hogar, para ahogar todo sentimiento de humanidad? Al contrario, los sucesos de 1789 se habían producido para afirmar aquellas supremas realidades y no para negarlas. Destruir prisiones y fortalezas como la Bastilla era libertar a la humanidad; abolir el feudalismo era fundar la familia.

Siendo el creador el punto de partida de la autoridad, y estando la autoridad incluida en el creador, no hay otra autoridad legítima que la paternidad. De esto nace la legitimidad de la abeja reina que crea su pueblo, y que, siendo madre, es reina. De aquí nace el absurdo del rey hombre, que, no siendo padre, no puede ser señor; de aquí nace la supresión del rey; de aquí nace la República. ¿Y qué viene a ser de todo ello? La familia, la humanidad, la Revolución. La Revolución es el advenimiento del Pueblo, y en el fondo, el pueblo es el Hombre.

Se trataba de saber si cuando Lantenac acababa de volver al seno de la humanidad, Gauvain no debía volver al seno de la familia. Se trataba de saber si el río y el sobrino debían reunirse en la luz superior, o si a una mejora del tío había de

corresponder un retroceso del sobrino. La cuestión, en este debate patético con su conciencia, se presentaba en esas consideraciones, y la solución que parecía desprenderse de ellas era salvar a Lantenac.

Pero… ¿y Francia?

Aquí el vertiginoso problema cambiaba de semblante bruscamente.

Francia se hallaba acorralada. Francia estaba entregada, rota, desmantelada; no tenía un foso porque Alemania cruzaba el Rhin; no tenía un muro porque Italia atravesaba los Alpes y España los Pirineos; no le quedaba más que el gran abismo, el océano. Tenía a su favor ese abismo y en él podía apoyarse como gigante, con el auxilio de todo el mar, para combatir a toda la tierra: situación, si se sostenía, completamente inexpugnable. Pero esa situación no podría sostenerse, el océano dejaría de luchar en su favor, ya que en él estaba Inglaterra, y si bien Inglaterra no sabía cómo vadearlo, en Francia había un hombre dispuesto a construirle un puente, diciéndole a Pitt: "¡Venid a apoderaros de Francia!" Pues bien, ese hombre era el marqués de Lantenac.

Ese hombre estaba en su poder. Después de tres meses de persecución, de encarnizamiento, había sido capturado. La mano de la Revolución acababa de posarse sobre el maldito; el puño crispado del 93 había agarrado por el cuello al asesino realista. Por uno de esos efectos de la predestinación misteriosa que desde lo alto interviene en las cosas humanas, aquel hombre esperaba su castigo encerrado en el calabozo de su casa solar; el hombre feudal yacía en el calabozo feudal; las piedras de su castillo se erguían contra él y se cerraban sobre él; y él, que quería entregar a su país, fue entregado por su propia casa. Dios había claramente preparado aquellos acontecimientos; había sonado la hora de la justicia; la Revolución había hecho prisionero a su gran enemigo, que ya no podía combatir ni causar daño. En la Vendée, donde había tantos brazos, no había más que una cabeza: cortada ésta, la guerra civil había terminado. Había sido hecho prisionero; desenlace trágico y feliz, después de tanto destrozo y asesinato, el hombre que había causado tantas muertes estaba en el Calabozo esperando su hora.

¿Habría alguien que quisiera salvarlo?

Cimourdain, o sea el 93, tenía entre sus garras a Lantenac, o sea la monarquía, y nadie podría arrebatar su presa de aquellas zarpas de bronce. El hombre en quien se concentraba ese haz de plagas que se denomina el pasado, el marqués de Lantenac, estaba en la tumba; la pesada puerta de lo eterno se había cerrado sobre él, y no era fácil que nadie fuera a descorrer el cerrojo. Aquel malhechor social había muerto, y con él, la rebelión, la lucha fratricida, la guerra salvaje. ¿Quién, pues, se atrevería a resucitarlo?

¡Oh, cómo se reiría aquella cabeza de muerto! ¡Cómo diría aquel espectro: "Está bien, me dejan vivo esos imbéciles"!

Volvería a su odiosa obra; resucitaría otra vez, implacable y gozoso, aquella guerra de odios y venganzas. Desde el día siguiente volverían las casas incendiadas,

los prisioneros asesinados, los heridos rematados, las mujeres fusiladas.

Y después de todo, ¿no exageraba Gauvain el valor de aquella acción que lo fascinaba?

Los tres niños iban a perecer y también los había salvado.

Pero ¿quién los expuso al peligro?

¿No fue el propio Lantenac?

¡Y aún habría quien se atreviese a salvarlo!

¿Quién había querido quemarlos vivos?

¿No era Imânus?

¿Y quién era Imânus?

El lugarteniente del marqués.

El responsable siempre es el jefe.

Luego, el incendiario y el asesino, era Lantenac.

¿Qué había hecho, entonces, de admirable?

Nada más que haber desistido de su primitivo empeño.

Tras haber preparado el crimen se había arrepentido, causándose horror a sí mismo. El grito de la madre había removido en su interior su vieja piedad humana, especie de depósito de la vida universal que existe en todas las almas, hasta en las más depravadas. Al oír ese grito volvió sobre sus pasos. De la noche en que se hundía regresó al día: deshizo el crimen que había preparado. Todo su mérito fue no ser monstruo hasta el fin.

¿Y por tan poco había que dárselo todo? ¿Había que darle el espacio, los campos, las planicies, el aire, la luz, los bosques, que aprovecharía para el bandolerismo? ¿Libertad, que usaría para imponer servidumbres? ¿La vida, que emplearía para ocasionar la muerte?

En cuanto a entenderse con él, a entrar en tratos con él, con aquel carácter altanero, en cuanto a ofrecerle la libertad bajo condiciones, en cuanto a preguntarle si consentiría, mediante la salvación de su vida, abstenerse para siempre de todo acto de hostilidad y toda rebelión hacia la República… ¡qué falta no representaría semejante oferta! ¡Qué ventaja no le daría! ¡Con qué desdén la recibiría! ¿Y no había que temer que abofetease la proposición con esta respuesta?: “¡Guardaos para vosotros la vergüenza! ¡Matadme!”

A tal hombre sólo era posible darle la libertad o matarlo. Era de acero, y estaba siempre dispuesto a remontar el vuelo o a sacrificarse. Era para sí mismo águila y precipicio. ¡Alma extraña!

¿Matarlo? ¡Qué angustia! ¿Liberarlo? ¡Qué responsabilidad!

A salvo Lantenac, habría que volver a empezar con la Vendée como con la hidra a la que se le ha dejado una cabeza. En un momento, y con la rapidez del relámpago, la llama extinguida con la desaparición de aquel hombre se propagaría de nuevo. Lantenac no reposaría hasta haber realizado su execrable plan de poner, como losa de tumba, a la monarquía sobre la república, y a Inglaterra sobre Francia. Salvar a

Lantenac era sacrificar a Francia; la vida de Lantenac era la muerte de seres inocentes, hombres, mujeres y niños, envueltos otra vez en una guerra doméstica; era el desembarco de los ingleses, el retroceso de la Revolución, el saqueo, el destrozo de pueblos y ciudades, la efusión de sangre bretona, la presa devuelta a las garras de las que se había liberado.

Y Gauvain, en medio de toda clase de resplandores inciertos y de claridades contradictorias, veía bosquejarse vagamente en su imaginación y posesionarse de su pensamiento este problema: la puesta en libertad de un tigre.

Aquí reaparecía el problema en su primitivo aspecto; la piedra de Sísifo, que no es otra cosa que la querella del hombre consigo mismo, volvía a caer. ¿Era Lantenac, verdaderamente, un tigre?

Acaso lo fue, pero ¿lo era aún? Gauvain sufría la influencia de esas espirales vertiginosas del espíritu volviéndose contra sí mismo que hacen del pensamiento un símil de la culebra. Después de un examen de las circunstancias, ¿podía negarse el sacrificio de Lantenac, su abnegación estoica, su desinterés sublime? ¿No valdría la pena dar, ante las abiertas fauces de la guerra civil, un testimonio de humanidad; en el conflicto de verdades inferiores ofrecer una verdad superior? ¿No equivaldría a nada, demostrar que, por encima de las monarquías, de las revoluciones y de las cuestiones terrestres, están la inmensa ternura del alma humana, la protección que los fuertes deben a los débiles, la salvación que deben los que están libres a los que están perdidos, la paternidad con que deben mirar los ancianos a los niños? ¿Probar estas cosas magníficas, y probarlas entregando su cabeza, no significaba nada? ¿No significa nada ser un general y renunciar a la estrategia, a las batallas, al desquite; ser realista, coger una balanza y poner en uno de los platillos al rey de Francia, a la monarquía de quince siglos y al restablecimiento de las antiguas leyes y costumbres, y en el otro a tres pequeños aldeanos cualesquiera y hallar que el rey, el trono, el cetro y los quince siglos de monarquía pesaban menos que los tres niños inocentes? Y el que esto hizo, ¿podía continuar siendo tigre, y debía tratársele como bestia feroz? ¡No, no, no! No era un monstruo el hombre que con su acción acababa de iluminar con claridad divina el precipicio de las guerras civiles. El que lleva la espada se había metamorfoseado en el que lleva la luz. El infernal Satán se había transformado en el Lucifer celeste. Lantenac se había redimido de todas sus barbaries por un acto de sacrificio y, perdiéndose materialmente, se había salvado moralmente. Había recobrado su inocencia; había firmado su propio perdón.

Lantenac acababa de mostrarse extraordinario. Ahora le tocaba el turno a Gauvain.

A él le correspondía dar la respuesta.

La lucha entre las buenas y malas pasiones formaba sobre el mundo, en aquel momento, un caos; Lantenac, dominando el caos, había abierto paso a la humanidad; ahora le tocaba a Gauvain abrir paso a la familia. ¿Qué podía hacer? ¿Burlaría la confianza de Dios? No.

Gauvain balbució para sí: “Salvemos a Lantenac”.

Muy bien. Ve, sirve a los ingleses, deserta, pásate al enemigo y haz traición a Francia.

Entonces tembló.

“Tu solución no lo es, ¡oh, soñador!”. Gauvain veía en la oscuridad la siniestra sonrisa de la esfinge.

Aquella situación moral era una terrible encrucijada, donde las verdades se miraban de frente, y donde se miraba de hito en hito a las tres ideas supremas del hombre: la humanidad, la familia, la patria.

Cada una de ellas tomaba por turno la palabra, y cada una tenía razón. ¿Cómo elegir? Cada una parecía haber hallado el nexo de unión entre la prudencia y la justicia, diciéndole: “Haz esto. ¿Esto es lo que debo hacer? Sí. No”. El raciocinio decía una cosa; el sentimiento le aconsejaba otra; pero ambos se contradecían mutuamente. El raciocinio no es más que la razón, pero el sentimiento muchas veces es la conciencia; el uno procede del hombre, el otro de más arriba.

Por eso el sentimiento tiene menos claridad y más fuerza.

¡Qué poder, sin embargo, el de la severa razón!

Gauvain cavilaba.

¡Terrible perplejidad!

Dos abismos se abrían a sus pies: perder al marqués o salvarlo. Era preciso lanzarse a uno o a otro.

¿En cuál de los dos estaba el deber?

III

EL CAPUCHÓN DEL JEFE

Era, en efecto, el deber lo que debía cumplir.

El deber se alzaba siniestro delante de Cimourdain, tremendo delante de Gauvain. Sencillo delante de uno, múltiple, diverso, tortuoso, delante del otro.

Dieron las doce de la noche, y luego la una de la madrugada.

Gauvain, sin advertirlo, se había acercado a la entrada de la brecha.

El incendio, casi extinguido, no arrojaba ya más que una difusa claridad.

La planicie del otro lado de la torre recibía el reflejo de aquel resplandor, que se hacía visible o se escondía según que el humo cubriese o no la claridad del fuego. Éste, reavivado a veces para volver a apagarse, con las alternancias de luz y sombra, alteraba las dimensiones de los objetos y daba a los centinelas del campamento aspecto de larvas. Gauvain, en medio de su meditación, contemplaba vagamente

aquellas alternancias del humo cubriendo el resplandor y del resplandor disipando el humo. A sus ojos, semejantes apariciones y desapariciones de luz tenían cierta analogía con las apariciones y desapariciones de la verdad en su espíritu.

De improviso, entre dos torbellinos de humo, una chispa desprendida del foco decreciente del incendio voló por el aire alumbrando con viva claridad lo alto de la planicie y dejando ver el rojo perfil de un carro rodeado de jinetes que llevaban tricornios de gendarmes. Le pareció que era la carreta que el anteojo de Guéchamp le había mostrado en el horizonte pocas horas antes de ponerse el sol. Varios hombres estaban en ella, al parecer, ocupados en descargarla. Lo que sacaban parecía pesado y de cuando en cuando sonaba a hierro; era difícil decir de qué se trataba, aunque parecían los maderos de un andamio. Dos de aquellos hombres descendieron y pusieron en tierra un cajón que a juzgar por su forma debía contener un objeto triangular. Cuando la chispa se extinguió, todo volvió a la oscuridad, pero Gauvain continuó pensativo, con la vista fija en aquella dirección.

Se habían encendido faroles y muchos hombres iban y venían por la planicie; pero sus formas se distinguían muy confusamente, y Gauvain, desde abajo y al otro lado del barranco, no podía ver sino lo que estaba justo al borde.

También oía voces, mas sin percibir las palabras. De cuando en cuando resonaban golpes sobre la madera y un chirrido metálico, como el que produce una hoz al ser afilada.

Dieron las dos.

Gauvain, lentamente, y como quien de buena gana adelantaría dos pasos y retrocedería tres, se dirigió a la brecha. Al acercarse, el centinela, reconociendo en la penumbra el capuchón galonado del comandante, puso el arma al hombro. Gauvain penetró en la sala del piso bajo, transformada en cuerpo de guardia. De la bóveda colgaba un farol que apenas daba la luz necesaria para poder cruzar la sala sin pisar a los de la guardia, tendidos sobre montones de paja, casi todos durmiendo.

Allí estaban tumbados aquellos hombres, combatientes poco antes; la metralla esparcida bajo sus cuerpos, en granos de plomo y hierro, les incomodaba para dormir, pero estaban fatigados y descansaban. Aquella sala había sido el horrible escenario de la lucha; allí había comenzado el ataque; allí se habían escuchado rugidos, golpes, juramentos, rechinar de dientes y aceros; allí se había matado y se había muerto; muchos camaradas habían sucumbido en aquel suelo donde a la sazón dormían otros; la paja que acunaba su sueño estaba impregnada de la sangre de los compañeros. Pero ya todo había concluido; la sangre había cesado de correr, se habían limpiado los sables, los muertos, muertos estaban, y los hombres de la guardia reposaban tranquilos. Así es la guerra. Al día siguiente, todo parecía un sueño.

Al entrar Gauvain, algunos de los que estaban tumbados sobre la paja se levantaron, entre ellos el jefe del puesto. Gauvain le señaló la puerta del calabozo.

—Abrid.

Se descorrieron los cerrojos y se abrió la puerta.

Gauvain entró en el calabozo.
La puerta se cerró a sus espaldas.

Libro Séptimo

FEUDALISMO Y REVOLUCIÓN

I

EL ANTEPASADO

Había una lámpara en la losa de la cripta, al lado de la trampilla cuadrada del pozo del olvido.

También se veía sobre las losas el cántaro de agua, el pan y el haz de paja. Estando abierta la cripta en la roca, el preso que hubiese tenido el capricho de prender fuego a la paja habría perdido el tiempo, pues no había peligro de incendio para la prisión y sí de asfixia para él mismo.

En el instante en que la puerta giró sobre sus goznes, el marqués estaba paseándose de un lado a otro de su Calabozo, con el vaivén maquinal de todas las fieras enjauladas.

Al ruido que hizo la puerta al abrirse volvió la cabeza y la lámpara que estaba en el suelo entre él y Gauvain iluminó plenamente el rostro de los dos hombres.

Se miraron de tal forma que los dos permanecieron inmóviles.

El marqués rompió a reír y exclamó:

—Buenas noches, señor. Hacía años que no tenía el placer de veros. Gracias por el favor que me hacéis al visitarme; ciertamente deseaba conversar con alguien, pues os confieso que empezaba a aburrirme. Vuestros amigos pierden el tiempo con todas esas ceremonias de identificación de personas y consejos de guerra; eso es prolijo y fatigoso; yo terminaría antes el asunto. Aquí estoy en mi casa; por favor, pasad. ¿Qué os parece lo que ocurre? Original, ¿no es cierto? Teníamos un rey y una reina; el rey era el rey y la reina era Francia. Le cortaron la cabeza al rey y casaron a la reina con Robespierre. Este caballero y aquella dama han tenido una hija que se llama guillotina, a la cual parece que seré presentado mañana. Lo celebraré mucho, lo mismo que celebro veros. ¿Venís para eso? ¿Os han ascendido? ¿Sois, por ventura, el verdugo? Si se trata de una simple visita de amistad, os lo agradezco en el alma. Señor vizconde, vos quizá no sepáis qué es un noble; pues bien, aquí tenéis uno; soy yo, y miradme bien, como cosa curiosa. Un noble que cree en Dios, en la tradición, en la familia, en sus abuelos, en el ejemplo de su padre, en la fidelidad, en la lealtad, en el deber para con su príncipe, en el respeto a las antiguas leyes, a la virtud, a la justicia. Tened la bondad de sentaros en el suelo, porque en esta sala no hay sillones, pero quien vive en el fango bien puede sentarse en el suelo. No lo digo por ofenderos,

porque lo que nosotros llamamos cieno, vosotros lo llamáis nación. Supongo que no exigiréis que yo me ponga a gritar: Libertad, Igualdad, Fraternidad. Esta pieza es una antigua cámara de mi casa; antes los señores ponían aquí a la canalla; ahora la chusma trae aquí a los señores, y esta tontería se llama Revolución. Dentro de unas treinta y seis horas me cortarán la cabeza; no hallo en ello inconveniente, pero si tuviesen algo de cortesía me enviarían mi caja de rapé, que está en la sala de los espejos, donde tanto jugasteis de niño, y donde brincasteis sobre mis rodillas. Y ahora voy a deciros una cosa: os llamáis Gauvain y lo más raro es que tenéis sangre noble en las venas. Sí, la misma que yo, y, sin embargo, esa sangre que de mí hace un hombre de honor, hace de vos un bribón. ¡Qué cosas tan extrañas ocurren! Diréis que no es culpa vuestra, pero tampoco mía. Es posible ser malhechor sin saberlo. Tiene que ver con el aire que se respira. En épocas como la nuestra nadie es responsable de sus actos; la Revolución es la única responsable, y vuestros grandes criminales sólo son grandes inocentes. ¡Qué estúpidos! Principiando por vos, y permitidme que os admite. Sí, yo admiro a un joven como vos, que siendo hombre de rango y calidad, de buena posición en el Estado, con sangre que poner al servicio de las grandes causas; que siendo vizconde de esta Torre Gauvain y príncipe de Bretaña, y que pudiendo ser duque por derecho y par de Francia por herencia, lo cual es casi todo cuanto puede desear en este mundo un hombre sensato, se divierte, siendo lo que es, en ser lo que sois, hasta el punto de ser considerado por sus enemigos como un facineroso y por sus amigos como un imbécil. A propósito, dadle mis recuerdos al señor cura Cimourdain.

El marqués hablaba con fluidez, con serenidad, sin alterarse, sin acentuar nada, con su tono de buena sociedad, su mirada límpida y tranquila, y teniendo las manos en los bolsillos. Respiró hondamente y prosiguió:

—No os ocultaré que hice cuanto pude por mataros. Sí, tres veces dirigí con mi propia mano la puntería del cañón hacia vos; proceder descortés, lo reconozco, pero es una locura imaginar que en la guerra el enemigo pueda trataros con cortesía y haceros favores. Porque estamos en guerra, señor sobrino, guerra a sangre y fuego. Es así que han matado al rey. ¡Bonito siglo!

Hizo otra pausa y reanudó su parlamento.

—¡Cuando pienso que nada de esto habría sucedido de haber ahorcado a Voltaire y enviado a galeras a Rousseau! ¡Ah, los escritores, qué azote! ¿Pero de qué acusáis a la monarquía? Cierto que envió al abad Pucelle a su abadía de Corbigny, dejándole la elección del carruaje y el tiempo que quisiera para el camino; y en cuanto a vuestro Titon, que había sido, con perdón, un hombre licencioso y que pasaba por las casas de prostitución antes de ir a ver los milagros del diácono de París, se le trasladó del castillo de Vincennes al de Ham en Picardía que, lo confieso, es bastante malo. Tales son los agravios que hizo la monarquía, lo recuerdo perfectamente, y yo me quejé y grité contra ellos en mis tiempos; sí, fui tan estúpido como vos.

El marqués pareció buscar en su bolsillo la caja de rapé y aún agregó:

—Pero no tan perverso. Hablábamos por hablar. Existía también la rebelión de las investigaciones[57], y luego vinieron los señores filósofos, se quemaron sus escritos en vez de quemar a sus autores, se mezclaron en esto las cábalas de la corte, llegaron los majaderos como Turgot, Quesnay, Malesherbes, los fisiócratas… y comenzó el barullo; todo por culpa de unos escritorzuelos y poetastros. ¡La Enciclopedia! ¡Diderot! ¡D'Alembert! ¡Ah, malvados buitres! ¡Y que un hombre bien nacido como el rey de Prusia cayese en semejante trampa! Por mi parte habría suprimido a todos los emborronapapeles. ¡Ah, nosotros éramos justicieros! Con nosotros no se jugaba, y aquí están todavía en la pared las señales de la rueda para descuartizar. Nosotros no bromeábamos. ¡Nada de escritorzuelos! Mientras haya Arouets habrá Marats; mientras haya botarates que tracen garabatos sobre el papel, habrá miserables que asesinen; mientras haya tinta habrá negrura; mientras la mano del hombre maneje la pluma de ganso, las necedades frívolas engendrarán atroces barbaridades. Los libros son los que originan los delitos; la palabra quimera tiene dos sentidos: sueño y monstruo. ¡Y qué afición a las palabras huecas! ¿Qué sentido tiene eso de derechos? ¡Derechos del hombre! ¡Derechos del pueblo! Todo eso es vacío, retumbante, oscuro, imaginario, desprovisto de sentido. Cuando yo digo: Havoise, hermana de Conan II, aportó como dote el condado de Bretaña a Hoël, conde de Nantes y Cornualles, que dejó el trono a Alain Fergant, tío de Berthe, que casó con Alain el Negro, señor de la Roche-sur-Yon y tuvo de él a Conan el Pequeño, abuelo de Guy o Gauvain de Thouars, nuestro antepasado, digo una cosa clara que establece un derecho. Pero vuestros necios, vuestros bribones, vuestra chusma, ¿a qué llama sus derechos? Al deicidio y al regicidio. Esto apesta. ¡Ah, bribonería indigna! Lo siento por vos, señor vizconde; pero pertenecéis a esa orgullosa raza de Bretaña, vos y yo descendemos de nuestro abuelo Gauvain de Thouars; contamos entre nuestros antepasados con aquel duque de Montbazon que fue par de Francia y condecorado con el collar de las órdenes, que atacó el arrabal de Tours y fue herido en la batalla de Arques, muriendo en su casa de Couzières en Touraine a los ochenta y seis años de edad, siendo montero mayor de Francia. También podría citaros al conde de Laudunois, hijo de Madame de la Garnache, a Claude de Lorena, duque de Chevreuse, a Henri de Lenoncourt y a Françoise de Laval-Boisdauphin. ¿Mas para qué? El señor vizconde tiene el honor de ser idiota y se empeña en ser igual a mi palafrenero. Sabed, caballero, que cuando todavía estabais en pañales, yo era ya viejo; que os he limpiado los mocos muchas veces y aún podría limpiároslos. Al crecer habéis hallado el modo de empequeñeceros. Desde que no nos vemos, cada uno ha ido por su lado: yo por el de la probidad, vos en sentido opuesto. ¡Ah! No sé cómo acabará todo esto, pero lo cierto es que vuestros amigos son grandes miserables. ¡El progreso! Sin duda que el progreso es sublime, lo confieso; en el ejército se ha suprimido la pinta de agua que se daba a beber durante tres días consecutivos al soldado borracho; tenemos en lo más alto a la Convención, el obispo Gobel, el señor Chaumette y el señor Hébert, y se extermina y suprime sin excepción todo lo pasado, desde la Bastilla al calendario. Se

sustituye a los santos por legumbres. Muy bien, señores ciudadanos, disponed y mandad como amos, reinad a vuestras anchas, holgaos, no tengáis ningún escrúpulo; pero no podréis impedir que la religión siga siendo la religión, ni que la monarquía llene quince siglos de nuestra gloriosa historia, y que la antigua nobleza francesa, aún decapitada, esté mucho más alta que vosotros. En cuanto a vuestras argucias sobre el derecho histórico de las razas regias, las despreciamos. Chilperico era un fraile llamado Daniel; fue Rainfroy quien inventó a este Chilperico para molestar a Carlos Martel[58]; eso lo sabemos mejor que vosotros, pero no es éste el asunto. La cuestión estriba en que existía un gran reino, la antigua Francia, país magníficamente regido y conservado, donde se glorificaba en principio a la augusta figura del monarca, señor absoluto del Estado; después venían los príncipes; luego los dignatarios de la corona en los ejércitos de tierra y mar, en la artillería y en la dirección y superintendencia de Hacienda; después la justicia soberana y subalterna, seguida de la administración de las gabelas y las rentas generales y, en fin, la administración política del reino ramificada. Pues bien, esto tan bello y tan noblemente ordenado lo acabáis de destruir vosotros. Habéis destruido las provincias como ignorantes miserables, sin comprender lo que eran. El genio de Francia está compuesto por el mismo genio del continente, y cada una de las provincias francesas representaba una virtud de Europa. Teníamos la franqueza alemana en Picardía; la generosidad sueca en la Champagne; la industria holandesa en la Borgoña; la actividad polaca en el Languedoc; la gravedad española en la Gascuña; la prudencia italiana en la Provenza; la sutileza griega en Normandía; la fidelidad suiza en el Delfinado. Vosotros, que ignoráis todo esto, habéis roto, despedazado y demolido, a tontas y a locas, cuanto tenía Francia, y os habéis quedado completamente tranquilos. ¡Ah, no queréis ser nobles! Pues bien, no tendréis a la nobleza, pero enlutaos por su falta, porque no tendréis paladines, no tendréis héroes. Despedíos de las antiguas grandezas y buscad un Assas en la hora actual. ¡Todos teméis perder el pellejo! No tendréis caballeros de Fontenoy, que saludaban antes de matar; no tendréis combatientes con medias de seda como en el sitio de Lérida; no tendréis esas grandes batallas en que los penachos atravesaban el campo como meteoritos. Sois un pueblo degradado, sufriréis la violencia que se llama invasión. Si volviese Alarico, no hallaría un Clodoveo que se le opusiera; si volviese Abderramán no hallaría a un Carlos Martel que le disputara el paso; si volviesen los sajones no encontrarían ante sí a ningún rey Pepino; se han acabado para vosotros los días de Agnadel, Rocroy, Lens, Stoflarde, Reucoux, Lawfeld, Mahón; no tendréis otro Marignano ni otro Francisco I; no tendréis otro Bouvines ni otro Felipe Augusto, haciendo prisioneros, con una mano a Renaud, conde de Bolonia, y con la otra a Ferrand, conde de Flandes. Tendréis un Azincourt, pero sin el señor de Bacqueville, el gran poeta-bandera, que se hizo matar envuelto en su estandarte. ¡Adelante! ¡Continuad vuestra obra! ¡Sed hombres nuevos! ¡Empequeñeceos!

El marqués calló un momento. Después continuó:

—Mas dejad que nosotros seamos grandes. Matad a los reyes, matad a los nobles,

matad a los sacerdotes; destruid, arruinad, asesinad, conculcad; poned las antiguas máximas bajo el tacón de vuestras botas; pisotead el trono, patead el altar, aplastad a Dios y bailad encima; éste es vuestro oficio. Sois traidores y cobardes, incapaces de sacrificio alguno y de ninguna abnegación. He dicho. Y ahora hacedme guillotinar, señor vizconde. Tengo el honor de ser vuestro servidor. Ah… os he dicho verdades muy amargas pero, ¿qué importa? Ya estoy muerto.

—Estáis libre —replicó Gauvain.

Y, avanzando hacia el marqués, se quitó el capote de comandante y lo echó sobre los hombros del anciano, bajándoselo hasta los ojos. Los dos eran de la misma estatura.

—¿Qué haces? —dijo el marqués.

Gauvain alzó la voz y exclamó:

—Teniente, abrid.

La puerta se abrió.

—Cerrad bien la puerta cuando salga —añadió Gauvain en voz alta.

Luego empujó hacia fuera al estupefacto marqués.

La puerta del calabozo volvió a cerrarse, dejando dentro a Gauvain.

La sala del piso bajo, transformada en cuerpo de guardia, no estaba iluminada más que por un farol de cuerno que alumbraba difusamente, produciendo más sombras que luz. En aquella penumbra, los soldados que no dormían vieron atravesar la sala, dirigiéndose a la brecha, a un hombre de elevada estatura con el capote galonado de jefe; hicieron el saludo militar y el hombre pasó.

El marqués atravesó lentamente el cuerpo de guardia y después la brecha, no sin tropezar con la cabeza más de una vez, y salió.

El centinela, tomándolo por Gauvain, le presentó armas.

Cuando estuvo fuera, teniendo bajo sus pies la hierba de los campos, a doscientos pasos el bosque y ante sí el espacio abierto, la noche, la libertad, la vida, se detuvo un momento y permaneció inmóvil, como hombre que permite que otros obren por él y que, tras aprovechar la ocasión de una puerta abierta, se pregunta si ha obrado bien o mal, vacila en seguir adelante, y da curso a sus ideas. Tras unos instantes de meditación, levantó la mano derecha, acercó el dedo corazón al pulgar, los chascó y exclamó:

—¡Qué diablos!

Y se alejó del lugar.

II

EL CONSEJO DE GUERRA

Por aquel tiempo, en los Consejos de Guerra todo se hacía arbitrariamente. Dumas, en la Asamblea legislativa, bosquejó un proyecto de legislación militar, que luego fue corregido por Talot en el Consejo de los Quinientos; pero el Código definitivo para las cortes marciales no se redactó hasta la época del Imperio. Digamos, entre paréntesis, que también es de la época del Imperio la obligación impuesta a los tribunales militares de empezar las votaciones por los jueces de grado inferior. Durante la Revolución esta ley no existía.

En 1793, el presidente de un tribunal militar era por sí solo casi todo el tribunal; elegía los vocales, clasificaba el orden de grados, reglamentaba la emisión de votos; era el amo al mismo tiempo que el juez. Cimourdain destinó como sala del Consejo de Guerra la misma sala del piso bajo donde había estado el reducto de la retirada, y donde a la sazón se hallaba el cuerpo de guardia. Quería abreviarlo todo, lo mismo el camino de la prisión al tribunal que el trayecto del tribunal al patíbulo.

A las doce de la mañana, según sus órdenes, se reunió el Consejo con el siguiente aparato: tres sillas de enea, una mesa de pino, dos velas encendidas y un taburete delante de la mesa.

Las sillas eran para los vocales del Consejo y el taburete para el acusado. En ambos extremos de la mesa había otros dos banquillos: uno para el auditor, un furriel, y otro para el escribano, un cabo.

Sobre la mesa había una barra de lacre encarnado, un sello de cobre de la República, dos escribanías, varios cuadernillos de papel blanco y dos carteles impresos extendidos, uno de los cuales contenía el bando poniendo a Lantenac y sus secuaces fuera de la ley, y el otro con el decreto de la Convención.

Detrás de las sillas se desplegaba un pabellón de banderas tricolores; en aquellos tiempos de ruda sencillez, el aparato de cualquier ceremonia se disponía pronto, necesitándose muy poco tiempo para transformar un cuerpo de guardia en tribunal de justicia.

La silla del centro, destinada al presidente, daba frente a la puerta del calabozo.

El público lo componían los soldados.

Dos gendarmes se situaron a cada lado del taburete.

Cimourdain se sentó en su silla, teniendo a su derecha al capitán Guéchamp, primer juez, y a su izquierda al sargento Radoub, segundo juez.

Llevaba en la cabeza el sombrero con penacho tricolor, al costado el sable y en el cinto dos pistolas. La cicatriz de su rostro, de vivo color rojo, aumentaba la ferocidad de su aspecto.

Radoub estaba ya curado, y tenía vendada la cabeza con un pañuelo en el que se iba agrandando lentamente una mancha de sangre.

A las doce, antes de comenzar la audiencia, un correo, cuyo caballo se oía piafar, esperaba junto a la mesa las órdenes de Cimourdain.

Éste estaba escribiendo:

Ciudadanos presidente e individuos del Comité de Salud Pública: Lantenac ha sido hecho prisionero. Mañana será ejecutado.

Puso la fecha y la firma, dobló el papel, lo cerró y selló y se lo entregó al correo, que partió inmediatamente.

Dicho esto, con voz estentórea dijo:

—Abrid el calabozo.

Los gendarmes descorrieron los cerrojos, abrieron la puerta del calabozo y entraron.

Cimourdain, levantando la cabeza y cruzando los brazos, gritó:

—¡Traed al preso!

Apareció un individuo en el umbral, entre los dos gendarmes.

Era Gauvain.

Cimourdain sintió un estremecimiento.

—¡Gauvain!

Luego añadió:

—He dicho que venga el preso.

—Soy yo —respondió Gauvain.

—¿Tú?

—Yo.

—¿Y Lantenac?

—Está libre.

—¿Libre?

—Sí.

—¿Se fugó?

—Sí.

Cimourdain balbució, temblando:

—Debía haberlo previsto. Este castillo es suyo; conoce todas las salidas; tal vez el calabozo comunique con alguna. Debí pensar en ello. Habrá hallado medios de huir sin necesidad de auxilio ajeno.

—Alguien lo auxilió —dijo Gauvain.

—¿A fugarse?

—A fugarse.

—¿Quién?

—Yo.

—¿Tú?

—Sí.

—¡Tú sueñas!

—Yo entré en el calabozo, estuve a solas con el preso; me quité el capote y se lo puse sobre los hombros, le bajé sobre la cara el capuchón. Ha salido en mi lugar y yo me he quedado en el suyo. Heme aquí.

—¡Tú no has hecho todo esto!

—¡Lo he hecho!

—¡Es imposible!

—¡Es realidad!

—¡Que traigan a Lantenac!

—Ya no está aquí. Los soldados, al verlo con mi capote, lo confundieron conmigo y lo dejaron marchar. Aún era de noche.

—Te has vuelto loco.

—Cuento lo ocurrido.

Hubo un instante de silencio. Cimourdain tartamudeó:

—Entonces… mereces…

—La muerte —dijo Gauvain.

Cimourdain estaba blanco como el alabastro. Estaba inmóvil como el hombre que acaba de ser herido por el rayo. Parecía no poder respirar. Una gruesa gota de sudor brotó de su frente.

—Gendarmes —exclamó, afianzando la voz—, que el acusado tome asiento.

Gauvain se sentó en el taburete.

—Gendarmes, sable en mano —continuó Cimourdain.

Era la fórmula usada cuando los acusados se hallaban a punto de ser condenados a la pena capital.

Los gendarmes desenvainaron los sables.

La voz de Cimourdain sonaba ya como siempre.

—Acusado, levantaos.

Ya no tuteaba a Gauvain.

III

LOS VOTOS

Gauvain se levantó.

—¿Cómo os llamáis? —preguntó Cimourdain.

Gauvain respondió:

—Gauvain

—¿Quién sois?

—El comandante en jefe de la columna expedicionaria de las Costas del Norte.

—¿Sois pariente o aliado del prófugo?

—Sobrino segundo.

—¿Tenéis noticia del decreto de la Convención?

—Sobre la mesa distingo el cartel.

—¿Qué decís de ese decreto?

—Que refrendé su publicación, mandándolo cumplir y que dispuse fijarlo, puesto que a su pie figura mi nombre.

—Nombrad un defensor.

—Me defenderé yo mismo.

—Se os concede la palabra.

Cimourdain había recuperado su impasibilidad, aunque más se parecía a la insensibilidad de una roca que a la serenidad de un ser humano.

Gauvain continuó unos instantes silencioso y meditabundo. Cimourdain prosiguió:

—¿Qué podéis alegar en vuestro descargo?

Gauvain levantó despacio la cabeza y contestó sin mirar a nadie:

—Lo siguiente: una cosa me ha impedido ver la otra; una buena acción vista de cerca me ha hecho olvidar otros cien actos criminales; por una parte un anciano, por la otra, unos niños. Todos se han interpuesto entre mi conciencia y mi deber político. He olvidado el incendio de las aldeas, la devastación de los campos, el asesinato de prisioneros y heridos, el fusilamiento de mujeres, el plan de entregar Francia a Inglaterra, y he puesto en libertad al sangriento enemigo de la patria. Soy culpable, y aunque al hablar podría creerse que lo hago en contra de mí mismo, se hallarían en un error quienes tal cosa pensasen. Hablo en mi favor, pues cuando el culpable reconoce su culpa, salva lo único que merece ser salvado: el honor.

—¿No tenéis nada más que alegar en vuestra defensa?

—Añado que siendo el jefe debía dar ejemplo y que a vuestra vez, siendo los jueces, debéis castigarme.

—¿Con qué castigo?

—Con la muerte.

—¿La creéis justa?

—Y necesaria.

—Sentaos.

El furriel, que era el auditor, se levantó y leyó primero el bando que situaba fuera de la ley al ex marqués de Lantenac, y después el decreto de la Convención, condenando a la pena capital a todo el que favoreciese la evasión de un preso rebelde. Este decreto tenía al pie varias líneas impresas prohibiendo prestar ayuda y socorro al rebelde arriba nombrado, firmado: *El comandante en jefe de la columna expedicionaria. Gauvain*

Leído todo lo cual, el auditor volvió a sentarse.

—Acusado —comenzó Cimourdain, cruzándose de brazos—, os halláis aquí para ver, oír y callar; ante vos se halla la ley. Va a procederse a la votación y se dictará sentencia por mayoría de votos ordinarios. Cada uno de los vocales emitirá su voto en voz alta en presencia del acusado, pues la justicia nada tiene que ocultar. Tiene la

palabra el primer juez. Hablad, capitán Guéchamp.

El aludido no parecía ver ni a Cimourdain ni a Gauvaini Sus párpados, entornados, ocultaban los ojos inmóviles y fijos en el cartel que contenía el decreto, contemplándolo como si fuera un abismo.

—La ley es terminante —dijo—. Un juez es más y es menos que un hombre; menos, porque no tiene corazón, y más, porque maneja la espada de la ley. En el año 414 de Roma, Manlio mandó matar a su hijo por el crimen de haber vencido sin orden suya; la violación de la disciplina exige una expiación. Aquí la ley ha sido violada, y la ley está encima de la disciplina. La patria ha sido puesta en peligro de nuevo como consecuencia de un exceso de compasión; la compasión puede adoptar las proporciones de un delito. El comandante Gauvain ha proporcionado la fuga al rebelde Lantenac. Gauvain es culpable. Voto la muerte.

—Anotad ese voto, escribano —ordenó Cimourdain.

Capitán Guéchamp, la muerte, anotó el escribano.

—Guéchamp —dijo Gauvain con voz clara—, habéis votado lo justo y os doy las gracias.

—Tiene la palabra el segundo juez. Hablad, sargento Radoub —añadió Cimourdain.

Radoub se levantó, se volvió hacia Gauvain y le saludó militarmente. Luego, se expresó así:

—Si esto es así, guillotinadme también a mí, porque declaro a Dios y bajo mi más sagrada palabra de honor que quisiera haber hecho, primero, lo que hizo el viejo, y segundo, lo que ha hecho mi comandante. Cuando vi a aquel anciano de ochenta años arrojarse entre las llamas para sacar de él a los tres pequeños, me dije: ¡Buen hombre, eres un valiente! Y al saber que mi comandante es quien ha salvado a ese anciano de vuestra bestial guillotina, exclamo: ¡Maldita sea! Mi comandante, deberíais ser general; sois todo un hombre, y juro por mi fe que os concedería la cruz de San Luis si todavía hubiese cruces, si tuviésemos santos y aún quedasen luises. ¿Es que vamos ahora a ser unos imbéciles? Es para cosas como esta que se han ganado la batalla de Jemmapes, la batalla de Valmy, la de Fleurus y la de Wattignies, digámoslo de una vez. El comandante Gauvain, desde hace cuatro meses, lleva ante sí, como a unos corderos, a esos estúpidos realistas, salva la República a sablazos y tambor batiente, gana la acción de Dol, para lo cual se necesitaba mucho talento… ¡Y cuando tenéis a un hombre así tratáis de desembarazaros de él! ¡Y en lugar de nombrarlo general queréis cortarle el cuello! Cosas como ésta son capaces de hacer que uno se arroje de cabeza al Sena, desde el Puente Nuevo. Declaro que a vos, ciudadano Gauvain, si en vez de ser mi general fueseis cabo de mi compañía, os diría que cuanto habéis dicho, aunque muy elocuente, es un solemne desatino. El viejo hizo bien en salvar a los niños, y vos habéis hecho perfectamente en salvar al viejo, y si guillotinamos a las buenas personas por haber ejecutado buenas acciones, entonces vámonos todos al infierno, porque ya no sé a qué carta quedarme. ¿Adónde iremos a parar? ¿Es sueño

todo esto o realidad? Me pellizco hace media hora para saber si estoy dormido o despierto, pues nada comprendo de lo que ocurre. ¿Queríais, por ventura, que el viejo dejase achicharrarse a aquellos angelitos, o que mi comandante dejase que se le cortara al viejo la cabeza por haberlos salvado? En este caso, repito, guillotinadme también a mí. Supongamos que los niños hubiesen muerto en el incendio; el batallón del Gorro Frigio quedaba deshonrado. ¿Esto se pretendía? Entonces, comámonos los unos a los otros. Yo entiendo de política tanto como cualquiera de los presentes; he pertenecido al club de la sección de las Picas y veo que acabaremos por volvemos todos unas bestias. Resumiendo mi discurso, diré que no me gustan las cosas que tienen el inconveniente de poner al hombre en situación de no saber dónde está ni lo que hace. ¿Para qué diablos peleamos? ¿Por qué quieren matar a nuestro jefe? Yo a eso contesto que ¡ni hablar! Quiero a mi comandante, lo necesito y hoy lo quiero más que ayer. ¿Queréis enviarle a la guillotina? ¡Vamos, me hacéis reír! No, no queremos. Vosotros decid lo que os guste, pero nosotros contestaremos que esto no es posible.

Radoub se sentó. Se le había abierto la herida y un chorro de sangre, que empapaba su venda, se le escurría ya por el cuello desde dónde había tenido la oreja.

Cimourdain se volvió hacia Radoub.

—¿Votáis por la absolución del acusado?

—Voto —replicó Radoub—, porque lo asciendan a general.

—Os pregunto si votáis por su absolución.

—Voto porque lo eleven a la primera magistratura de la República.

—Sargento Raboud, ¿votáis por la absolución del comandante Gauvain, sí o no?

—Voto porque me corten la cabeza en su lugar.

—Poned absolución, escribano —ordenó Cimourdain.

El escribano escribió: *Sargento Radoub, absolución*.

Después el escribano dijo:

—Un voto por la muerte, otro por la absolución. Empate.

Era el turno de Cimourdain.

Se levantó. Se quitó el sombrero y lo dejó sobre la mesa.

Su rostro no estaba ya pálido ni lívido, sino ceniciento.

Si todos los presentes hubiesen estado envueltos en sudarios no habría reinado un silencio más profundo.

—Acusado Gauvain —dijo con voz lenta y firme—, se ha oído vuestra causa. En nombre de la República, el Consejo de Guerra vota por mayoría de dos votos contra uno…

Se interrumpió. Pareció que el tiempo se hubiera detenido. ¿Dudaba ante la sentencia de muerte? ¿Dudaba ante la absolución? Todos esperaban el resultado con la mayor ansiedad. Cimourdain continuó:

—Os condeno a la pena de muerte.

Su semblante expresaba la tortura que lo consumía, la tortura del triunfo siniestro. Cuando Jacob en las tinieblas se hizo bendecir por el ángel, a quien había vencido en

la lucha, debió de tener la misma sonrisa espantosa.

Sin embargo, la misma pasó por sus labios como un relámpago, y Cimourdain volvió a adoptar su impasibilidad marmórea. Se sentó y se cubrió con el sombrero, añadiendo:

—Gauvain, seréis ejecutado mañana al salir el sol.

Gauvain se levantó, saludó y dijo:

—Doy las gracias al tribunal.

—Llevaos al reo —ordenó Cimourdain.

Cimourdain hizo una señal, se abrió la puerta del calabozo, Gauvain entró y volvió a ser cerrada. Los dos gendarmes, con los sables desenvainados, se situaron como centinelas a ambos lados de la puerta.

Al sargento Radoub lo sacaron de la sala desmayado.

IV

DESPUÉS DE CIMOURDAIN JUEZ, CIMOURDAIN AMO

Un campamento es un enjambre de avispas, sobre todo en tiempos de revolución. El aguijón cívico que reside en el soldado, sale espontánea y rápidamente para picar al jefe con la misma resolución con que ha rechazado al enemigo. Entre la valerosa tropa que había sitiado y tomado la Tourgue hubo diversos zumbidos. El primero fue contra el comandante Gauvain cuando se conoció la evasión de Lantenac. Al salir Gauvain del calabozo en que todos creían tener al marqués, se produjo una conmoción, y, en menos de un minuto, todo el campamento supo la noticia. Entonces se produjo el primer murmullo en aquel pequeño ejército, en el que todos decían:

—Van a juzgar a Gauvain, pero ese juicio será una farsa. ¡Fiaos de los ex nobles y los curas! Acabamos de ver a un vizconde salvando a un marqués, y ahora veremos a un cura absolviendo a un noble.

Pero cuando se conoció la condena de Gauvain, la tropa murmuró de nuevo.

—¡Esto es peor! ¡Quieren matar a nuestro jefe, a nuestro valiente jefe, a nuestro joven comandante, un héroe! Es vizconde, pero por eso tiene más mérito ser republicano. ¡Y a un hombre así, al libertador de Pontorson, de Villedieu y Pontau-Beau, al vencedor de Dol y de la Tourgue, al que siempre nos ha llevado a la victoria, al que es la espada de la República en la Vendée; al hombre que durante cinco meses tiene en jaque a los chuanes y repara los errores de Léchelle y los demás, a ese hombre se atreve Cimourdain a condenar a muerte! ¿Y por qué? Por haber salvado a un viejo que había salvado a tres niños. ¡Un cura matar a un soldado!

Así murmuraba la tropa victoriosa y descontenta. Cimourdain se hallaba rodeado

de la más viva indignación. Cuatro mil hombres contra uno sólo son una gran fuerza, pero, en realidad, hay casos en que no representan ninguna. Aquellos cuatro mil hombres eran una multitud, y Cimourdain era una voluntad: se sabía que Cimourdain fruncía el ceño fácilmente y no necesitaba más para mantener en el ejército el respeto a su autoridad. En aquellos tiempos sombríos, bastaba ver detrás de un hombre la sombra del Comité de Salud Pública para que aquel hombre fuese temido y para convertir la imprecación en murmullo y el murmullo en silencio. Antes, como después de aquellas murmuraciones, Cimourdain era el árbitro de la suerte de Gauvain, lo mismo que de la de todos. Se sabía que era inútil pedirle nada porque sólo obedecía a la voz de su conciencia, voz sobrehumana que sólo él podía oír. Todo dependía de él; lo que había hecho como presidente del Consejo de Guerra podía deshacerlo como delegado civil. Sólo él podía indultar, para lo cual tenía plenos poderes. Con una señal podía salvar o perder a Gauvain; era dueño de la vida y la muerte; mandaba en la guillotina, y en aquel trágico instante era el hombre supremo.

Sólo cabía esperar.

Y llegó la noche.

V

EL CALABOZO

La sala de justicia había vuelto a convertirse en cuerpo de guardia, la cual se había doblado como en la víspera; dos centinelas custodiaban la puerta cerrada.

A las doce de la noche, un individuo que llevaba un farol en la mano atravesó el cuerpo de guardia, se dio a conocer y mandó abrir el calabozo. Era Cimourdain.

Entró y dejó la puerta entornada.

El calabozo era tenebroso y estaba en silencio. Cimourdain dio un paso en aquella oscuridad, dejó el farol en el suelo y se detuvo. En la penumbra se oía la respiración regular de un hombre dormido. Cimourdain escuchó pensativo aquel apacible susurro.

Gauvain se hallaba al fondo del calabozo, tumbado sobre un haz de paja. Era su respiración la que se oía. Dormía profundamente.

Cimourdain avanzó procurando no hacer ruido y, llegando junto a Gauvain, se puso a contemplarlo. Una madre velando el sueño de su hijo no le habría dirigido una mirada más tierna e inefable. Era una mirada que, tal vez a su pesar, se escapaba del alma de Cimourdain.

Cimourdain, como hacen los niños a veces, se restregó los ojos con los puños y permaneció inmóvil unos instantes; después se arrodilló, levantó lentamente la mano

de Gauvain y apoyó en ella los labios.

Gauvain hizo un brusco movimiento y abrió los ojos, en los que se retrató cierto asombro. El farol apenas mitigaba las sombras del calabozo. Reconoció a Cimourdain.

—Ah, sois vos, querido maestro. Soñaba —añadió— que la muerte me besaba la mano.

Cimourdain sintió la brusca sacudida que en nuestro ánimo produce la súbita invasión de un torrente de pensamientos; torrente tan crecido e impetuoso en ocasiones, que anega el alma. Sin embargo, nada surgió del profundo abismo de su corazón, limitándose a exclamar:

—¡Gauvain!

Ambos se contemplaron: Cimourdain con las pupilas destellando esas llamas que producen las lágrimas; Gauvain con su más dulce sonrisa.

Gauvain, tras haberse incorporado sobre un codo, dijo:

—Esa cicatriz que veo en vuestro semblante es la del sablazo que recibisteis por mí. Ayer también combatisteis a mi lado para asistirme. Si la Providencia no os hubiese colocado junto a mi cuna, ¿quién sería hoy? Me hallaría en tinieblas. Si poseo la noción del deber, vos me la habéis enseñado. Yo nací atado, porque los prejuicios son ligaduras; vos las desatasteis, dándome la libertad; de lo que era una momia hicisteis un adolescente, desarrollando en mí la conciencia. Sin vos yo hubiera crecido siendo siempre un niño. Sólo existo por vos. No era más que un noble y habéis hecho de mí un ciudadano. Era un ciudadano y me habéis dado un espíritu; me habéis dado la aptitud para la vida terrenal, como hombre, y para la vida celeste como alma. Para andar por las sendas de la realidad humana me disteis la clave de la verdad, y para pasar más allá, la clave de la luz. ¡Oh, mi querido maestro, os doy las gracias, porque vos sois quien me ha creado!

—Vengo a cenar contigo —dijo Cimourdain, sentándose sobre el haz de paja junto a Gauvain.

Gauvain partió el pan moreno y se lo ofreció. Cimourdain tomó un trozo; después, Gauvain le tendió el cántaro de agua.

—Bebe tú antes —dijo Cimourdain.

Gauvain bebió y le pasó el cántaro a Cimourdain, quien también bebió. Gauvain había tomado apenas un sorbo.

Cimourdain bebió un buen trago.

En aquella cena, Gauvain comió y Cimourdain bebió, señal de la tranquilidad del uno y de la fiebre del otro.

En el calabozo reinaba una serenidad terrible. Los dos hombres charlaban.

Gauvain decía:

—Empiezan a bosquejarse grandes hechos. Lo que la Revolución hace en este momento es misterioso. Detrás de la obra visible hay otra invisible, y la primera oculta a la segunda. La obra visible es feroz, la invisible es sublime; en este instante

lo distingo todo con suma claridad; me parece extraordinario, pero hermoso. Ha sido preciso valerse de los materiales del pasado, y de aquí este extraordinario 93, en el que con un andamio de barbarie se construye un templo de civilización.

—Sí —asintió Cimourdain—. De esta provisionalidad saldrá lo definitivo, es decir, paralelamente el derecho y el deber, el impuesto proporcional y progresivo, el servicio militar obligatorio, la nivelación, ninguna desviación y, por encima de todo, la línea recta, la ley. La República de lo absoluto.

—Yo prefiero —dijo Gauvainla República del ideal.

Hizo una pausa y luego prosiguió:

—Sí, maestro, entre todo lo que acabáis de nombrar, ¿dónde ponéis la adhesión, el sacrificio, la abnegación, el magnánimo enlace de los afectos, el amor? Bueno es que todo esté en equilibrio, pero es mejor que se halle en armonía; sobre la balanza está la lira. Vuestra República mide, dosifica y regula al hombre; la mía lo levanta hasta el azul del firmamento. Entre la vuestra y la mía está la diferencia que media entre un teorema y un águila.

—Te pierdes en las nubes.

—Y vos en el cálculo.

—En la armonía hay parte de ensueño.

—También en el álgebra.

—Yo quisiera al hombre hecho por Euclides.

—Yo lo prefiero hecho por Homero —dijo Gauvain.

La sonrisa severa de Cimourdain se fijó en Gauvain, como para suspender el vuelo de su alma.

—¡Poesía! Desconfía de los poetas.

—Sí, conozco esa frase: no te fíes de la brisa, no te fíes del rayo de luz ni de los perfumes ni de las flores ni de las constelaciones.

—Todo eso no da de comer.

—¿Qué sabéis vos? La idea es también un alimento: pensar es comer.

—Dejémonos de abstracciones. La fórmula de la República es: dos y dos son cuatro. Cuando yo le doy a cada cual lo que le corresponde…

—Os falta darle a cada uno lo que no le corresponde.

—¿Qué quieres decir?

—Me refiero a la inmensa concesión recíproca que cada uno debe a los demás, que los demás le deben a uno, y que constituye toda la vida social.

—Fuera del derecho estricto, no hay nada.

—Está todo.

—Yo no veo más que la justicia.

—Yo miro más alto.

—¿Qué hay por encima de la justicia?

—La equidad.

Callaron ambos como deslumbrados por un resplandor que atravesara su mente.

Cimourdain prosiguió.

—Te desafío a que concretes.

—Sea. Vos queréis el servicio militar obligatorio. ¿Pero contra quién? Contra otros hombres. Pues bien, yo no quiero que haya servicio militar; yo quiero la paz. Queréis socorrer a los miserables; yo quiero suprimir la miseria. Queréis el impuesto proporcional; yo no quiero impuestos, quiero que se reduzcan los gastos comunes a su más mínima expresión, y se paguen con la plusvalía social[59].

—¿Qué entiendes por eso?

—Esto: en primer lugar suprimir todo parasitismo: el del clérigo, el del juez, el del soldado. Hay que sacar partido de nuestras riquezas; en vez de arrojar los abonos por las alcantarillas de los ríos, arrojadlos en los surcos; las tres cuartas partes de la tierra son eriales: roturadlas; suprimid las dehesas de pasto inútiles; repartid las tierras comunales, que todo hombre tenga un terreno y que todo terreno tenga un hombre, y con ello centuplicaréis el producto social. Francia, en este momento, no produce lo bastante para que los campesinos coman carne más de cuatro días al año; pero bien cultivada podría mantener a más de trescientos millones de hombres, a toda Europa. Utilizad la Naturaleza, esa inmensa fuerza auxiliar hasta ahora despreciada. Haced que trabajen para vos todas las ráfagas de viento, todos los saltos de agua, todos los efluvios magnéticos. El globo terrestre posee una red venosa subterránea y en la misma hay una circulación prodigiosa de agua, aceite y fuego. Sondad esas venas y haced brotar el agua para las fuentes, el aceite para las lámparas, el fuego para los hogares. Reflexionad sobre el movimiento de las olas, el flujo y el reflujo, el vaivén de las mareas. ¿Qué es el océano? Una enorme fuerza perdida. ¡Qué estúpida es la tierra no dándole empleo al océano!

—Esto es pura ilusión.

—Es decir, plena realidad.

—Gauvain prosiguió:

—¿Y la mujer? ¿Qué hacéis de ella?

Cimourdain respondió:

—Lo que es: la servidora del hombre.

—Sí, con una condición.

—¿Cuál?

—La de que el hombre sea también el servidor de la mujer.

—¡Qué locura! —se burló Cimourdain—. El hombre servidor, jamás. El hombre es el amo. Yo no admito más que un reino: el del hogar. El hombre en su hogar es el rey.

—Sí, mas con una condición.

—¿Cuál?

—Que la mujer sea la reina.

—O sea, que para el hombre y la mujer quieres…

—La igualdad.

—¿La igualdad? Estás soñando. Los dos sexos son diversos…

—Dije la igualdad, no la identidad.

Hubo otra pausa, como una tregua entre aquellos dos espíritus que se enviaban mutuamente rayos de luz. Cimourdain la rompió:

—¿Y el hijo? ¿A quién se lo das?

—Primero al padre que lo engendra, luego a la madre que lo cría; después al preceptor que lo educa; más tarde a la ciudad que lo hace viril; a continuación a la patria, que es la madre suprema, y por fin a la humanidad, que es la gran abuela.

—Te olvidas de Dios.

—Cada uno de esos peldaños, padre, madre, maestro, ciudad, patria y humanidad, pertenecen a la escalera que asciende hacia Dios.

Cimourdain no replicó, y Gauvain continuó:

—Cuando se llega a la cima de la escalera, se llega a Dios. Dios se abre ante nosotros y no hay que hacer más que penetrar en él.

Cimourdain pareció querer despertar a su interlocutor.

—Gauvain, desciende de nuevo a la tierra. Lo que nosotros queremos es realizar lo posible.

—Comenzad por no hacerlo imposible.

—Lo posible se realiza siempre.

—No; si se manosea fuertemente a la utopía, se la estrangula. No hay nada más indefenso que el huevo.

—Sin embargo, hay que apoderarse de la utopía, imponerle el yugo de lo real y encerrarla en el cuadro de los hechos. La idea abstracta debe transformarse en concreta, y lo que pierde en hermosura lo gana en utilidad, siendo menor pero mejor. Es necesario que el derecho se encarne en la ley, y cuando se haya esto logrado, es lo absoluto. A esto llamo yo lo posible.

—Lo posible es más que eso.

—Ya vuelves a soñar.

—Lo posible es un ave misteriosa que planea constantemente por encima del hombre.

—Es preciso atraparla.

—Viva.

Gauvain prosiguió:

—Mi pensamiento es: ¡siempre adelante! Si Dios hubiese deseado el retroceso del hombre le habría puesto un ojo en la nuca. Siempre miramos a oriente, a lo que se abre, a lo que nace. El que cae estimula al que sube; el crujido del árbol viejo es un llamamiento del árbol nuevo; cada siglo ejecuta su tarea; hoy cívica, mañana humana; hoy agitando la cuestión del derecho, mañana la del salario, aunque salario y derecho sean en el fondo la misma palabra. El hombre no vive para no ser pagado; Dios, al darle la vida, contrae una deuda con él, el derecho es el salario innato, el salario es el derecho adquirido.

Gauvain hablaba con el aire de un profeta. Cimourdain lo escuchaba. Se habían invertido los papeles, y el alumno era ahora el maestro.

—Te precipitas —murmuró Cimourdain.

—Porque tengo un poco de prisa —contestó Gauvain, sonriendo.

Hizo una pausa y añadió:

—¡Oh, mi querido maestro, he aquí la diferencia entre nuestras dos utopías! Vos queréis el servicio obligatorio, yo quiero la escuela. Vos soñáis con el hombre soldado, yo sueño con el hombre ciudadano. Vos lo queréis terrible, yo, reflexivo. Vos fundáis una República de guillotina, yo fundo…

Se interrumpió.

—… Yo fundaría una república de espíritus.

—¿Y qué quieres, mientras tanto? —inquirió Cimourdain, fijos los ojos en el suelo.

—Lo que hay.

—¿Absuelves, pues, el momento presente?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque es una tempestad. Una tempestad siempre sabe lo que hace. Por una encina que derribe, ¡cuántos bosques saneados! La civilización padecía una peste y este huracán la destruye. ¿Podría obrar de otro modo? ¡Se le ha encargado un barrido tan difícil…! Ante el horror del miasma, comprendo el furor del soplo. Además, qué importa; la tempestad, si yo tengo la brújula, ni qué me importan los acontecimientos si tengo mi conciencia.

Y añadió con voz baja y solemne:

—Hay alguien a quien es preciso dejar en libertad de hacer cuanto quiera.

—¿Quién? —se interesó Cimourdain.

Gauvain levantó el dedo por encima de su cabeza. Cimourdain siguió con la mirada la dirección de aquel dedo y, a través de la bóveda del calabozo, le pareció divisar el cielo estrellado.

Ambos callaron.

—La sociedad es más importante que la Naturaleza —comentó Cimourdain—. Te repito que lo tuyo no es posible, es sólo un sueño.

—Ésa es la meta. De lo contrario, ¿de qué serviría la sociedad? Quedémonos en la Naturaleza, seamos salvajes: Tahití es un paraíso, pero un paraíso en el que no se piensa. Es preferible un infierno inteligente que un paraíso animal. Mas no, nada de infierno. Seamos la sociedad humana. Más grande que la Naturaleza. Sí. Si nada añadís a la Naturaleza, ¿por qué salir de ella? Contentémonos entonces con el trabajo, como las hormigas, y con la miel, como las abejas. Seamos la bestia obrera en lugar de ser la reina inteligente de la colmena. Si añadimos algo a la Naturaleza, seremos más importantes que ella; añadir es aumentar, y aumentar es engrandecer. La sociedad es la Naturaleza sublimizada. Yo quiero todo lo que les falta a las colmenas,

todo lo que les falta a los hormigueros: los monumentos, el arte, la poesía, los héroes, los genios. Llevar fardos eternamente no es la tarea final del hombre. No, no, no, basta de parias, de esclavos, de forzados, de condenados. Quiero que cada uno de los atributos del hombre sea un símbolo de la civilización y un modelo del progreso; quiero la libertad en el espíritu, la igualdad en el corazón, la fraternidad en el alma. ¡Basta de yugos! El hombre está hecho, no para arrastrar cadenas, sino para volar. Se acabó el hombre reptil. Yo quiero la metamorfosis de la larva en mariposa; quiero que la lombriz de tierra se trueque en flor viva y vuele. Quiero…

Calló. Su mirada resplandecía.

Sus labios temblaban. Calló.

La puerta seguía abierta. Algunos rumores del cuerpo de guardia penetraban en el calabozo. Se oían también algunos toques de cornetín, probablemente el de diana. Después, los golpes de los fusiles contra el suelo. El relevo de los centinelas. Luego, muy cerca de la torre, en lo que cabía juzgar por la oscuridad, un movimiento parecido al traslado de planchas y maderos, con rumores sordos e intermitentes que parecían martillazos.

Cimourdain, pálido, escuchaba. Gauvain no oía nada.

Su ensueño era cada vez más profundo. Apenas respiraba, atento a lo que veía en la bóveda visionaria de su cerebro. Padecía dulces estremecimientos. La claridad de aurora de sus pupilas se fue agrandando. Transcurrieron así varios minutos. Cimourdain le preguntó:

—¿En qué piensas?

—Pienso en el porvenir.

Y Gauvain volvió a su meditación. Cimourdain se levantó del haz de paja, donde ambos estaban sentados. Gauvain no se percató de ello. Cimourdain, observando de refilón al joven pensativo, retrocedió lentamente hasta la puerta y salió.

El calabozo volvió cerrarse.

VI

SIN EMBARGO, EL SOL SALE

El día no tardó en despuntar en el horizonte.

Al mismo tiempo que el día, un objeto extraño, inmóvil, sorprendente y que las aves del cielo no conocían, apareció en la planicie de la Tourgue, por encima del bosque de Fougètes.

La habían puesto allí durante la noche; era un objeto levantado más que construido. De lejos, en el horizonte, dibujaba un perfil de líneas rectas y duras que

tenían el aspecto de una letra hebrea, o de uno de esos jeroglíficos egipcios que formaban parte del alfabeto del antiguo enigma.

A primera vista, la idea que despertaba era de inutilidad. Estaba entre los brezos en flor y no se adivinaba para qué podría servir. Después, considerándolo más despacio, se experimentaban escalofríos. Era un tablado sostenido por cuatro pilares. En uno de sus extremos se levantaban dos maderos rectos y altos, unidos en sus vértices por un travesaño del que pendía un triángulo que parecía negro, destacándose sobre el azul de la mañana. En el otro extremo había una escalera y en la parte inferior, entre los dos maderos, se distinguía una especie de cepo, compuesto por dos secciones móviles que, ajustándose una a otra, ofrecían a la vista un agujero redondo de las dimensiones del cuello humano. La sección superior corría por una ranura de modo que podía alzarse y bajarse a voluntad. En aquel momento, las dos medias lunas, que uniéndose formaban el collar, estaban separadas. Al pie de los dos maderos que sostenían el triángulo, había una tabla que podía girar sobre unos goznes y tenía aspecto de báscula; a su lado un cesto oblongo, y delante, entre los postes, otro cuadrado. Todo estaba pintado de rojo y hecho de madera, menos el triángulo, que era metálico. Era evidente que el aparato estaba construido por el hombre, así era de feo, mezquino y ruin. Sin embargo, merecía haber sido llevado allí por genios, tan formidable era.

Aquella construcción deforme era la guillotina.

Enfrente, a pocos pasos, en el barranco, había otro monstruo, la Tourgue: monstruo de piedra que hacía juego con el de madera. Y cuando el hombre ha tocado la madera y la piedra, éstas ya no son piedras ni madera, adquieren algo del hombre. Un edificio es un dogma; una máquina es una idea.

La Tourgue era la resultante fatal del pasado, que en París se llama la Bastilla, en Inglaterra la Torre de Londres, en Alemania el Spielberg, el Escorial en España, en Moscú el Kremlin y en Roma el castillo de Santángelo.

En la Tourgue se condensaban mil quinientos años: la Edad Media, el vasallaje, la gleba, el feudalismo; en la guillotina, un año: el 93. Y aquellos doce meses hacían contrapeso a aquellos quince siglos.

La Tourgue era la Monarquía; la guillotina era la Revolución.

Confrontación trágica.

De un lado, la deuda; de otro, el plazo cumplido. De un lado, la inextricable complicación gótica, el siervo, el señor, el esclavo, el amo, la plebe, la nobleza, el código múltiple ramificado en usos y costumbres, el juez y el clérigo coaligados, las innumerables ataduras, las gabelas, las excepciones, las prerrogativas, los prejuicios, el fanatismo, el real privilegio de la bancarrota, el derecho divino; de otro lado, una cosa muy simple: una afilada cuchilla.

De un lado, el nudo; del otro, el hacha.

La Tourgue llevaba muchos años sola en aquel desierto. Allí se alzaba con sus almenas, de donde se había vertido el aceite hirviendo, la pez caliente y el plomo

derretido sobre los sitiadores; allí estaba con sus calabozos del olvido empedrados con huesos humanos, con su sala de tormento, con la tragedia enorme de la que había sido escenario. Su figura funesta había dominado en aquella selva, a cuya sombra se había gozado de quince siglos de tranquilidad abominable. En aquella región había sido el único poder, el único objeto de respeto y espanto; había reinado; había sido la única representante de la barbarie. Pero a la sazón veía alzarse de improviso, delante de ella y contra ella, un objeto; más que un objeto, un ser tan horrible como ella: la guillotina.

En algunas ocasiones parece como si la piedra tuviese extraños ojos. Una estatua observa; una torre vigila; una fachada contempla. La Tourgue parecía estar examinando a la guillotina.

Tenía el aspecto de estarse preguntando: ¿Qué es eso?

Aquello parecía haber surgido de la tierra.

Y, en efecto, de la tierra había salido.

En la tierra fatal había germinado y crecido el árbol siniestro. De aquella tierra regada con tanto sudor, con tantas lágrimas, con tanta sangre; de aquella tierra donde se habían cavado tantas fosas, abierto tantas tumbas y cavernas, y preparado tantas celadas; de aquella tierra donde se habían corrompido todos los cadáveres causados por todos los géneros de la tiranía; de aquella tierra superpuesta a tantos abismos, donde habían sido enterrados tantos crímenes como espantosa semilla; de aquella tierra profunda había salido un día esa desconocida, ese objeto vengador, esa feroz máquina de la cuchilla, y el 93 le había dicho al mundo: “Aquí estoy”.

La guillotina, por tanto, podía espetarle a la torre: “Yo soy tu hija”.

Y al mismo tiempo la torre, porque estas cosas fatales viven con una vida oscura, sentía en su seno el golpe de muerte que recibía de su hija.

La Tourgue, ante tan terrible aparición parecía azorada y medrosa. La monstruosa masa de granito era majestuosa e infame; pero el triángulo metálico suspendido de aquel armazón de tablas era peor. La omnipotencia destronada tenía horror a la omnipotencia reinante. La historia criminal contemplaba a la historia justiciera; la violencia de otros tiempos se comparaba con la violencia moderna. La antigua fortaleza, la antigua prisión, la antigua mansión feudal donde habían exhalado su aullido de dolor los cautivos atormentados; la construcción de guerra y muerte, ya fuera de servicio, violada, desmantelada, descoronada, montón de piedra sin más valor que un montón de cenizas, pavorosa, magnífica y muerta, poseída del vértigo de siglos abominables, veía pasar su hora de vida. El Ayer temblaba ante el Hoy; la vieja ferocidad veía y experimentaba el nuevo espanto; lo que estaba ya hundido en la nada abrió los ojos sombríos para ver levantarse el Terror; el fantasma contemplaba al espectro.

La Naturaleza es despiadada; no consiente en retirar sus flores, su música, sus perfumes, su luz ante la abominación humana; confunde al hombre con el contraste entre la belleza divina y la fealdad social; no le perdona ni un ala de mariposa, ni el

gorjeo de un ave; en pleno homicidio, en plena venganza, en plena barbarie, le obliga a soportar la mirada de las cosas sagradas; no puede evitar la inmensa reconvención de la bondad universal y de la serenidad del azulado cielo. Es preciso que la deformidad de las leyes humanas se muestre en toda su desnudez en medio del resplandor eterno. El hombre rompe, pulveriza, esteriliza, mata; el verano continúa siendo verano; la flor de lis es siempre flor de lis, y el astro seguirá siendo astro.

Jamás se había levantado el día de forma más bella que aquella mañana. Una juguetona brisa susurraba entre los brezos; los vapores de la tierra ascendían lentamente por entre los ramajes; el bosque de Fougères, penetrado por el hálito que exhalaban los manantiales, humeaba a la claridad del alba como una cazoleta llena de incienso. El azul del firmamento, la blancura de las nubes, la clara transparencia del agua, el verdor de la hierba y el follaje que recorría esa armoniosa gama que va del verde de mar al verde esmeralda, los fraternales grupos de árboles, las sábanas de césped, los prados profundos; todo tenía esa pureza que es el eterno consejo de la Naturaleza al hombre. En medio de todo esto el impudor humano se hacía ostentoso; en medio de todo esto, aparecían la fortaleza y el patíbulo, la guerra y el suplicio, las dos figuras, la del siglo sanguinario y la del minuto sangriento; el búho de la noche del pasado y el murciélago del crepúsculo del porvenir.

En presencia de la creación florida, balsámica, amante y amable, el cielo espléndido inundaba de luz a la Tourgue y a la guillotina, pareciendo decirles a los hombres: “Ved lo que yo hago, y mirad lo que hacéis”. Tal es el uso formidable que suele hacer el sol de su luz.

Aquel espectáculo tenía sus espectadores.

Los cuatro mil soldados del ejército expedicionario estaban formados en orden de batalla sobre la planicie, rodeando la guillotina por tres lados, de modo que trazaban, en torno suyo, la figura de una E. La batería, colocada en el centro del lado mayor, formaba la espiga de la letra. La máquina roja estaba como encerrada entre estos tres frentes de batalla, un muro de soldados replegados por los dos lados hasta la escarpa de la planicie. El cuarto lado del cuadro, el lado abierto, era el barranco, que miraba a la Tourgue.

Todo esto formaba un cuadrilátero, en cuyo centro se alzaba el patíbulo. A medida que salía el sol, decrecía sobre la hierba la sombra proyectada por la guillotina.

Los artilleros estaban junto a las piezas, con las mechas encendidas.

Del barranco ascendía lentamente un vapor azulado; era el incendio del puente, que acababa de extinguirse.

Aquel humo desvanecía, sin velarlos del todo, los contornos de la Tourgue, cuya alta azotea dominaba el horizonte. Entre ella y la guillotina no había otra cosa que el foso del barranco, siendo posible que se hablasen entre sí.

A aquella azotea se había trasladado la mesa del tribunal y una silla, sobre la que ondeaban banderas tricolor. El sol, en lo alto detrás de la Tourgue, hacía resaltar en negro la masa de la fortaleza, y en su parte más alta, en la silla del tribunal y bajo las

banderas, la figura de un hombre sentado, inmóvil, cruzado de brazos, parecía una amenaza viviente. Era Cimourdain. Vestía, como el día anterior, su traje de delegado civil; lucía en la cabeza el sombrero con penacho tricolor, el sable a un costado y las pistolas al cinto.

Guardaba silencio, como todos los demás. Los soldados, en descanso sobre las armas, mantenían fija la vista en el suelo. De vez en cuando se propinaban algún que otro codazo, mas sin hablar. Meditaban confusamente sobre aquella guerra, sobre tantos combates, tantas escaramuzas entre setos y vallados valientemente arrostradas; sobre las nubes de furiosos campesinos aventadas por ellos; sobre las ciudades tomadas, las batallas ganadas, las victorias obtenidas, y les parecía que aquella gloria había terminado en vergüenza. Una sombría expectación oprimía todos los corazones. En el tablado de la guillotina el verdugo iba de una parte a otra, mientras la creciente claridad de la mañana llenaba majestuosamente el cielo.

De repente se oyó el ruido destemplado de los tambores cubiertos con un crespón negro. Aquel redoble fúnebre se fue acercando, se abrieron las filas y una comitiva apareció, dirigiéndose al cadalso.

Primero iban los tambores enlutados, después una compañía de granaderos con las armas a la funerala; luego un pelotón de gendarmes con los sables desenvainados y, por último, el sentenciado, Gauvain.

Gauvain marchaba con soltura; no estaba atado ni de pies ni de manos. Vestía de uniforme, y ceñía su espada.

Detrás suyo cerraba la marcha otro pelotón de gendarmes.

Gauvain todavía mostraba en su mirada aquella expresión de reflexiva alegría que la iluminaba al decirle la víspera a Cimourdain: “Pienso en el porvenir”. Nada más inefable y sublime que aquella perenne sonrisa.

Al llegar a la planicie, su primera mirada fue para la torre, desdeñando la guillotina.

Sabía que Cimourdain creería deber suyo asistir a la ejecución. Lo buscó con la vista en la azotea. Allí estaba.

Cimourdain estaba lívido y helado. Quienes estaban a su lado no lo oían respirar. Cuando divisó a Gauvain no se observó en él ningún estremecimiento.

Gauvain, mientras tanto, avanzaba hacia el patíbulo.

Al caminar, miraba a Cimourdain, y éste lo miraba a él. Era como si Cimourdain se apoyase en aquella mirada.

Gauvain llegó al pie del cadalso. Subió. El oficial que mandaba a los granaderos lo siguió. Se desciñó la espada y se la entregó al oficial; después se quitó la corbata y se la dio al verdugo.

Parecía una visión. Jamás había estado más bello. Sus cabellos castaños flotaban al viento, entonces no era costumbre cortarse el pelo. Su cuello blanco hacía pensar en el de una mujer, y su mirada heroica y soberana hacía pensar en un arcángel. Estaba en el cadalso, absorto. Aquel lugar era una cima, y sobre ella aparecía

Gauvain en pie, magnífico, sereno, envuelto por los rayos del sol en una aureola de gloria.

Era preciso, sin embargo, atar al condenado, y al efecto acudió el verdugo con la cuerda en la mano.

En aquel momento, los soldados, al ver a su comandante próximo a ser colocado bajo la feroz cuchilla, no pudieron contenerse. El corazón de aquellos rudos guerreros estalló y se oyó algo inaudito: un ejército sollozando. Se levantó un clamor:

—¡Perdón! ¡Perdón!

Algunos cayeron de rodillas; otros, soltando los fusiles, levantaron los brazos hacia la azotea donde se hallaba Cimourdain. Un granadero gritó, señalando la guillotina:

—¿Queréis un sustituto? ¡Aquí estoy yo!

—¡Perdón! ¡Perdón! —repetían todos, frenéticamente.

Aquel grito hubiera conmovido o asustado a los leones, porque las lágrimas de los soldados son pavorosas.

El verdugo se detuvo en su tarea, sin saber qué hacer.

Entonces, una voz seca y grave, que todos oyeron, siniestra, gritó desde lo alto de la torre:

—¡Cúmplase la ley!

Aquel acento inexorable era reconocible. Cimourdain había hablado. El ejército se estremeció.

El verdugo no vaciló y se aproximó con la cuerda.

—Espera —dijo Gauvain.

Se volvió hacia Cimourdain, le hizo con la mano derecha un gesto de despedida y luego se dejó atar.

Una vez atado, le dijo al verdugo:

—Perdona. Espera un momento todavía.

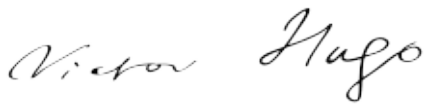
Entonces gritó:

—¡Viva la República!

Fue echado sobre la báscula. Aquella cabeza hermosa y altiva se encajó en el infamante collar. El verdugo le levantó suavemente los cabellos y después oprimió el resorte. El triángulo se desprendió y cayó, primero lentamente, después con rapidez; se oyó un golpe horrible…

En el mismo momento sonó otro ruido. Al de la cuchilla respondió el de la pistola. Cimourdain acababa de empuñar una de las suyas, y en el instante en que la cabeza de Gauvain caía en el cesto, Cimourdain se atravesó el corazón de un balazo. De su boca brotó un chorro de sangre y cayó muerto.

Y aquellas dos almas, hermanas trágicas, volaron juntas, mezclándose la sombra de la una con la luz de la otra.



Notas

[1] La *Trinity-House* vigilaba las costas y los faros, y debía ser obligatoriamente neutral. (*N. del T.*) <<

[2] Victor Hugo ironiza; Philippe Égalité sería guillotinado el 6 de noviembre de 1793, a pesar de haber conspirado contra el rey, bien es verdad que en su propio beneficio. Su hijo, el duque de Chartres, debería haber sucedido a Luis XVI. (*N. del T.*) <<

[3] Asignados: Títulos que sirvieron de papel moneda durante la Revolución. Los realistas pretendían desacreditar los asignados fabricando falsos asignados a gran escala. Este proyecto inglés fue denunciado por Louis Blanc. (*N. del T.*) <<

[4] *Trinacria*, nombre antiguo de Sicilia, la isla de los tres puentes. (*N. del T.*) <<

[5] Madame Royal era hija de Luis XVI. Fue canjeada en la época del Directorio por un ministro y cuatro comisarios. (*N. de T.*) <<

[6] Los métodos de combate de Jean Chouan eran salvajes comparados con la guerra clásica que se desarrollaba en la Vendée. (*N. de T.*) <<

[7] Mediante esta ley se encarcelaron sólo en París a 2.000 personas, sospechosas de actuar contra la Revolución. (*N. del T.*) <<

[8] Se trataba de las corbatas de museline que daban a los “Increíbles”, en la época del Directorio, un aspecto como de tener paperas. (*N. del T.*) <<

[9] El primer maximum decretado lo fue sobre el precio del trigo. (*N. del T.*) <<

[10] Ciudadanos a los que la Constitución de 1791 había concedido el voto en función de sus ingresos. La categoría fue abolida en agosto de 1792. (*N. del T.*) <<

[11] Juego de palabras: el Sinaí es la Montaña, lugar de la revelación revolucionaria. La Courtille es una aldea en la que los días festivos se organizaban grandes francachelas. (*N. del T.*) <<

[12] Fiestas romanas en las que se concedía la libertad a algunos esclavos por parte de sus amos. (*N. del T.*) <<

[13] Reunidos en el palacio episcopal, los Comités Revolucionarios decidieron, en marzo de 1793, constituir una Asamblea Central de Salud Pública que posteriormente daría lugar al Comité Insurreccional conocido popularmente como “el Obispado” (*N. del T.*) <<

[14] La princesa de Lamballe, íntima de María Antonieta, recibió la muerte por intervención de Truchon y del peluquero Charlat (y no Charlot). (*N. del T.*) <<

[15] Al ser sumergido en el río Estigia, río del infierno, Aquiles se convirtió en invulnerable, salvo en el talón, por donde lo sostenía su madre y que no tocó las aguas. (*N. del T.*) <<

[16] Nombres de los tres jueces del infierno en la mitología griega. (*N. del T.*) <<

[17] Plural de un verso de Virgilio: “Testimonian en voz alta entre las sombras”. (*N. del T.*) <<

[18] Las cartas o certificados de civismo se entregaban a las personas inequívocamente defensoras de la Revolución. (*N. del T.*) <<

[19] Tropas que llegaron para unirse a los dragones de la Escuela militar, que reclamaban la cabeza de Marat. (*N. del T.*) <<

[20] Plaza en la que se efectuaban las ejecuciones públicas. (N. del T.) <<

[21] En Coblenza, Prusia, se urdían las intrigas realistas. (N. del T.) <<

[22] Armand Biron, duque de Lauzun y antiguo general en el ejército del Rhin, fue guillotinado al igual que el también general del mismo ejército Alexandre de Beauharnais, abuelo de Victor Hugo. (*N. del T.*) <<

[23] Charles-Henri Sanson y su hijo Henri fueron los verdugos de Luis XVI y María Antonieta. (*N. del T.*) <<

[24] François Boucher fue el pintor favorito de Luis XV y de la Pompadour; David pintó la Revolución. (*N. del T.*) <<

[25] En el “armario de hierro” el rey guardaba documentos que revelaban su traición. (*N. del T.*) <<

[26] En Charenton se recluía a los locos. (*N. del T.*) <<

[27] Este anciano, de 121 años, había sido homenajeado por la Asamblea como “decano de la humanidad”. (*N. del T.*) <<

[28] Canción en honor de los descamisados de las barriadas y de los marselleses. (*N. del T.*) <<

[29] Alusión al beso fraternal generalizado que se produjo entre los asistentes a un discurso de Lamourette. (*N. del T.*) <<

[30] Louvet de Couvrai dio a su amante el nombre de Lodoïska, heroína de su novela *Los amores del caballero Faublas*. (*N. del T.*) <<

[31] Buonarotti, teórico del “comunismo”, se había aliado con Robespierre. (*N. del T.*) <<

[32] Representante de Aveyron, Joseph Camboulas vestía como un aldeano. (*N. del T.*) <<

[33] Se refiere un informe librado por Lequino a la Convención: “He dado aviso por todas partes de que no había que hacer prisioneros […] quisiera que se hiciera lo mismo en todos nuestros ejércitos”. (*N. del T.*) <<

[34] Génissieux hacía referencia a los frecuentes conflictos entre los representantes en misión designados por la Convención y los de los Comités o del gobierno revolucionario. (*N. del T.*) <<

[35] Alusión al fantasma de *La Dama blanca*, una ópera cómica de Boïldieu. (*N. del T.*) <<

[36] Plantar “Árboles de la Libertad” como símbolo de ésta fue una costumbre que acabó siendo oficial. (*N. del T.*) <<

[37] Se refiere a la victoria de los suizos sobre las tropas de Carlos el Temerario. Las Comunas eran ayuntamientos soberanos con un alcalde elegido democráticamente. (*N. del T.*) <<

[38] Cimeria, la actual Crimea, cimentaba su fama en la barbarie de sus sacrificios humanos y por vivir sus habitantes en cuevas y pozos. (*N. del T.*) <<

[39] Mediante un clavo se dejaba inutilizado a un cañón. (*N. de T.*) <<

[40] El centauro Quirón enseñaba a sus alumnos la caza, la medicina y las artes. (*N. del T.*) <<

[41] Hermann Boerhaave, médico holandés de renombre en toda Europa. Fue discípulo de Descartes. (*N. del T.*) <<

[42] Se refiere a la antigua Lidia, en Anatolia (*N. del T.*) <<

[43] Jules-Hardouin-Mansard fue el arquitecto de Versalles. (*N. del T.*) <<

[44] Alain Barbe-Torte, duque de Bretaña en el siglo x. (*N. del T.*) <<

[45] La proclamación de Clodoveo como rey de los francos por los suyos no parece bastar para hacer de él un “rey de Francia”. (*N. del T.*) <<

[46] Marat fue asesinado por Charlotte Corday el 13 de julio de 1793; ella fue guillotinada el 17. (*N. del T.*) <<

[47] William Pitt fue declarado por la Convención “enemigo del género humano” en agosto de 1793. (*N. del T.*) <<

[48] Alusión a la perfidia atribuida por los romanos a los cartagineses durante las guerras púnicas. (*N. del T.*) <<

[49] Los apellidos Gryphes y Elzévirs corresponden a famosos impresores de los siglos XVI y XVII. (*N. del T.*) <<

[50] Hechos de los Apóstoles fue el primer libro impreso en Rusia, en 1564. Se halla en la Biblioteca de Moscú. (*N. del T.*) <<

[51] Jean Chouan solía gritar eso cuando estaba en peligro. (*N. del T.*) <<

[52] Diosa de la guerra romana, inseparable del dios Marte. (*N. del T.*) <<

[53] William Pitt y el duque de Saxe-Coubourg eran los símbolos de la coalición de los reyes contrarios a la República y de la sublevación en el interior. (*N. del T.*) <<

[54] Criaturas mitológicas, las Gorgonas tenían el cuerpo cubierto de escamas de serpiente y convertían a los hombres en rocas con sólo mirarlos. (*N. del T.*) <<

[55] Las Euménides eran llamadas Furias por los romanos. (*N. del T.*) <<

[56] El duque de Chartres, Louis-Philip Égalité, era el sucesor de Luis XVI. Ello explica que votara a favor de la muerte del rey y que conspirara al margen de la Revolución para alcanzar el trono. (*N. del T.*) <<

[57] Hugo se refiere a las investigaciones parlamentarias presididas por Titon, que impelieron a muchos magistrados a dimitir. (*N. del T.*) <<

[58] Chilperico II llegó al trono en el 715 tras haber vivido oculto en un convento bajo el nombre de Daniel. Su sucesor, Childerico III, fue depuesto y sustituido por el hijo de Martel. (*N. del T.*) <<

[59] Hugo, influenciado por el “socialismo” de Louis Blanc, creía que la eliminación de “parasitismos”, como por ejemplo el ejército, liberaría recursos económicos suficientes para aumentar la producción y el consumo y casi eliminar los impuestos. (*N. del T.*) <<